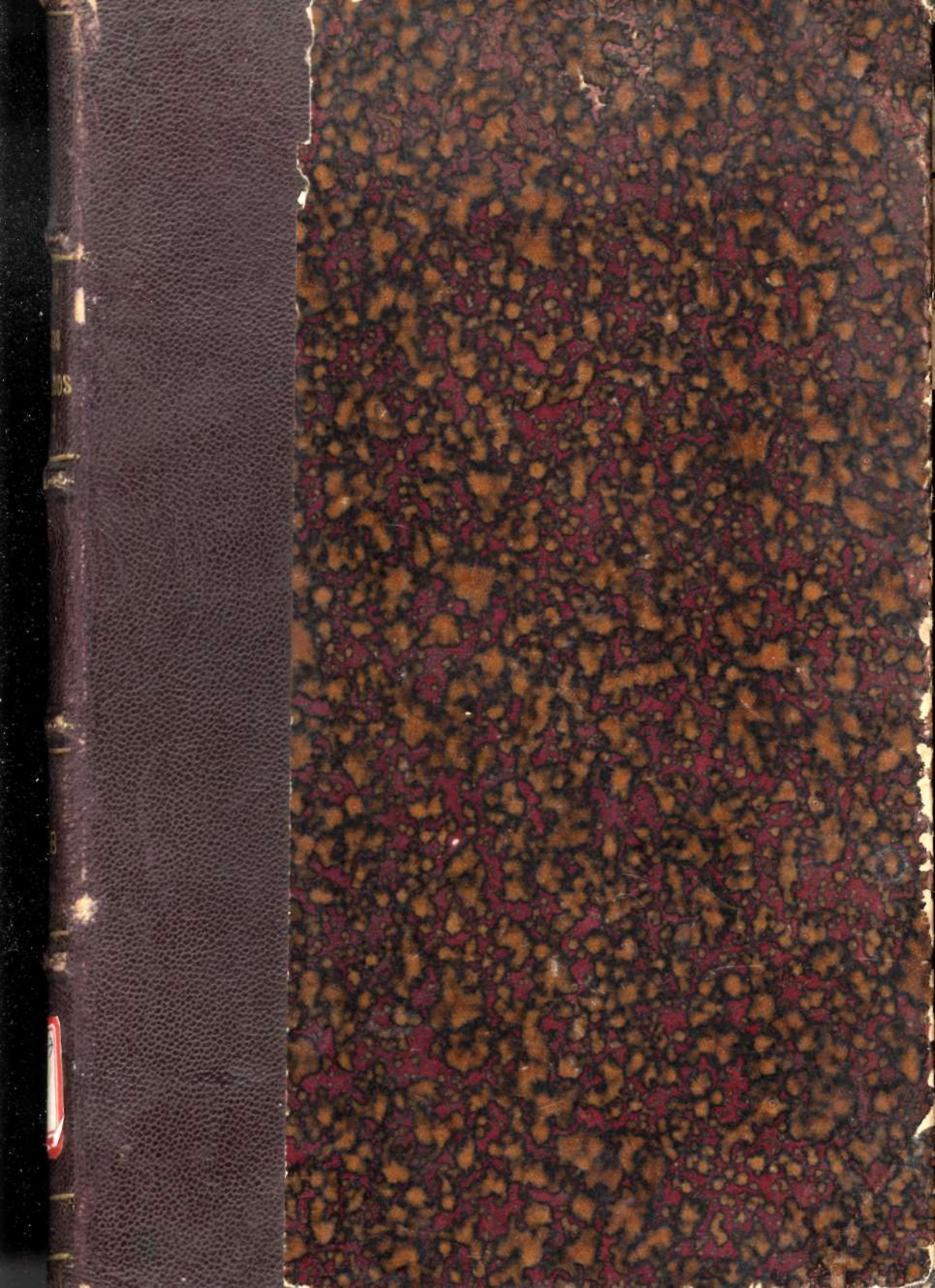
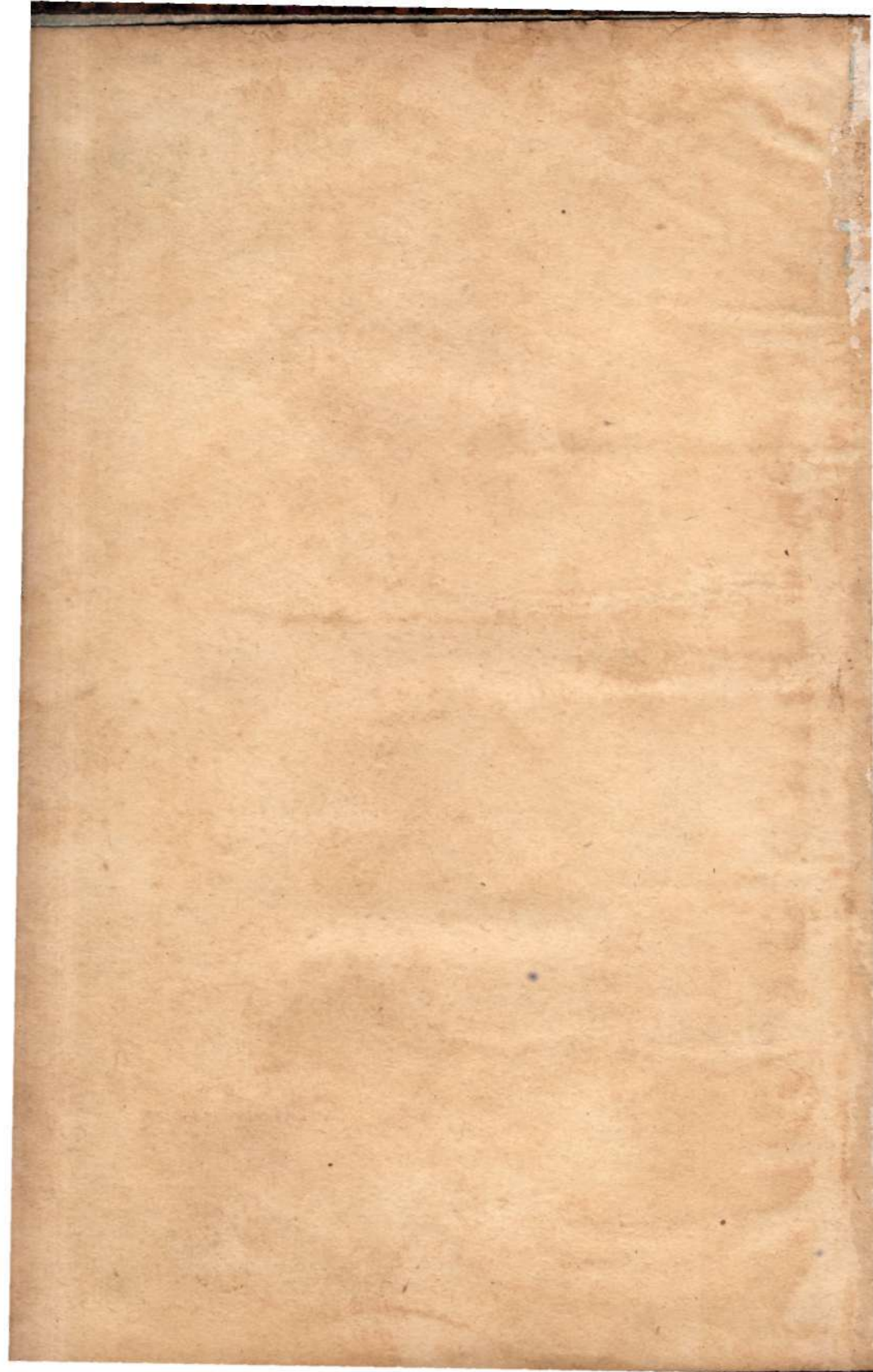






PRISIONEROS Y DEPORTADOS CUBANOS

1895 EN LA
1898 GUERRA DE INDEPENDENCIA



1932

of the
series

PRISIONEROS
Y DEPORTADOS
1895 **CUBANOS**
1898 EN LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA

POR

PABLO DE LA CONCEPCION



NO CIRCULANTE

1932

IMPRENTA P. FERNANDEZ Y CA
HABANA

PROCEDE

Compra

H42445 96

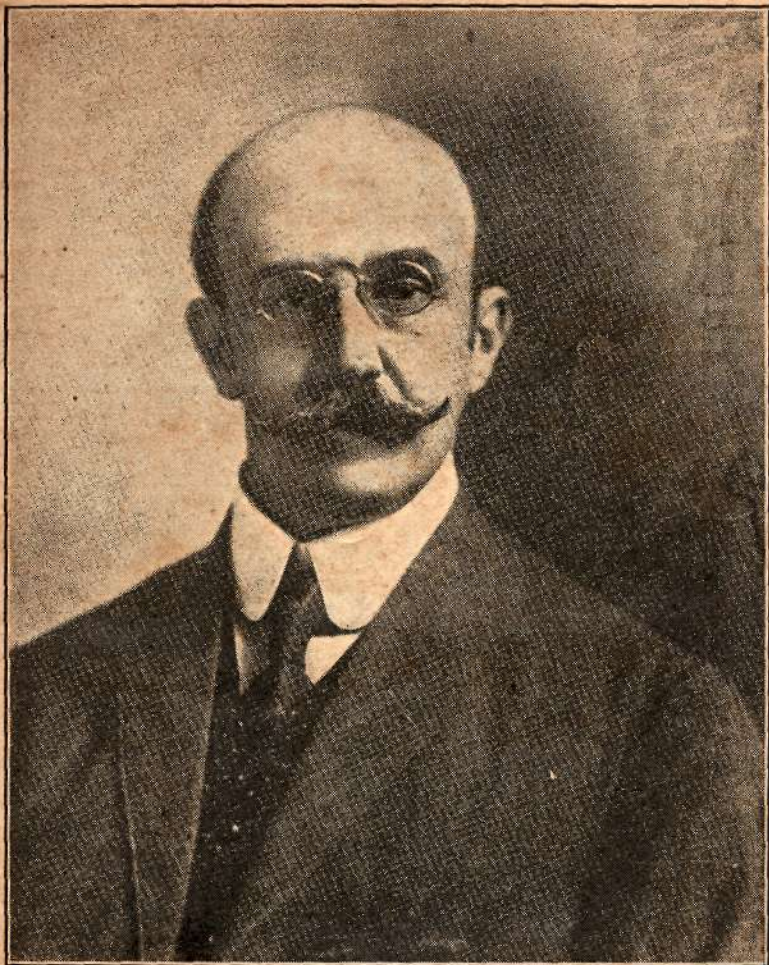
\$100 Cerrantes

FECHA

102

87-11-30

9-0547
Con
P



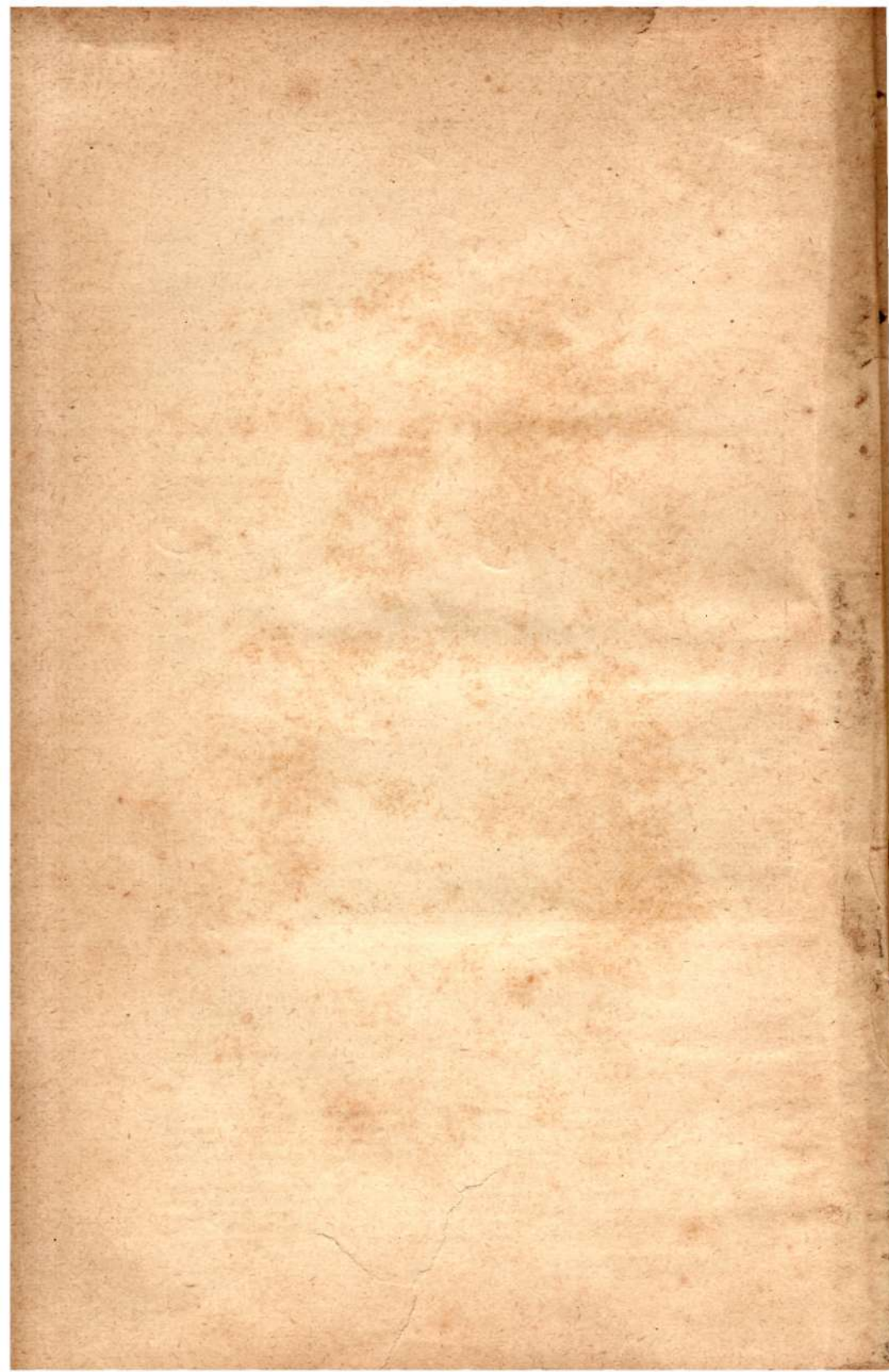
DR. JOSE ANTONIO GONZALEZ LANUZA

Detenido en La Habana, por haber puesto su talento y energías al servicio de la Revolución, el 6 de Septiembre de 1896, fué registrado su domicilio por las autoridades españolas, ocupándole documentos comprometedores.

Estuvo incomunicado en la Jefatura de la Policía Secreta, hasta el 20 de dicho mes en que fué deportado para las prisiones de Africa, llegando a la cárcel de Santander en 5 de Octubre del mismo año.

En 7 de Noviembre salió para Madrid y de allí fué llevado a Málaga. Más tarde fué conducido a Chafarinas y después a Ceuta a donde llegó el 19 de Diciembre de 1896, donde permaneció hasta el 25 de Octubre de 1897 en que le concedieron el indulto cuando el General Blanco llegó a Cuba.

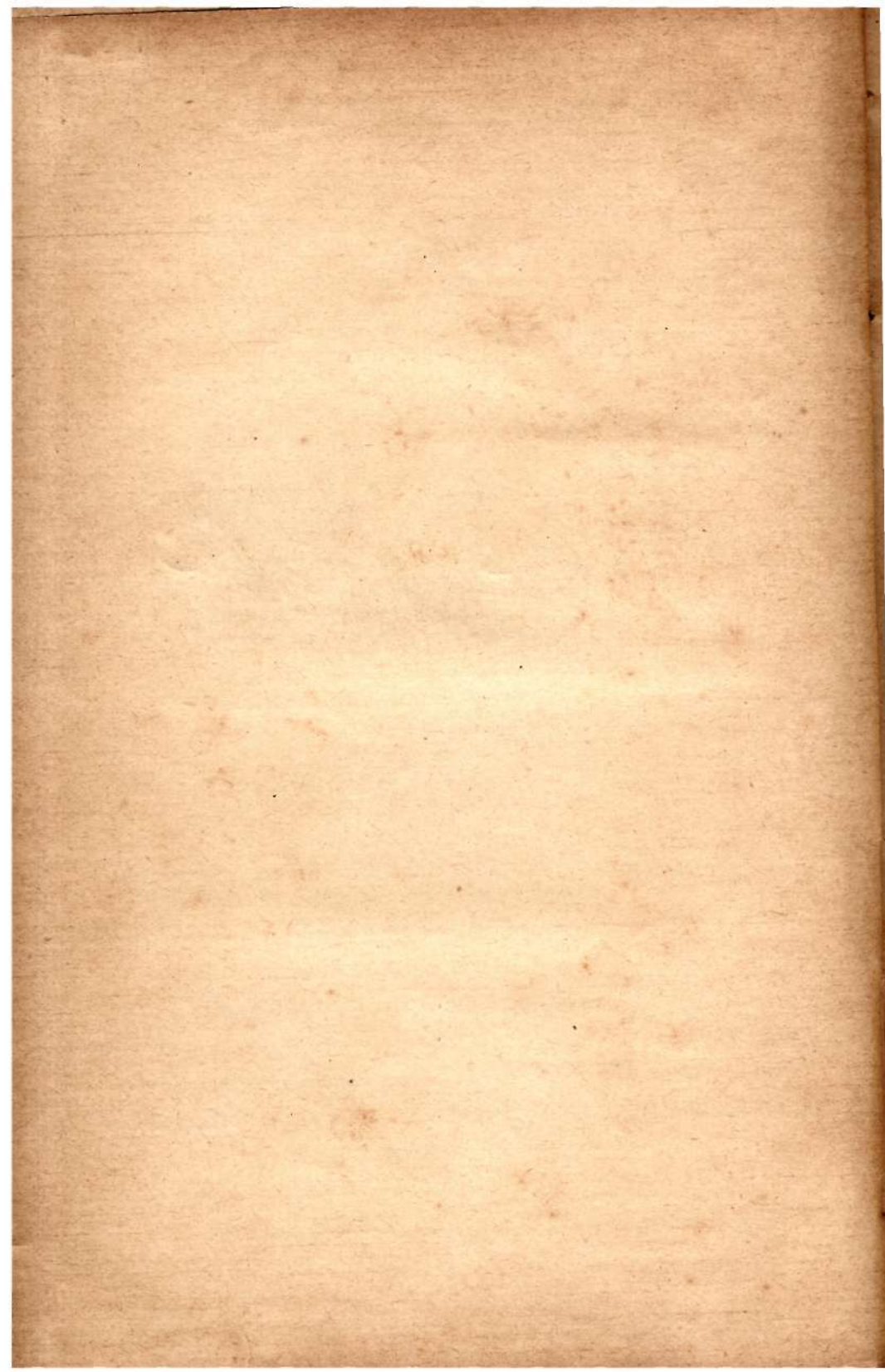
En Ceuta se distinguió por sus gestiones encaminadas a lograr que los prisioneros cubanos fueran tratados como tales, pero siempre obtuvo la misma respuesta: "éramos rebeldes a la Madre Patria y por eso se nos confundía con los presidiarios españoles de causa común".



UNAS PALABRAS DE SINCERIDAD

El bien que pueda derivarse para la Historia de Cuba de la publicación de este libro, se deberá a la incalculable bondad del Gobernador de Las Villas, doctor Juan Antonio Vázquez Bello, meritísimo defensor de las letras y de la cultura de su Provincia.

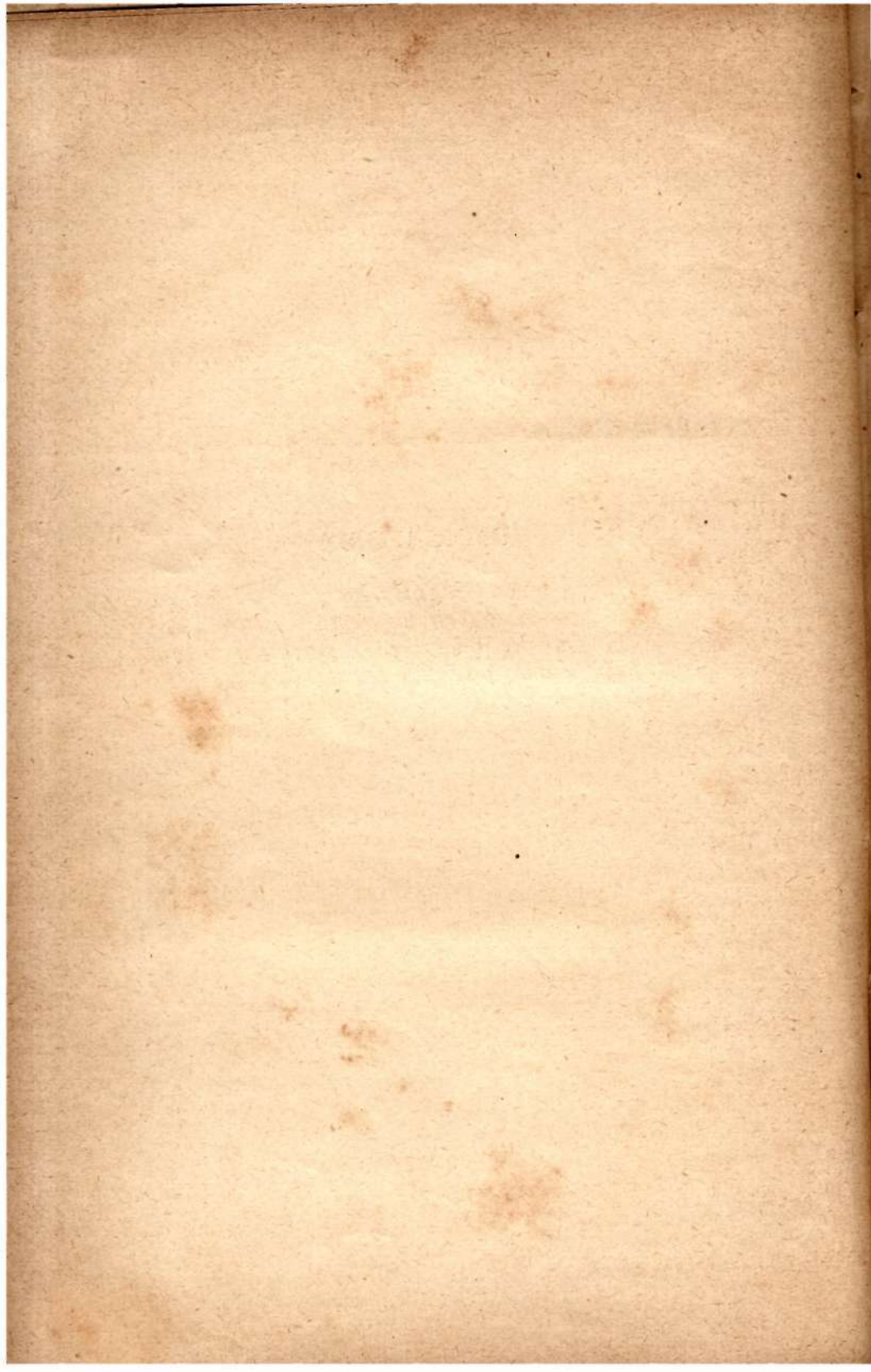
EL AUTOR.



DEDICATORIA

*A la Sagrada Memoria de los que
murieron en los campos de batalla y
en las prisiones, o fueron fusilados,
dando sus vidas por la Libertad.*

EL AUTOR.



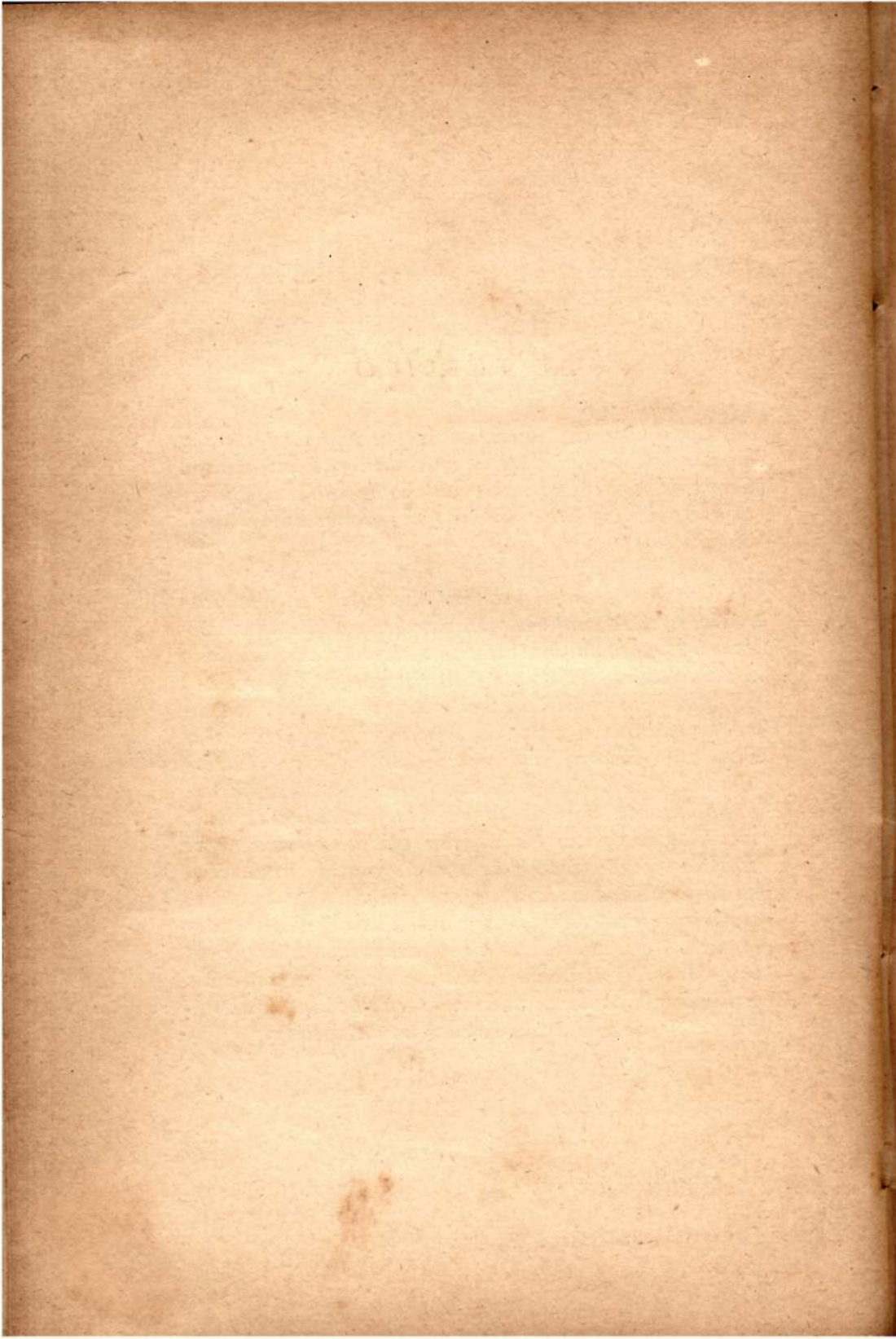
AL PÚBLICO

Estas narraciones históricas fueron escritas en el lapso de tiempo que medió entre la terminación de la Guerra de Independencia y el año de 1908, permaneciendo inéditas hasta ahora, por razones que a nadie interesan.

Su autor tenía el propósito de entregar el manuscrito en el Archivo Nacional, para que sirviera únicamente para la Historia de Cuba en su día, pero muchos compañeros de infortunio, y distinguidos miembros del Ejército Libertador, entre ellos el Coronel y literato Francisco López Leiva, así como el brillante escritor ya desaparecido, Manuel García Garófalo, autor del prólogo, le han hecho variar de opinión, aconsejándole su publicación en los actuales momentos, a pesar de la gran crisis económica que confronta el público al salir el libro a la circulación, en la seguridad de que, la evocación de los cruentos sacrificios que costó la Libertad, ha de servir indudablemente, para despertar en los corazones de los hombres de la generación actual, el fuego sagrado del patriotismo, como un precioso legado de los que dieron sus vidas por la Patria que ellos hoy disfrutaban.

EL AUTOR.

(Abril, 1932.)



AL LECTOR

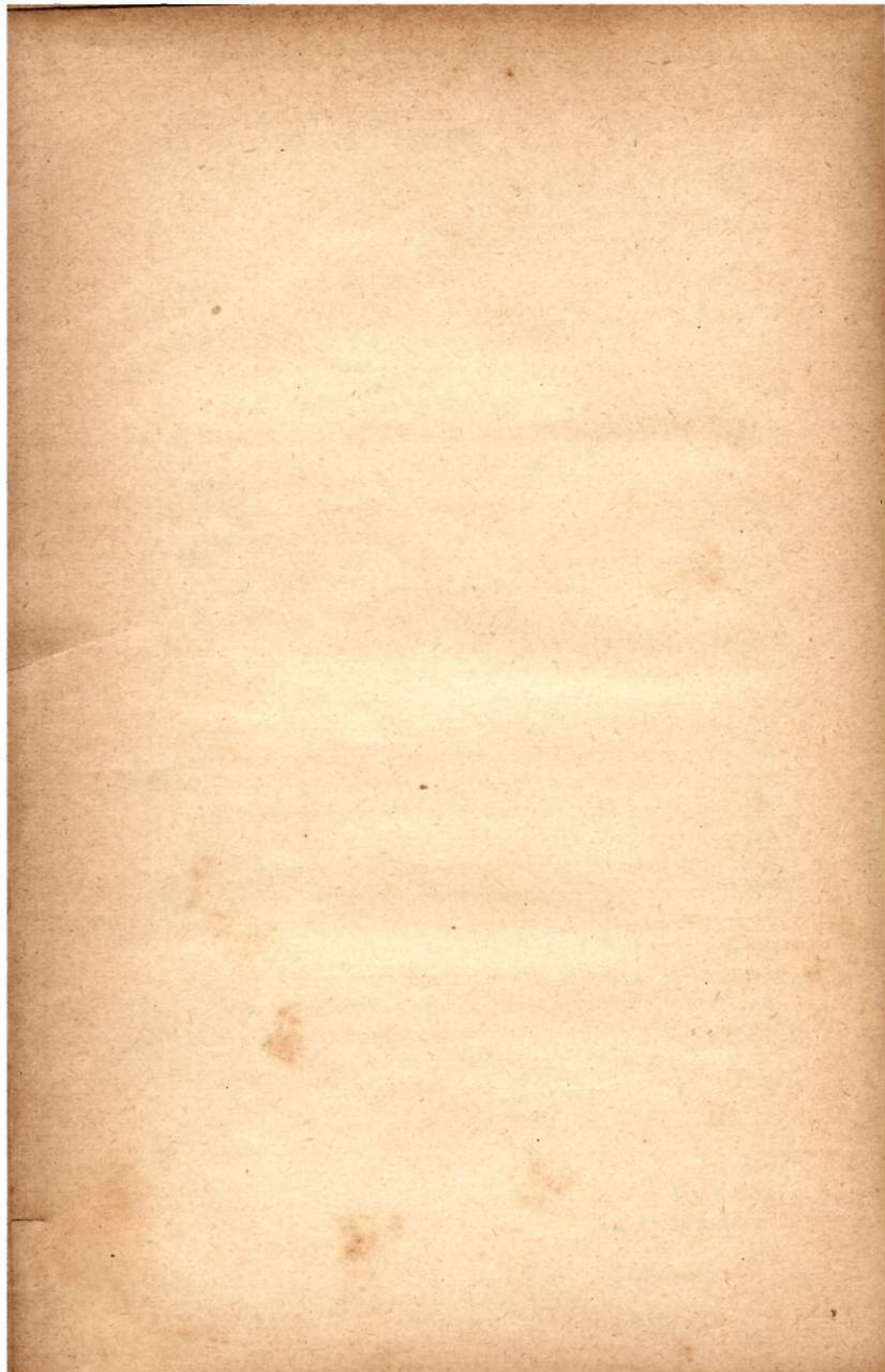
El verdadero objeto de este libro no es otro que dar a conocer al Pueblo cubano los sufrimientos experimentados por los prisioneros de guerra y deportados por medida gubernativa, que el Gobierno de España recluyó en Ceuta durante la Guerra de Independencia.

Muy lejos de nuestro ánimo está la idea de despertar odios entre los cubanos y los que combatieron y odiaron su libertad por cuya razón, suplicamos al que nos honre leyendo este libro, que juzgue los tristes sucesos que en él se relatan, como la consecuencia natural de la tempestad de pasiones que la guerra destató sobre la Isla; teniendo presente que la más hermosa insignia que Cuba puede poner en sus pendones, es la del sublime perdón con que ha tratado a sus enemigos después de terminada la guerra.

No nos anima el deseo de ofender a nadie, y es nuestro firme propósito mantener en perfecto olvido las ofensas recibidas, cultivando fervorosamente los hermosos lazos de fraternidad y amor que hoy nos unen a la nación de nuestro origen.

EL AUTOR.

(Enero, 1908.)



AL MAYOR GENERAL EMILIO NUÑEZ

A vos, paladín insigne de las luchas por la libertad de Cuba; mantenedor ferviente de los sagrados lazos que unen a todos los que guardan en sus corazones ardiente veneración por las cosas de la Patria, y en quien todos los soldados de la libertad hemos visto siempre nuestro más autorizado defensor, acudo respetuosamente, solicitando de vuestros nobles sentimientos, vuestra valiosísima protección para este libro, que si bien está desprovisto de arte literario, entraña el laudable propósito de que no queden desconocidos los horribles sufrimientos que soportaron los que el Destino arrancó de las filas de la Revolución, para sepultarlos en las negras prisiones de Africa.

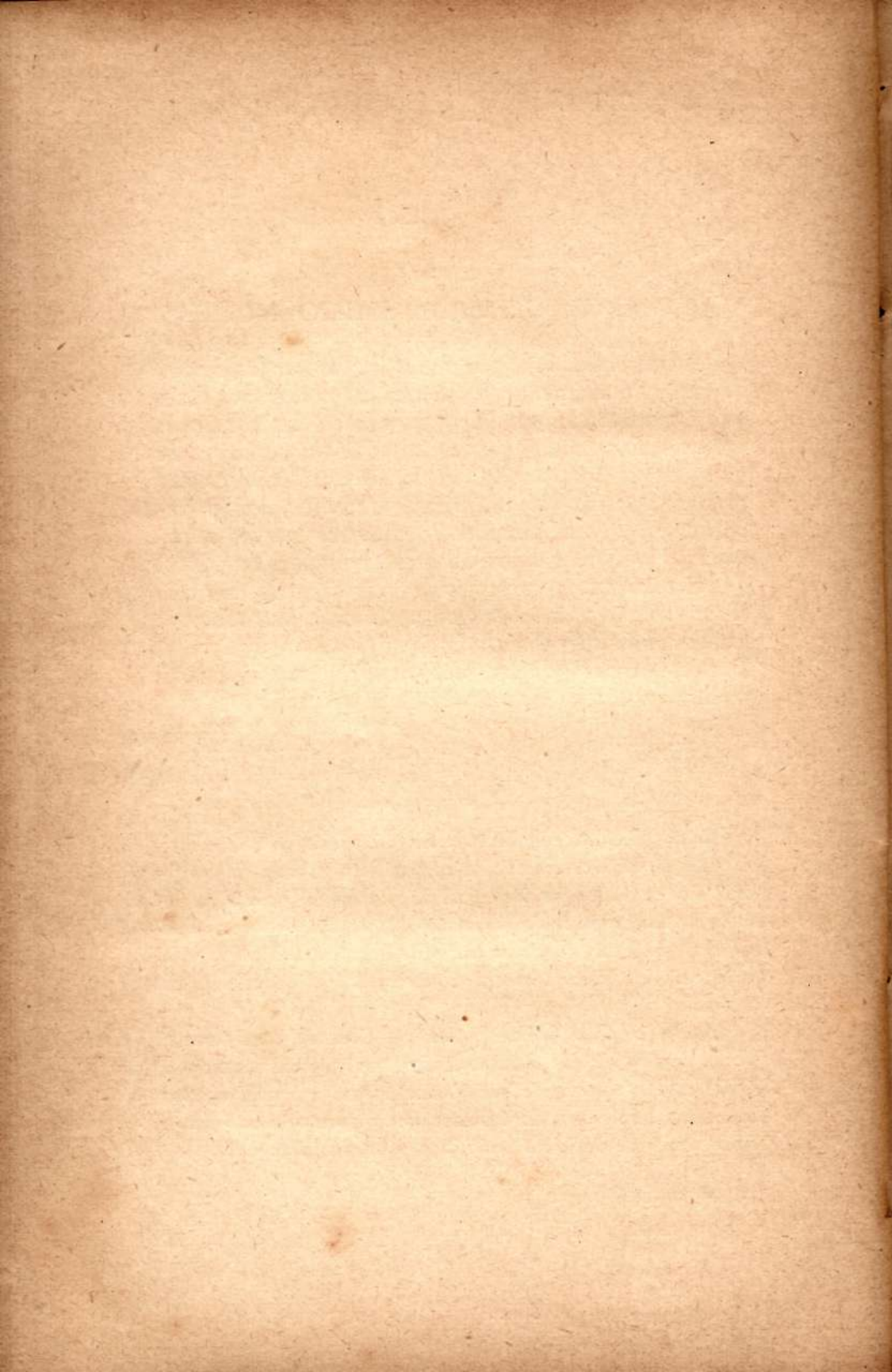
(Enero, 1908.)

EL AUTOR.

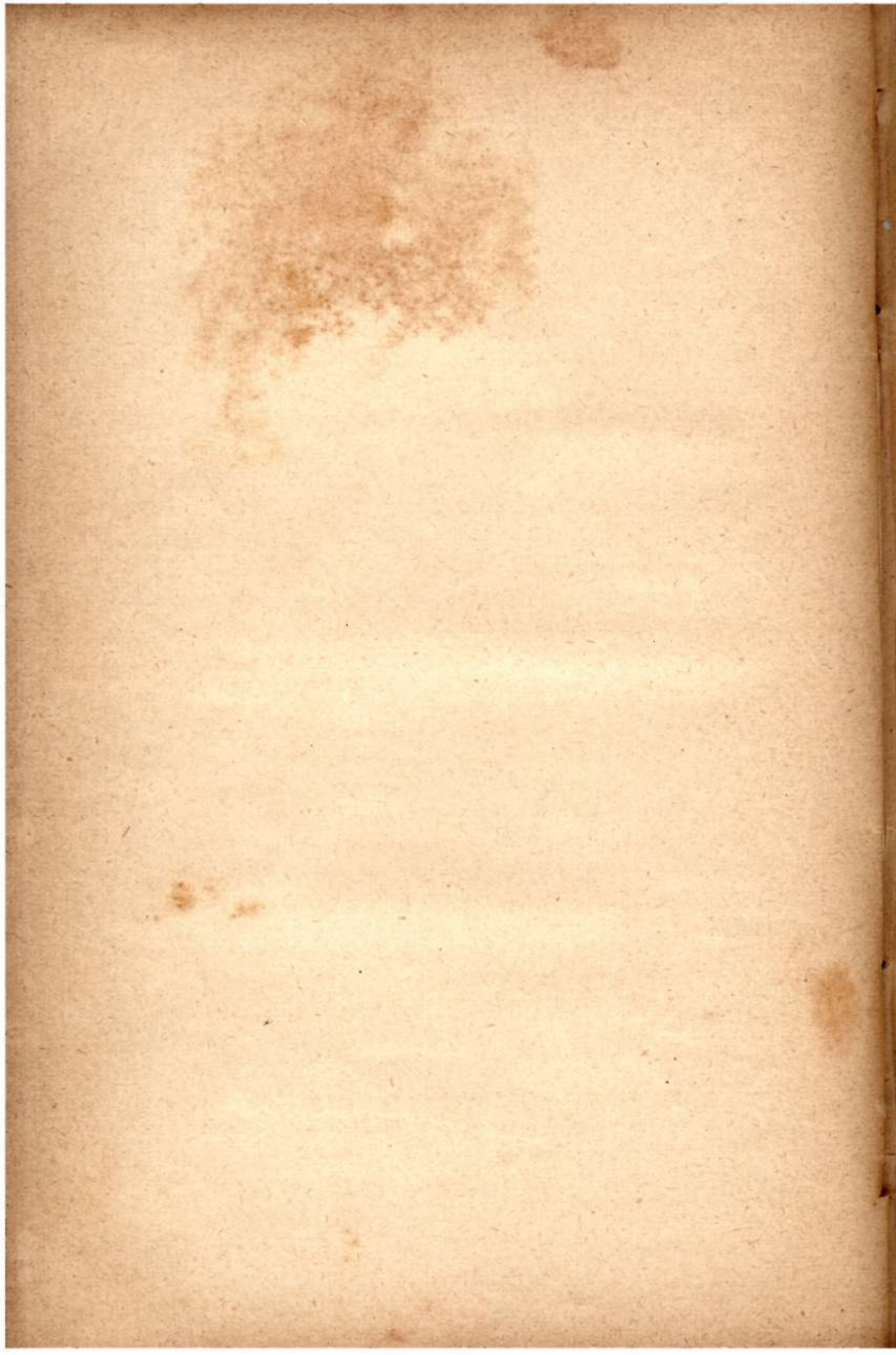
NOTA.—La anterior invocación fué escrita en 1906 cuando aun no había sucedido la nunca bien llorada desaparición del caudillo que hizo posible el triunfo de la Revolución con su inigualable pericia al frente del Departamento de Expediciones, donde se cargó de laureles, escalando a la categoría de Mayor General y mereciendo el aprecio de su Patria.

Y aunque ya se fué de la tierra el General, para formar en la legión de los desaparecidos que siguen amando a Cuba con la sombra de sus glorias, el autor confía en que su Sagrada Memoria dará protección y amparo a este pobre libro tan necesitado de patriótica y benévola acogida.

(Mayo, 1932.)



PROLOGO



PENETRANDO EN EL LIBRO

El señor Pablo de la Concepción, Sargento del Quinto Cuerpo del Ejército Libertador, ha escrito un interesante libro que titula "PRISIONEROS Y DEPORTADOS CUBANOS EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA".

Hemos leído las cuartillas con emoción. Al recorrerlas, nos transportamos a aquella terrible época; a aquellos días sombríos que tan gráficamente describe, sin alardes retóricos ni altisonantes frases la pluma serena, desapasionada, sin rencores, del ilustrado autor, ¡y eso que pasó por momentos en que recibió vejámenes tremendos!

Las interesantes páginas, trazadas con ecuanimidad, son el fiel reflejo de escenas que hoy pueden estimarse novelescas y que nosotros, que presenciamos el dantesco panorama que se desarrollaba en todas las poblaciones cuando entraban en ellas las columnas españolas con las infames guerrillas, nutridas en su mayor parte con la gentuza y la plebe; podemos asegurar que en las sombrías pinceladas de los cuadros que a la perfección describe el señor de la Concepción, no hay abultamientos ni exageraciones de ninguna clase.

No pretende el distinguido escritor revivir la hoguera de las pasiones ni fomentar el odio, que si lo hubo, el tiempo en su marcha inevitable lo ha extinguido.

El libro es una tribuna en que se exhibe modestamente el patriotismo, y se da una elocuente lección a los cubanos de hoy de lo que fueron los heroicos libertadores, tanto los que ofrendaban la vida en la Manigua Heroica, como los que en las poblaciones auxiliaban la causa redentora y sostenían la fe en el triunfo de la Revolución.

La lectura del libro recuerda ese bello y emocionante poema que se llama "MIS PRISIONES", escrito por el insigne literato italiano Silvio Pellico.

Para que el recuerdo sea más justificado, no florecen en él, como ya dijimos, el odio ni el rencor. El mismo espíritu cristiano que palpita en "MIS PRISIONES", palpita en la hermosa odisea del señor de la Concepción, del cual puede decirse lo que escribe el traductor del libro italiano en el prefacio: "Un hombre sepultado por espacio de diez años debajo de los PLOMOS DE VENECIA y en los calabozos de Espielbelga, ha referido sus dilatados sufrimientos y martirios, sin desplegar sus labios para quejarse de unos jueces que le han arrebatado tantos años de una vida llena ya de renombre. Todos los días se está viendo que un reo vuelto a respirar el aire y a disfrutar de libertad, sacude el polvo de sus pies contra las paredes de la cárcel, y al pisar el suelo de su patria despide un grito de venganza y maldición: aquí, por el contrario, se ve a un preso que ha sabido emplear el infortunio en la educación religiosa de su corazón, por manera que no ha encontrado en los días de su reclusión sino palabras de consuelo para sus semejantes, y puesto en libertad, ruegos por sus carceleros."

* * *

La reminiscencia filosófica es procedente, pertinente, porque ninguna de las páginas del libro del patriota señor de la Concepción, destila la hiel del

rencor a pesar de los vejámenes sufridos, ora al ser hecho prisionero, ora al ser internado en los inmundos calabozos de la fortaleza del Morro.

Hidalguía y nobleza de sentimientos respira el libro en que se condensan hechos que son timbres de alto civismo, de abnegación patriótica; sin apelar a estudiados retoques literarios que pudieran obscurecer la realidad.

Libro militar, está inspirado en la franqueza del soldado que desdeña los afeites, las galanuras del estilo, cosas que encajan en la obra perfilada del literato y no en el diario del campamento o en la celda del prisionero, cuyo espíritu perfuma la tristeza del obscuro y mal aireado calabozo, en el que al penetrar el cautivo pierde la voluntad y ha de someterse a la dura e inhumana disciplina carcelaria.

* * *

El libro empieza con una sentida y patriótica dedicatoria a los caídos en la homérica contienda; invocación meritísima a los anónimos héroes cuyos nombres y acciones son patrimonio del olvido; como también anónima, eternamente desconocida la huesa en que duermen para siempre sin que los arrulle el aroma de la oración, ni que sobre ellas caigan otras flores, que las que pueda hurtar el viento de la noche, de los jardines, de los bosques y de las crestas de las montañas.

El primer capítulo, "DE LA MANIGUA A LA CÁRCEL", es una sencilla narración en que con mano firme se describe el acto de ser hecho prisionero el autor, y lo ocurrido en los accidentes que precedieron a la infortunada acción de guerra.

La conducción del prisionero al pueblo de Alquízar: el panorama sombrío que se observaba en dicha población está tan bien trazado que es una verdade-

ra fotografía que entristece el espíritu de los que conocemos aquellos días en que la Reconcentración de campesinos en los poblados era la marcha a la más horrible miseria y a la muerte; y la arrogancia y la ordinariéz de la soldadesca, humillaban la dignidad y el respeto a las familias criollas.

La permanencia del entonces joven prisionero en Alquízar, es una página impresionante de aquellos días, que hoy se duda de que el odio y la inhumanidad pudieran haberse efectuado, tenido efecto en un país culto, civilizado, a pocas horas de la gran democracia norteamericana.

Aquellos soldados y guerrilleros que pisaron las calles de Alquízar como conquistadores de la Edad Media, los vimos en todos los pueblos de Cuba, porque el país era un enorme campamento en que la moral, la decencia y la humanidad estaban proscriptas.

* * *

Los días pasados por el autor en la fortaleza del Morro, las escenas que allí se vió obligado a presenciar, recuerdan los emocionantes relatos que Silvio Pellico hace en su famoso libro "MIS PRISIONES".

Aquel sonar de llaves y cerrojos, aquellos calabozos en que la luz se avergonzaba de penetrar para no ver a los infelices patriotas tratados, no como hombres, sino como COSAS, era un himno a la libertad, al sacrificio, a la abnegación de todo un pueblo que se erguía para alcanzar su emancipación, y ser una estrella más en la constelación de sociedades redimidas por la espada deslumbrante de Simón Bolívar! . . .

Los largos días de las prisiones en los calabozos de la fortaleza servían para templar los corazones y para prueba de energías morales y de superioridad de carácter; de valor y de amor al ideal por cuyo triunfo se peleaba en la MANIGUA HEROICA.

¿Quién se acuerda hoy de aquellos patriotas que en esas prisiones eran vejados, tratados con infamante desprecio, y que en sus inmundas y duras tarimas eran despertados apenas el Sol esparcía sus rayos de oro, para ser fusilados en el foso ancho y húmedo, o ser conducido a las bodegas del buque que los había de trasladar a los calabozos de Ceuta, y sufrir allí otro martirologio, o dejar sus restos en los cementerios, sin cruces, ni flores, ni oraciones? . . .

* * *

El embarque en el lanchón en que el autor con sus treinta compañeros fueron arrojados como fardos, indigna su descripción y da una idea de la nobleza de aquellos servidores del Gobierno español, para quienes el cubano no era un miembro de su estirpe; pero que había que castigar porque había cometido el horrendo delito de querer tener una patria y no resignarse a seguir siendo esclavo.

En el fondo de las bodegas de los trasatlánticos, aprisionados en las barras, eran llevados los reos políticos cual si fueran grandes criminales de delitos comunes.

Al llegar a España se les introducía en los calabozos antibigiénicos de las cárceles por donde debía pasar la cordillera para ser luego llevados a Ceuta.

En esos calabozos se les confundía con la bez de los criminales que sintiéndose también españoles, injuriaban groseramente a los cubanos, que tenían que contribuir al pago de su subsistencia y de la gabela que imponían los matones que presidían las galeras.

Ese víacrucis, que subleva la conciencia, lo traza con serenidad de pulso el autor, que pasó por una odisea que puede tener la satisfacción de que es para él un timbre glorioso de patriota, ya que todo eso lo sufrió por amor y consecuencia a la Libertad de Cuba.

La descripción de Ceuta está trazada de mano maestra, con claridad meridiana y estilo ameno. Es un verdadero panorama que da a conocer la célebre ciudad donde los patriotas cubanos pasaron días de intenso dolor y amarguras, y de tratamientos vejaminosos.

Esa ciudad, donde se alzan el Acbo y otros edificios en que la fantasía del mal creó castigos que Dante no pudo llevar al grandioso Infierno, que eternamente la Humanidad podrá admirar en las grandiosas páginas de "La Divina Comedia".

La descripción del Presidio; su organización administrativa, militar y ejecutiva, da una idea de lo que es ese antro, donde hubo un Jefe o Director, Don Remigio Alegret, que por su crueldad era temido por los presidiarios, y que creaba castigos tan inhumanos, que ni en la China se usan; que según cita el autor le valieron el ser asesinado por los desesperados presos, años antes del ingreso en el Presidio de los deportados y prisioneros cubanos, que pueden decir que Ceuta fué para ellos otra Siberia, donde el látigo cruzaba bárbaramente sus espaldas cuando no rendían los trabajos desproporcionados que se les imponían, o protestaban del maltratamiento dado por los "cabos de vara" y sus auxiliares!

* * *

Las páginas dedicadas a narrar el momento de la libertad, en que para siempre abandonaba el horrible Presidio para regresar a la Patria libre, son un hermoso himno en que se desborda la alegría y la satisfacción de volver a la tierra querida, a cuya emancipación se ofrendaron tantos sacrificios, tantos sufrimientos!

Esas páginas son un bello cántico a la Patria, sin alardes ni pinceladas amañadas. Están escritas con

la dulce emoción de un corazón sincero, leal y patriótico, rebotante de poesía. Se leen con agrado y deleite y provocan lágrimas en evocación sentimental. Hay en ellas verdadera poesía y recuerdan los dolores de los grandes proscritos, los inspirados poetas cubanos Heredia, Santacilia, Zenea y el eminente historiador y polemista inmortal, Don José Antonio Saco, que el despotismo de los mandarines coloniales arrojó de Cuba!

Como apéndice tiene el libro tres interesantísimas relaciones históricas: Una de los prisioneros de guerra que el Gobierno colonial confinó en Ceuta hasta el 28 de Octubre de 1898, en que fueron puestos en libertad a petición de los Comisionados Americanos de la Paz. Una de los deportados a Ceuta. Y la otra, de los deportados a Chafarinas.

Esas relaciones pueden servir en su día como datos históricos de suma importancia.

* * *

El libro, que hemos leído con atención, debe ser también leído por los cubanos a quienes el porvenir de la Patria libre no les es indiferente. Conforta el alma y el espíritu y estimula al respeto, admiración y gratitud de todos los que, ora en la MANIGUA HEROICA, ora en los lejanos presidios, escribieron el sublime Evangelio de la libertad de Cuba, sin perder jamás la fe en sus ideales ni mancillarlos con cobardes claudicaciones!

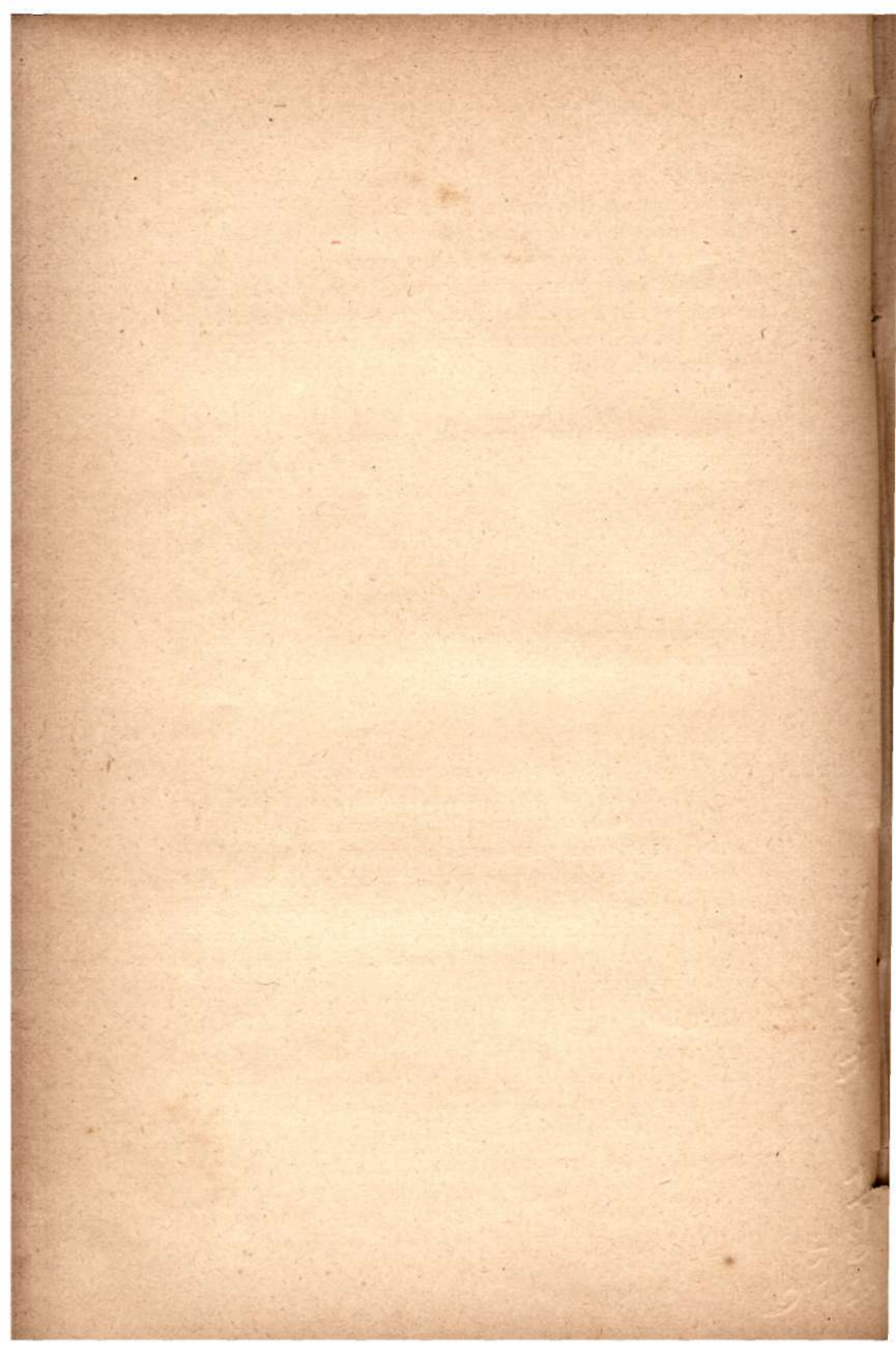
MANUEL GARCÍA GARÓFALO.

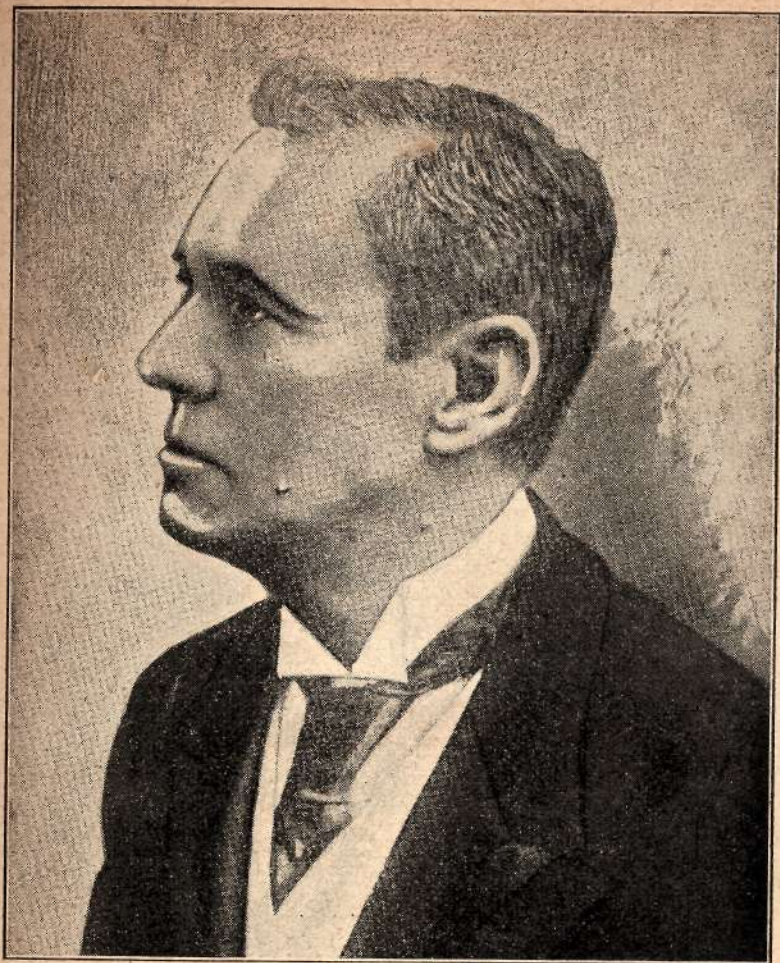
(Sta. Clara, Julio 23, 1930.)

NO CIRCULANTE



7-0547
 con
 p



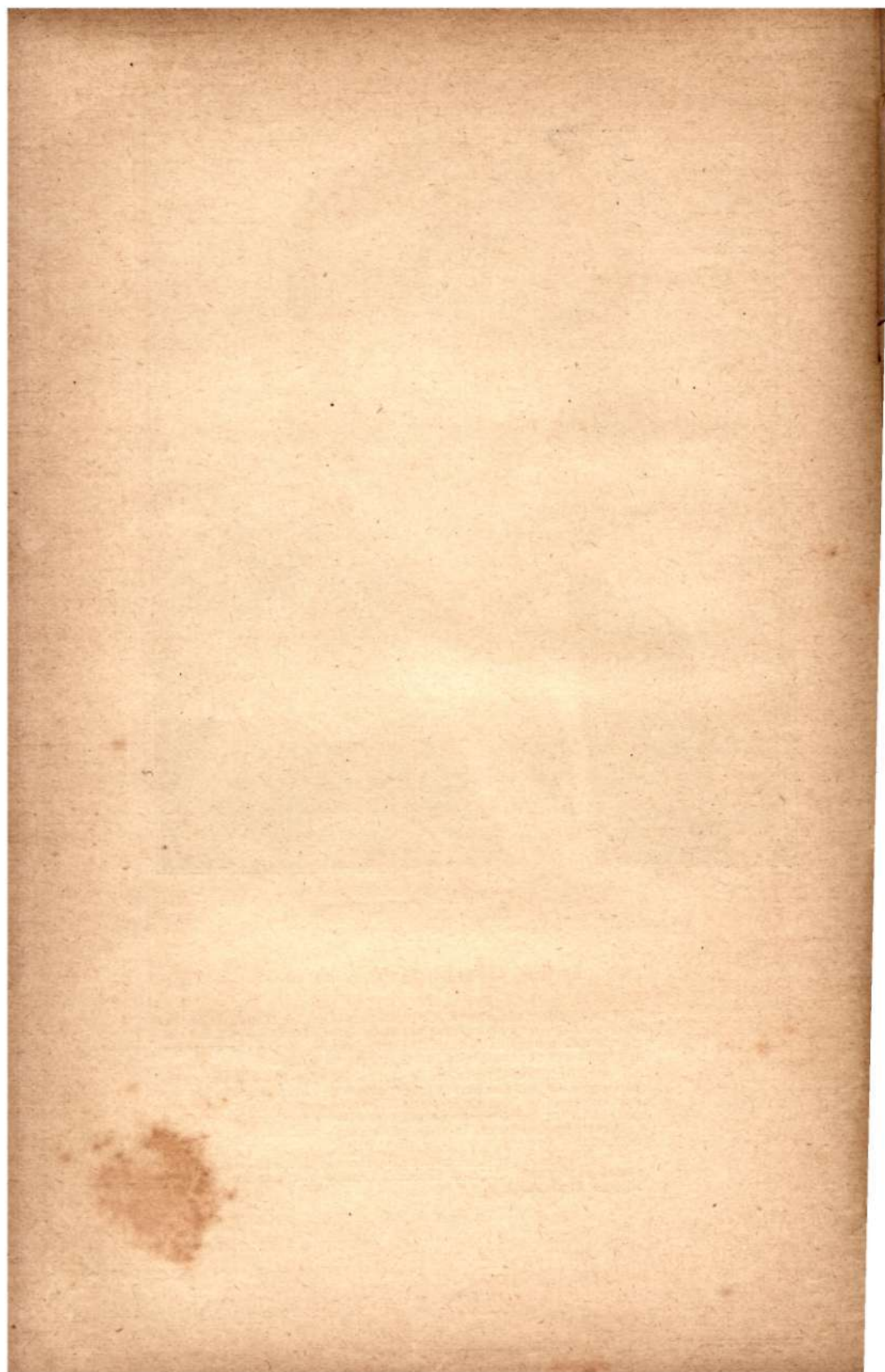


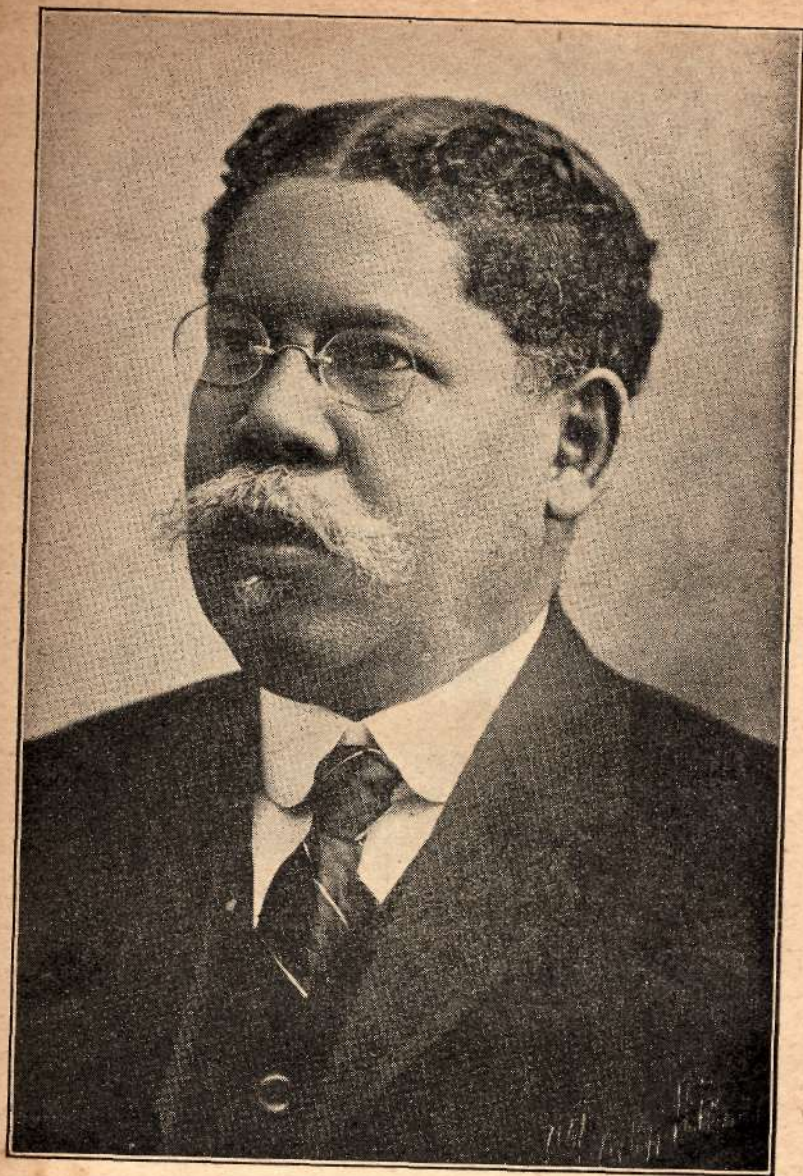
DR. ALFREDO ZAYAS Y ALFONSO

Delegado de la Junta Revolucionaria en La Habana, dedicó todo su talento y energías a la causa de la libertad de su Patria, por lo que los agentes del Gobierno Español lo señalaron como un tremendo enemigo de los opresores de Cuba.

Desterrado a la prisión de Ceuta, su vida fué allí un ejemplo puro de patriotismo, interviniendo en el reparto de los socorros que recibía de la Junta Revolucionaria para sus compatriotas los prisioneros de guerra, aliviando también con sus recursos particulares, la miserable condición de aquellos desdichados.

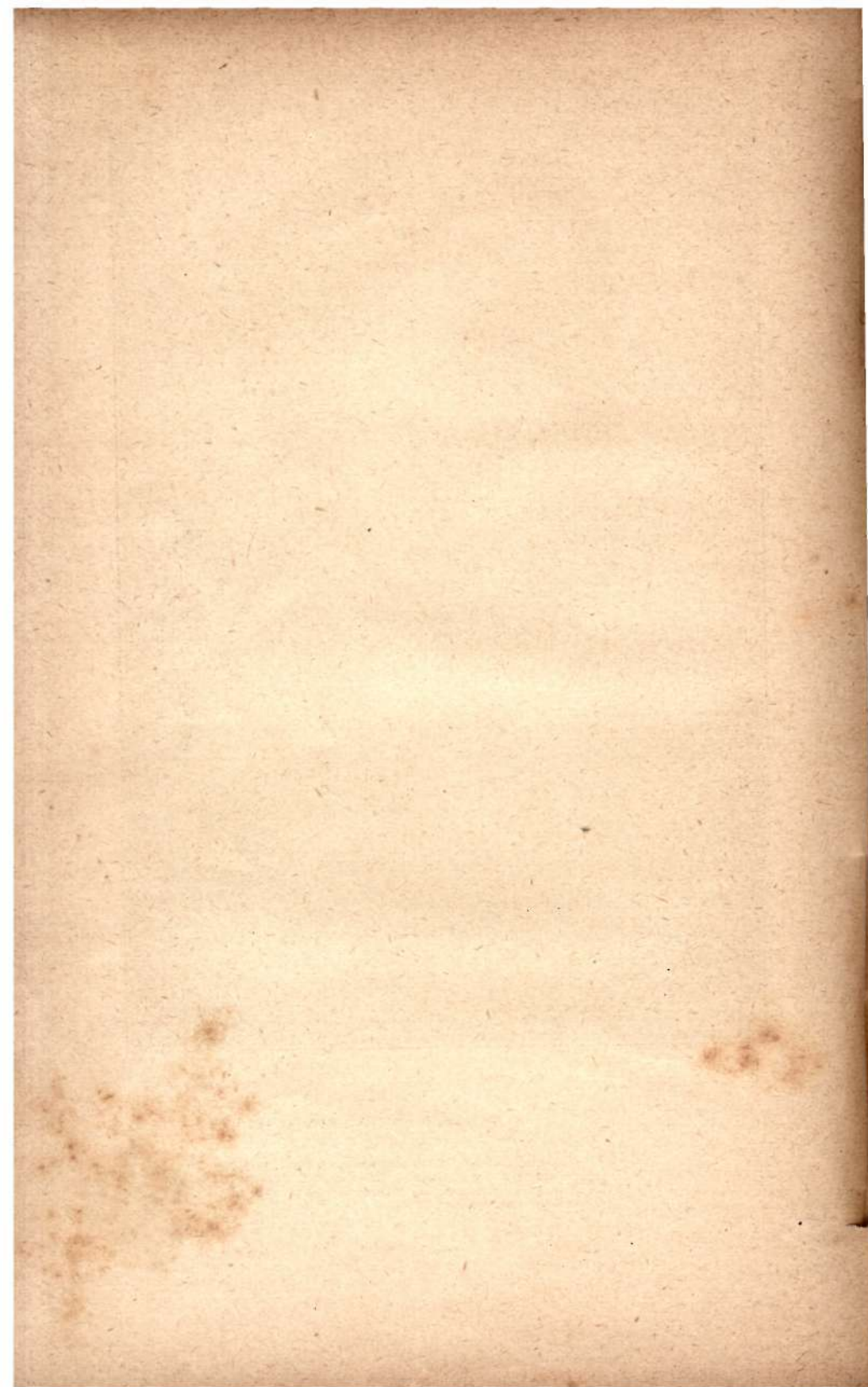
Fué puesto en libertad junto con sus compañeros de destierro al llegar a Cuba el General Blanco que implantó el Gobierno Autonomico.





SENADOR JUAN GUALBERTO GOMEZ

Insigne tribuno y revolucionario, cuya vida ha consagrado por completo la causa de la libertad de su Patria, la Historia lo presenta ante su pueblo como el más puro y acabado modelo de patriotas.

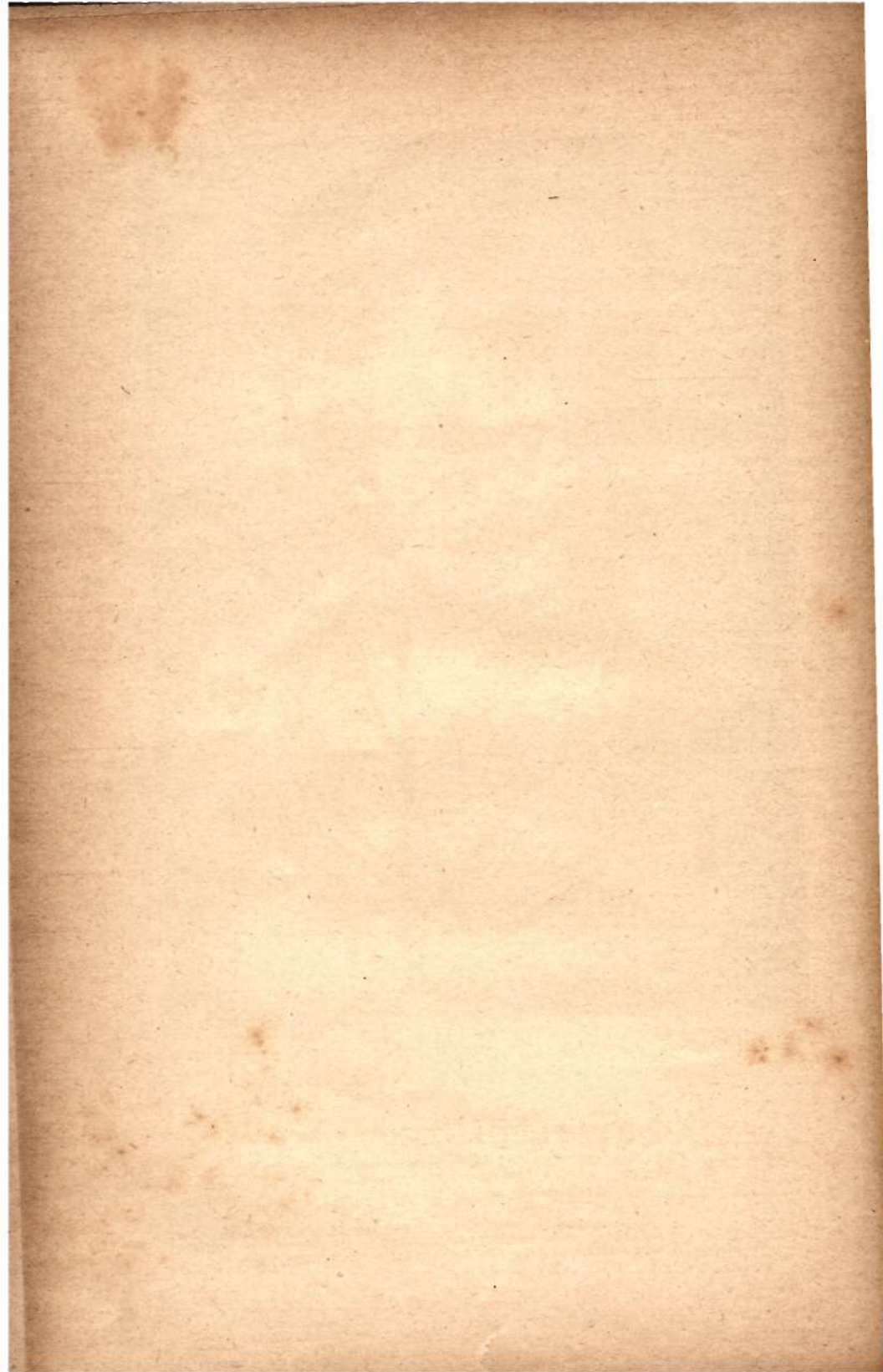




PABLO DE LA CONCEPCION Y HERNANDEZ

Autor de este libro.

Sargento del 5º Cuerpo del Ejército Libertador, operó antes de caer prisionero, en el 3er. Escuadrón del Regimiento Calixto García, de la Brigada Sur, en la zona de Guanamar, y fué hecho prisionero en acción de guerra en el cafetal "La Estrella".





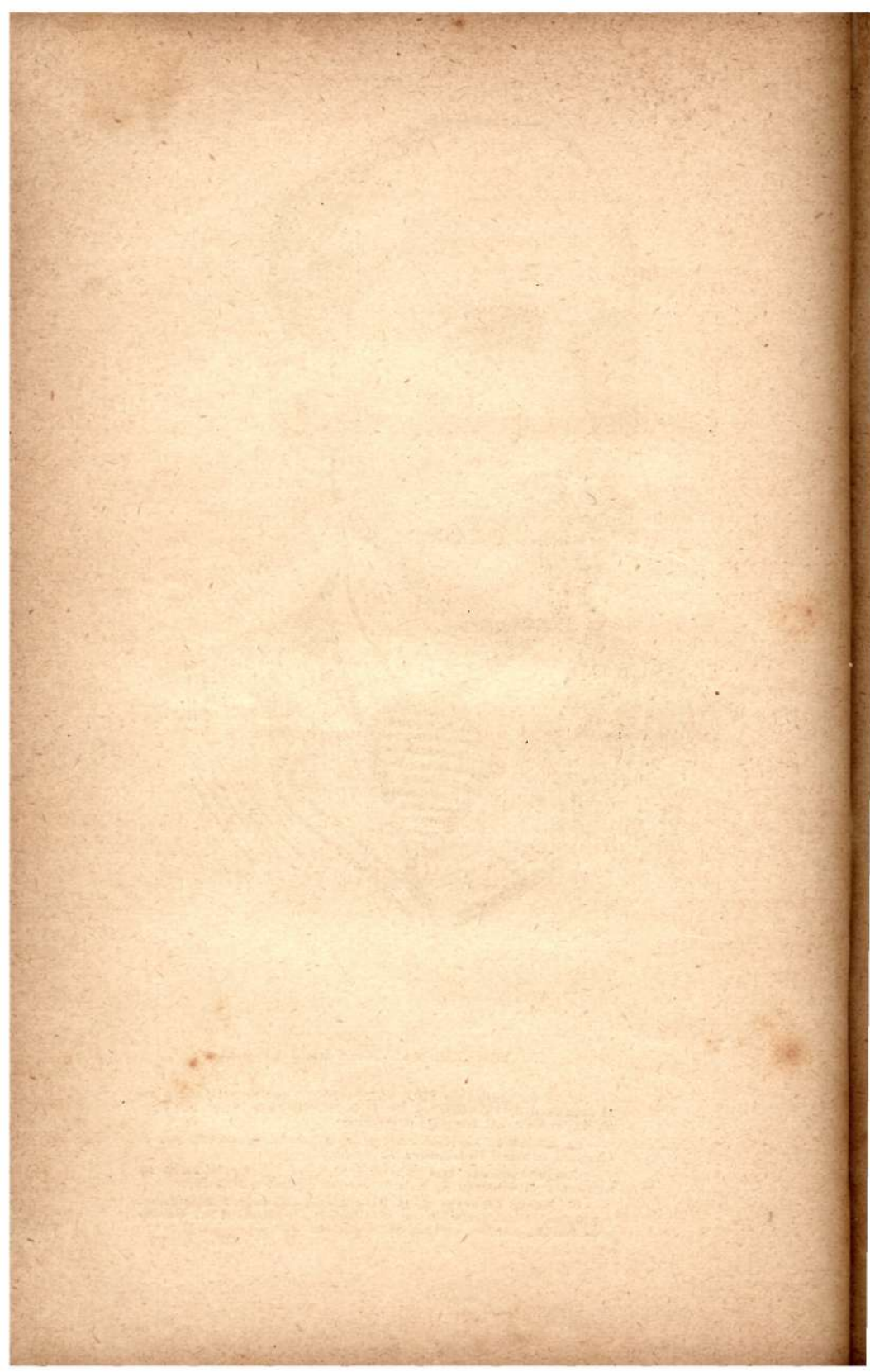
MAYOR GENERAL JUAN RIUS RIVERA

El 28 de marzo de 1897, fué herido y hecho prisionero en el combate de "CABEZAS DE RIO HONDO en Pinar del Río, el Mayor General Juan Rius Rivera.

La acción se verificó contra la columna mandada por el General español Hernández de Velasco.

Conjuntamente con el General Rius cayó prisionero su ayudante el Coronel de Estado Mayor Federico Bacallao.

El Mayor General Rius Rivera fué conducido a España, permaneciendo recluso en el Castillo de Monjuí en Barcelona hasta —a terminación, de la guerra.



I

DE LA MANIGUA

A LA CARCEL

El 20 de Marzo de 1896 fué un día hermosísimo. Ni la más ligera nube empañaba el azul del cielo patrio, y el astro rey, ya próximo al ocaso, lanzaba sus dorados rayos, oblicuamente, sobre un lozano palmar criollo, cuya sombra, franjeada por rectos claros de luz, protegía el sueño de un grupo de patriotas cubanos que después de larga marcha buscaban en él la restauración de las fuerzas perdidas, confiados en el celo del vigilante centinela que, arma al brazo, se paseaba sobre las paralelas del Central "Pulido", que se dirigían a la costa Sur de la Isla.

Aquel grupo de patriotas, a cuyo frente estaba el Teniente Teodoro Perpiñán, el valiente entre los valientes, pertenecía a uno de los escuadrones del Regimiento Calixto García, y estaba mandado en jefe por el Comandante Ricardo Borges, cuya actuación como patriota fué de resultados negativos para la causa de la Revolución.

El citado Regimiento, que más tarde se colmó de gloria bajo el mando del intrépido Coronel Rosendo Collazo, estaba en formación, y sus escuadrones, al mando de jefes improvisados, según las necesidades del momento, estaban destinados a operar en la zona Sur de la provincia de La Habana.

El lugar escogido para campamento no ofrecía buenas condiciones estratégicas.

La finca "La Estrella", colonia del Central "Pulido", enclavada en la zona de Guanímar, del Término Municipal de Alquizar, estaba cruzada por un camino de hierro de vía estrecha que no funcionaba, pero servía de camino militar a las columnas españolas que diariamente recorrían aquellos lugares.

Aquel día, a pesar de su diafanidad, fué trisísimo y de fatales resultados para la causa de la Revolución.

Las armas cubanas sufrieron un revés tremendo.

Algunos patriotas perdieron su vida frente al enemigo; otros regaron con su sangre el suelo de la patria oprimida, y el autor de estas pobres narraciones perdió la más valiosa condición del hombre: la libertad.



Al romper el alba las tinieblas de la noche, la corneta ordenó la marcha, y dejamos el campamento "La Luisa", unas seis leguas al Sur de Güira de Melena, y después de una larga marcha, acampamos a las tres de la tarde en la finca "La Estrella", quedando la retaguardia mandada por el Teniente Perpiñán, cubriendo el rastro, que era el lugar más peligroso en las marchas y campamentos.

El Teniente Perpiñán, hijo de una buena familia habanera, era un muchacho de unos veinticinco años de edad, de color trigueño, regular estatura, modales distinguidos y de un valor personal rayano en la temeridad.

A su mirada de águila no pasaba desapercibido ni el más pequeño detalle.

En las marchas, en los campamentos, durante las difíciles operaciones que se le confiaban, siempre se le veía organizando e infundiendo valor y respeto cariñoso a sus soldados.

La disciplina era cualidad que brotaba a raudales de su carácter.

Sus órdenes se obedecían siempre con deseos de sacrificio, y sus consejos eran solicitados por sus superiores.

La campaña de la invasión donde tomó parte en cien combates, le había dado fama de valiente, y esta cualidad la confirmó con su muerte, realizando un hecho histórico que sería una inmensa ingratitud dejarlo en el olvido, y que fué referido por un superviviente de aquella espantosa tragedia en que cayó para siempre el General Juan Bruno Zayas y todo su Estado Mayor.



Atacado el campamento general por varias columnas enemigas en combinación, fué tan terrible la sorpresa, que rápidamente se formaron líneas de fuego en distintas direcciones, entablándose la pelea sin unidad de mando ni concierto.

El Estado Mayor se vió envuelto por el enemigo, que a bayonetazos lo exterminó por completo en pocos minutos.

Mientras el acero enemigo arrancaba la vida a aquel grupo de esforzados libertadores, entre los que cayó también "Chucho" Planas, el Teniente Perpiñán, que con un grupo de treinta compañeros peleaba separadamente en otra di-

Es más; la tropa española había estado emboscada a menos de mil quinientos metros de nuestro campamento, y aunque estuvimos en él el tiempo estrictamente necesario para almorzar, se pudo muy bien haber descubierto la presencia del enemigo, con una simple exploración que se hubiese practicado.

Además, fué una verdadera imprudencia marchar a aquella hora, con dirección a la ruta que diariamente recorrían las fuerzas españolas en su retirada hacia Alquízar y Artemisa, después de sus operaciones por aquellos lugares, donde se empeñaban en desbaratar la organización de los regimientos insurrectos.

Después de una ligera discusión sobre lo que convenía hacer, triunfó el criterio de Perpiñán, que se empeñó en hostilizar al enemigo en su retirada hacia la población.

Un oficial oriental que tenía el mando de la retaguardia en segundo término, objetó que como medida de conservación de nuestra pequeña fuerza, habida cuenta de que estábamos municionados a cinco tiros de arma larga por cabeza, debíamos marchar hacia la costa, procurando adquirir noticias cuanto antes del resto de la fuerza, haciendo aquella misma noche todo el esfuerzo posible para recoger los heridos y dispersos.

Pero Perpiñán hizo triunfar sus razones de orden militar, y marchamos por una vereda un poco más al Norte, en el mismo sentido en que íbamos antes.

Salimos del monte y seguimos por el potrero del Cristo, y oblicuando a la derecha pasamos cerca del cementerio de Pulido, llegando al poco rato al cruzamiento del callejón del Encuero con el camino general de Alquízar a Guanímar.

Nueva deliberación surgió allí sobre la dirección que debía seguirse para dar con la columna enemiga en su retirada.

La presencia de un guajiro que traía la dirección Sur a Norte, nos puso sobre aviso, porque sus ademanes nos fueron sospechosos.

Reconocido el guajiro, dijo que por el callejón que algo más adelante desembocaba en el del Encuero, venía una columna que él no sabía si era o no española.

Dicho esto se le retuvo, y Perpiñán, con la movilidad extraña que le imprimía la presencia del enemigo, dispuso las cosas de la siguiente manera.

—¡Alférez! —gritó—. ¡Ponga la fuerza en línea de fuego detrás de esa cerca, para que cubra mi retirada si resultan ser los españoles, que yo voy a reconocerlos!

Después gritó imperiosamente:

—¡Concepción, Sabad, Acevedo, seguidme!

Rienda al brazo y con la tercerola preparada para disparar, avanzamos a buen trote por el callejón del Encuero, teniendo a la derecha una alta cerca de cardón que impedía ver el campo que se extendía detrás de ella.

Cuando faltaban unos treinta metros para llegar a la bifurcación del callejón que seguíamos, se nos echó encima un pelotón de guerrilleros que, sin hacernos el honor del “¡Alto!”, nos enviaron una descarga que apagó el que nosotros le dimos.

—¡Fuego! —gritó Perpiñán—, y los cuatro disparos hicieron retroceder a los traidores, quienes, parándose de nuevo, atronaron el espa-

cio con una nueva y formidable descarga de sus rifles.

Hecha nuestra primera descarga, ordenó Perpiñán la imperiosa retirada, coincidiendo nuestra virada con la segunda descarga de los guerrilleros, que acertaron a herir a Perpiñán en una pierna, quien escapó en vertiginosa carrera, gracias a la ligereza de su buen caballo.

Los otros dos compañeros tuvieron también la suerte de escapar en fuga precipitada, gracias a que los traidores debieron haberse repetido el refrán de que “vale más un pájaro en mano que ciento volando”.



En el reloj del tiempo sonó la triste hora de mi desgracia inmensa, y tres proyectiles dieron en tierra con mi pobre penco, de cualidades muy inferiores a las de “Rocinante”, en el momento preciso en que lo impulsaba tratando de escapar con el pellejo que tantas veces había tenido en peligro.

Mi mala estrella hizo que el pobre animal me cayera sobre la pierna izquierda, aprisionándomela con tal fuerza de gravedad, que me impidió incorporarme.

En la caída recibí un golpe en un pómulo, del que manaba sangre en abundancia, pero no lo noté sino después de estar en manos del enemigo.

La febril locura que se apoderó de mí en aquellos momentos, me impedía razonar, y como un autómatas, saqué el revólver a duras penas, y al más cercano de los guerrilleros, que ya a pie se me echaba encima, machete en mano, le disparé a quemarropa sin alcanzarlo.

Aquella manada de lobos retrocedió unos pasos por instinto de conservación, pero seguros de mi impotencia, se lanzaron a exterminarme.

Pero Dios en sus designios no había dispuesto que mi existencia terminara allí, y fué más fuerte su voluntad que el ímpetu militar de la columna del General Arolas, compuesta de mil infantes y quinientos jinetes de tropa regular, auxiliada por la potente guerrilla "Habana", que la integraban sesenta cubanos, de los cuales ninguno tuvo el honor de llegar a Cabo; los oficiales y clases que entonces la mandaban eran todos procedentes de la tropa regular de caballería.

Y fué esta circunstancia especial de la organización militar que el General Arolas había dado a las fuerzas de su mando, la que me arrancó de las garras de la muerte.

Con la rapidez del pensamiento se interpuso un gallardo Sargento español, entre mi cuerpo mutilado y los afilados machetes de los guerrilleros, que ya en alto el arma me tenían a unos segundos de la muerte.

—¡Cobardes! — les dijo—. ¡De ese modo no se mata a un hombre!

Rápidamente quitaron el cadáver del peneco de sobre mi dolorida pierna, y me registraron escrupulosamente.

Ya en pie, el Sargento, con la bondad de las almas nobles reflejada en su rostro, se convenció, tocándola con sus dedos, de que la herida de mi cara no tenía importancia, y con su propio pañuelo me limpió la sangre, dirigiéndome palabras consoladoras al rogarle que si había de ser sacrificado aquella tarde, que fuera él en persona y no los guerrilleros, quien me diera la muerte.

—No sea usted cobarde ante su desgracia y camine — fueron sus únicas palabras.

Conducido ante el Teniente jefe de la guerrilla, apenas pude distinguírle la cara, porque ya obscurecía.

—¡Teniente: no me deje en poder de los guerrilleros! — fué todo lo que pude articular en aquel momento.

Mi agotamiento físico llegaba a su grado máximo, y faltándome las fuerzas caí al suelo casi sin sentido.

Entonces el Teniente ordenó que me pusieran sobre un caballo que tenían allí sin montura, y atándome los pies por debajo de la barriga del animal, dispuso que me dieran mi tercerola, y en forma de trofeo, llevando un soldado el caballo por la rienda, y otro el extremo de la soga con que me habían atado los pies, me hizo marchar junto a la interminable fila de infantería, que en dirección del pueblo caminaba a discreción por la vía estrecha del Central “Pulido”.

El deseo del Teniente era presentarme de aquella manera al General Arolas, que marchaba a la cabeza de la columna.

Cuando pasábamos junto a una de las compañías de infantería, un Capitán que marchaba a caballo, se acercó lo suficiente para cruzarme el rostro y la espalda varias veces con la cuarta que usaba para arrear el cuadrúpedo.

—¡Teniente! — grité —, ¡no permita que atropellen a un prisionero que está bajo su custodia.

Entonces el Teniente increpó al Capitán, amenazándole con dar parte de su mala acción.

El flagelador viró en redondo y ocupó su puesto en la cabeza de su compañía.

El Teniente trató entonces de convencerme de su irresponsabilidad en aquel acto de injusticia, expresándose con frases despectivas para el Capitán, que tan cobardemente había descargado su odio sobre un hombre indefenso.

¡Qué diferencia entre la dignísima conducta del Sargento que me había salvado la vida, y la de aquel oficial, cuyas estrellas acababa de deshonrar con su vituperable proceder, estando por su graduación obligado a proceder correctamente en todos los actos de su vida, pues no otra cosa les enseñan en las academias!

Pero no hay duda de que la imperfección existe en todas las instituciones humanas, y al ejército español, cuya característica es la más pura hidalguía, pertenecía aquel energúmeno, indigno de vestir el honroso uniforme de oficial.

Tras penosa marcha llegamos a la cabeza de la columna, y mi conductor, adoptando una solemnidad de maneras y escogiendo frases propias para el caso, me presentó al General, haciéndole una ligera explicación de las circunstancias que habían rodeado el acto de mi caída en poder de las fuerzas a su mando.

El General me trató con cortesía, y al saber que sólo tenía dieciocho años, me dijo que debido a mi corta edad, si me prestaba a servir a España con buenas noticias relativas a las fuerzas insurrectas de la zona, que sirvieran para exterminarlas, podría obtener la libertad inmediatamente.

A sus primeras preguntas respondí que conocía muy poco las fuerzas de la comarca, porque hacía sólo unos meses que operaba en ella, y nada podía decirle que le fuera útil para sus operaciones, y que con la dispersión de aquel día, tarde volverían los insurrectos a levantar cabeza.

Como se comprenderá, mis palabras tenían el doble sentido de tratar de desvirtuar el propósito del General, de llegar a proponerme que traicionara a los míos, y señalar como innecesarias nuevas operaciones de sus tropas en la zona de Guanímar.

Fuera o no debido a mis declaraciones, el caso fué que el General no me dirigió más la palabra y continuamos la marcha silenciosamente, envueltos en la obscuridad de la noche.

II

MI PRISION

EN EL PUEBLO

DE ALQUIZAR

La proximidad del pueblo de Alquizar, cuyas luces teníamos a la vista, ocasionaron un completo cambio en mi ánimo.

Mi mente, obscurecida por la serie de sucesos que me habían envuelto durante el día, empezó a fijar las ideas, y la triste realidad se presentó ante mis ojos con perspectivas de muerte.

¡Alquizar! Yo conocía mucho aquel pueblo.

Yo había vivido siempre en una finca de sus cercanías.

Me eran conocidos hasta sus más escondidos rincones. Allí tenía familiares y sabía que muchos hijos de aquel pueblo, ganapanes del Gobierno, se presentarían voluntariamente para acusarme de cuanto se les antojara, porque muchos de los que habían salido a la revolución en los primeros momentos, se habían presentado, haciendo delaciones que sumieron en la orfandad a muchos hijos de familias patriotas.

Yo había entrado en aquel pueblo con las fuerzas del General Maceo, y recordaba todas las peripecias de aquella operación que había humillado a los españoles, muchos de los cuales

me conocían e iban a verme caballero de extraña figura, atado y conducido como si se hubiera tratado de un loco peligroso.

Indudablemente, las autoridades españolas sabrían aquella misma noche que yo había tomado parte en la toma e incendio de la bodega de Cuatro Caminos, cerca de San Antonio de los Baños, que se destruyó porque la estaban fortificando, y a cuantas otras operaciones había yo asistido en aquella comarca.

Verdaderamente atribulado con semejantes ideas, entramos lentamente a las nueve de la noche, por una calle apenas alumbrada por parpadeantes luces de aceite que salían de viejos faroles, y que contribuían a dar lobreguez al cuadro de mi desgracia, que ya principiaba a destacarse en el negro marco de aquellos tristes sucesos.

En abstracción momentánea, vino a mi mente el recuerdo del Nazareno cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén, sentado de lado en un burro, hallando a su paso palmas y flores, rodeado de las multitudes que creían en su santa palabra.

Pero, ¡cuánta diferencia!

El Salvador del Mundo fué voluntariamente a Jerusalén, alegre y satisfecho de poder cumplir el mandato de su Padre, muriendo por nosotros; mientras yo era conducido a la brava, atados los pies por debajo de la barriga del animal, y mi muerte, que yo consideraba segura dentro de pocas horas, quedaría para siempre en el olvido, mientras la del Mártir del Gólgota está aún en la conciencia de todos los pueblos y ha sido base y fundamento de la religión que se distingue con el nombre de aquel grande hombre.

De estos pensamientos me sacaron los insultos groseros que me dirigían unos desocupados desde una esquina.

—¡A “Los Pinos”! ¡A “Los Pinos”! — gritaban después de los insultos.

“Los Pinos” era un lugar de sacrificio.

Saliendo de Alquízar por la línea del ferrocarril con dirección a Güira de Melena, como a dos kilómetros de distancia de la primera de dichas poblaciones, se levantaban dos grandes pinos, a manera de gigantes columnas, uno a cada lado de la vía, marcando el lugar donde tuvo su origen una de esas anchas guardarrayas típicas de las grandes fincas.

Para la construcción del terraplén del camino de hierro, habían practicado a ambos lados en aquel lugar, grandes zanjas en el terreno.

Aquel era el tétrico lugar escogido por los guerrilleros para sacrificar las víctimas de la Revolución que les entregaban las autoridades, producto de las más bajas delaciones, o recogidas en los campos, arrancadas de sus pacíficos hogares y acusadas de insurrección.

Hacía pocos días que se había promulgado el famoso decreto del General Weyler, por el que se consideraba como insurrecto a todo el que se encontrase fuera de las poblaciones.

El fúnebre grito de “¡A “Los Pinos” con ellos!””, lanzado por aquellos simpatizadores de mis penas, destacó ante mis ojos el negro contorno de mi horrible suerte.

★ ★ ★

Doblamos una esquina, y una aguda nota de la corneta de órdenes, que repercutió en mi alma con vibraciones de agonía, hizo que la columna se detuviera.

Entonces llegaron junto a mí, fuertemente maniatados, unos doce prisioneros de color, de avanzada edad, que la columna había recogido en la costa aquel mismo día, sacándolos de sus ranchos, y que más a retaguardia habían sido conducidos como yo a la población.

Estábamos frente al cuartel de los voluntarios.

Allí fueron llegando las autoridades del pueblo, distintos oficiales y mucho público, que fué dispersado por los soldados.

Después de quitarnos las ligaduras, encerraron a mis compañeros en lugar ignorado para mí, y me incomunicaron en un calabozo, vigilado de cerca por un voluntario a bayoneta calada.

★ ★ ★

Envuelto en la mayor obscuridad, me tiré en un rincón del calabozo, y con la frente entre las manos, me entregué a la más profunda meditación.

Por primera vez en aquel agitado día, acudió a mi mente el recuerdo de mi querida madre, aquella viejecita de tez apergaminada que me había enseñado a llamar a Dios en mi auxilio en los momentos difíciles de la vida.

Y puedes creerlo, lector; puesto de rodillas oré largo rato con toda la fuerza de mi corazón, y un como bálsamo consolador, serenó mi espíritu, y un raudal de lágrimas rodó por las mejillas, que allá en la escaramuza final de mi vida de guerrero, enrojeció la sangre con ausencia plena de toda aflicción cobarde.

¡Y siguieron los recuerdos de las cosas pasadas!

Yo había sentido un fuerte tiroteo en los momentos en que caía prisionero, en la dirección del cruzamiento de los caminos, donde estaban emboscados mis compañeros.

Aquellos abnegados compañeros, ¿habrían caído para siempre, pagando con sus vidas su arrojo y temeridad? Posible era. Ningún monte cercano podía protegerlos; las condiciones del terreno se prestaban para su exterminio. La columna española era grande, y su operación del día intensísima.

¡Cuánta tristeza en el corazón de los que habían escapado con vida!

Con toda seguridad me darían por macheteado, dadas las circunstancias en que me habían dejado entre los guerrilleros.

¿Cuántos habían muerto o caído heridos en “La Estrella”? ¡Tal vez en el monte había heridos que morirían por falta de asistencia!

Aquello había sido un desastre sin precedente.

¿Seguiría la causa de la Revolución y su prestigio, confiados a personas tan inexpertas?



De tan tristes reflexiones me sacó el chirrido del cerrojo y los pasos acompasados de un pelotón de soldados que formaron a ambos lados de la puerta.

—¡Salga el preso! —gritó una voz aguardentosa.

Rápidamente me coloqué entre las dos filas, donde me esposaron por los dedos pulgares, y conduciéndome hasta la calle, me colocaron a la cola de una cordillera o cuerda de presos, formada por los que yo había visto antes y otros.

—¡En marcha! —ordenó una voz, y la triste comitiva se puso en movimiento.

A aquella hora, doce de la noche, había trasnochadores que nos esperaban para gritarnos de nuevo:

—¡A “Los Pinos”! A “Los Pinos”!

Como la calle que seguíamos era la que conduce al paradero del ferrocarril, todos creímos que efectivamente íbamos para el lugar del sacrificio.

Algunos de aquellos pobres viejos inocentes, principiaron a dar muestras de abatimiento ante la idea de la muerte; pero yo les di ánimo indicándoles que se fijaran en el importante detalle de que los que nos conducían no eran guerrilleros, lo que daba lugar a una gran esperanza, ya que el vil oficio de verdugos no lo ejercían allí sino los cubanos degenerados que, en su afán de servilismo, no había acto innoble que no cometieran sin el menor escrúpulo.

Al llegar frente a una casa de buen aspecto, dieron alto a la marcha y nos introdujeron en el patio de la misma, conduciendo después a su interior a todos los presos, menos a mí que me dejaron en el patio entre fusiles.

Allí reanudé mis tristes reflexiones sobre todo aquel suceso.

¿Existiría en aquella casa alguna trampa maldita por donde se desaparecería para siempre? No era posible.

Estábamos rodeados por soldados españoles, que venían a Cuba cumpliendo sus deberes de militares, y que no se contagiaban con los vampiros del presupuesto, a quienes nada les importaba la honra de su patria, y que sólo atendían a su enriquecimiento, conculcando todo principio de moral y buen gobierno si ello contribuía a sus fines de lucro.

Por fin me condujeron también al interior de aquella casa, donde se ofreció a mis ojos un cuadro que jamás se borrará de mi imaginación; tal fué la impresión que me causó.

Formando un semicírculo habían colocado a mis compañeros de cautiverio alrededor de una mesa en que había muchos papeles y en la cual escribían un Sargento y un Cabo, y ocupaba el centro un oficial de alta graduación.

El oficial me preguntó mis generales, las que di con marcada alegría.

—¿Está Vd. muy contento? — me preguntó.

—Sí, señor — le respondí —; y debe usted explicarse mi alegría, señor oficial. Esto significa la formación de una causa, y con ella iré para La Habana, privando así a los guerrilleros del gusto de sacrificarme en “Los Pinos”.

—En La Habana pueden fusilarle — dijo el Sargento.

—Es cierto — le respondí —; pero será con arreglo a las leyes.

—Está bien — dijo el oficial —; ahora se trata de que diga la verdad de lo que se le pregunta, y será mejor para usted que no mienta, porque podrá salirle muy cara la mentira.

—Diga, ¿no es cierto que todos estos presos que están presentes pertenecían a la infantería de su partida, los que tiraron sus armas en el monte al ser atacados, para poder negar que son insurrectos?

—No es cierto, señor oficial — le repliqué —, por la sencilla razón de que en mi fuerza no había infantería; todos éramos de caballería.

—No mienta y recuerde lo que se le dijo antes, ¿no los conoce usted?

—No, señor; no los he visto nunca.

—No sea terco — me dijo — y piense que en este trance puede salvarle la verdad, y le perjudica sumamente la actitud de negativa en que se ha colocado.

El jefe de las operaciones ha dicho en su parte, que los prisioneros negros pertenecían a la infantería, que las armas las habían tirado en el monte, y que usted, según personas que lo conocen, era Capitán de su partida. ¿Qué dice usted a esto?

—Digo, señor oficial, que basándome en que usted me ha aconsejado que diga la verdad si quiero salvarme, me veo compelido a decirle que todo eso es falso. De mi fuerza sólo caí yo prisionero; y ninguno de esos hombres pertenecían a ella. Esta es la verdad y nada más puedo decirle.

—Bueno — dijo —, ahora veremos si usted niega que alguno de estos presos lo conoce a usted—; y dirigiéndose a uno le interrogó:

—Diga usted desde cuándo conoce a este testarudo.

—No le conozco — respondió el aludido—; nunca lo he visto.

—¿Y usted? — interrogó dirigiéndose a un pobre moreno setentón—, ¿no lo conoce?

—Sí, señor; una vez pasó por mi **bujío** y me quitó una gavilla de tabaco — dijo el infeliz.

—¿Lo ve usted? — me arrojó a la cara el oficial, lleno de cólera—. Usted ha dicho mentira y se hará constar en su proceso.

Pero yo me había hecho el propósito de no levantar más la vista del suelo, ni decir una palabra más, y permanecí mudo e inmóvil.

El oficial interrogó a un Teniente que se había acercado, si había local en la iglesia para nosotros, a lo que respondió negativamente.

—Entonces póngalos en el portal de Gómez, ¡y mucho ojo con ellos!

★ ★ ★

Frente a la Auditoría, que no era otra la oficina donde estábamos, existía una bodega propiedad de un señor de apellido Gómez, español él y hombre de influencia entre los suyos.

A falta de cárcel, porque todos los locales dispuestos para encerrar cubanos estaban abarrotados, nos llevaron al portal del señor Gómez, donde esposados unos con otros y rodeados de centinelas, pasamos el resto de la noche tirados en el suelo, con un frío que helaba los huesos y sintiendo la nostalgia de las dulzuras de la paja de caña con que, a falta de frazada, nos abrigábamos en la manigua.

★ ★ ★

El día 21 amaneció en silencio.

Ni un soldado se veía en la calle.

Todos los soldados y guerrilleros habían salido a operaciones importantes, según conversaciones cogidas al vuelo entre los marchantes de la bodega, entre los que pude descubrir a un mi pariente, que me tenía más miedo en aquellos momentos que un gato al agua hirviendo.

Como la columna andaba en operaciones, no hubo rancho aquel día, y la noche con sus tristes lobregueces se nos echó encima, sin haber tomado alimento alguno en todo el día.

Veinticuatro horas se completaron a las cuatro de la tarde, desde mi última comida, unos dorados trozos de **fino calibre** (carne de puerco), el **grueso calibre** era la de vaca, con unos plátanos verdes forrajeados en la marcha; y estábamos ya muy entrados en la noche, importándonos mucho el regreso de la tropa española que había causado nuestra desgracia. ¡Así cambian las circunstancias!

Los centinelas me habían dicho que tan pronto regresara la tropa se haría rancho y comeríamos.

El piso del portal, que era de hormigón, estaba roto, presentando un hoyo de tierra en una esquina, donde acumulaban las barreduras para recogerlas.

Mezcladas con la tierra había partículas de pan y galleta.

Con mucho disimulo principié a recoger algunas de aquellas partículas, protegido por mi misma sombra, pues la pobre llama de un sucio farol estaba en el otro extremo del portal.

Al llevarlas a la boca, no sin atisbar al centinela, noté que éste, conmovido, volvía la cara del otro lado, para ocultar que me había visto, y sacando de un bolsillo un pedazo de galleta trataba de ocultarlo. Pero dando un paseo hasta cerca de mí, lo dejó caer con disimulo en el hoyo de donde yo estaba extrayendo momentos antes las partículas alimenticias, sin perder ni un momento su actitud de centinela mudo y derecho.

¡Bajo aquel rudo aspecto de soldado, anidaba un corazón generoso, fuente de sentimientos nobles, que jamás dejan de exteriorizarse por quien los posee, sean cuales fueren las circunstancias de la vida!

Una de las cosas que me han causado más disgusto en la vida, fué la pérdida de la libreta donde tenía anotados los nombres de aquel soldado, el del Sargento que me libró de la muerte el día que caí prisionero, y el del Capitán de artillería que me defendió en el Consejo de Guerra sumarísimo que me condenó en El Morro, aunque respecto de éste no me ha sido infiel la memoria: se llamaba José Carballo.



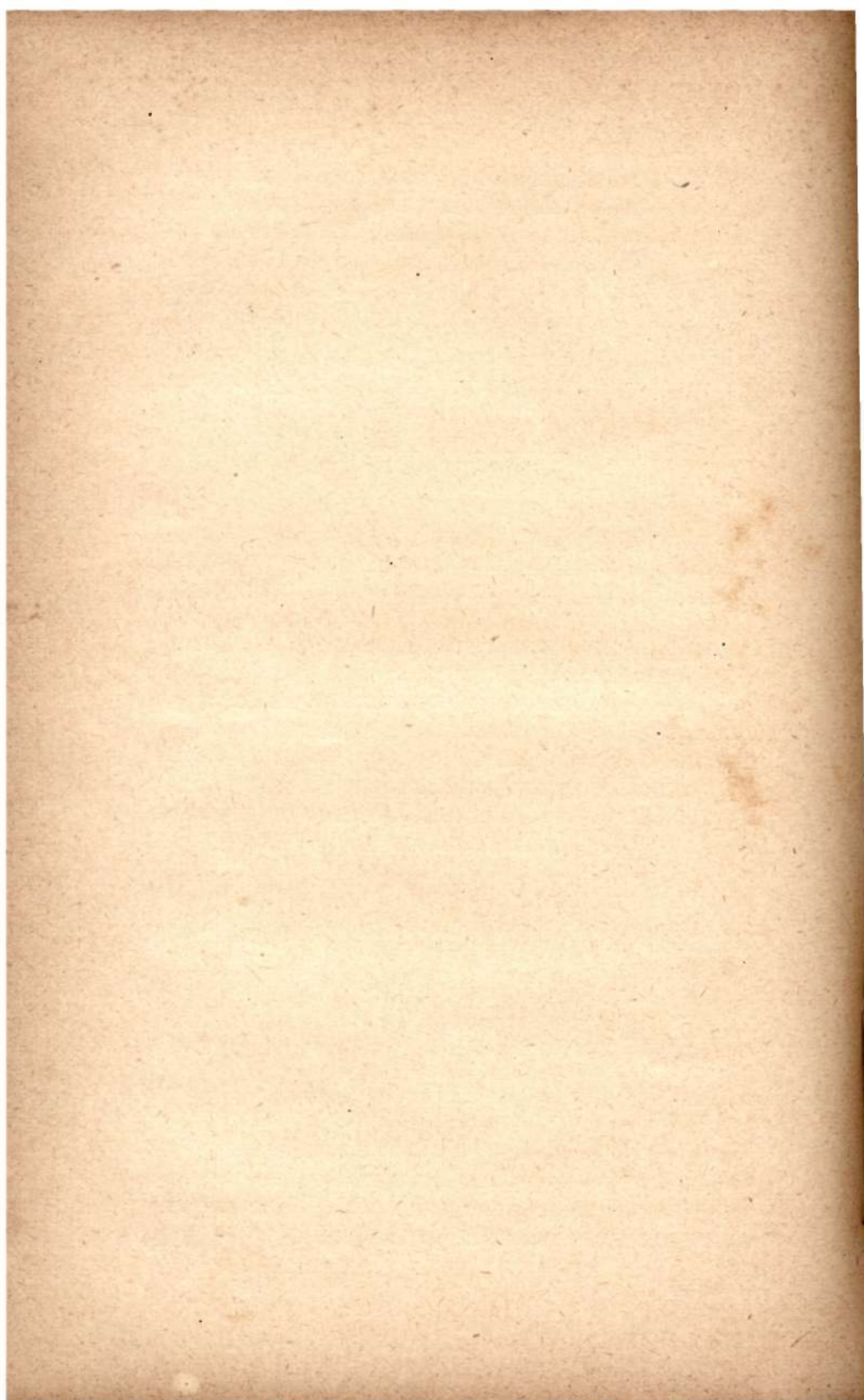
La columna hizo su entrada a las diez de la noche, y no era aquella hora de hacer rancho.

No pudimos saber si los soldados comieron o no, pero de mí puedo decir que aquel pedazo de galleta que sólo mi dentadura podía hacerle mella, fué todo mi alimento hasta las ocho de la mañana del día siguiente, a cuya hora nos dieron un poco de rancho de arroz y bacalao podrido, del que protesté ante el Sargento de la guardia, pero del que comimos con glotonería.

Aquel día hubo un gran bullicio en el pueblo, porque la columna no salió a operaciones, estando las calles llenas de soldados.

Los oficiales, con sus vistosos uniformes, daban alegre aspecto a aquella colmena militar, y a las cuatro de la tarde repartieron el clásico rancho de patatas, carne y garbanzos.

A las siete de la noche tuve la dicha de ver poner en libertad a mis compañeros de desgracia, y seguidamente me avisaron que me preparara para salir para La Habana.



III

DE ALQUIZAR

AL MORRO

Me había quedado solo.

Mis compañeros de prisión habían sido libertados.

¿A qué se debía aquel acto humanitario en aquellos momentos?

El Jefe de la columna que los había recogido en la costa, los acusó de insurrectos y, sin embargo, se les libertaba.

Yo no pude conocer la causa determinante de su libertad, pero aun conservo en mi pecho, a pesar de los doce años transcurridos, la satisfacción inmensa que me produjo la posibilidad de haber contribuído a su liberación con mis cívicas y peligrosas declaraciones.

★ ★ ★

Sigilosamente fuí conducido al tren militar que partió a las ocho de la noche rumbo a La Habana, compuesto de dos carros blindados llenos de tropa y prisioneros procedentes de las distintas prisiones provisionales que había en el pueblo, y varios carros con carga y pasajeros.

Lentamente avanzábamos carrilera adelante, como quien teme hallar en su camino súbitas dificultades.

Al pasar por el sitio ya mencionado de "Los Pinos", cerrando los ojos, me representé a mí mismo tirado boca arriba en el fondo de la horrible zanja, exponiendo al sol las heridas por donde se me había escapado la vida.

Pero no, no era verdad. Yo iba allí, rodeado de soldados, rodando hacia mi destino desconocido.

Después pasamos por los algarrobos de Novo, lugar muy conocido para mí, porque allí era donde un maquinista patriota, aprovechando la obscuridad del bosque de algarrobos, que formaban un largo pasaje cubierto de espesura, envolviendo su máquina en negra nube de humo, lanzaba a la cuneta paquetes de medicinas, municiones, etc., que los comisionados de la Revolución en La Habana remitían por su conducto a los cubanos en armas; paquetes que eran recogidos por parejas emboscadas allí al efecto.



La máquina exploradora pasó por aquel lugar sin dificultad alguna, pero al llegar el convoy, fué saludado con una descarga de fusilería.

El lector puede imaginarse la confusión que se formó en el tren.

Los soldados que nos daban custodia, fieles a la disciplina, no se movieron de sus puestos; pero el resto del personal, militares y paisanos, adquirieron la movilidad del que se ve en trance de escapar o morir.

La escolta del tren, que ocupaba el primer carro blindado, contestó el fuego con descargas ensordecedoras.

Los insurrectos seguían haciendo fuego a discreción, y la máquina pujaba roncamente con toda su fuerza de tracción, para vencer rápidamente en aquel momento crítico, los efectos retardatarios del plano inclinado que representa la pendiente que allí existe en la vía.

La máquina exploradora, que retrocedió desde muy lejos, venía haciendo fuego por descargas a una gran distancia del lugar de la acción.

Aquello no pasó de un susto.

Los cubanos dejaron de tirar cuando ya sus proyectiles no alcanzaban su objetivo.

El fuego de la escolta cesó también, y el monstruo de acero, orgulloso de su potencialidad, ya en la horizontal, se deslizaba con velocidad no acostumbrada.

Los rostros, lívidos por unos minutos, habían recobrado su color natural, y ya no se oía más que algunas blasfemias lanzadas por los soldados en su constante protesta contra el servicio obligatorio que los arrancaba de los brazos de sus madres para traerlos al matadero cubano.

En Güira de Melena engrosaron la expedición con más prisioneros, y así sucesivamente, en todos los pueblos del trayecto fué aumentando su número.

La escolta encargada de la custodia de los prisioneros hasta entregarlos al Capitán General, estaba compuesta por un Primer Teniente en Jefe, un Sargento, dos Cabos y catorce soldados.

Cuando estábamos ya cerca de La Habana, paró el tren en un pueblo cuyo nombre no supe distinguir, donde subieron muchos militares a ver a los prisioneros.

Un Sargento excesivamente fornido, preguntó por mí a un soldado de la escolta, y al señalarme, aquel hombrón con cara de bárbaro me aplicó con fuerza sobre mi débil pecho la culata de su fusil.

El grito de dolor que me arrancó hizo que el Jefe de la escolta, que estaba hablando en la plataforma con otros militares, acudiera para enterarse de lo que pasaba, y al saber el atropello, detuvo con voz de mando al Sargento, que trataba de escurrir el bulto, y a presencia de todos, le arrancó los galones, apostrofándole por su mala acción.

★ ★ ★

Aquella fatal expedición en ferrocarril tocó a su fin.

La estación de Cristina se presentó ante mis ojos, como demostración plena de que estábamos en las puertas de la gran ciudad cuya toma estaba en los planes del Titán Maceo, para acelerar la conquista de la libertad.

¿Nos conducirían en coche?

Tal vez en carritos de caballos o en ambulancias militares.

Sí, así sería; porque el trayecto era demasiado largo para recorrerlo a pie.

Nos bajaron del tren y nos ataron fuertemente, por parejas que unieron después entre sí con resistentes sogas, dejando entre cada una sólo el espacio necesario para un paso corto.

Al ver aquella disposición de marcha, comprendimos que el viaje era a pie por las calles de la ciudad.

Ante semejante realidad, instintivamente le dije al Jefe de la escolta que le temíamos al populacho de La Habana, a lo que me respondió que él no lo temía, que nadie se acercaría, y que el que lo hiciese sería pasado a bayonetazos.

Emprendimos la marcha.

Llegamos a los Cuatro Caminos, y al doblar por la calzada del Monte, se notaron las primeras muestras de hostilidad.

De uno de los establecimientos de las cuatro esquinas que forman Monte y Belascoaín, salió un hombre corpulento, quien, manteniéndose a buena distancia, principió a gritar con voz de bajo: “¡A los tiburones! ¡A los tiburones! ¡A los tiburones con los traidores de la Patria!”

Tales gritos, que repitió incesantemente hasta que llegamos a Palacio, atrajeron un público inmenso, que gritó con él en coro de insultos, hasta que entramos en la calle del Obispo, donde pasaron a vías de hechos.

Toda la dependencia del comercio de dicha importante calle (la canalla de la camiseta) se lanzó sobre la cuerda de presos, cuya escolta, reducida a la impotencia, marchaba en tumulto, no sé si tratando o no de evitar que nos fuéramos.

La turbamulta enfurecida, entre la que se veía mucha gente bien trajeada, ya no gritaba solamente, pegaba muy duro con palos, bastones, escobas y a mano limpia.

Muchos usaban sus extremidades inferiores, aplicándolas repetidamente sobre nuestros doloridos cuerpos.

Otros, al paso de la manifestación macabra, lanzaban sobre aquel montón informe de presos, soldados y canallas, palanganas de agua sucia, papas, cebollas y cuanto encontraban a mano que pudiera herir y ofender.

Con los empellones se aflojaron las ligaduras, y muchas parejas andaban medio sueltas.

Algunos prisioneros, después de ser separados de la cuerda y golpeados fieramente, eran de nuevo empujados hacia el centro por los mismos que en ellos saciaban su odio.

En medio de aquella tremenda baraúnda, alcancé a ver al Jefe de la escolta y le grité que pusiera orden, respondiéndome que no se podía con el público.

Y el hercúleo autor del estribillo “¡A los tiburones con los traidores de la Patria!”, seguía repitiéndolo incansablemente, como quien cumple una fatídica consigna, y lo repitió una y mil veces, con lo que nuevos contingentes de curiosos y malvados, en torrentes impetuosos, se desbordaban por cada bocacalle.

Al pasar por el café “Europa”, su dueño entonces, según pude averiguar cuando vine de Ceuta en 1898, luchó a brazo partido con la muchedumbre, hasta que llegó a mí, que ocupaba el extremo de la cuerda y que, voluntariamente y medio suelto, seguía el impulso de aquella marea humana, que crecía por momentos.

Aquel nuevo actor de la infame tragedia, se me colocó detrás, y a medida que me golpeaba fuertemente con manos y pies, me iba diciendo con voz de trueno: “¡Mira para arriba! ¡Mira para arriba! ¡Mira para arriba, mambí!”

Probando a ver si dejaba de golpearme, obedecí, y entonces, dirigiendo con furia sus pata-

zas en dirección de mis asentaderas, me gritó con voz que asustaba: “¡Esa es la bandera de la Patria!” Pero no dejó de golpearme con ímpetu de fiera.

Toda la calle estaba cubierta con cortinas de colores nacionales.

Un cubano se me acercó también, y después de preguntarme de dónde veníamos, se alejó receloso.

★ ★ ★

Por fin llegamos a la Plaza de Armas, y la guardia del Palacio (voluntarios), haciendo uso de sus fusiles, cogidos por la boca del cañón, hizo una dispersión digna de elogio.

¡Y se oyó a lo lejos cómo languidecía el sordo murmullo de indignación, producido por aquella ola de miserables, al ver el fracaso de sus perversas intenciones!

★ ★ ★

Nos introdujeron en el patio, y el Jefe de la escolta, avergonzado de su impotencia, nos contó, para cerciorarse de que estábamos completos, y nos ligó de nuevo rápidamente.

Entonces vimos descender por las escaleras, rodeado por sus ayudantes y gran número de oficiales de alta graduación, al General Pando, Segundo Cabo a la sazón, quien después de inspeccionarnos, dió órdenes para que la misma escolta nos condujera a la fortaleza del Morro.

★ ★ ★

Gran número de oficiales de distintas armas había invadido los patios del Palacio, y muchas

personas vestidas de paisano habían acudido también a la novedad.

En los rostros de todos se notaba la alegría que experimentaban ante la prueba evidente de los resultados que iban obteniendo con los planes de campaña (reconcentración) desarrollados por el General Weyler.

Un coronel bastante joven para su graduación, se acercó a mí, preguntándome por la zona de mi procedencia y nombre del cabecilla con quien había estado en la manigua, y al contestarle, protestó de los nombres del Regimiento y Brigada empleados por mí.

—¡Partidas de bandidos, malagrededidos de la civilización que les hemos dado, es lo que son ustedes en el monte!—dijo con tono amenazador.

Humildemente bajé la vista al suelo, resignado a sufrir aquel inmerecido insulto, dada mi triste condición de prisionero maniatado y abatido por mi suerte, y la de aquel militarote incapaz de ecuanimidad y misericordia.

Después se me acercó un señor bien vestido, con traje negro y bomba de pelo, de poca estatura y algo barrigón, quien sacando una cartera del bolsillo, principió a interrogarme sobre mi procedencia; pero en aquel momento se acercó colérico un oficial de alta graduación, gritándole en la cara: “¡Largo de aquí! ¡No necesitamos periodistas!

Cuando regresé de Ceuta pude averiguar que aquel periodista era un reportero del periódico “La Lucha”, de apellido Ugarte.

Notando que todo estaba dispuesto para partir, y que según la orden dada, nuestra escolta sería aquella misma cuya impotencia para librar-nos del populacho era manifiesta, dije en alta voz que deseaba hablar con el General, dirigiéndome a un grupo de oficiales que me quedaba cerca.

Uno de ellos se me acercó, preguntándome por el nombre del General con quien quería hablar.

—Con el que ha dispuesto que salgamos de aquí escoltados por esos soldados —le respondí.

—Yo soy su ayudante; puede usted decir lo que quiera.

—Lo que yo quiero decirle es que primero me harán pedazos que salir por mis pies de este lugar, sin que esa escolta sea cambiada por otra capaz de evitar que el populacho enfurecido que nos espera nos lance a la bahía.

¿Acaso ignora usted que nos han arrastrado, insultado y golpeado durante el recorrido que hemos hecho por la ciudad?—le dije con energía—. Esperamos que usted, señor oficial, aunque no sea más que por seguridad de estos presos del Gobierno, ordene que una escolta más fuerte nos conduzca hasta el Morro.

Unas voces de mando siguieron a mis palabras, y después de un rato de espera, se oyó la acompasada marcha de un piquete de Orden Público, que ocupó el zaguán de entrada, por donde desfilamos, con la seguridad de que el bárbaro aquel del terrible estribillo, quedaría defraudado en sus deseos de echarnos a los hambrientos tiburones.

No obstante, algunos de los más recalcitrantes, que estaban esperando nuestra salida, osaron acercarse con los puños en alto, lo suficiente para recibir los culatazos que les hicieron emprender la fuga.

Al llegar a la esquina de la Capitanía del Puerto, **un valiente** se precipitó sobre mí, bastón en alto, y me hubiera pegado si un señor con autoridad, puesto que formaba parte de la escolta, no lo hubiera detenido, dándole en pleno rostro una puñada fenomenal.

Ya en el muelle, respiramos con más tranquilidad, porque estábamos entre militares.

La horda de la camiseta nos había perdido de vista, y aunque nos acercábamos por momentos a los tiburones, el simple espesor de las tablas del bote y la necesidad que debían sentir aquellos militares de cumplir con sus deberes, nos alejaría de ellos lo suficiente para que su terrible voracidad quedara para satisfacerse muy pronto con víctimas españolas.

Algunos meses después ocurrió el terrible hundimiento del "Sánchez Barcáiztegui", en que perdió la vida gran número de prestigiosas personalidades del elemento militar del Apostadero.



En dos botes atravesamos la entrada del puerto y desembarcamos en el lugar conocido por "Los tres cañones".

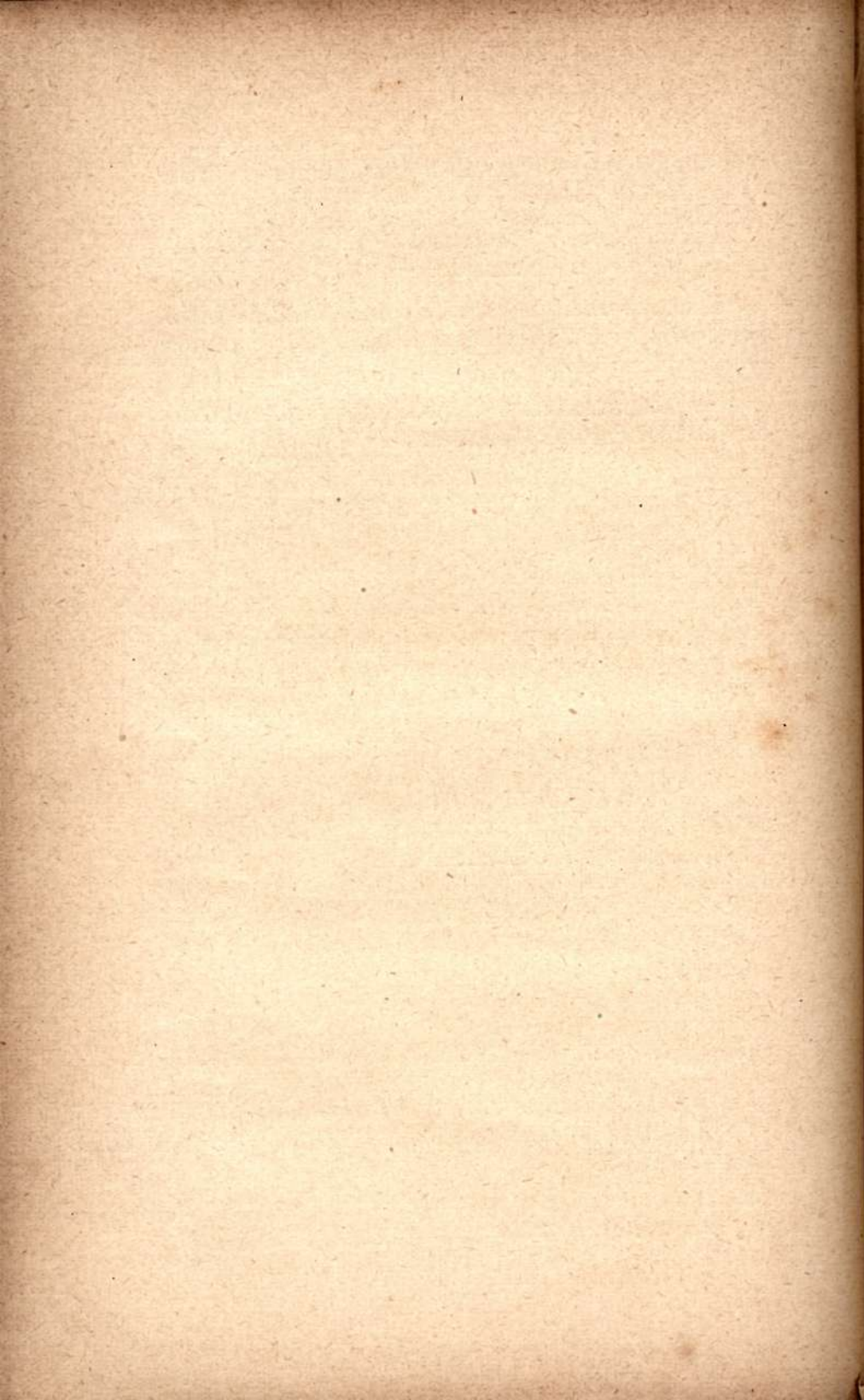
Requeridas de nuevo las ligaduras y tomadas todas las precauciones del caso, dieron la orden de marcha y la triste comitiva se movió cuesta arriba con la lentitud propia de cuerpos vacilan-

tes, llenos de contusiones y agobiados por la fatiga.

—¡Adelante! ¡Adelante! — decían repetidamente las voces de mando.

Y se oyó una que, con tono de lástima, repitió por dos veces: “¡Arriba, muchachos, ya estamos llegando!”

Un último esfuerzo y quedamos bajo la bóveda de entrada de la fortaleza.



IV

EN EL MORRO

A la voz de "¡Alto!" quedamos inmóviles, y muchos cayeron al suelo involuntariamente.

El Coronel Jefe de la Fortaleza se presentó ante nosotros rodeado de otros oficiales.

Era un militar como de unos cincuenta años de edad, de regular estatura, con músculos de atleta y carácter irritable, demostrando en su manera de tratar a los presos y subalternos, su avezamiento a la vida de carcelero.

Hecha la distribución de los prisioneros por calabozos, me destinaron al número 2, que estaba a la izquierda, bajo la bóveda de entrada, después del arco que separaba a este calabozo y el número 1, de la Sala de Consejos y Cuarto de Banderas, que quedan a izquierda y derecha, junto a la puerta de entrada.

A mis compañeros los encerraron en las bóvedas números 1 y 2, que daban al patio principal del castillo, y se divisaban desde la ventana de mi calabozo.



A las cuatro de la madrugada fué nuestro ingreso en aquella vetusta fortaleza, testigo mudo

a través de los siglos, de hechos horripilantes, que demuestran la maldad de los hombres, y otros de verdadero heroísmo, que perpetúan la memoria del espíritu militar español en América, el que, según el ilustre Azorín, se fué de estas regiones tropicales con el último cañonazo de la escuadra americana en Santiago de Cuba, trasladando su vieja y dorada poltrona a los picachos de las cumbres del Ríf.



El calabozo número 2 tenía unos ocho metros de largo por cinco de ancho, y su escasa ventilación se efectuaba por la baja y estrecha puerta de entrada, y por la ventana que daba al patio, también de pequeñas dimensiones.

El piso de hormigón con chinás pelonas (cantos rodados) al descubierto, estaba siempre impregnado de humedad.

En el centro, y en sentido longitudinal, corría una pieza de madera dura, soportada por un poste del mismo material en cada extremo, destinada a percha para el servicio de los presos.

Adosada a una de las paredes existía una tarima de madera en plano inclinado, como de cinco metros de ancho, destinada a dormitorio.

La puerta se cerró con estrépito detrás de mí, quedando envuelto en la más completa obscuridad.

Di dos o tres pasos y tropecé con la dura tarima, donde me senté, restregándome los ojos, como quien sale de una horrible pesadilla.

Poco a poco, a medida que mi mente funcionaba tratando de coordinar las ideas, las pupilas

se fueron acostumbrando a la obscuridad, y pude percibir la débil claridad que entraba por la ventana tapizada de gruesos hierros en cruz.

Lentamente, y sin producir el menor ruido, recorrí aquel cuarto tenebroso, para cerciorarme de si estaba solo, o si había de ser compañero de algún otro ser desgraciado.

La tarima estaba vacía, pero en uno de los rincones distinguí un bulto obscuro, al cual me dirigí suspendiendo la respiración.

Era un depósito de madera en forma de cono truncado, de bases paralelas (el clásico **zambullo**), destinado a recoger las excretas de los presos.

Allí se depositaban las excretas directamente, y servía para transportarlas cuando se llenaba.

Al tocarlo con el pie, saltó, tropezando con mis piernas, una enorme rata, que buscaba su sustento en aquellas obscuridades.

Caminando sigilosamente me acerqué a la ventana y descubrí a un centinela, que junto a ella permanecía silencioso en su garita.

Entonces retrocedí, semitranquilo, y me tiré en la dura tarima, no tardando en dormirme profundamente.

Los extraños gritos de “¡Centinela, alerta!”, “¡Alerta está!”, cuyo eco retumbó multiplicándose en aquellas cavernas de fortaleza medieval, me volvieron a la triste realidad de mi situación.

Desperté, pero los fuertes dolores que sentía en todo el cuerpo me tenían sujeto a la tarima.

El recuerdo de la fisonomía de aquel energúmeno que se empeñó en enseñarme la bandera española, que en forma de palio inmenso cubría la calle del Obispo, acudió a mi memoria, evocada por aquellos dolores.

El estrépito que producía la tropa con sus marchas precursoras del relevo de guardias, anunció la vida bulliciosa del nuevo día.

Un Cabo, colorado como un tomate maduro, de pequeña estatura y agilidad de ardilla, se subió por la reja de mi calabozo, y principiando por la parte superior, golpeó fuertemente con un pesado trozo de cabilla cada uno de los balaustres de la reja, para cerciorarse de la seguridad de la prisión.

Aquella operación fué repetida en todas las rejas del castillo, languideciendo allá a distancia el fatídico **tin, tin**, música horrible con que regalaban nuestros oídos los invisibles genios del mal.

Como a las siete de la mañana se abrió estrepitosamente la reja de mi calabozo, a cuyo ruido salté de la tarima, viendo entrar al mismo Cabo y a dos soldados que escoltaban a dos hombres vestidos de rusia, que por su modo de andar y el ruido metálico que producían sus movimientos, se adivinaban los grillos que llevaban remachados a los pies, y que se prolongaban hacia la cintura, tapados con la ropa.

Aquellos hombres, que eran presidiarios del Presidio Departamental y hacían allí los trabajos de limpieza, arrojaron sobre el suelo cuatro latas de agua, y entregándome un pedazo de frazada, una lata vacía y una escoba, se retiraron hacia la puerta, ordenándome el Cabo que hiciera la limpieza del calabozo.

Tarea difícil fué para mí, dado mi estado de salud, baldear aquel aposento de suelo áspero y maloliente, recogiendo el agua con la frazada para depositarla en la lata y en el depósito sanitario.

Una vez terminado aquel trabajo, volvieron los presidiarios y se llevaron el agua sucia, y yo me tiré de nuevo en la tarima, continuando la lucha con mis pensamientos.

El principio de mi martirologio era demasiado penoso para mi temperamento de muchacho, que si físicamente poseía fortaleza y vigor, mi alma carecía en absoluto del temple que adquirió después en la desgracia.

* * *

El centinela no me dejaba acercar a la reja de la ventana, pero a través de sus gruesos barrotes, distinguía las bóvedas que me quedaban enfrente, repletas de prisioneros, entre los que se distinguía uno de los protagonistas del desastre de Ibarra. Era López Coloma, que se había agigantado ante el pueblo cubano con proporciones de caudillo, encarnación del más puro patriotismo, que sentado a la reja de aquella estrecha prisión, donde apenas cabía su corazón de revolucionario, demostraba en la serenidad de su rostro la abnegación y valentía de espíritu con que sabía hacer frente a las desdichas sin cuento que necesariamente tenían que derivarse de las luchas por la libertad.

A su compañero, el ilustre repúblico Juan Gualberto Gómez, se lo habían llevado ya para Ceuta, donde estaba recluso en un oscuro calabozo del Acho, considerado como un enemigo peligroso.

En la bóveda número 2 había un detenido de apellido Agüero, de aspecto venerable, que salió en libertad al poco tiempo, precisamente el mismo día en que nuestros guardianes descubrieron los preparativos de una fuga que estábamos

combinando para salvar a López Coloma del fusilamiento.

Y flotaba en el ambiente y todos lo creíamos como cierto, que el tal Agüero había denunciado a las autoridades los preparativos de la fuga.

Amparo Orbe, la compañera de López Coloma, había introducido los días de visita, ocultas en sus ropas, algunas armas y hojas de seguetá.

Todo fué ocupado y desde aquel momento recrudecieron su maltrato nuestros guardianes; los Consejos de Guerra funcionaban con aceleración, y cada correo que salía de La Habana conducía en sus bodegas gran número de prisioneros y deportados, rumbo a los presidios africanos.



Mi soledad duró sólo diez días, al cabo de los cuales tuvo ingreso en la fortaleza mi primer compañero de calabozo, nombrado Amado Pérez, procedente de Sierra Morena.

Nuestros corazones se acercaron por la afinidad de nuestro infortunio, y ya no eran mis horas tan amargas. Pero aquella circunstancia favorable a mi situación, tuvo por consecuencia un grave inconveniente.

Como ya formábamos un par, se nos impuso el penoso trabajo de conducir diariamente por la mañana y por la tarde, colocados entre fusiles, el depósito de las excretas hasta un lugar elevado de la fortaleza, por su parte Este, donde en plano inclinado existía una canal tallada en la roca, junto a un pequeño muro, cuya cara exterior daba al mar profundo.

Allí se vertía el contenido del depósito, que con violencia caía en la superficie azul del mar,

donde tremendos selacios golosineaban a flor de agua con voracidad horripilante.

★ ★ ★

Una de aquellas noches llenas de tristezas infinitas, en que sólo el suspiro quejumbroso de algún prisionero desvelado, el fatídico silbido de las tímidas lechuzas o el vacilante grito reglamentario de los centinelas, alteraba el silencio sepulcral de aquel recinto de dolor, oímos el estrépito que producía un pelotón de soldados que marchaban por la bóveda de entrada, procedentes del exterior.

Se detuvieron frente al calabozo número 1, y el ruido producido por el choque de los fusiles sobre el suelo se confundió con el de los últimos pasos de la tropa, que procedió a quitar rápidamente las ligaduras de los brazos y esposas de los dedos, a un grupo de cinco prisioneros que quedaron sepultados en la obscuridad del mencionado calabozo.

¿Quiénes serían?

Sus amarguras formaban ya parte de las nuestras.

¡Eran cinco más en la lista interminable de los que caían en estado de impotencia!

El hueco que ellos dejaban en las filas del ejército de la libertad, se llenaría de nuevo, indudablemente; pero entristecía el alma ver cómo se llenaban las prisiones con hombres fuertes y vigorosos, útiles y necesarios para el servicio de la santa causa.

¿Quiénes serían?

El centinela que se paseaba partiendo la distancia entre los dos calabozos, hacía imposible toda comunicación con ellos.

A la mañana siguiente notamos que en la bóveda número 2 hacían esfuerzos para distinguir a los nuevos compañeros, atisbando a través de las rejas, que eran visibles una de otra.

En una pequeñísima bola de papel lanzada a la reja de la galera número 2 en un momento propicio para no ser vistos por el centinela, preguntamos si conocían a aquellos compañeros.

Al poco rato entró por la reja del calabozo el pequeño proyectil, mensajero de la siguiente contestación:

“Son los prisioneros de la goleta expedicionaria “The Competitor”.

Pero no daban sus nombres.

“The Competitor” era una goleta americana que salió de uno de los puertos del Continente, cargada de armas y municiones destinadas a las fuerzas de Pinar del Río.

Conducían la expedición los patriotas Alfredo Laborde y Teodoro Masa, quienes tuvieron la desgracia de caer en poder de las autoridades españolas junto con sus compañeros de travesía, unos ciudadanos americanos, que fueron puestos en libertad a petición del cónsul Lee; pero no así Laborde y Masa, quienes estuvieron presos en La Cabaña hasta que principió el Gobierno del General Blanco.



A mediados del mes de Abril llegó al Morro una gran cordillera de prisioneros procedentes de Güira de Melena y La Salud, llenándose por completo todos los calabozos.

Se me había respetado mi puesto en la tarima, por ser el primero en usarla, pero como en ella sólo cabían ocho, el resto hasta cuarenta y cinco dormía en el suelo, pegados unos a otros, respirando un aire viciado por la transpiración de los cuerpos ayunos de asco, y los gases pestilentes de las excretas, cuyos depósitos eran ya tres, y por mucho cuidado que se tuviera al usarlos, como parte del suelo, permanecían mojados por su exterior.

Los higienistas recomiendan para los dormitorios, de ocho a diez metros cúbicos de aire puro por persona; nosotros teníamos allí para cada uno, unos cuatro metros de aire pestilente.

Las fiebres se desarrollaron de un modo alarmante, y la viruela hizo su aparición.

Diariamente salía un número crecido de enfermos para el hospital de San Ambrosio.

Otra cordillera de presos llegó procedente de San Antonio de las Vegas.

De ellos destinaron tres a mi calabozo, cuyos nombres pasarán a la eternidad en mi memoria.

¡Imposible olvidarlos!

¡Al marcharse de este mundo, grabaron su recuerdo en mi mente con el buril del sacrificio!

Esteban Rodríguez, José Bacallao y Gregorio Rodríguez.

Con esos nombres figuraban en las filas del Regimiento Habana, del 5º Cuerpo de Ejército.

Eran naturales de Managua y al entrar en dicho pueblo las fuerzas a que pertenecían habían tomado parte en la acción que terminó con la destrucción por el fuego del mencionado pueblo.

¡Ese era su crimen! No sólo eran insurrectos traidores a la madre patria, sino incendiarios por añadidura, con la agravante de haber destruído a su pueblo natal.

Esteban Rodríguez era el quinto de cinco hermanos, y todos ellos, con su padre a la cabeza, habían abrazado la causa de Cuba y luchaban con las armas en la mano, en el Regimiento Habana, mandado a la sazón por el Brigadier Adolfo Castillo.

De diecisiete años de edad, alto y fornido, tenía en la frente el sello de la abnegación.

De noble mirar y verbosidad fácil y abundante, se captó muy pronto la simpatía y admiración de todos sus compañeros de calabozo.

Las cosas de la Patria ocupaban constantemente su imaginación.

—Es necesario irnos de aquí — decía al oído a aquellos compañeros que le merecíamos más confianza.

—Esta situación — decía — es insostenible, y entre morir de viruelas o de un balazo, prefiero mil veces la segunda forma.

Intentaremos ponernos al habla con los **clubs** revolucionarios de La Habana, para que gestionen la compra de algún oficial de los que prestan aquí sus servicios, y en el momento oportuno asaltaremos el Cuerpo de Guardia y después de abrir todas las galeras y calabozos, daremos un hermoso ejemplo de patriotismo y sacrificio, batiéndonos en retirada hacia la playa del Chivo.

Si caemos en la jornada, no será esa una cosa que asuste a nadie, porque al salir para el monte íbamos a bailar con la muerte.

Sí — repetía —, es necesario salir de aquí cuanto antes; cueste lo que cueste.

Por el calor con que sostenía conversaciones como ésta, demostraba que en su ardiente temperamento, la idea dominante era la de seguir luchando por el sagrado ideal.

El pesimismo huía de su corazón, donde había arraigado la más hermosa esperanza.

¡Oh cruel destino!

¡Quién te diría, corazón lleno de esperanza, que dentro de pocos días serías traspasado por el plomo homicida!

A grandes pasos se paseaba a lo largo del recinto y accionaba hablando consigo mismo.

—¡Sí — se repetía —, es necesario morir como un valiente!

En uno de aquellos paseos, se paró de pronto, y se le oyó exclamar uniendo sus manos en alto por sobre su cabeza, como signo de desesperación: “¡Y mi madre no sabe que estoy aquí!”

En uno de aquellos momentos de pequeño abatimiento, estando yo sentado en un rincón del calabozo pensando en mi Consejo de Guerra que se me había anunciado, poniéndome las manos sobre los hombros me dijo con voz de fuego:

—¿Pero será posible que no intentemos una fuga aunque ella represente el suicidio?

—Mañana principiarán a juzgarte, después seguirán conmigo, y como nos hicieron prisioneros con las armas en la mano, lo más probable es que nos fusilen.

—¡Oh! ¡Morir con los ojos vendados recibiendo el plomo por la espalda, es cosa que no puedo concebir! ¡Prefiero morir a bayonetazos, aquí mismo, luchando a brazo partido con los soldados!

Observando que su desesperación crecía por momentos, le dije con entereza:

—Querido Esteban: hoy no está tu ánimo sereno como otros días, y no es lógico que te desesperes, porque eso agrava tu situación. Porque ella es difícil, estamos obligados a ver las cosas a través del prisma de la realidad, y rodeándonos de paciencia, tratar de acumular energía y entereza de carácter, para salir lo mejor posible del terrible trance en que estamos metidos. Tengamos confianza en Dios y roguémosle que no nos abandone.

—¡Madre mía, ruega a Dios por mí! —dijo pausadamente, y se dirigió a un rincón del calabozo.

Profundos pensamientos debieron haber ocupado su mente, porque, recostado a la pared, permaneció inmóvil por más de quince minutos, con la cabeza entre las manos.



José Bacallao era un hombre de carácter completamente diferente al de Esteban.

De estatura mediana, su musculatura descubría a primera vista la fuerza con que Natura lo había dotado, pero su carácter superficial lo igualaba a un muchacho.

Aunque sus veinticinco años debían capacitarlo para pensar en su situación, su escasa mentalidad no se lo permitía.

Sentado en su puesto predilecto, junto a la reja del calabozo, pasaba los días cantando décimas patrióticas.



Gregorio Rodríguez ("Goyo"), era un hermoso ejemplar de la raza negra.

Con sólo diecinueve años de edad, la ingenuidad de su carácter, propia de los adolescentes, lo hacía comunicativo y locuaz.

No pensaba mucho en el trance porque estaba pasando, y su conversación versaba siempre sobre las cosas de la guerra.

Según decían sus compañeros, había dado pruebas de un valor espartano en los campos de la Revolución.



Estábamos en los primeros días del mes de Mayo.

Muchas cordilleras de prisioneros y deportados habían salido con destino a Ceuta y Chafarinas, yendo en una de las primeras el ilustre compañero Juan Gualberto Gómez.

Por ser un preso político de verdadera importancia se apresuraron los españoles a ponerlo en buen recaudo, y terminando su causa precipitadamente, lo sepultaron en la bodega de un buque, encaminándole por el mismo sendero de sufrimiento que recorrió en la guerra del 68.

A López Coloma lo habían trasladado ya al Hospital de San Ambrosio, y los Consejos de Guerra sumarísimos funcionaban sin interrupción, arrojando víctimas a montones a los sacri-

ficadores del Foso de los Laureles, cuyas descargas se oían en las mañanas serenas, llevando el espanto a los corazones de los que esperábamos nuestro turno.

Una mañana muy temprano sacaron del calabozo a los tres compañeros Esteban Rodríguez, José Bacallao y Gregorio Rodríguez, para hacerlos comparecer ante un Consejo de Guerra sumarísimo, para juzgarlos junto con otros compañeros suyos.

Cuando regresaron, a las pocas horas, traían el semblante demudado.

Habían acumulado sobre ellos tremendas acusaciones, sostenidas por los guerrilleros de su pueblo y otras personas que espontáneamente se habían presentado para acusarlos.

Pero ellos no habían perdido la esperanza de salir bien del Consejo.

Habían refutado las acusaciones, y esperaban poder demostrar en las sesiones sucesivas, que sus acusadores mentían, y que eran sus enemigos personales y políticos, por lo que el Consejo no debía tomar en consideración sus acusaciones.

A las seis de la mañana del día siguiente, con gran sorpresa para todos, cuando el más completo silencio reinaba en el castillo, se oyeron los pasos de un pelotón de soldados que, con ruido imponente, se detuvo frente a nuestro calabozo.

Un oficial que acompañaba al Comandante de la fortaleza, llamó por lista a los tres compañeros, notificándoles que se les cambiaba de calabozo.

A José Bacallao y a Gregorio los esposaron formando pareja, y a Esteban detrás de sus com-

pañeros, formando las seis manos una piña fuertemente unida con esposas en los dedos pulgares y cadenillas en las muñecas.

—¡Adelante! —ordenó el oficial, pero su voz fué apagada por las siguientes, que salieron de mi pecho, lleno de indignación:

—¡Valor, Esteban! ¡Te están engañando! ¡Te van a fusilar!

—¡Adiós para siempre compañeros! —dijo volviendo el rostro encendido como la grana, y aquellas fueron sus únicas palabras. Los otros dos no pronunciaron ni una sola.

¡Y la arista del arco medianero de aquella lúgubre bóveda, ocultó tras su negra proyección, los hacinados cuerpos de aquellos tres soldados de la libertad, que eran arrastrados inesperadamente a la arena del sacrificio!

Un ambiente de tristeza fué la característica de aquel día fatal.

Nadie podía explicarse que sin haberse terminado el Consejo de Guerra, sin habérseles notificado sentencia alguna y sin haberse llenado en fin las formalidades de la Ley, se metiera en capilla a aquellos compañeros para fusilarlos al día siguiente.

¡Esa era la fatal noticia!

Se supo por los mismos soldados, alguno de los cuales no temían hablar con nosotros, y hasta los había que protestaban reservadamente del acto de crueldad que iban a cometer fusilando a menores de edad.

* * *

En la tarde del día siguiente, un soldado andaluz ya de pelo en pecho y liberal hasta la me-

dula, que estaba de centinela junto a la reja del calabozo, en un momento propicio me dió por la misma un ejemplar de un periódico que traía perfectamente oculto debajo del uniforme.

¡Oh cruel destino! Allí estaba la descripción amplia y detallada del fusilamiento de nuestros compañeros, desde el momento de su traslado del Morro a La Cabaña, su permanencia en Capilla, y con todo lujo de detalles, su conducción ante el cuadro y sus últimas palabras e incidentes de la ejecución.

José y Gregorio se abatieron desde los primeros momentos de su entrada en Capilla, no admitieron auxilios religiosos, se negaron a tomar alimentos y fué necesario conducirlos hasta el cuadro.

Por el contrario, Esteban asombró a sus enemigos por su serenidad de espíritu, su firmeza de carácter y el pleno dominio de sus facultades.

Fué sumamente amable con el sacerdote que lo acompañó todo el tiempo que estuvo en Capilla, durante el cual no cambió ni un momento la expresión de su semblante, reflejo fiel de la tranquilidad con que daba su vida por la causa de la libertad de su patria.

Todo el día lo pasó escribiendo.

Le rogaba a la autora de sus días que no llorara por su muerte, y le decía que sus últimos suspiros serían para ella y que en el cielo se encontrarían. ¡Oh dulce consuelo de la religión! Y le dedicaba un anillo como recuerdo de su amor inmenso.

La carta a su novia era un mensaje de amor postrero, en que la invitaba para seguirse amando cuando se reunieran en las regiones celestes,

donde reina el Todopoderoso, quien sabría perdonarle las malas acciones que había cometido en este mundo, y terminaba dedicándole una sortija de brillantes como recuerdo de su amor eterno.

A su padre le dedicó el reloj de oro y el cinto con hebilla del mismo metal, y escribió por separado a sus hermanos, por conducto de su madre, cartas llenas de amor y patriotismo.

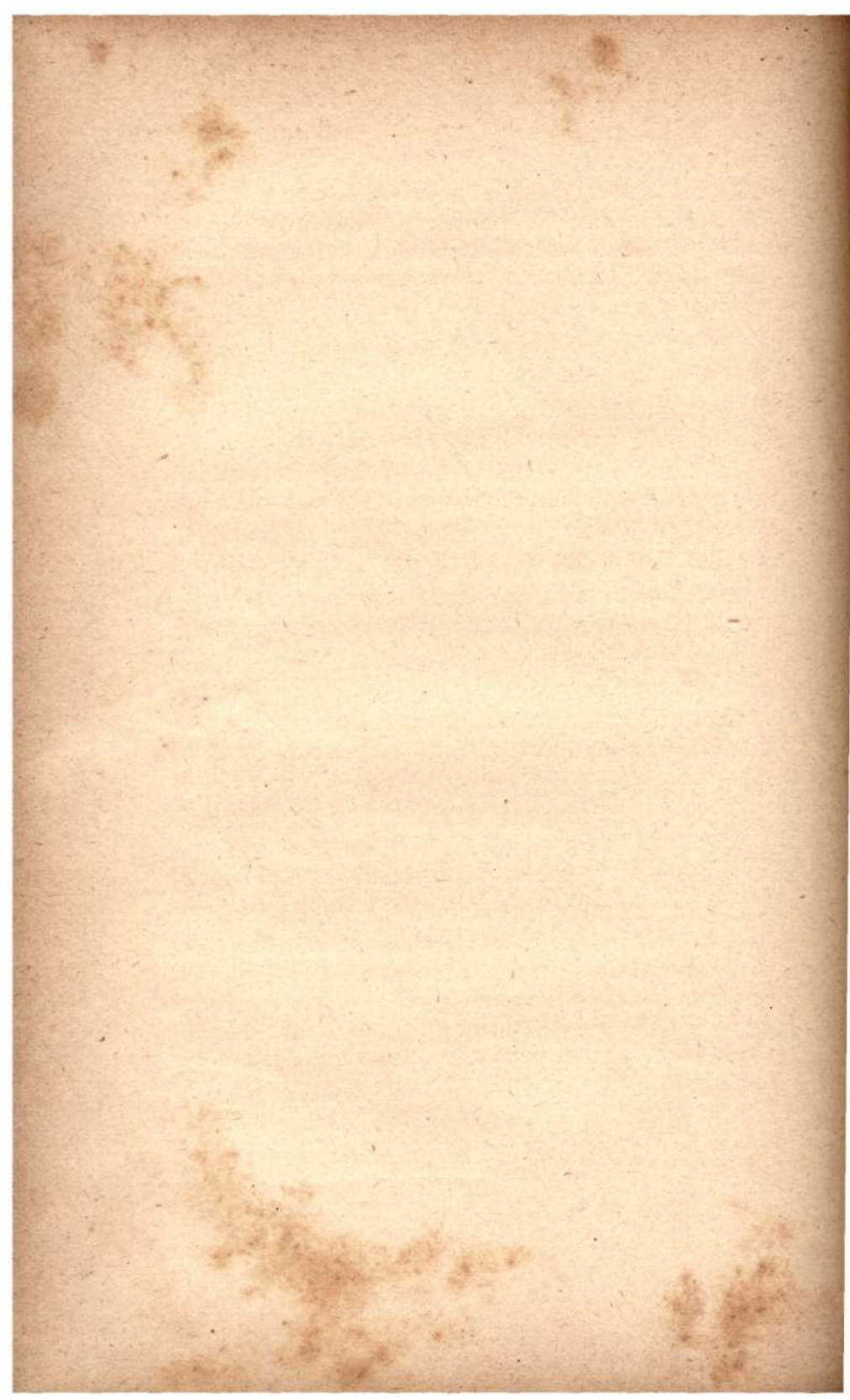
Por último, suplicó al sacerdote que lo despidiera de sus compañeros y de sus conciudadanos en general.

Tomó sus alimentos con naturalidad y en la cantidad de costumbre, y el médico certificó que su pulso denunciaba un caso extraordinario de normalidad fisiológica en un condenado a muerte.

Durmió con tranquilidad y al despertarse a las cinco de la mañana hizo su servicio de aseo matinal y tomó café con perfecta tranquilidad, después del servicio religioso que aceptó con devoción cristiana.

Listo para ponerse en marcha para el lugar fatídico, no admitió ayuda alguna.

Con paso firme y regular recorrió el trayecto y aunque le pusieron la venda de los traidores, tantas veces lo pusieron de espaldas se puso él de frente, mereciendo por fin el honor de recibir en el pecho el plomo que tronchó su hermosa vida.



MI CONSEJO

DE GUERRA

Los corazones se oprimieron por el dolor.

Un completo mutismo fué la nota saliente de aquel día.

Para mí, el efecto de aquel golpe fatal, fué recoger como herencia de Esteban, el compañero desaparecido, su idea obsesionante de la fuga.

Esta idea ocupó mi mente por completo durante aquella tarde y la noche, la que pasé en un terrible insomnio.

Un volcán bullía en mi cerebro, y la sangre hervía en mis venas.

El movimiento militar de la fortaleza, iniciado con la luz del nuevo día, me hizo cambiar de pensamientos ante el desarrollo de nuevos sucesos.

A las siete de la mañana me llamaron a la reja, donde me vi en presencia del Juez Instructor de mi causa, un Comandante ya entrado en años y de noble aspecto, que demostraba en sus maneras la imperturbabilidad con que cumplía los deberes de su cargo.

—¡Muchacho! — me dijo—. Vas a ser juzgado en Consejo de Guerra sumarísimo y es nece-

sario que nombres defensor, de acuerdo con lo que establecen las leyes.

Aquí tienes una lista de oficiales para que escojas entre ellos el que te ha de defender.

Coordinando un poco mis ideas le respondí:

—Señor Comandante: como no conozco a ninguno de esos señores oficiales, me veo imposibilitado de hacer la elección. Además, ninguno de ellos ha de poner empeño en hacerme una buena defensa. Si se me permite nombrar a un abogado, mañana mismo se personará en la causa, y entonces tendré la seguridad de ser defendido.

—Eso no puede ser — me replicó—. Tienes que elegir entre estos oficiales, y como no podemos perder tiempo, toma el lápiz y haz una cruz frente al nombre que desees, pero pronto.

—Está bien, Comandante; haga usted mismo la marca.

—Te he dicho que elijas — replicó con energía, y me entregó el lápiz y la lista.

—Siendo así — le dije — marcaremos el que ocupa el primer lugar, que será para mí igual que otro cualquiera.

—Te equivocas, muchacho; los militares que figuran en esta lista — dijo mientras la tomaba de mis manos — son todos honorables y cumplidores de sus obligaciones. Ese oficial que has designado es un Capitán de Artillería destacado en La Cabaña, que a sus grandes dotes de inteligencia une las mejores cualidades de hidalguía y rectitud que pueden adornar a un militar; has hecho una buena elección y los hechos te lo confirmarán. Esta tarde vendrá a visitarte para ponerse de acuerdo contigo.

—¡Un momento, Comandante! — le dije con marcada tristeza.

—¿Qué deseas?

—Que si le es posible, haga algo en mi favor. Es el ruego que le dirijo en nombre de la autora de sus días.

—Yo veré, yo veré, muchacho — fué su contestación.

Las últimas sílabas de sus palabras apenas las oí, pero tengo la seguridad de que las apagó la emoción.



El corneta lanzó al aire, y las ondas transmitieron, las notas más alegres para el soldado: la llamada a rancho.

Como todos los días, introdujeron en el calabozo la cubeta circular que contenía las raciones de rancho de los reclusos.

El Cabo Furriel hizo el reparto con precisión matemática, y desapareció tras la pesada reja, cuyos goznes rechinaron.

Aquella operación era recibida todos los días con marcada alegría, pero aquella vez pasó para mí casi desapercibida.

No me separé del rincón donde, sumido en mis pensamientos, trataba de formar mi plan de defensa.

Sí, era preciso defenderme.

Los oficiales que formaban los Consejos de Guerra, eran hombres.

Yo apelaría a las fibras sensibles de sus corazones, y si en ellos había sentimientos huma-

nitarios, era posible que se apiadaran de mí; que comprendieran que yo no había cometido ningún crimen, aunque había hecho armas contra el Gobierno que ellos defendían.

Los tratadistas del mundo entero, ¿no habían reconocido el derecho de los pueblos a ser libres?

Y con arreglo a este principio, ¿no tenía el pueblo cubano derecho a ser libre?

Y como razón de mayor fuerza, yo no había hecho nada más que secundar un movimiento revolucionario, organizado y regulado por leyes promulgadas por sus directores.

Mis actos en la Revolución no se habían apartado ni un ápice de lo que esas leyes establecían.

Luego, yo no era responsable nada más que del acto inicial de haberme sumado a los revolucionarios, en el supuesto de que la Revolución fuera injusta y perjudicial.

Sí; mi causa, a mi manera de pensar, era defendible, y si el oficial designado para defenderme se concretaba a llenar la forma, sin importarle que me fusilaran o no, yo me defendería.

¿Me oirían?

¿Permitirían que yo desmintiera con razones de peso, a los guerrilleros de Alquízar que habían venido para asistir al Consejo?

Yo los estaba viendo desde el día anterior, pasando y repasando frente a mi reja, atisbando con curiosidad, y al distinguirme, me miraban con encono, brillándoles los ojos, cual fieras que ven de cerca su presa.

¿De qué me acusarían?

Yo tenía la seguridad de que aquellos malvados estaban urdiendo infamemente la tela de mi perdición.

Pero como me dejaran hablar y aducir pruebas, sus falsas acusaciones se convertirían en punto de apoyo de mi defensa y los recusaría de plano, pidiendo que viniera a declarar en la causa el Sargento que me salvó la vida aquel día memorable, y el Alcalde de Alquízar, que era cubano, caballeroso y patriota, y aunque estaba con los españoles, él me defendería también.

Sí; el señor Novo probaría que yo era un hombre honrado y trabajador, cuyos antecedentes se tendrían en cuenta, indudablemente, a la hora de la sentencia.



Yo sabía ya que me acusaban de ostentar el cargo de Capitán en la guerra, pero no temía a semejante acusación; me sería muy fácil comprobar la falsedad.

Toda la tarde la pasé elaborando en mi mente el plan de defensa, acurrucado en un rincón del calabozo.

Pasó la resquiza de las rejas, el rancho y la limpieza, y nada me sacó de mi ensimismamiento.

Ya habían encendido las luces cuando me llamaron a la reja con gran sorpresa para mí.

La puerta se abrió para dar paso al señor José Carballo, Capitán del arma de Caballería, de unos treinta y cinco años de edad, de semblante afable y bondadoso, cuyas maneras demostraban una esmerada cultura.

Aquel era el hombre que yo había designado inconscientemente, para que me defendiera en

el Consejo que iba a decidir si me dejaban la vida o si me la arrancaban.

Notando que le interceptaba el paso, me preguntó rápidamente:

—¿Es usted el prisionero de apellido de la Concepción, procedente de Alquízar?

—Yo soy, y me alegro mucho de que usted haya venido a verme antes de comparecer ante el Consejo — le respondí pausadamente.

—Puede usted retirarse — le dijo al Cabo llavero que le acompañaba—, porque necesito hablar con este prisionero durante un buen rato, yo le avisaré cuando termine.

—Tendremos que obtener para ello el permiso del Comandante del castillo — objetó el Cabo.

—Está bien; véalo usted en mi nombre y avíseme en todo caso.

El Cabo se fué y no volvió más.

★ ★ ★

Tratando de ganar para mi causa el corazón de aquel hombre, le dije mostrando el mayor interés por su persona, que lamentaba mucho no poderle ofrecer un asiento en aquel inmundo calabozo, y que me perdonara el mal rato que estaba pasando por mi culpa.

—De nada tiene usted que excusarse — me dijo—; yo tengo por costumbre de entrevistarme con mis defendidos antes de ir al Consejo, y con mayor razón en el caso suyo, ya que me avisaron esta tarde, por lo que me es imposible estudiar su causa, porque las sesiones del Consejo darán principio a las siete de la mañana.

—Mucho lo siento, Capitán, porque mi única esperanza es usted, y si no conoce la causa, le falta la base de la defensa; y le hablo así porque no ha pasado por mi mente la idea de que usted irá al Consejo a cumplir con el formulismo oficial.

—Está usted en lo cierto; tengo el propósito de defenderlo y cumplir con el deber que como hombre me impone mi conciencia, y como militar el honor de mi cargo. Y la mejor prueba de lo que le digo, la verá usted en el hecho de encontrarme aquí reunido con usted, a las pocas horas de haber sido designado para defenderle.

—¡Que Dios lo ilumine, Capitán! ¡El le dé la penetración suficiente para comprender mi agradecimiento, y la conmiseración de que soy digno! ¡Quiera El darle también el vigor mental necesario para lograr un poco de benevolencia para mí de los señores del Consejo, en quienes supongo el deseo de que me fusilen!

—No adelantemos los hechos, y vamos a lo que más le interesa — dijo con calma.

Haciendo anotaciones en una libreta, me interrogó largamente sobre los detalles de mi caída en poder de las tropas, significándome que me era de verdadero interés decirle la verdad, para poder preparar la refutación de las acusaciones que lanzarían contra mí los guerrilleros, **mercenarios**, como los llamó con sobrada razón.

Después de oírme con detenimiento y hacer infinidad de anotaciones, se despidió notablemente emocionado por mi última súplica, dirigida en nombre del Salvador del Mundo y del ser a quien él debía amar sobre todas las cosas.

Giró la reja tanto hacia fuera como lo había hecho hacia dentro al abrirse; chocó rudamente contra su marco, y el pesado cerrojo, manejado por mano experta, denunció con su ruido peculiar, seguido del de su compañera de ojo de acero, que por una noche más estaríamos separados del mundo de los libres.

Aquella noche la pasé más tranquilo. Mi defensor me había dirigido frases de aliento, y yo tenía la convicción de que no mentía.

En su rostro se descubría la sinceridad de sus promesas.

“El haría lo posible por arrancarme de las mallas del Código en cuanto a la última pena”, eran sus palabras, y también del alcance del famoso bando del Capitán General que estaba despoblando la Isla.

Mis compañeros me miraban con infinita compasión.

—Señores — les dije—, no hay que afligirse por mí. Estoy haciendo todo esfuerzo por salvar el pellejo, y no veáis en mi actitud la más mínima cobardía. Mis súplicas enternecedoras dirigidas a mi defensor y mi fingido abatimiento ante él, forman parte de mi plan de defensa. Si fracaso y la terrible sentencia se formula; si la Parca impía bate sus negras alas sobre mí, y me arrastra al sacrificio, yo, como Esteban, sabré morir con la frente levantada, y mi corazón y pensamiento postrados ante el altar de la Patria esclava, para ejemplo de los innumerables que tendrán que caer para hacerla libre.

Tirado sobre la dura tarima me sorprendió el nuevo día, y al despertarme las notas de la diana que las bocas metálicas lanzaban al espacio, recordamos con tristeza indescriptible los

toques de la diana mambisa, que llenaban de alegría los corazones insurrectos, inculcándoles más fe en su triunfo y mayor entusiasmo para seguir luchando.

Pero, ¡cuánta diferencia en el medio!

¡Allá en la manigua, libres como el pájaro en la rama, la diana tenía para nosotros dulzuras infinitas!

¡Allí, en aquella jaula de hombres, la diana nos torturaba el corazón!



A las siete y media fueron por mí los soldados de servicio en el Consejo, y con ellos estaba también mi defensor, quien principió a hablarme como para darme ánimo, tan pronto salí del calabozo.

Me esposaron fuertemente y me condujeron ante el Consejo que ya estaba reunido.

Imponente fué para mí en grado sumo el cuadro que se ofreció a mis ojos.

El Consejo lo componían catorce oficiales que ocupaban asientos lujosos colocados en semicírculo, cuya secante era la pared, en cuyo centro estaba la puerta de entrada.

La presidencia ocupaba el fondo, y tenía delante la mesa del Secretario.

En el centro del salón estaba el banquillo destinado al reo, y a la derecha e izquierda, tomaron asiento el defensor y el fiscal respectivamente.

Había oficiales de todas las armas, viejos y jóvenes, unos de rostro apacible y mirar tranquilo y otros cuyo semblante revelaba a primera vista el más feroz apasionamiento.

La Presidencia la ocupaba un Coronel Ayudante del General Weyler, alto y seco, de tez apergaminada y ojos que despedían fuego.

Abierta la sesión, leyó el Secretario mis declaraciones, las que ratifiqué en todas sus partes.

Preguntado si tenía algo que declarar, manifesté que deseaba hablar cuando conociera los cargos que se me hacían.

Entonces me leyeron todos los cargos, que eran tremendos.

Los guerrilleros de Alquízar aseguraban que yo era Capitán de la partida del titulado General Pedro Díaz, a quien hicieron figurar como Jefe de la fuerza derrotada en el fuego de "La Estrella", para darle mayor importancia a la operación.

Me acusaban de haber hecho fuego en el momento de caer prisionero, con el arma larga y con el revólver, que estaban allí sobre la mesa, junto con el machete y el cuchillo, que me ocuparon también.

Que en el sombrero llevaba pintadas las estrellas que me distinguían como Capitán.

Que había entrado con Maceo en Alquízar en los días de la invasión.

Que mandando un pelotón de soldados insurrectos ("De bandidos querría decir el testigo", dijo un vocal de la izquierda) había tiroteado varias veces el pueblo de Güira de Melena, según confidencias que habían adquirido.

Que había tomado parte en el combate del potrero del Cristo, donde habían muerto algunos soldados y guerrilleros, y resultado muchos heridos.

Y que en unión de otros había incendiado la bodega de "Cuatro Caminos", y que había asistido a la toma, saqueo e incendio del caserío de la playa de Guanímar.

Después llamaron a los guerrilleros, uno por uno, quienes ratificaron sus declaraciones, pero mi defensor los desconcertó con una serie de preguntas, haciéndoles contradecirse sobre varios extremos de importancia, logrando que la Presidencia retirara a dos de ellos, antes de hacerme un nuevo cargo que querían agregar a los anteriores.

Tan pronto se retiraron aquellos testigos, pedí humildemente que se me permitiera hablar.

—Puede hablar el reo —dijo secamente el Presidente.

—Señores oficiales —dije tranquilamente—, si no recuerdo mal hay un cargo en que se me acusa de haber entrado en Alquizar con las fuerzas del General Maceo (risas por el título); pues bien, yo pido que el parte dado al Gobierno por las autoridades militares, de la toma, saqueo e incendio del caserío de Guanímar, se traiga a este Consejo, para demostrar con él, que aquella operación ocurrió precisamente el mismo día y a la misma hora en que tuvo lugar la entrada en Alquizar de las fuerzas del cabecilla Maceo, como le dicen ustedes.

De esa manera pretendo demostrar, señores oficiales, que los guerrilleros me acusan sin fundamento, que sus acusaciones son falsas, y que tienen por único objeto satisfacer los deseos de venganza que no pudieron saciar el día que caí prisionero, gracias a la nobleza de alma del Sargento español que me salvó la vida, interponiéndose entre mi cuerpo indefenso y los afilados

machetes de esos **valientes**. — Y recalqué estas palabras con acento especial.

Mi defensor usó de la palabra para pedir, como yo, que el mencionado parte se uniera a la causa.

El presidente ordenó que se retirara un guerrillero que había sido llamado nuevamente, y que se renunciara a los demás testigos.

—¿El reo tiene algo más que decir? — preguntó el Presidente.

—Sí, señor — le respondí—. En cuanto a la acusación de que yo ostentaba el grado de Capitán, deseo exponer que es completamente falsa, y pido humildemente que se averigüe qué clase de caballo y prendas de vestir usaba cuando caí prisionero.

El Secretario leyó que se me había ocupado un caballo muerto de muy mala calidad, que iba mal vestido y que el sombrero era de guano, perforado en la copa al parecer por un balazo.

Un vocal preguntó si no constaba si en el sombrero estaban pintadas las estrellas a que se había referido el primer testigo.

El Secretario contestó que no constaba.

—Yo tengo el sombrero en el calabozo, señor Presidente — manifesté con rapidez.

—No es necesario — dijo el Presidente.

Después refuté uno por uno todos los cargos, y cuando llegué al que yo consideraba más grave, dije:

—Es cierto que disparé al enfrentarme con los guerrilleros, pero yo no debo ser responsable de aquel acto, porque lo ejecuté obedeciendo la orden de “¡Fuego!” dada por el Teniente Perpiñán. (Nuevas risas por el título.)

Entonces pidió mi defensor que se preguntara a los guerrilleros si habían oído la voz de “¡Fuego!” dada por el jefe del grupo enemigo.

Entonces compareció uno de los guerrilleros, quien manifestó que efectivamente había oído la voz de “¡Fuego!”, y que recordaba que la había dado uno que montaba un caballo moro de mucha alzada, que había huído como el viento.

—Fíjense los señores del Consejo — dijo mi defensor—, que mi defendido iba a las órdenes de otro, en operaciones de reconocimiento.

Y como eran las doce meridiano, suspendieron la sesión para continuarla a las dos de la tarde del mismo día.

★ ★ ★

Mi rancho estaba guardado en la marmita que me había regalado el Capitán Bernal, pero lo arrojé íntegro en el depósito de las excretas. Sólo comí el pan.

El Capitán Bernal era un hombre lleno de humanitarismo.

Estaba destinado a prestar servicio en aquella fortaleza, sujeto a disposición disciplinaria por haber caído dos veces en manos del General Máximo Gómez.

Por su buen carácter y esmerada educación, se había captado el aprecio respetuoso de los presos y de sus subalternos.

★ ★ ★

El tiempo corrió con velocidad inadvertida y sonó la hora señalada para continuar la sesión del Consejo.

Nuevamente me condujeron al salón de sesiones.

El Consejo estaba constituido en la misma forma que lo había estado antes.

Se me permitió volver a hablar para que explicara por qué me había negado a reconocer como de mi fuerza a los prisioneros de la infantería que me presentaron en Alquízar la primera noche de mi cautiverio.

Di las mismas razones ya conocidas y signifiqué que aquellos infelices habían sido puestos en libertad.

Terminada la prueba manifesté que nada tenía que agregar, ya que se desestimaba mi súplica de que se tomara declaración al Alcalde de Alquízar y al Sargento que me hizo prisionero.

Después de satisfacer la curiosidad de casi todos los vocales, quienes me hicieron infinidad de preguntas sobre la organización de las fuerzas insurrectas, mi caída en poder de las tropas, etc., etc., habló el Fiscal para pedir la pena de muerte, que debía aplicárseme en la forma acostumbrada, en la fortaleza de La Cabaña.

Al oír aquellas palabras fatídicas, un estremecimiento nervioso corrió por mi cuerpo, y la luz huyó de mis ojos por un momento.

Mas, reconcentrando mis facultades físicas, me sobrepuse a aquel momento fatal, experimentando una beneficiosa reacción espiritual, que hizo girar mi cerebro hacia mi defensor, que estaba principiando mi defensa, poniendo en él toda mi esperanza, como el náufrago que al ser arrebatado por la ola, halla en su caída la tabla salvadora que, cual amorosa compañera, le ayuda a luchar contra el embravecido elemento.

Aquel pundonoroso militar cumplió con su deber.

El ofrecimiento que me había hecho tenía el inmedible valor de la sinceridad.

No había ido al Consejo a cumplir con el formulismo oficial.

Sus argumentos salían del fondo de su corazón, expuestos de una manera brillantísima.

Las citas del articulado del Código, y los ejemplos hermosamente expuestos, fueron fundamentos de verdadero valor.

Aunque habló muy largamente, mantuvo siempre al Consejo pendiente de sus palabras, con la demostración plena del más vivo interés.

Por fin, terminó a las ocho de la noche con estas patéticas y emocionantes frases:

—¡Por último, señores del Consejo, una madre afligida reclama de nosotros que le devolvamos al hijo de sus entrañas que está entre nuestras manos! ¡Seamos humanitarios y llevemos la alegría a ese hogar, y no lo hagamos eternamente desgraciado por un celo militar mal entendido! ¡Y para mayor abundamiento, fijaos, os lo suplico, en las facciones de mi defendido!

Las líneas de ese rostro evidencian un corazón noble, incapaz de los hechos criminosos de que le acusan hombres sin conciencia y de una gran ruindad de alma, como ha quedado bien demostrado durante las sesiones de este respetable Consejo, en el que he recibido la honra de ser oído con atención, por lo que os doy las gracias.

El Presidente dijo en alta voz:

—La causa está conclusa para sentencia; pueden retirar al reo.

Salí de aquel lugar caminando como un sonámbulo, sin darme cuenta de mis actos, pero desperté a la realidad al pasar frente a mi calabozo, notando que no me encerraban en él, sino que me ordenaban continuar adelante.

¿Adónde se me conducía?

¿Estaría ya en camino de la Capilla, debiendo sacárseme por una puerta desconocida para mí? No podía ser otra cosa.

Entramos en el patio principal y siguiendo a la derecha, entramos en el estrecho callejón que conduce a la parte baja de la fortaleza.

Al llegar al extremo del callejón doblamos a la izquierda y seguimos descendiendo hasta dar frente a una puerta estrecha, de gruesos y oxidados barrotes.

Tal era mi estado de ánimo que me parecía que habíamos recorrido un gran trayecto, a través de laberintos insondables.

La puerta de hierro giró tras el esfuerzo del fatídico carcelero con galones, y me ordenaron que entrara en el solitario calabozo con lobregueses de tumba.

Todos se marcharon llevándose el farol con que habían examinado los rincones del calabozo antes de encerrarme en él, pero la débil claridad de la luna que oblicuamente entraba en el hondo y estrecho pasadizo a que daba aquella mazmorra, alumbraba difusamente la puerta de entrada, a donde no podía llegar la luz parpadeante de un farol de gas, distante unos cincuenta metros.

Además de las atribulaciones que me habían producido los sucesos del día, aquel cambio de calabozo agravaba mi triste situación.

En el calabozo número 2 era propietario de una estrecha faja de tarima, que preservaba mi cuerpo de la humedad; en aquel agujero tallado en la roca de la cual manaba agua, mi cuerpo tenía que ponerse forzosamente en contacto con el suelo.

Algo muy extraño estaba sucediendo en aquellos momentos en relación con mi causa.

¿Por qué se me comunicaba?

Eran las nueve de la noche y no se me había dado mi rancho.

No se me había explicado la causa de aquel aislamiento.

A mis palabras solicitando hablar con mi defensor, se me había contestado con rotunda negativa, y se me había vuelto la espalda al solicitar algo sobre que acostarme.

Yo no veía la razón de aquella repentina y refinada crueldad.

Si al día siguiente el plomo homicida había de arrancarme la vida, ¿para qué hacerme sufrir a última hora, privándome hasta del alimento?

Pensando en mis compañeros, no podía explicarme que se me separara de ellos en mis últimos momentos.

Yo tenía la convicción de que ellos, en aquellas tristes horas, estaban todos pensando en mí, y esta idea, lejos de consolarme, me servía de aflicción.

Por verdadero horror a la obscuridad del calabozo, ni aun había hecho su inspección.

Los seres en desgracia tienen su fantasía peculiar, que les hace ver las cosas del color del

negro cristal de su desdicha, y con gran facilidad dan crédito a cuantas malas noticias circulan en relación con el aumento de sus penas y sufrimientos, y con los malos instintos de sus enemigos.

Entre los prisioneros cubanos reclusos en aquella fortaleza, existía la creencia, firmemente arraigada en sus cerebros, de que por el lugar donde se arrojaban las excretas al mar, eran lanzados a las profundidades del Golfo seres indefensos, sin haber sido juzgados por tribunal alguno.

En mi calenturienta imaginación se fijó aquella torturante idea, y cerrando los ojos, me veía ya por el aire, dando macabras volteretas, dejando escapar un grueso chorro de sangre por la herida de tremendo bayonetazo sólidamente asestado, y sentía ya el escalofrío que me producía el contacto con los afilados dientes del enorme tiburón que me sepultaba en su vientre.

¡Pero no, aquello no era posible! Los presos estábamos equivocados, y aquellos tristes pensamientos eran el producto del anormal estado de mi cerebro.

Y trataba de darme consuelo a mí mismo, desechando aquellos pensamientos.

Yo entraría en Capilla al día siguiente, como el infortunado Esteban; podría escribir a mis padres, hermanos y amigos, y marcharía al lugar del suplicio con la frente erguida, y rompería la venda y gritaría "¡Viva Cuba Libre!" con toda la fuerza de mis pulmones, y nadie podría ponerme de espaldas!

¡Yo moriría de frente! ¡Sí, de frente, como Esteban!

Pegado a la reja como el náufrago a su tabla, había hecho el propósito de no separarme de ella en toda la noche, por miedo a la obscuridad del calabozo, en cuyas profundidades había sentido un ruido extraño, parecido al que produce un pedazo de cuero seco al arrastrarlo por el suelo.

Escuché atentamente y noté que aquel ruido aumentaba por momentos, y después disminuía para aumentar de nuevo, pareciéndome que eran dos cuerpos distintos los que lo producían, y por momentos se oían dos ruidos iguales en distintas direcciones.

Un estremecimiento corrió por mi cuerpo, producido, ¿por qué negarlo?, por el sentimiento que se llama miedo.

Sí, lo confieso; sentí miedo, porque me asaltó la horripilante idea de que en aquel calabozo había un secreto disimulado en la roca del piso, que correspondía con algún negro agujero que conducía directamente al mar; que aquel ruido lo habían producido los que habían abierto la puerta del secreto, y que tan pronto me separara de la reja me precipitaría en el abismo.

Ningún centinela estaba a la vista, pero no era de suponerse que me dejaran solo.

Era indudable que estaba vigilado, pero por consigna especial, el centinela no daba señales de vida.

Pegando la cara a la reja grité con fuerza:
—¡Centineceela!...

El eco retumbó en aquellas catacumbas, y al extinguirse, el más completo silencio quedó restablecido.

Pero entonces vi una sombra humana que silenciosamente se acercaba a mi reja.

Era el centinela, cuyo lugar de servicio no estaba muy distante, pero fuera de mi vista, y cuya consigna era no acercarse a la reja ni moverse del lugar designado.

—¿Qué quieres? — me dijo con voz casi apagada.

—He notado ruido dentro de este maldito calabozo y tengo miedo.

—¿Cómo era el ruido? — me preguntó bajando aún más la voz.

—Parece como que abren una trampa — le respondí.

—Ahí no hay trampa alguna. Yo cumplí ayer un castigo en ese calabozo. Lo que debe haber ahí dentro son cangrejos, porque el mar está muy cerca, y por cualquier lado hay grietas por donde salen; mi pan se lo han comido algunas veces.

—Dame un fósforo, soldadito — le supliqué, y generosamente me dió una caja, retirándose a su posta.

Alguna tropa se acercaba, con su ruido peculiar, aumentado por el eco.

Mi corazón principió a latir con fuerza.

No me cabía duda; era la hora fatal en que venían a buscarme para meterme en Capilla.

No; me había engañado. El pelotón de soldados pasó frente a mi encierro como si allí no existiera ningún ser humano.

Y en aquel momento, lejos de sentirme ofendido por aquel desprecio, les agradecí interiormente el abandono en que me dejaban.

Desprendiéndome de la reja con toda precaución, encendí un fósforo y alumbré hacia el interior, y con el auxilio de dos más unidos al primero, avancé un buen trecho sobre aquel piso húmedo y frío, descubriendo en uno de los rincones, dos grandes cangrejos que me enseñaban sus muelas en actitud amenazadora, y al huir hacia la reja por donde se escaparon, repitieron el ruido peculiar que tanto miedo me había producido.

Entonces sentí una ligera tranquilidad, y acercándome a la reja, llamé al centinela con voz suplicante.

La sombra se acercó de nuevo, y delante de la reja se destacó la corpulenta figura de aquel soldado, que encerraba en su pecho un alma generosa y compasiva.

—Tengo hambre — le dije —; no como desde ayer y me siento morir de fatiga...

—Son las doce — me dijo — y como es la hora del relevo no puedo permanecer más aquí, pero yo veré si puedo mandarte un pan con el relevo de las dos.

Y se retiró sin darme tiempo para articular una palabra.

El relevo de las doce se verificó, y tan pronto quedó en su puesto el centinela que me vigilaba, lo llamé con voz forzosamente melancólica; pero aquél era otra clase de hombre; era un esclavo de la disciplina militar.

—¡Calle usted! — me dijo, acercándose un poco—. Si vuelve a llamar me veré en el caso de hacerle fuego.

Ante aquella amenaza guardé silencio y me retiré un poco de la reja, tratando de descansar

recostado a la rocosa pared; pero era tanta la debilidad que sentía, que las piernas no pudieron resistir el peso del cuerpo, y me vi obligado a tirarme en el suelo.

De incalculable duración me pareció el tiempo que tardó en llegar el relevo de las dos.

Sin que fuera preciso llamarle, se acercó a mi reja el nuevo centinela, diciéndome que el soldado que había hablado conmigo era su paisanito, en quien tenía mucha confianza; que le había contado mi triste situación, y que él, sintiendo mucha lástima por mí, me había traído el pan que su paisanito me mandaba, junto con una frazada pequeña para que me sirviera de almohada.

Y diciendo esto desenrolló la frazada que traía oculta debajo del uniforme, y me la dió por la reja, junto con un pan de munición.

—¡Que Dios con su bondad inagotable te permita volver a estrechar entre tus brazos a tu querida madre, que debe estar llorando allá en tu tierra! — fué cuanto pude decirle, en prueba de mi infinito agradecimiento.

★ ★ ★

Recostado en un rincón del calabozo, envuelto en la frazada, con el estómago tonificado por la acción nutritiva de aquel pan, bendecido por la fuerza incontrastable del amor de los unos para con los otros, pasé el resto de la noche, si no profundamente dormido, por lo menos abstraído de las cosas terrenales.

¡Cuán sublime es el dominio del espíritu sobre el cuerpo, cuando hace que permanezcan inalterables la carne y los nervios!

Serían las siete de la mañana cuando se presentó mi defensor ante la reja, diciéndome con dulzura que no me afligiera, que él, basándose en que yo era menor de edad, había apelado contra la sentencia de muerte, y que tenía mucha esperanza de salvarme.

Después de recomendar que se me tratara con alguna consideración, se retiró junto con el Cabo llavero y varios soldados que le acompañaban.

La desesperación más terrible se apoderó de mí al quedarme solo.

Que jamás ser alguno se había visto en tan grande abandono era mi pensamiento.

Las palabras de mi defensor no eran otra cosa que el último consuelo que recibiría en este mundo.

¡Indultarme por ser menor de edad! Acaso Esteban, con diecisiete años, uno menos que yo, ¿no había sido fusilado pocos días antes?

¡Mi desdicha no tenía remedio!

¡De allí saldría para el lugar del suplicio!

¡Eran ya muy cortas las horas de mi vida, y sentía interiormente reavivarse la llama de mi fe cristiana!

Con algún esfuerzo mental reuní mis dispersas ideas, y me lancé al agitado mar de mis reflexiones.

¡Era necesario dar a mis padres la fatal noticia!

¡Sí, les escribiría desde la Capilla!

¡Su dolor sería superior al mío, y de él morirían, pero nos reuniríamos en el Cielo, porque

La mañana siguiente fué más bulliciosa y feliz, porque era jueves, día en que permitían la visita de los familiares de los presos, a quienes llevaban chucherías para aliviar su triste situación.

Yo no recibí la visita de ningún familiar, pero en cambio me visitó al mediodía el Comandante Instructor de mi causa, para leerme la sentencia.

Por la circunstancia de ser menor de edad, y por el esfuerzo realizado por mi defensor, se había logrado que se reconsiderara mi sentencia de muerte, condenándome a Reclusión Perpetua, que debía extinguir en el presidio de Ceuta.

Aterrado quedé ante semejante noticia.

El Comandante Instructor, al ver mi anonadamiento, me dijo con alguna dulzura:

—No tema usted al presidio de Ceuta. Hay sobre él una idea errónea. Otros presidios hay mucho peores que él. Yo estuve allí destacado y conozco íntimamente la vida que hacen allí los presidiarios. De aquel lugar no salen jamás los de causa común, y están sujetos a los trabajos forzosos, pero como ustedes van como prisioneros de guerra, no estarán obligados a trabajar, y si se portan bien, serán devueltos a Cuba al terminarse la guerra.

Aquellas palabras de consuelo calmaron un poco mi dolor, y después de darle las gracias por el interés que siempre demostró por mí, me interné de nuevo en mi calabozo.

★ ★ ★

¡Horrible pesadumbre invadió mi alma!

Desde mi infancia había yo oído hablar de Ceuta como de un lugar infernal, destinado al

castigo de grandes criminales, del cual jamás se regresaba.

Yo recordaba con tristeza infinita algunos fragmentos de los romances que mi padre cantaba, en que se describían las guerras de los cristianos contra los musulmanes, y el triste fin de los cautivos en las mazmorras africanas.

*Mi madre fué a la novena,
Que hoy es el último día,
Por el triste de mi padre
Que entre mortales fatigas
Lo cautivaron los moros
Y está preso en Berbería.*

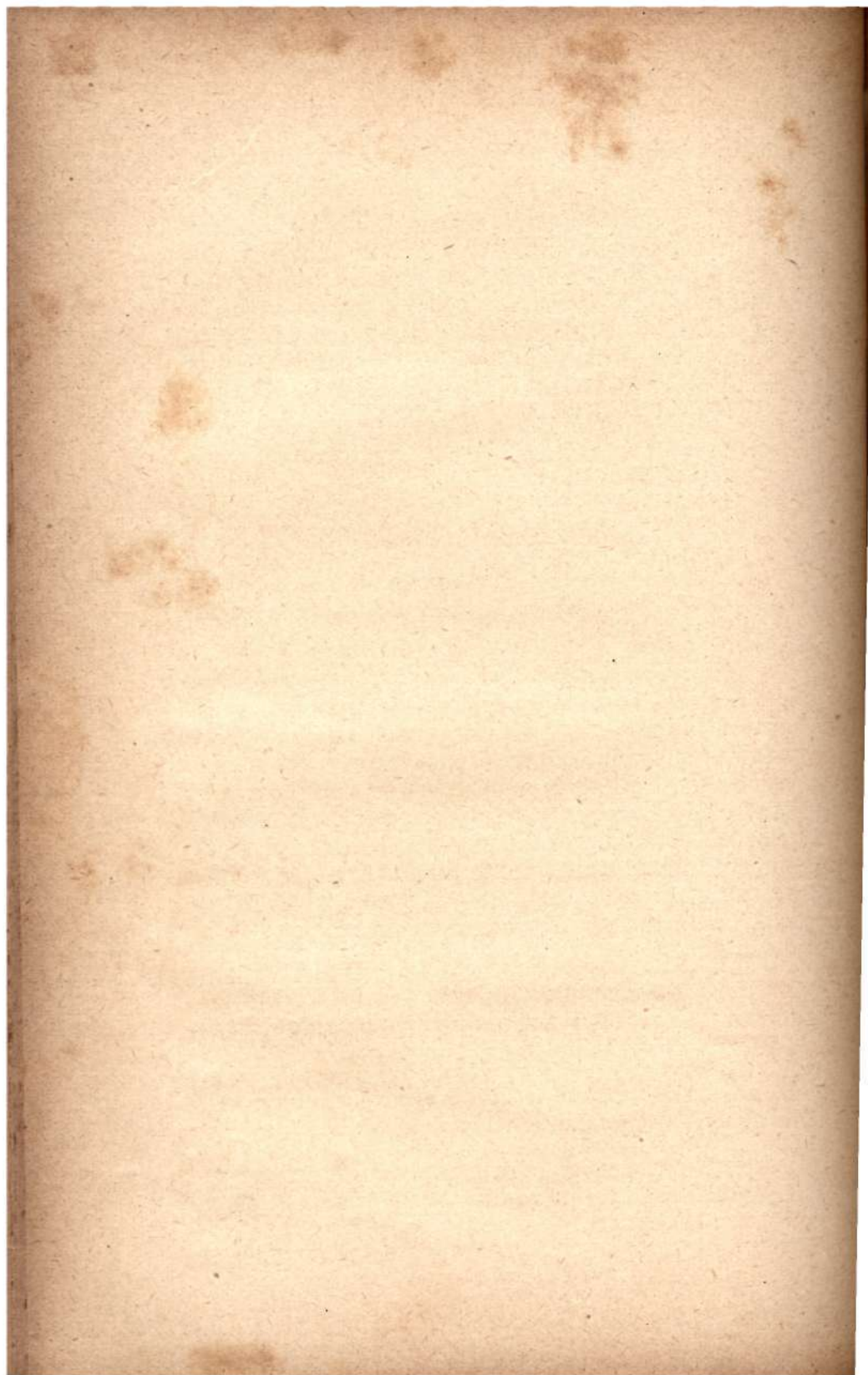
Ceuta estaba en Berbería, y eran, en mi aflicción, una misma cosa Berbería y Ceuta.

Además, yo no concedía a los españoles que en Ceuta me tendrían bajo su custodia, mejores sentimientos que los que poseyeron los musulmanes de la Edad Media. Porque eran horripilantes las escenas de crueldad que en aquellos días se contemplaban en Cuba, en las mismas puertas de la gran civilización americana, y Ceuta estaba lejos del mundo civilizado, adonde no podría llegar la protesta de ningún hombre ni de ningún pueblo.

Pero era necesario resignarse ante los designios del Creador, y la resignación cristiana tuvo asiento en mi pecho.

Lucharía contra el infortunio confiando en la misericordia divina.

Jesús sería mi áncora de salvación, mi luz y mi guía en el camino de mi desventura.



VI

A TRAVES

DEL OCEANO

En la noche del 30 de Mayo reinó gran confusión en las galeras y calabozos de la fortaleza.

La brutal noticia de la partida para Ceuta, dada a última hora de la tarde, hacía imposible toda comunicación con los familiares de los comprendidos en la orden de embarque.

El Comandante del Morro negó el permiso solicitado para remitir cartas a mano con algún soldado franco de servicio.

Era necesario resignarse ante aquella brusca partida, ya que el mal no tenía remedio.

Pero el amor de hermanos que algunos corazones poseen a raudales fecundos, y los sagrados vínculos que cierta sociedad difunde entre los hombres, han tenido siempre en todos los pueblos, más fuerza ejecutiva que todos los Códigos y reglamentos.

Aquella misma noche, mensajeros de buena calidad tocaron a las puertas de muchos hogares cubanos, para entregar las cartas anunciadoras de la fatal noticia.

En el costado del vapor, o desde los muelles, podrían las madres despedir a los hijos al día siguiente.

★ ★ ★

Amaneció el primero de Junio.

Al toque de diana nos levantamos del duro suelo, dolientes los huesos y oprimido el corazón, los trescientos y tantos prisioneros y detenidos, que equiparados a seres irracionales, vivíamos hacinados en aquellos inmundos calabozos, completamente inadecuados para encierro de hombres civilizados.

A las ocho de la mañana se presentó en el patio una fuerza compuesta de escoltas del Presidio, destinados a preparar la cordillera de presos, en lo que eran expertos profesionales.

El Comandante de la fortaleza, acompañado de otro oficial, del Cabo llavero y varios soldados, recorrió todos los calabozos, llamando por lista a los que habíamos de partir.

En el patio principal nos reunieron a todos. Eramos treinta.

Formados de dos en fondo, con separación de una vara entre cada pareja, dió principio la operación de ponernos las esposas de manos y dedos, y una resistente cuerda de cáñamo en los brazos, para unir las parejas entre sí.

Daba a su término la operación; ya sólo faltábamos por esposar mi compañero y yo, que ocupábamos el último lugar.

Un Brigada de apellido Castro, se me acercó trayendo en sus manos, además de la carabina, un haz de esposas y cuerdas.

Sujetando aquellos objetos con la mano izquierda, en la que apenas le cabían, cogió la carabina con la derecha, y dando con la culata pequeños golpes en el suelo, frente a mí, me indicaba, sin hablarme, el sitio donde debía situarme para ser esposado.

Por mi desconocimiento de aquellas cosas me figuré, para desdicha mía, que lo que aquel hombre quería decirme, era que le sujetara el arma para usar sus dos manos en la operación de esposarme. Y sin otro pensamiento cogí el fusil por el cañón para prestarle el servicio que yo imaginaba.

Aquel hombre fiero soltó instantáneamente las esposas y la cuerda, y cogiendo con sus robustas manos el arma que yo le había abandonado, la elevó a la altura de sus brazos por sobre su cabeza, y la dejó caer sobre la mía, que si no la hubiera desviado con rapidez, mi viaje hubiera sido no a las prisiones africanas, sino para el otro mundo.

Pero aquel cuerpo sólido cayó sobre mi hombro derecho con fuerza aerolítica, arrancándome un ¡ay! desgarrador.

Repetidas veces golpeó mi espalda, mi pecho y mi rostro, entre el aplauso de todos los suyos, a excepción del humanitario Capitán Bernal, quien acudió en mi auxilio, apostrofándolo mientras se interponía entre mi cuerpo y el de aquel monstruo.

En tan lamentable estado quedé de cuerpo y espíritu, que tuvieron que sujetarme en la posición conveniente para ponerme las esposas.

Sufrió aquel humillante ultraje con un nudo de indignación en la garganta, pero no proferí ni una palabra.

Terminado aquel vergonzoso espectáculo, salimos en dirección de la bahía, donde nos esperaba el trasatlántico que había de conducirnos a nuestro fatal destino.

Al salir del Morro, una fresca brisa batió nuestros rostros. Aquella dulce brisa ignoraba, indudablemente, cuánta tristeza había en las frentes que acariciaba...



Ya en la orilla del mar, fuimos colocados en un lanchón como fardos humanos, sin ser desatados, cayendo unos contra otros por la falta de libertad en los movimientos obligados que producían los vaivenes de la embarcación.

La vista de la amada ciudad puso en nuestros corazones amargas infinitas.

Caminábamos hacia ella, pero, ¡en qué triste condición!

¡Nuestras plantas ya no pisarían tierra cubana, a pesar de tenerla a menos de cien metros de distancia!

¡Al pasar frente a los muelles notamos que algunas personas en ellos agrupadas, agitaban sus blancos pañuelos en son de despedida eterna, y nosotros, imitándolas, dimos nuestro adiós para siempre a aquellos seres angustiados, y a aquella tierra mancillada por sus explotadores!

Con gran dificultad hicimos nuestra ascensión por la escala del buque, descendiendo seguidamente a su interior, que ya se agitaba con el ronco estrépito de sus máquinas en movimiento.

El "Montevideo" era el trasatlántico destinado a llevarnos lejos, muy lejos, de la patria querida.

Aquel hermoso buque que ya surcaba majestuoso las tranquilas aguas, construído para conducir de un pueblo a otro torrentes de libertad y

cultura, pruebas inequívocas del progreso humano, llevaba en su vientre seres oprimidos por un Gobierno, cuyos hombres se empeñaban en torcer las leyes naturales que a través de los siglos han sido el verdadero fundamento de ese mismo progreso.

En el interior de aquel buque se habían dado cita el dolor que desgarraba los corazones de unos cuantos esclavos sin ventura, y el conjunto armonioso de las ciencias que, como fruto grandioso del ingenio humano, hacían posible el pleno dominio de los elementos, puestos al servicio de la esclavitud, en nombre de la libertad y de la civilización.



Un departamento construido expreso bajo cubierta, limitado en su fondo por la pared del departamento de máquinas y en el frente por un tabique de gruesas piezas de pino, con pesada puerta de hierro, constituía nuestra cárcel provisional.

Una pareja de soldados de marina daba guardia en la puerta que permanecía siempre cerrada, y un Cabo de la misma arma hacía el servicio de llavero.

El Sobrecargo del buque era el que corría con todo lo relativo a nuestra alimentación y régimen interior de aquel departamento, en el que permanecíamos completamente sueltos, pues las esposas y ligaduras nos fueron quitadas tan pronto entramos en él, en mérito de sus excelentes cualidades de seguridad y vigilancia.

Cuando entramos en aquella prisión, ya había en ella un fuerte grupo de deportados cuba-

nos procedentes de Isla de Pinos, con destino a las diferentes prisiones de Africa.

No recordamos su número, pero eran como veinticinco compatriotas que desde el principio de la guerra habían sido desterrados a aquella pequeña isla.

Se les deportaba aún más lejos, a las prisiones de Africa, porque habían tratado de apoderarse de la guarnición de la isla, para dirigirse después a los campos de la Revolución en el cañonero del Gobierno, prestando así un valioso servicio a la causa de Cuba.

Pero la delación extendió sus negras alas, y el complot tuvo como epílogo el más completo fracaso y la deportación de aquel puñado de arrojados jóvenes, que compartían con nosotros las amarguras de un viaje en prisión.

Entre aquellos compañeros de infortunio había uno que se distinguía entre todos por el conjunto de hermosas cualidades que en él se descubrían.

Era Generoso Campos Marquetti, el joven de alegre sonrisa y esmerado trato, para quien todos sentíamos cariñosa estimación.

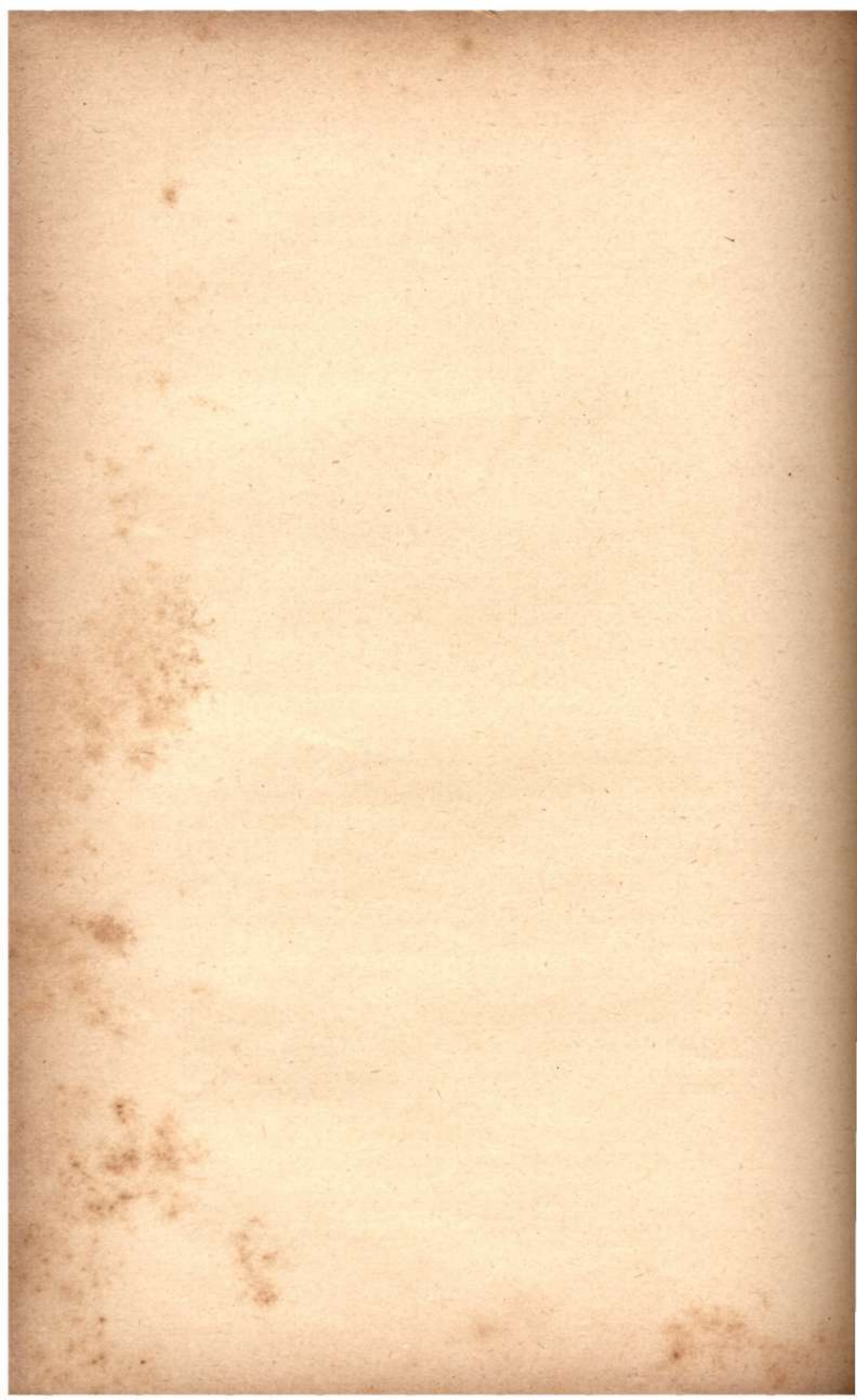
Comparando con su corta edad su naciente ejecutoria de patriota y estudiando detenidamente el fondo de su carácter y la rara inteligencia con que dominaba el intrincado problema político de Cuba, se descubría con facilidad su mérito indiscutible y se podía adelantar el siguiente juicio: "Si no sucumbe en el destierro, sabrá conquistar honores y distinción a la hora del triunfo."

El había sido el jefe del movimiento fracasado, y en su semblante se adivinaba la pesadum-



CAPITAN I GENEROSO CAMPOS MARQUETTI

Este cubano ilustre ha consagrado toda su vida a la libertad y engrandecimiento de su Patria. Su vida como revolucionario, y su martirologio en la deportación, se encuentra en este libro en su lugar correspondiente.



bre, no de estar preso, sino de verse privado de prestar servicios a su Patria.

Sus principales colaboradores en aquel movimiento revolucionario fueron los patriotas siguientes: el Comandante Cossío, padre de la heroica Evangelina; Miguel Blanco Gómez, Prudencio González, Emilio Avendaño, y el doctor Figueroa, actual Alcalde Municipal de la villa de Sagua la Grande.

El complot estaba respaldado por los Generales Maceo y Pedro Díaz, con quienes se puso de acuerdo desde su lugar de destierro por medio de un patriota, viejo pescador de Batabanó, llamado Ramón García.

Dichos Generales le habían fijado para su desembarco el tramo de costa comprendido entre Batabanó y Guanímar.

Pero un traidor infame, llamado Juan Gutiérrez, también deportado, y que aparentaba estar de acuerdo con los patriotas que preparaban aquel importante servicio a su Patria, denunció el complot a las autoridades españolas, quienes, justamente alarmadas, dispusieron el embarque de todos los comprometidos para las prisiones de Africa.

Otros muchos eran muchachos de buena sociedad, cuyos nombres se han borrado de mi memoria a impulso de los veinte años transcurridos.

Miguel Blanco era un rico propietario de Pinar del Río, noble y caritativo, cuyas dotes de filántropo le captaron el cariño y agradecimiento de sus compañeros.

Juntos con nosotros iban tres presidiarios españoles, procedentes del Presidio de La Habana, vestidos de rusia y fuertemente esposados, en cuya condición permanecieron todo el viaje.

La compañía de aquellos criminales nos horrorizaba.

¡Quién nos diría que durante tres años tendríamos que soportar el trato íntimo de otros seres aun más criminales que aquéllos; que estaríamos obligados a sufrir sus vejaciones, a huir en vano de su pérfida influencia y a oír el horrible ronquido de su sueño!



El trasatlántico, impulsado por su potente máquina, había dejado ya el canal y viraba al N. E., poniendo proa a la líquida inmensidad.

Todos contemplábamos a través de los circulares ventanillos de grueso cristal, que a manera de pupilas de gigantesco monstruo daban claridad al buque bajo cubierta, cómo nos íbamos alejando de cuanto amábamos en el mundo.

La ciudad idolatrada, cruelmente muda, parecía decirnos adiós con movimientos verticales, ficción de la vista, que es la que se mueve, junto con el buque, a impulso de las olas.

El movimiento del buque, aumentado con el mayor esfuerzo de la máquina, y la gradual elevación de las olas, nos hizo comprender que entrábamos de lleno en el Golfo.

Un almuerzo sumamente desagradable nos fué servido a las once, estando aún a la vista de La Habana.

Como a la una de la tarde perdimos de vista la farola del Morro y ya del Florón Antillano sólo distinguíamos sus azulosas alturas.

A medida que el Sol se acercaba a su ocaso, aumentaba el movimiento del "Montevideo",

que batido de costado por un fuerte viento del N. E., se reclinaba pausadamente a babor y estribor, impulsando con velocidades peligrosas, en dirección de sus balanceos, a los que no sabían rectificar en cada movimiento la vertical del punto en que estaban parados.

Pero como dicha experiencia nadie la poseía, resultaba que a cada inclinación del buque todo el que no estaba sentado o acostado, se precipitaba sobre los demás, y todos en conjunto íbamos a dar contra las paredes del buque, para inmediatamente desprendernos con dirección contraria.

Como aquella terrible danza se hacía insoportable, se metió cada cual en su litera o hamaca, resignados a soportar con paciencia las fatigas del mareo, que durante varios días había de hacer grandes estragos en los estómagos de muchos.

Serían las cinco de la tarde cuando bajó el Sobrecargo y nos explicó que estando el mar muy picado era sumamente peligroso abrir los ventanillos, porque al inclinarse el barco podía entrar por ellos una gran cantidad de agua.

Entonces nos resignamos con tristeza a ver extinguirse la luz de aquel aciago día, sin dirigir una triste y última mirada a la tierra de nuestros amores, de la que se nos separaba para siempre de manera tan brusca y desesperante.



El Sol, semejante a un gran globo de fuego, parecía que se había detenido sobre el horizonte, melancólico participante del inmenso dolor que Cuba, cual madre afligida, sentía ante la ausencia de sus hijos, arrebatados de sus pla-

yas por los zarpazos del león de Castilla, que contestaba a las ansias de libertad de un pueblo con acometidas de exterminio.

¡Oh incomprensibles caprichos del Destino!

Aquel hermoso Sol dirigía en aquellos momentos, en sus inmensos rayos luminosos, mensajes de felicitación y amor al libre pueblo americano, a la más grande democracia del mundo, arrancando brillantes destellos a sus cúpulas de oro, mientras a unas cuantas millas más al Sur, yacía la joven Cuba, revolcándose en su lecho de sangre, aherrojada en sus cadenas de cuatrocientos años de esclavitud, cubierta por la sombra de la tiranía más odiosa.

El Capitán del barco nos visitó, dirigiéndonos breves frases, encaminadas a demostrarnos que tenía la intención de tratarnos de acuerdo con nuestra conducta.

Aquel hombre nos habló con sinceridad.

Nos dijo que era la primera remesa de presos cubanos que conducía a España en su barco y que no le agradaba aquel servicio.

Que se había comprometido a llevarnos en aquel departamento, que si bien constituía una molesta prisión, en ella iríamos mucho más cómodos que en la "barra", en cuya forma habían sido llevados en otros buques las distintas remesas de presos políticos que ya habían sido enviados a España. Y terminó rogándonos que observáramos buena conducta mientras estuviéramos en su buque.

Le dimos las gracias y le ofrecimos cumplir sus deseos, ordenando él entonces al Sobrecargo que nos tratara con las consideraciones adecuadas a nuestra situación.

En todo el viaje no volvimos a ver el rostro de aquel lobo de mar, de quien se referían distintas historietas, que lo pintaban con la doble naturaleza de un correcto caballero, afable y cariñoso, y de hombre de alma dura como una peña, según fueran las circunstancias de la vida de a bordo.



La comida fué tan desagradable como el almuerzo, y muy pocos le hicieron los honores.

Agarrándome con precaución del borde de las literas, me acerqué a uno de los ventanillos y miré hacia fuera a través del grueso cristal, pero mis ojos no vieron nada; la obscuridad de la negra noche reinaba sobre la imponente superficie del mar, que en su tremenda agitación parecía como que se oponía a que se nos des-patriara.

De vez en cuando se sentían grandes golpes, seguidos de tremendos estremecimientos del buque y el ruido de la máquina ofrecía a nuestros oídos variantes bien notables, que hacían pensar en la descomposición de su mecanismo.

Casi arrastrándome por el suelo me acerqué a la puerta de aquella nuestra jaula y le pregunté al Cabo que estaba allí de servicio por la causa de aquellas irregularidades del ruido de la máquina.

—Es — me dijo — que al inclinarse el buque hacia proa, queda descubierta la hélice, que al girar sin la resistencia del agua, pierde la máquina su normalidad de funcionamiento, cambiando entonces su ruido; realizándose el fenómeno en sentido contrario cuando una nueva ola

alcanza al buque, restableciendo su horizontalidad y cambiando de nuevo el medio en que gira la hélice.

En dirección de la cubierta se oía el incesante sonido de un pito que parecía agitado por una boca febril, alcanzándose unos a otros sin interrupción, infinitos pitazos de duración variadísima.

El Cabo, adivinando la causa de mi curiosidad, me dijo que los pitazos eran órdenes de mando del Capitán a la marinería, maniobrando contra el mal tiempo que corríamos, pero que no había peligro alguno.

Con estrépito infernal se cerraron sobre nuestras cabezas las escotillas que nos daban acceso a la cubierta, y quedamos sepultados en el vientre de aquel monstruo de acero, que a pesar de sus colosales dimensiones resultaba un juguete sobre el abismo.

—¡Con mil diablos! — dijo el Cabo—. Parece que la cosa es grave. Mucha mar debemos tener cuando toman tales precauciones. Han ordenado que todo el mundo se acueste y que se cierre el buque.

—Pero, señor — aventuré—, en caso de peligro, ¿hemos de quedar aquí aprisionados, sin derecho a defendernos contra los elementos, condenados a una muerte segura en las profundidades del mar?

Aquel hombre no respondió una palabra, pero principió a recorrer a grandes pasos el espacio libre frente a la reja, dejando escapar de sus labios la exclamación de “¡Esto es horrible!”

Al tenderme de nuevo en mi litera, acudió a mi memoria la descripción que nos habían hecho

de lo que era un viaje en "barra", como lo habían sufrido otros compañeros que ya estaban en las prisiones de Africa.



En la bodega del buque y en un departamento adecuado, habían colocado de exprofeso una barra de hierro fuertemente sujeta al piso, por la cual corrían anillas del mismo metal, articuladas en su centro, cuyas dos partes las remachaban con pasadores de cobre, aprisionando los pies de los prisioneros que, sin poder hacer más movimiento que el de sentarse o acostarse de espaldas, quedaban condenados a sufrir allí las terribles incomodidades que se derivaban forzosamente de aquella posición, en la cual permanecían durante el largo viaje, haciendo las necesidades naturales de la vida a presencia unos de otros, respirando un aire pestilente y siendo así vejados hasta la saciedad por sus guardianes.

Entonces comprendí que nuestra situación era envidiable, comparada con la de los infelices que de tal manera habían sido conducidos, y que éramos deudores de inmensa gratitud al Capitán del "Montevideo".



La noche pasó sin más novedad que el susto consiguiente por el mal tiempo reinante, los balanceos del buque y el mareo que ya atormentaba a muchos.

Cerca del día se tranquilizó el mar, y a la serenidad del buque y de los estómagos, siguió el sueño más profundo.

A las seis de la mañana dieron la orden de levantarnos, y precipitándonos de las literas, corrimos a los ventanillos con el corazón anhelante, y nuestros ojos descubrieron en el horizonte las azules montañas de la patria, y aunque nos habían apartado de ellas lo bastante para que no pudiéramos contemplar sus inmensos palmares, los veíamos con los ojos del alma.

En nuestra imaginación estaban perfectamente delineados los paisajes cubanos, y en hermoso espejismo de la mente, veíamos los llanos y los montes, los ríos y los valles, y desfilar en briosos corceles las huestes libertadoras, entonando himnos de gratitud al Todopoderoso por el despertar de la aurora de libertad, cuyo incendio alumbraba ya al mundo.

Aquel endemoniado barco, cómplice de nuestros enemigos, orgulloso de haber vencido el obstáculo que había retardado su marcha durante la noche, cortaba las tranquilas aguas con pasmosa velocidad, alejándonos por momentos de la perla antillana, que en vano luchábamos por sostener a la vista.

A las cuatro de la tarde ya habían desaparecido completamente las montañas del grupo oriental, y con el corazón oprimido por inmenso dolor, derramábamos ardientes lágrimas y pedíamos a Dios la resignación necesaria para sufrir tan terrible prueba.

Los días 3, 4 y 5 los pasamos con toda tranquilidad, a excepción de una reyerta sostenida entre un compañero llamado Agustín Rodríguez y uno de los presidiarios españoles, a quien aplicaron un fuerte castigo por haber resultado culpable del incidente.

Al amanecer del día 5 estábamos a la vista del Morro de Puerto Rico, y a las ocho de la mañana hicimos la entrada en la hermosa bahía de San Juan, observando con curiosidad los encantadores paisajes existentes en las cercanías del puerto.



Dos días justos estuvimos allí fondeados, tiempo necesario para que el "Montevideo" se metiera en el vientre treinta mil sacos de azúcar, ocho mil balas de henequén y cinco mil sacos de cocos.

Aquel Leviatán de los abismos, lo mismo tragaba hombres que cosas inanimadas en cantidades asombrosas.

Era curioso el espectáculo que ofrecía la bahía con sus innumerables guadaños y faluchos, que la cruzaban en todas direcciones, y que constantemente tenían rodeado al "Montevideo", comerciando con la gente de a bordo.

A nosotros nos permitieron comprar frutas, tabacos y otras chucherías, lo que hacíamos por los ventanillos, por los que cabía la cabeza de una persona.

Los guadañeros nos tiraban una cuerda, de cuyo extremo pendía una pequeña canasta con los objetos comprados, la que elevábamos hasta la altura del ventanillo, por donde echábamos también el dinero, que descendía hasta las manos del vendedor.

Yo tenía por todo capital un peso en plata que me había regalado el compañero Amado Pérez, y quise comprarlo íntegro de naranjas.

Un guadañero, mulato él y con cara de pillo, me dijo que no tenía dinero para comprar en tierra el ciento de naranjas que le encargaba, y con verdadera ausencia de picardía le entregué el peso de mi vida, para que me comprara las doradas frutas, destinadas a tonificar mi estómago en los días del terrible mareo.

El guadaño se llamaba "Máuser", con el folio 110 en la proa, y su dueño usaba sombrero de guano.

Al poco rato se acercó al buque cargado de naranjas, pero disfrazado con un sombrero de paño.

Se pegó al costado del trasatlántico, pero mucho más a popa de mi ventanillo, donde realizó su comercio con toda tranquilidad, sin hacer caso de mis gruesos piropos ni de los gritos que le di. Después se dirigió nuevamente a tierra y continuó su tráfico.

Algunos compañeros fueron en mi auxilio, y no me faltaron dulcísimas naranjas, plátanos, etcétera.

En la tarde del día 8 dejamos aquel puerto, reanudando nuestro interrumpido viaje, arrastrados por la fatalidad.

La despedida de Puerto Rico fué también bastante triste.

Aquella era la Isla hermana, cuyos hijos sufrían también los horrores de la tiranía, y la semejanza de su campiña con la campiña cubana, había alegrado nuestros corazones, y al alejarnos de ella sabíamos que aquella era la última tierra americana que nuestros ojos contemplarían, y la tuvimos en nuestras pupilas hasta que la inmensa curva del mar la ocultó, dejándola detrás del horizonte.

A una hermosísima puesta de sol siguió un crepúsculo de variadísimos colores, refractados por inmensas nubes que, cual archipiélago celeste, presentaban sus bordes como playas de fuego y en su centro nuestra fantasía veía un hado infernal que nos daba el eterno adiós apocalíptico, en nombre del indiferente mundo americano.



La noche extendió su negro manto. Una ligera brisa soplabá en dirección del N. E., y el majestuoso buque, hollando los dominios de Neptuno, caminaba frenético con dirección a las costas españolas.

Sumidos en nuestros tristes pensamientos, principiábamos ya a preocuparnos, no sólo por las cosas pretéritas, sino también por los sucesos que tendrían lugar cuando cruzáramos el inmenso mar en que nos internábamos.

Lo grato del tiempo durante los días 9, 10, 11 y 12, hizo que la vida se deslizara con algún lenitivo para nuestras penas.

Eramos cincuenta y un compañeros, y los tres presidiarios, y como siempre sucede, no todos nos entregábamos por completo al dolor.

Los había cuyo carácter alegre se sobreponía a las vicisitudes, y con sus chistes y cuentos disipaban un tanto las penas de todos.

La forzosa ociosidad hizo que se inventara la manera de pasar el tiempo sin pensar mucho en el triste Destino, y el vicio del juego tuvo su propicia oportunidad.

Amado Pérez, que había ganado algún dinero jugando en el calabozo del Morro, puso la banca,

y mucho más seguro que cuando la ponía allá en Sierra Morena, principió a tallar con grave perjuicio de sus compañeros, a quienes desplumó lindamente.

El Sobrecargo permitía el juego como vía de distracción, y pasaba también sus ratos apuntando con ardor, y a tal grado llegó el triunfo del vicio, que muchos otros empleados del barco, bajaban y se confundían allí con los criollos, perdiendo la mesada que habían de llevar a sus familias al llegar a las playas de su patria.

Cuando Amado Pérez tuvo en sus bolsillos mil y tantos pesos, le dejó el puesto a Miguel Blanco, quien llevaba mil centenes en una ancha faja de cuero y lona, y mucho dinero más en otras clases de moneda, y que sostuvo la banca durante todo el viaje, **desplumando** a su vez al mismo Amado Pérez y a cuantos más jugaron al peligroso monte.

Por mi parte, desde que salimos de Puerto Rico, invertí todo el tiempo asistiendo a dos queridos compañeros que se enfermaron de terrible pulmonía, por exponer el pecho desnudo al aire frío del alto mar, al abrir los ventanillos para distraer la vista en la contemplación de la inmensidad líquida.

A uno de dichos compañeros lo llamaremos X, por razones que el amable lector podrá explicarse, cuando se haga en el momento oportuno, la historia de su fuga del penal de Ceuta, ganándose la libertad por su cuenta y riesgo.

El otro se llamaba Jerónimo Ortiz, conocido por "El Rubio", que era como todos le decían.

Este joven, de unos veinte años de edad, era natural del pueblo de Santo Domingo, en cuya zona cayó prisionero de las tropas españolas.

Ellos dos eran mis compañeros predilectos, cuya amistad cultivé en el calabozo del Morro, donde nuestros corazones se acercaron por la afinidad de caracteres y pensamientos.

La enfermedad los postró definitivamente y por caridad me consagré a ellos por completo, haciéndome cargo de su asistencia, bajo la dirección del médico del barco que les hacía dos visitas al día.

Varias veces rogué al médico que dispusiera el traslado de aquellos enfermos a la enfermería del buque, pero siempre se opuso a ello, pretextando que estaba llena de soldados enfermos que regresaban a España.

El compañero Ortiz se acobardó desde los primeros momentos, al extremo de que era difícil darle las medicinas.

Por el contrario X, hombre de espíritu fuerte, luchaba valerosamente con la enfermedad, y tragaba cuanto se le ponía en la boca, a impulsos de su instinto de conservación.

En uno de los momentos más agudos de su enfermedad me preguntó con voz casi apagada si estábamos ya cerca de tierra.

—Aun faltan algunos días de navegación — le respondí.

—Entonces, amigo — me dijo abriendo los ojos —, tendrán que echarme al mar, porque me siento morir por momentos.

Con el corazón entristecido, pero con fingida alegría en el rostro, traté de disipar sus lúgubres pensamientos, dándole alientos para seguir luchando por la vida, que a mi entender le duraría poco.

Al terminar el médico su visita del día 12, me dijo que Ortiz seguía empeorando, pero que respecto de X tenía mucha esperanza de salvarlo.

Aquella noche, agobiado por la fatiga que me producía el no dormir durante muchas noches, me dormí profundamente y tuve un sueño horrible.

Mis dos compañeros acababan de fallecer y la gente de a bordo bajaban en tropel trayendo una ancha tabla como de dos metros de largo, con agujeros en sus dos extremos, por donde pasan pedazos de cables.

Pusieron sobre la tabla a los cadáveres sujetándolos con los cables. Les fijaron en los pies dos pesadas granadas de hierro, y siguieron hasta cubierta para darles sepultura en el insondable Golfo de las Damas.

Abismado por profundo dolor subí también a cubierta, entre soldados y marineros, y contemplé durante unos momentos los rostros lívidos de mis queridos amigos, que yacían inertes sobre la dura tabla que les servía de féretro.

El Capellán del buque hizo su servicio religioso, porque ante la tumba había desaparecido la causa que mantenía a aquellos cuerpos en esclavitud, y sus almas estaban ante la presencia de Dios, que no entiende de religiones oficiales de los pueblos, de sus luchas políticas, ni de las pasiones que los lanzan unos contra otros, sino que, en la multitud de sus piedades, borra nuestras rebeliones y premia con su gloria a todo el que lo glorifica en nombre de su divino hijo.

La tabla fué elevada hasta la altura de la baranda y arrojada en línea vertical dentro de

la tumba inmensa, que la recibió con tenue murmullo, mientras el Capellán lanzaba a las ondas las últimas sílabas de su oración.

Yo seguí con los ojos llenos de lágrimas, fijos en el punto aparente donde el líquido azul se había unido sobre las cabezas mudas de mis amigos, hasta que los soldados me condujeron de nuevo a mi prisión, despertando en aquel momento de mi sueño, por el ruido de la puerta que se abrió para dar paso al Sobrecargo que nos llevaba el café, un agua sucia inferior a la borra hervida que sirven en algunas casas pobres del campo de Cuba.

Con el triste presentimiento de mi sueño, me acerqué a las literas de los enfermos, encontrándoles algo reanimados. Tomaron mejor la medicina, y conversaron sobre la próxima llegada a las playas españolas, pues se nos acababa de anunciar que llegaríamos a La Coruña al día siguiente.

Aquella tarde del día 13 se presentó un mal tiempo que nos sacudió horrorosamente hasta la madrugada del día siguiente, pero como ya nadie se mareaba, no fué de graves consecuencias, y sólo se desarrolló durante el fenómeno, un ligero incidente de que fuí causante y protagonista.

El buque oscilaba pesadamente sobre las montañas de mar que lo alzaban sobre sus crestas y descendía por las líquidas pendientes, yendo a enterrar con furia inconcebible parte de su castillo de proa en las anchas olas que se precipitaban a su encuentro en número interminable.

Otras veces, cuando se hallaba hundido en la depresión que se formaba entre dos olas gi-

gantes, era batido de costado con tremendo empuje por elevaciones aisladas del embravecido elemento.

A través de los gruesos cristales contemplábamos aquel combate cuerpo a cuerpo entre el "Montevideo" y las olas, que al romperse contra el obstinado obstáculo, cubrían una gran extensión del Océano de blanca y rugiente espuma, que ofrecía a nuestra vista un espectáculo admirable.

Los vientos habían cogido a las olas por sus cabelleras y las precipitaban sobre el punto negro, para borrarlo de sus dominios.

El monstruo Océano continuaba su eterna protesta lanzando el huracán de su aliento sobre los que seguían por sus rugosos lomos el camino descubierto por el Gran Almirante.

Agarrado fuertemente a las argollas de metal de un ventanillo, lo abría con rapidez después de cada golpe de mar y sacaba fuera la cabeza para contemplar a mis anchas el imponente fenómeno.

En una de mis observaciones tuve la desgracia de abrir el ventanillo en el momento preciso en que el "Montevideo" se inclinaba sobre aquella banda.

Una ola subió más alta que el ventanillo y lo empujó con fuerza espantosa y una enorme vena líquida me lanzó sobre el pavimento, donde recibí varias contusiones. Además de los golpes se me salía el corazón del pecho por el susto.

No fué mucha la cantidad de agua que entró en el buque, porque éste, cediendo a un rápido desnivel del mar en la banda contraria, se enderezó con movimiento rápido, permitiendo asegurar el cierre del ventanillo.

Enterado el Sobrecargo, me dirigió graves reconvenciones, obligándome a recoger el agua a fuerza de esponja, operación sumamente dificultosa, porque tenía que trabajar guardando el equilibrio a causa de los grandes balanceos del buque.

Pero en mi espíritu de observador, daba por bien empleados el susto, los golpes y el castigo, a cambio de la intensa satisfacción que producía en mi alma aquel combate de las fuerzas de la Naturaleza, ante quien el hombre se siente microscópico.



Al amanecer el día 14 desapareció el temporal y la calma bienhechora reinó sobre las aguas.

A las diez de la mañana nos dieron la noticia de que el Viejo Mundo estaba a la vista, y que por la tarde entraríamos en el puerto de La Coruña, donde teníamos que hacer escala.

La noticia tuvo para nosotros el doble aspecto de agradable y triste.

Era agradable, porque significaba el próximo término de nuestro viaje, y su tristeza consistía en la convicción que teníamos de que, al pisar tierra española daría principio nuestro verdadero calvario. Y los hechos se encargaron de darnos la razón.

Los enfermos se reanimaron un tanto con la noticia de que estábamos próximos a desembarcar.

Ortiz, pensando en su querida madre, me encargó por centésima vez que si yo volvía algún día a Cuba fuera a su pueblo y le contara cómo había sido su muerte, y que sus últimos suspiros y pensamientos habían sido para ella.

—Porque —decía — tengo la seguridad de que sólo me restan algunos días de vida.

X, un poco más animado, abrigaba aún la esperanza de curarse y de volver a Cuba algún día...

Por fin, bajo un sol radiante, cuyos reflejos daban tonos hermosísimos a las tranquilas aguas, entramos en la bahía de La Coruña, cuyos paisajes conservo aún en mi memoria por la belleza de su conjunto.

En aquel puerto sólo estuvimos la tarde y la noche del 14, y fué allí donde se nos comunicó que continuábamos en el buque hasta Santander.

A las ocho de la mañana del día 15 trepidaron las máquinas del "Montevideo" y después de las acostumbradas operaciones que se realizan en todo buque antes de zarpar de un puerto, iniciamos de nuevo nuestra marcha, navegando a la vista de la costa.

A las cuatro de la tarde doblamos el Cabo de Ortegal y nos internamos en el mar Cantábrico, que se mostró agitado durante las primeras horas de la noche, y sereno y apacible por la madrugada, permitiéndonos dormir con tranquilidad.

Todo el día 16 navegamos a la vista de la costa, y la noche fué de tranquilidad admirable, porque el "Montevideo" aminoró su marcha y se deslizaba apaciblemente por la tersa superficie.

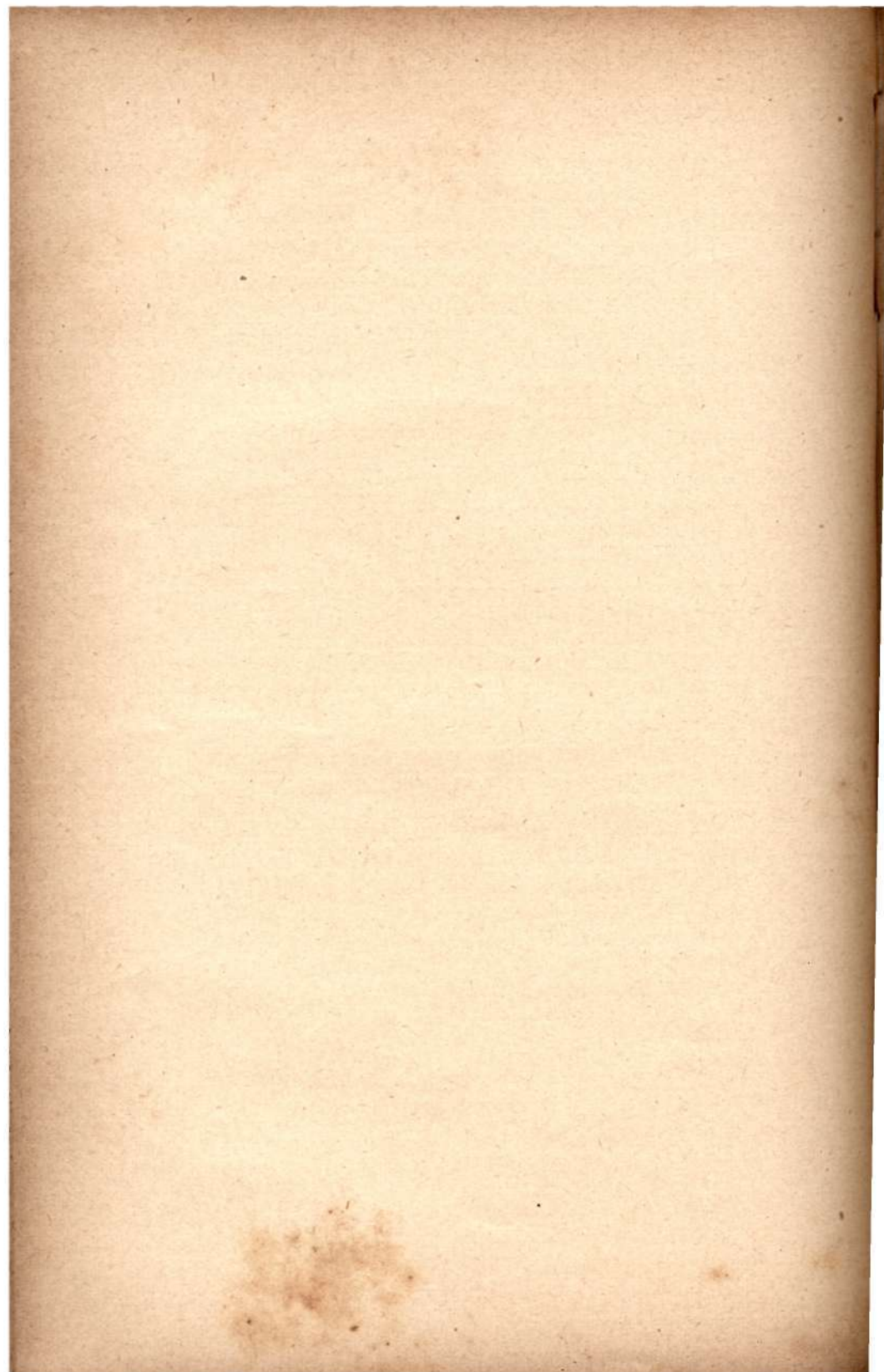
Al amanecer del 17 hicimos nuestra entrada en el hermoso puerto de Santander, donde creíamos que tendría fin nuestra peregrinación por el mar, continuándola en ferrocarril a través de España.

El "Montevideo" fondeó tan cerca de tierra en el fondo de la bahía, que apenas distábamos cien metros de la orilla rocosa, que se dejaba besar dulcemente por las apacibles ondas, que con movimiento casi imperceptibles se elevaban y descendían produciendo pequeños y murmuradores torrentes y cascadas de argentados colores.

En aquel extremo de la bahía se levantaba una montaña cubierta de hierba hasta la orilla del mar, tachonada acá y allá por pintorescas casitas blancas, con tejados chillones, circundadas por árboles frutales que daban al conjunto aspecto de jardín.

Algunas pastoras, de vistosos y alegres trajes típicos de la región, apacentaban vacas rollizas de ubres robustas y exuberantes.

Desde el "Montevideo" se veía hacia el Este parte de la ciudad, y al Oeste, allá sobre una verde meseta, se destacaba la majestuosa casa de campo, propiedad de los Reyes de España en aquel lugar de temporada, donde se da cita lo más granado de la sociedad santanderina.



VII

DESEMBARCO

EN SANTANDER

Nada nos dijeron durante el día sobre nuestro desembarco.

A nuestras preguntas contestó el Sobrecargo que ignoraba la consigna que el Capitán había recibido del Gobierno sobre nuestro destino.

A las doce de la noche, cuando estábamos recogidos en nuestras literas, nos dieron la orden repentina de recogerlo todo para desembarcar.

—¿Y los dos enfermos? — interrogué al Sobrecargo.

—Tienen que ir a tierra también — me respondió secamente.

¡Aquéllos momentos fueron terribles!

Era necesario sacar al aire libre a aquellos dos compañeros casi cadáveres, abatidos por la fiebre y la postración de diez días.

No quedaba otro remedio; teníamos que llevarlos con nosotros. Pero el caso era que no sabíamos si nos llevaban para el ferrocarril o para otro sitio, porque sobre este extremo guardaban absoluta reserva.

Con gran dificultad entramos en los botes, esposados de dos en dos, llevando en brazos a

los dos enfermos, a quienes no pusieron esposas por innecesarias, dado el estado en que se encontraban.

Llegamos al muelle a la una de la madrugada y aunque habían tomado toda clase de precauciones, había allí un buen grupo de desocupados que nos dirigieron insultos, y algunas piedras que chocaron con nuestros cuerpos, pero no se acercaron ni nos siguieron por la calle. Ibamos escoltados por un piquete de la Guardia Civil.

¡Quién diría a aquellos perversos que apenas pasados tres lustros desembarcaría por aquel mismo lugar el ilustre ex Presidente de la República cubana, Mayor General José Miguel Gómez, recibido y colmado de miramientos por las mismas autoridades españolas!



Calle adelante, cargados con nuestras penas, enfermos y matules, pasamos por el histórico Sardinero, y doblando a la derecha, subimos por una callejuela estrecha y maloliente, donde encontramos un sereno con todos sus atributos, cantando la hora y estado del tiempo; pero que, por no haberle entendido una palabra, pasó por uno de nuestros insultantes.

Después de recorrer otras calles tortuosas, llegamos a la cárcel, caserón vetusto y de feo aspecto, donde penetramos hasta su ancho patio, al que daban los calabozos altos y bajos, en los que fuimos encerrados después de quitarnos las esposas.

A los deportados los alojaron en los departamentos altos, algo higiénicos y ventilados; pero a los prisioneros de guerra nos encerraron en

un solo calabozo, de unos seis metros de ancho por ocho de largo, sin camas ni aun una mala tarima, en disposición tal que su ventilación era casi nula y su luz escasísima.

En aquel húmedo calabozo apenas cabíamos los treinta y tres seres humanos que allí nos amontonábamos, en las peores condiciones que pueden imaginarse.

Los dos enfermos estaban allí tirados en el suelo duro e inclemente, sin tener ni una mala almohada en que apoyar sus ardientes cabezas.

X, a pesar del brusco cambio de temperatura experimentado al dejar el buque, las incómodas condiciones del desembarco y el traslado a aquel lugar, parecía algo animado, mostrando en su rostro la gran esperanza de vida que aun conservaba.

Por el contrario, el desdichado Ortiz fué acometido por una intensa fiebre y el mayor abatimiento lo postró sin esperanza de salvación.

Sentados unos y otros tirados en el suelo, pasamos el resto de la noche vigilados por un preso de causa común, que hacía de presidente de galera.

Era un preso natural de aquella ciudad, que cumplía una condena de poca importancia, y para que nos vigilara en aquel calabozo cuyo interior no se veía desde fuera, lo pusieron con nosotros como jefe del servicio interior de aquella celda.

Aquel muchacho, pues era muy joven, se portó decentemente, nos trató con lástima y nos sirvió más bien de consuelo y distracción, por sus cuentos y relatos acerca de Santander, que de enojoso centinela de vista.

El dieciocho por la mañana se pudo conseguir a alto precio un poco de leche para los dos enfermos.

El desdichado Ortiz tomó el precioso alimento con gran dificultad y moviendo su mano derecha se rascaba la pierna del mismo lado y la cintura, repitiendo la operación con insistencia.

Para averiguar aquellos desesperados movimientos de su mano, lo privé del pantalón, y ¡qué horror! Alrededor de la cintura y a todo lo largo de sus piernas, en las partes correspondientes a las costuras de dicha pieza de vestir, presentaba una franja roja: era la carne viva, que había sido despojada de la piel por los **caránganos** (piojos blancos), parásitos inmundos, de una voracidad incalculable, infinitamente abundantes y característicos en aquella época, en todos los campamentos, cuarteles y trasatlánticos españoles.

Cuando los insurrectos acampábamos donde lo habían hecho los soldados españoles, hallábamos los asquerosos parásitos en los pedazos de ropa y otros objetos abandonados, siendo necesario tomar precauciones para no ser invadidos por tan repugnantes insectos.

En El Morro compré a un soldado, por la miserable cantidad de diez centavos, una larga camisa de **sarasa**, fresca y limpia, y al poco rato de haberme acostado con ella en la tarima, sentí tal picazón y malestar, que salté de la dura cama y al examinarla a la pálida luz, noté que a lo largo de sus costuras se albergaban incontables piojillos blancos, dispuestos patrióticamente a chuparme por desafecto a la tierra de donde ellos habían venido.

Uno de los compañeros, cuyo nombre no recuerdo, me dió para el desdichado Ortiz un pantalón en buen estado, y el piojoso se quemó con todos sus chupópteros pobladores.



Por todo alimento nos daban una ración diaria de alubias cocidas (especie de potaje de judías tiernas), y un pequeño pan de maíz.

Aquel encierro duró sólo hasta las doce de la noche del día 20.

A aquella hora, sin habérsenos avisado, se presentó el Alcaide de la cárcel en la puerta del calabozo, seguido de un piquete de la Guardia Civil, y llamándonos por lista, fuimos atados brazo con brazo, esposados por las muñecas y conducidos por las mismas calles hasta el muelle por donde habíamos desembarcado.

Aquello fué para todos una verdadera sorpresa, porque creíamos que al igual que a las cordilleras anteriores, nos conducirían hasta Madrid por ferrocarril y de allí a Algeciras en la misma forma.

Penosísima fué la conducción de los enfermos hasta el muelle.

Sujetándolos por debajo de los brazos, los llevamos por aquellas tortuosas calles, bajo una llovizna que empapaba.

El “Montevideo”, después de aliviar su vientre descargando veinte mil sacos de azúcar y otra carga, nos recibió de nuevo para conducirnos hacia el Sur por las tranquilas aguas ribereñas.

El compañero X ocupó de nuevo su litera, cada cual tomó de nuevo posesión de la suya, y el compañero Ortiz fué aquella vez conducido a la enfermería del buque, en la cual ya había lugar para él.

Al decir del médico, aquel infeliz iría al fondo del mar sobre una tabla, con una granada de cincuenta libras en los pies, para que se cumpliera mi sueño.

Pero no fué así. El estaba condenado por su fatal destino a morir fuera de su patria, sin que su cariñosa madre recogiera sus últimos suspiros, pero no a ser sepultado en el Océano.

Después de estar a bordo se nos comunicó que el Gobierno había dispuesto, dado nuestro número, que se nos condujera por el mar hasta el puerto de Cádiz.

Muchos lamentaban semejante determinación del Gobierno, porque se les privaba del atractivo de un viaje en ferrocarril a través de España; pero otros nos alegrábamos considerando cuán penoso hubiera sido semejante viaje a lo largo de la península, custodiados por la inflexible Guardia Civil.



La cárcel del buque nos era ya conocida. Las costumbres de a bordo también.

El Sobrecargo nos recibió con afabilidad y los mismos soldados que nos daban guardia, no fueron indiferentes a nuestro regreso.

La comida, aunque no buena, era abundante, y como nos habíamos acostumbrado a ella y llevábamos mucha hambre, por el ayunar continuo

a que habíamos estado sometidos en la cárcel, le hacíamos de tal manera los honores, que si hubiera estado allí algún can en espera de las sobras hubiera sido él el sometido al ayuno.

El “Montevideo” había sido cuarentenado y su Capitán acordó que la cuarentena se cumpliera durante el trayecto de Santander a Cádiz, por cuyo motivo había que hacer el viaje con velocidad limitada.



La mañana primaveral del día 21 llegó con raudales de luz esplendorosa, derramando actividad y vida a torrentes en la hermosa bahía que inundaban los brillantes rayos del astro rey, que allá en el intrincado y lejano laberinto de montañas, daban origen a bellísimos paisajes.

Los trabajadores del mar dieron principio a sus rudas tareas y gran número de embarcaciones de diferentes tipos y tamaños surcaban las tranquilas aguas en todas direcciones.

Las máquinas de carga y descarga del gran número de buques que allí estaban anclados, dejaron oír sus ruidos infernales, prueba evidente de la grandiosa intensidad con que se desarrollaba la vida nacional de aquel pueblo poseedor de la gran virtud del trabajo.

Las sirenas de los remolcadores y los pitos de las fábricas de la ciudad atronaban el espacio, llamando a los obreros al trabajo, y allá en la verdosa vertiente, las vacas y los toros, a impulsos de la fecundante Naturaleza, tenían sus lides amorosas y saludaban con sus potentes mugidos al Dios triunfante y poderoso, padre de la germinación universal.

Llegó la hora de partir.

El "Montevideo", con su pulmón de bronce, lanzó al espacio las estridentes notas que así lo anunciaban, y el eco las repitió allá en las montañas, como hacen las nubes con el trueno en noches tempestuosas.

Al estruendo que produjo la cadena del ancla al ser recogida, siguieron las demás operaciones de la preparación de marcha.

La escala fué recogida inmediatamente después de subir el práctico.

Las innumerables embarcaciones pequeñas que estaban al costado del buque, se separaron con movimiento rápido, y el "Montevideo", majestuoso e imponente, hendió las aguas tersas como un espejo.

El día era magnífico.

Una fresca brisa soplaba de la ribera, hinchando las blancas velas de las embarcaciones de tráfico interior de la bahía, que cruzaban a nuestra vista con rumbos distintos, pletóricas de personas.

Aquel pueblo que se agitaba a nuestro redor, parecía no darse cuenta de nuestra presencia. Toda la mañana la habíamos pasado mirando hacia fuera por los ventanillos, sin notar el menor signo de hostilidad.

¿Ignoraban que estábamos allí, o era que nuestra presencia no les importaba nada? Más bien creo esto último.

El pueblo español en general no se tomaba el trabajo de pensar hondamente en el problema cubano, y la guerra contra los insurrectos se desarrollaba en aquellos momentos con preocupa-

ción creciente sólo para los gobernantes españoles, que principiaban a darse cuenta de que la hoguera insurrecta tomaba proporciones que ellos no habían calculado.

En la mente de aquel ejército de trabajadores, no existía ni la más remota idea de las horripilantes medidas de represión con que el sanguinario Weyler intentaba acabar con la insurrección cubana.

★ ★ ★

A las nueve de la mañana dejamos la desembocadura del puerto y doblamos en dirección Este, emprendiendo el viaje que casi podía llamarse de circunvalación de la Península, puesto que recorrimos las dos terceras partes de su litoral marítimo.

De no haber estado en nuestra triste condición, aquel viaje hubiera sido de verdadero recreo.

Con mar tranquilo y cielo despejado, navegábamos a corta distancia de la costa, y desde muy lejos, una vez entrada la noche, veíamos los poderosos destellos de la farola de Gijón, que siendo su destino alumbrar el camino de la civilización, que conduce a la libertad de los pueblos, estaba allí como fanal fatídico, alumbrando en noche tenebrosa el sendero por donde nos conducían a la más terrible esclavitud.

★ ★ ★

Todas las mañanas nos daban noticias del compañero Ortiz, que seguía agravándose por momentos, y cuya esperanza de salvación había desaparecido, según la opinión del médico.

Por el contrario, el compañero X, favorecido por la benignidad del clima que se hacía más favorable a medida que avanzábamos hacia el Sur, la esmerada y cariñosa asistencia y lo apacible del viaje, iba recobrando por momentos tranquilizadora mejoría.

El día 24 por la tarde nos anunció el Sobrecargo que ya navegábamos por aguas portuguesas, y nuestros ojos divisaban con dificultad las acantiladas costas lusitanas, patria de innumerables hombres ilustres en todas las ramas del saber humano.

El 26 doblamos el famoso cabo de San Vicente, y al cubrirnos las sombras de la noche ya navegábamos por las azules aguas del golfo de Cádiz, en cuyo límite occidental se halla la histórica ciudad, donde había de tener término la primera parte de nuestro viaje. La segunda parte, que fué la más penosa, la constituyó nuestra peregrinación por carretera desde Cádiz hasta Algeciras, y la tercera la travesía por el estrecho de Gibraltar y ascensión al monte Acho en Ceuta.



El "Montevideo" echó sus anclas en la bahía de Cádiz, a una respetable distancia de los muelles.

Después de preparársenos convenientemente para el desembarco, salimos a cubierta esposados por parejas.

Yo había conseguido que el compañero X fuera esposado conmigo, porque no creía como el médico, que estuviera en condiciones de llegar a la cárcel sin ayuda de nadie.

Alineados en unos botes incómodos, nos condujeron al muelle, donde nos esperaba un gentío inmenso. Eran las diez de la mañana del día 27.

Un piquete de la Guardia Civil nos esperaba allí a pie firme, y sus caras adustas ponían miedo en los corazones más templados.

Después de requerir las esposas, nos pusieron en marcha, y el populacho allí agrupado prorrumpió en insultante gritería. Algunas piedras fueron lanzadas contra la cuerda, siendo alcanzados con ellas algunos compañeros y el que esto escribe.

Algunos números del Orden Público disolvieron a los alborotadores y proseguimos nuestra marcha sin más molestia que la general de nuestras penas y fatigas.



La vista de aquella hermosa ciudad alegraba un tanto nuestros corazones.

Estábamos en plena España civilizada, donde los hombres vivían al amparo de leyes sabias, garantizados por una Constitución, rica conquista del Derecho, y si llegaba el caso de que se nos atropellara infamemente, apelaríamos a los hombres de la España culta, fieles guardadores de las más nobles tradiciones de gentileza, impetrando amparo y garantía dentro de nuestra condición de presos políticos. ¡Cuánto nos engañábamos!

Al doblar de una esquina estaba una viejecita de rostro macilento, con el delantal repleto de macitos de cigarrillos que nos repartió caritativamente a medida que pasábamos, dirigiéndonos palabras de consuelo:

—¡Pobrecillos! ¡Qué rotas traen las ropas! ¡Cuánto habrán **sufrió** en el **vapó**! ¡Toma, hijo, fúmate ese mazo!

Y avanzaba junto con la cuerda para continuar su reparto hasta que terminó.

—¡Adiós, hijos! —repitió tres veces—. ¡Que Dios os ayude en el **presillo**!

Y la vimos alejarse con lágrimas en sus ojos cavernosos.

Y aquella alma caritativa llevaba en la cabeza la toca negra, signo característico del luto que afligía los corazones de las madres españolas, por la pérdida de los hijos de sus entrañas, víctimas allá en Cuba o en Filipinas, de la cruenta guerra que tenía por motivo los tremendos errores de los hombres que tenían en sus manos los destinos de las colonias oprimidas.

Frente a un antiguo edificio de proporciones colosales, sobre cuyo cornisamento crecían hierbas propias de los antiguos campanarios, y cuyas ventanas de gruesos barrotes de hierro estaban tapizadas interiormente por gruesa tela metálica, nos hicieron detener con voz de mando, seca y penetrante. Estábamos frente a la cárcel de Cádiz.

VIII

EN LA CARCEL

DE CADIZ

Nos introdujeron en un ancho salón que era a la vez entrada principal y locutorio.

En la gruesa pared que separaba aquel salón del patio principal, se veía la ventana, estrecha y profunda, con dos gruesos hierros en cruz y espesa tela metálica por la parte interior, por donde los presos hablaban con sus familiares, adivinándose las facciones, ya que verse era imposible.

A la derecha de esta ventana había otra de tales dimensiones que apenas cabía por ella un plato de regular tamaño, por donde los presos recibían del exterior comida y objetos permitidos.

A la derecha de aquel salón estaban las oficinas, por las que se pasaba para entrar en el interior del establecimiento, por una pesada puerta de hierro, cuyos goznes, faltos de aceite, producían un chirrido que helaba los corazones.

Se nos registró escrupulosamente, privándonos de todas las prendas y dinero mediante recibo.

Miguel Blanco solicitó la intervención del jefe de la cárcel en la entrega de su dinero, siendo satisfecho en sus deseos.

Terminada la operación de registro, se abrió la pesada puerta y nos condujeron al patio principal, donde fuimos distribuídos en las diferentes galeras y calabozos, de acuerdo con la raza y condena.

Los prisioneros de la raza negra fueron encerrados en un calabozo del patio número dos, los blancos en las galeras y calabozos junto con los presos españoles, y a los deportados los alojaron en las galeras de distinción que estaban en la planta alta del edificio, también separados por razas.

A mí me tocó el calabozo número 9, que estaba en el patio principal, frente a la puerta de entrada.

El compañero X fué recluído en la galera número 2, y el desdichado Ortiz ingresó en la enfermería, donde habían de tener término sus penas infinitas.

Nuestro ingreso en aquella cárcel tuvo lugar después del rancho de la mañana, por lo que estuvimos sin comer hasta el de la tarde.

Poco después de tomar el rancho sonó la orden de encierro y con los corazones oprimidos vimos cerrarse las puertas de aquellas cuevas inmundas, llenas de horribles tinieblas que no podían disipar las parpadeantes lucecillas de aceite de comer, que permanecían encendidas sólo hasta la hora del silencio, reinando en el resto de la noche horripilante obscuridad, cómplice de los más bajos atentados del vicio.

Mi cama tenía que ser forzosamente el duro suelo, y por abrigo tenía aquella frazada que me diera allá en el calabozo del Morro, aquel soldado, espejo fiel de las almas nobles y caritativas.

Llegada la hora de acostarnos, el jefe del calabozo, cuya cara irradiaba perversidad, me indicó mi puesto, único desocupado, según él, junto a una cavidad que existía en el piso en un ángulo del calabozo, que servía de letrina durante la noche.

Los lectores a cuyos oídos no hayan llegado los relatos hechos por los cubanos que fuimos a Ceuta, Chafarinas, etc. sobre los hechos que aquí se exponen, creerán que exageramos por apasionamiento. Pero yo apelo al testimonio de todos mis compañeros de infortunio. Pregúnteseles si en las cárceles de España por donde pasaron de tránsito o en el presidio africano donde arrastraron su miserable existencia, vieron otras medidas de higiene, fuera del barrido y limpieza de los hoyos-letrinas existentes en las galeras. Se barría porque la basura estorbaba para caminar, y se limpiaban los hoyos-letrinas porque se llenaban todas las noches.

Mi protesta me valió una andanada de insultos y amenazas, y la orden de que me acostara con la cabeza junto al hoyo-letrina, y no de otra manera.

No teniendo a quién apelar, porque allí no había ningún otro compañero, y aquellos miserables me miraban con ojos amenazadores, resolví sufrir en silencio aquel atropello.

El aire impregnado de emanaciones fétidas, era irrespirable, y aquellos desalmados me pisoteaban cuando iban a hacer sus necesidades, dirigiéndome improperios porque estaba allí estorbando el paso.

Incorporándome lentamente apoyé mi espalda en la pared, resuelto a pasar la noche sin dormir, pero con la cabeza lo más distante posible del hoyo inmundado.

Pero... ¡oh terrible fatalidad! Como si hubiera cometido una grave falta, el jefe del calabozo se lanzó sobre mí y me cruzó el rostro y la espalda varias veces, con un chicote de soga, grueso y pesado, diciéndome: "Ha cometido usted la falta que con mayor severidad se castiga en esta cárcel; se ha levantado usted sin permiso después de la hora del silencio; por la mañana daré parte al Alcaide y lo pasará usted muy mal."

Medio asfixiado y con el alma lacerada, pasé el resto de la noche, y al amanecer, se me acercó uno de los presos con cara de bandido y terrible expresión, y me dijo que si tenía algún dinero podía conseguir que el jefe del calabozo no diera parte de mi falta, y que en lo sucesivo se me permitiera dormir en mejor puesto.

Todos los presos recogieron sus petates.

El jefe del calabozo estaba escribiendo en un rincón, teniendo por mesa una pequeña tabla que apoyaba sobre sus rodillas.

El de la embajada repitió con mayor énfasis y con signos de amenaza terrible, que resolviera si daba o no dinero, porque después que abrieran la puerta para el recuento, ya no habría modo de arreglarnos, y me darían una paliza que sería la última, porque moriría de ella.

Aquellas palabras me llenaron de terror, pero como no poseía ni un centavo, me vi precisado a confesarlo, aceptando mi situación con sangre fría.

Se abrió la puerta dando paso al Alcaide, seguido de sus ayudantes, que verificó el recuento con rapidez.

Y cuando se disponían a salir, se adelantó el jefe del calabozo y entregó el terrible parte, acompañado de una tremenda acusación verbal, coreada por todos los presos.

El Alcaide me midió de arriba abajo con la mirada más apacible y penetrante que he visto en mi vida, y se limitó a decirme: "Andese con cuidado, que está en lugar desconocido para usted."

Sin decir una palabra me quedé inmóvil, mirando al suelo.

El corneta lanzó una aguda nota que indicaba la terminación del recuento.

Todos los presos abandonaron sus respectivas galeras o calabozos y se entregaron en los patios a sus ocupaciones habituales. La mayor parte de ellos trabajaban en caprichosos tejidos de encaje y otros tejían calcetas.

Todos los cubanos nos reunimos en el patio principal para cambiar impresiones sobre los incidentes de nuestra primera noche de encierro en aquella cárcel donde se vivía en montón.

Cada cual comentaba sus peripecias de la noche, cuando se oyó en dirección de la reja del locutorio la voz de un preso que gritó:

—¡Café! ¡Café!

La costumbre de recibir del Gobierno la ración cotidiana del aromático líquido, en las cárceles de Cuba y en el "Montevideo", nos impulsó a todos a acercarnos a la reja con nuestros jarritos, donde un preso, sonriendo ante la perspectiva de un despacho abundante, nos sirvió con presteza sendas raciones de un agua oscura, que sabía a cualquier cosa menos a café.

Cada cual con su ración desfilamos por el patio con toda tranquilidad; pero al momento sentimos los apóstrofes del cafetero que reclamaba airadamente el pago de su mercancía.

Entonces fueron los apuros, porque la mayor parte carecíamos del centavo que costaba cada ración.

Al oír el alboroto acudió el ayudante de guardia, y cuando se le explicó el caso con toda su ingenuidad, sentenció al pago inmediato del café.

Creyendo que aquel empleado era socio del preso en la lucrativa industria del agua sucia, por lo que el pago se hacía perentorio, acudimos al compañero Miguel Blanco, verdadero paño de lágrimas de todos sus compañeros, quien nos sacó del apuro verificando el pago de los treinta y tres centavos que se adeudaban.



Durante mi estancia en aquella cárcel, me dediqué a observar detenidamente las costumbres a que se sujetaba la vida de aquellos desgraciados que allí guardaban prisión.

Un hecho de fatales consecuencias para la sociedad gaditana, y hasta para la de toda España, saltó a mi vista, causándome una impresión sumamente desagradable.

Allí, en vergonzosa promiscuidad con la canalla carcelaria, durmiendo en las mismas galeras, sumergidos en las tinieblas encubridoras del vicio desenfrenado, oyendo y hablando el *caló*, esa jerga de los miserables, estaban cumpliendo simples condenas correccionales unas dos docenas de menores que ninguno llegaba a quince años.

Aquello se me antojaba monstruoso.

¿Acaso en España no estaba prevista la manera como deben cumplir los menores las condenas que les imponen las leyes? ¿No había en Cádiz o en otro lugar de la nación, establecimientos reformatorios de menores? Como quiera que fuese, aquel espectáculo resultaba entristecedor.

Aquellos seres desgraciados que habían tenido la desventura de caminar por la senda del mal en la edad de la inocencia, lejos de encontrar amparo en la acción oficial, que estaba obligada a velar por ellos, encaminándoles previsoriamente por la senda contraria, por el camino que conduce al mejoramiento, habían sido puestos a infame pupilaje en la escuela del crimen y del vicio.

Y respondía cada cual por el mote común de "chavea" (1) seguido del apellido del monstruo que le prodigaba sus caricias corruptoras y lo cubría por la noche bajo su propia manta.

El "chavea" de Conde, el de Sánchez, etc.

Y las autoridades de la cárcel estaban al fin y al cabo de todas aquellas monstruosidades y nada hacían para evitarlas.

Como los siglos, se sucedían los ganapanes que tenían a su cargo las prisiones, y lo mismo que las leyes y reglamentos penales, seguían sin innovación alguna las viejas y repugnantes costumbres de los presos en cárceles y presidios.

★ ★ ★

El rancho más malo que comimos durante nuestra prisión fué el de aquella cárcel.

(1) Muchacho.

Sin variación alguna fué siempre de judías blancas, de muy mala clase, cocidas con los huesos de las reses, cuyos músculos nunca pudieron averiguar los presos a dónde iban a parar.

Diariamente veíamos conducir a la cocina esqueletos de reses, con los ojos lívidos, tornados horriblemente dentro de las órbitas, en cuyo estado, y sin más aseo, eran sumergidos en las inmensas pailas donde dejaban la substancia alimenticia y las inmundicias que traían adheridas.



Como a los diez días de estar en aquella prisión, tuvo lugar la fiesta de la patrona de los presos; virgen milagrosísima, que solamente en España tiene como veinticinco mil devotos, que le dirigen sus preces mientras tienen esperanza de libertad, y la injurian cuando la realidad fea y terrible de las leyes penales los lleva al convencimiento de que jamás brillará para ellos el hermoso sol de la libertad.

Un ligero adorno dió al patio principal un aspecto entre triste y alegre.

La capilla fué adornada convenientemente y en los balcones de la Dirección que daban al patio lucían colgaduras nacionales.

Varios curas llegaron muy temprano, y puestos delante de las filas de presos en el patio, anunciaron a grandes voces que el que no se confesase y comulgase no tendría derecho a disfrutar de la fiesta ni del rancho extraordinario, compuesto de carne estofada y pan blanco con una ración de vino.

Al efecto, ordenaron dar un paso al frente a todos los que renunciaran a tales beneficios.

Da pena confesarlo, pero el hecho cierto es que la mayor parte de los cubanos dieron aquel paso fatal, claro exponente del indiferentismo religioso que, como hierba mala, ha echado raíces profundas en nuestra patria. Raíces que son un agente poderoso de desintegración nacional, porque no permiten la formación del carácter cristiano en que está cimentada la estabilidad de los grandes Estados, verdaderamente cultos y civilizados, y de los pueblos chicos que son también grandes y felices por sus virtudes religiosas.

Los que no aceptaron el servicio religioso fueron incomunicados en el patio número 2, y para ellos el día fué peor que los demás de la semana.

La confesión, el servicio de la misa, la sagrada comunión y el reparto de la sabrosa carne estofada, el blanco pan y el transparente vino, hicieron las delicias de los elegidos del Señor o simplemente devotos de la milagrosísima patrona, que una vez por año proporcionaba horas de alegría a sus protegidos.

El día fué de verdadera fiesta, y la noche con sus tenebrosidades, devolvió el aspecto habitual a aquel recinto, donde el Salvador del Mundo, según cierta clase de ministros de Dios, sólo entraba una vez al año para penetrar mediante la sagrada forma en los pechos de aquellos seres, que viviendo sumergidos en el lodazal del vicio, lo maldecían cientos de veces al día.

¡Errónea manera de pretender que el culto de Dios y su consoladora fe, arraigue en el corazón de los oprimidos!

El compañero X seguía mejorando, aunque la fiebre no lo abandonaba ni un momento.

En las mañanas se sentía relativamente bien, pero las tardes y las noches las pasaba en un estado febril, echado sobre el miserable jergón de paja que se le había conseguido.

Del compañero Ortiz se tenían noticias diariamente: seguía muy grave.

El médico del establecimiento había dicho que era un caso desesperado, y que el fatal desenlace sobrevendría dentro de pocos días.

Quince días llevábamos de aquella vida de impaciencia, en espera de nuestra salida para Ceuta, cuando el 10 de Agosto por la mañana se nos anunció que al día siguiente saldríamos en cordillera, conducidos por la Guardia Civil.

Aunque ansiábamos salir de aquella cárcel, la noticia nos dejó anonadados, porque la triste realidad de nuestro fatal destino se destacaba dentro del marco de horrores con que nos habían pintado la vida en el presidio africano.

Nuestra repentina salida se debía a que estaba próxima a llegar otra remesa de prisioneros y deportados cubanos, y no había local en la cárcel para alojarlos.

—Cuba entera vendrá para España — decían los presos españoles—, y después nos llevarán a nosotros para la segunda colonización.

—Sí — les respondíamos—, pero como la historia se repite, los hijos de ustedes, que formarán un nuevo pueblo cubano, se considerarán con los mismos derechos a ser libres que nosotros reclamamos, y continuará la lucha por la libertad contra la despótica soberanía española.

Aquellos seres desgraciados terminaban siempre sus discusiones dándonos la razón, aun-

que no fuera más que por odio al Gobierno que los tenía encerrados, a quien odiaban con toda la fuerza de sus sentimientos.

Aquel mismo día quedaron terminados los preparativos del viaje, pues casi todos poseían las mismas cosas que habían sacado del vapor, es decir, nada.

Algunos habíamos adquirido un miserable jergón de paja por el precio de tres o cuatro centavos, en perspectiva de las tremendas noches que nos esperaban durante el viaje a pie que íbamos a emprender. Por lo menos, el molido cuerpo hallaría alivio sobre aquel pobre lecho, que habría de resultar suavísimo colchón de plumas algunos días después.

Al darnos la noticia de la partida, me asaltó la terrible idea de que el compañero Ortiz no iría con nosotros, se quedaría allí, inclinado ya sobre la tumba, sin tener un ser amigo a su lado en los últimos momentos de su vida.

Yo tenía grabados en mi mente los sentimentales encargos que me había hecho para su madre, pero él no tendría el consuelo de verme y repetírmelos a la hora de su eterna partida.

Estaba ensimismado en estos tristes pensamientos, cuando oí la voz del preso que llamaba a los que deseaban asistir a la visita del médico en la enfermería.

Aprovechando aquella circunstancia favorable a mis deseos de echar una última mirada al compañero sin ventura, me metí de sopetón en la fila de los enfermos y subí la estrecha escalera que conducía a la enfermería, que estaba situada en la planta alta del edificio.

La visita a los enfermos del patio la pasaban en el botiquín, que ocupaba un extremo de un amplio salón, a lo largo del cual estaban los demás enfermos, en dos hileras laterales de camas.

—¿De qué padece usted? — me preguntó el médico, mientras yo repasaba con la vista, una por una, las camas del salón.

—De acidez — le respondí maquinalmente, al verme cogido *in fraganti* en abstracción completa del asunto visita.

—¿Dónde tiene la acidez? — dijo con enfado.

—En el estómago, doctor — le respondí bajando la vista, procurando conjurar el peligro.

—Usted no está enfermo — me dijo en tono más severo—. ¿Qué otro objeto lo trajo a usted a este lugar?

—Ninguno, doctor, lo que le he dicho es la verdad — le repliqué en tono resuelto, dispuesto a sufrir con paciencia aquella prueba.

Entonces, dirigiéndose al practicante, le ordenó que me diera a su presencia un purgante de doce onzas de sal de higuera.

Tomé en mis manos temblorosas el vaso graduado en que acababan de diluir el cartucho de sal, y al principiar los amargos tragos, dirigí la vista casualmente a una cama cuyo enfermo separó en aquel momento la sábana que le cubría el rostro, y, ¡oh dolor!, era Ortiz, que me miraba con ojos de cadáver, y al conocerme, principió a llamarme: “¡Pablo! ¡Pablo!”, con voz que apenas salía de sus labios.

Algunos cristales de la sal que habían quedado enteros en el fondo del vaso se me pegaron en la garganta, haciendo doblemente amargos aquellos momentos de mi vida.

Lágrimas de ira y dolor rodaron por mis mejillas, y el médico, dándose cuenta de la verdad del hecho, me permitió acercarme a la cama del querido compañero sin que yo se lo pidiera.

Pero el infortunado Ortiz había caído en profundo abatimiento y apenas pudo decirme dos o tres palabras comprensibles.

Con el corazón transido por la más honda tristeza, descendí escalera abajo, y me dirigí a mi calabozo, donde pasé el resto del día y la noche sumergido en un mar de terribles sentimientos.

IX

DE CADIZ

A ALGECIRAS

A las diez de la mañana del día 11 fuimos conducidos al salón de entrada, donde nos devolvieron las prendas y el dinero que nos habían recogido el día del ingreso.

Al entregarle a Miguel Blanco los mil y pico de centenes que le habían depositado en la caja del establecimiento, pretendieron hacerlo en monedas de plata.

La protesta estuvo a la altura de la pretensión.

Miguel Blanco, alzando la voz, exhibió el recibo en que constaba la cantidad y clase de moneda que le habían depositado. Y seguidamente solicitó la intervención del Director de la cárcel, y hasta amenazó con quejarse a las autoridades civiles de la plaza, significando su calidad de deportado por medida gubernativa.

El ladino ayudante de guardia quiso insistir, alegando que la plata que entregaba era el equivalente del oro recibido y que siendo moneda legal del país, no cabía la protesta.

El Teniente de la Guardia Civil, jefe de la escolta que había de conducirnos durante la primera etapa de nuestro viaje por carretera, esta-

ba allí, a pie firme, sin hablar una palabra, en actitud imponente.

Con sus mostachos de a cuarta, sus ojos negros y penetrantes, su elevada estatura y su sombrero de tres picos, negro como las alas de un cuervo, parecía la estatua del terror vestida de uniforme.

—¡Terminad — dijo con voz de trueno — de realizar esa entrega de dinero al preso; y os advierto que no dispongo de vehículos para bagajes, y ese hombre no podrá llevar consigo esos sacos de plata! No puedo demorarme y me veré precisado a dar cuenta de esta tardanza.

Apenas había terminado de hablar el de la Benemérita cuando las relucientes monedas de oro estaban entrando de nuevo en la ancha faja de cuero y lona en que las cargaba su dueño durante el largo viaje.

Verificada la entrega de los forzados al Teniente, éste con sus hombres dió principio a la formación de la cuerda.

En España se da el nombre de “cuerdas” y también de “cordilleras” a las columnas de presidiarios que salen con rumbo a Ceuta u otros presidios de Africa, conducidos por la fuerza pública, de los distintos presidios de la nación.

En Rusia les daban el nombre de “cadenas vivientes” a estas columnas de forzados que viajaban a pie por las estepas cubiertas de nieve, por espacio de años, antes de llegar a las minas de la Siberia Septentrional.



Pareados de dos en dos, se nos pusieron esposas de tornillo en los dedos pulgares o de

cadenillas en las muñecas. Después unieron toda la cuerda por medio de un grueso cáñamo, que formaba en cada brazo un lazo corredizo, dejando entre parejas apenas un pie de distancia.

Cargado cada cual con su equipaje, que se sujetaba en el hombro con la mano libre, emprendimos la marcha a través de la ciudad y después por la carretera de Cádiz a Málaga, construída a lo largo de la costa, y que comunica entre sí todas las poblaciones importantes de la región.

Allí tuvo principio la parte más horrible de nuestro largo viaje.

Los que llevaban equipaje algo pesado apenas habían recorrido un kilómetro cuando principiaron a dar muestras de cansancio, que se tradujo en impaciencia para la escolta, que caminaba a nuestro lado sin pronunciar una palabra.

La pequeña distancia entre parejas no permitía sino un paso corto e incómodo, y cuando alguno tropezaba o se retardaba por la fatiga, se apretaban los lazos corredizos, arrancando gritos de dolor a los que sentían la compresión de los músculos y la falta de circulación de la sangre.

Los más fuertes ayudábamos a cargar el equipaje de los más débiles para que pudieran seguir la marcha.

Los que no llevaban equipaje, evitaban con la mano libre que el lazo corredizo se apretara en su brazo.

Cuando ya la fatiga iba venciendo sobre nuestro esfuerzo físico, y se acercaba el temido momento de la inmovilidad de la cuerda, dirigí al Teniente, que marchaba a mi lado, algunas palabras en tono humilde, rogándole que nos

dejara descansar unos momentos. Pero aquel hombre de corazón de piedra, no se dignó contestarme, y siguió marchando impertérrito como si nadie le hubiera hablado.

A los pocos minutos principiaron los desfallecimientos, los ayes, las caídas y los tirones hacia atrás, con enterramiento del cáñamo en los brazos.

El Teniente ordenó entonces hacer alto, y la mayor parte de los compañeros, agobiados por la fatiga, se tiraron en el suelo, sobre el polvo de la carretera, arrastrando consigo a sus compañeros de pareja, que cedían para evitar la ligadura del brazo. Y como todas las parejas estaban unidas entre sí, toda la cuerda reposó en el polvo forzosamente.

Y más parecía aquello el descanso de una piara de seres irracionales que buscaran en el polvo su reposo, que una cuerda de prisioneros de guerra y hombres detenidos **por medida** gubernativa, sobre los que no había recaído sentencia alguna.

Algo repuestos por el descanso que duró como quince minutos, emprendimos de nuevo la penosa marcha, y llegamos a las once de la mañana a una venta, donde nos permitieron el segundo descanso, permitiéndonos también que compráramos lo que nos viniera en gana, siempre que fueran cosas permitidas a los presos.

Al salir de la cárcel de Cádiz nos había entregado el Teniente la respetable suma de diez centavos por cabeza para nuestra alimentación durante el día.

Muchos compañeros, por puro vicio, o por falta de experiencia, gastaron aquella fortuna en ojen, aguardiente sabrosísimo, pero que enerva en vez de dar vigor.

Yo, apreciando bien las circunstancias, gasté mis diez **perrillas** en un pan moreno, de trigo puro, de a libra y media, y un pedazo de queso frescal, capaz de resucitar a un muerto de hambre, que era el estado en que me hallaba, porque el día anterior, por mor del purgantazo aquel que me tomé a la brava, no había podido comer rancho, y los efectos curativos de la sal de higuera no me habían quitado la acidez del estómago, porque no había existido en él dicho mal, pero me habían dado un apetito atroz.

Puestos de nuevo en marcha, llegamos como a la una de la tarde a la Isla de San Fernando, pintoresco pueblecito construído a la orilla de la playa, en un lugar apartado de la bahía, que lleva fama por la incomparable belleza de sus mujeres.

Siguiendo la costumbre establecida, fuimos alojados en la cárcel del pueblo, donde debíamos pasar el resto del día y la noche, para seguir nuestro viaje al día siguiente.

El Teniente hizo entrega de nosotros al Alcaide, un viejo zapatero remendón, que cuidaba la puerta y pegaba parches, disfrutando del envidiable sueldo de tres pesos mensuales y los derechos de carcelaje, consistentes en un centavo por cada preso que pernoctaba en la cárcel.

Algunos números de la Guardia Civil daban custodia al edificio.

Rendidos por la fatiga, caímos como muertos sobre el duro suelo y las sombras de la noche, envolviendo el caserón aquel, nos dijeron que el día 11 de Agosto pasaba por el tamiz del tiempo, dejándonos un residuo de tremenda desdicha.

El hambre hizo presa en los que habían malgastado su asignación para alimentos, y la noche fué para ellos terriblemente penosa. Por mi parte dormí profundamente después de haber devorado la mitad de mi pan sabroso y nutritivo.

Mediante una propina de dos centavos, consiguió el señor Alcaide un litro de leche para el compañero X, a quien la fiebre consumía.

Con la luz del nuevo día se presentó en la cárcel un Sargento de la Guardia Civil, jefe de la nueva escolta, fuerte de veinticinco hombres, rígidos e inflexibles como los del día anterior.

Alineados de dos en dos en el ancho patio, dió principio la operación de esposarnos, formando la cuerda, según la cruel costumbre.

Decidido a emplear todos los recursos para conseguir que nuestra situación de marcha no fuera tan penosa como en el día anterior, me dirigí al Sargento y le supliqué con humildad que dejara entre cada pareja la distancia necesaria para caminar con paso cómodo.

Mirándome con indiferencia me dijo que aquel día caminaríamos lo mismo que el anterior.

—Señor Sargento — le dije —, ayer caminábamos con gran dificultad, porque estábamos atados a un pie de distancia unos de otros, y nuestros sufrimientos no benefician a nadie; por el contrario, señor Sargento, cuando más incómodos vayamos, mayor dificultad encontrará usted en el desempeño de su comisión.

Ni una palabra salió de los labios de aquel esclavo de la severa consigna, pero su proceder nos demostró que mis súplicas y argumentos habían dado el fruto apetecido.

Las esposas de cadenas, puestas con rudeza por los guardias, fueron por él revisadas y muchas aflojadas para que no oprimieran las muñecas. La cuerda de cáñamo al pasar por los brazos, no formaba lazos corredizos y la distancia entre cada pareja era suficiente para caminar a pasos largos y cómodos.

Terminados todos los preparativos de marcha, nos entregó el Sargento nueve centavos por cabeza, y a nuestra presencia entregó al Alcaide cincuenta y dos centavos, que era el importe del encarcelaje que le correspondía a un centavo por cada preso. Porque éramos cincuenta y dos los que de aquel modo sufríamos por la Patria esclava.

Puestos en marcha, muy pronto pudimos notar la gran diferencia entre nuestras condiciones de marcha, comparadas con las del día anterior.

La jornada de aquel día era sólo de siete kilómetros; la del día anterior había sido de quince.

Entre San Fernando y Chiclana se extiende la carretera por un terreno sensiblemente horizontal.

Avanzando en nuestra peregrinación, divisábamos a distancia unas montañas blancas, rigurosamente simétricas, que llamaban mucho nuestra atención.

—Dígame, guardia, ¿qué montañas son aquellas que se divisan a lo lejos? — me atreví a preguntarle a uno que marchaba a mi lado.

—Son de sal — me respondió, y continuó su marcha sin mirarme.

El terreno en aquella inmensa llanura apenas se eleva algunos pies sobre el nivel del mar, ofreciendo excelentes condiciones para aquella industria monstruosa.

Por un sencillísimo sistema de canales practicados rústicamente en el suelo natural y compuertas adecuadas, distribuyen las aguas en las salinas, grandes como lagos, y una vez efectuada la evaporación por el inmenso obrero celeste, los de la tierra terminan la obra amontonando el abundante producto con que abarrotan los mercados del mundo.

La jornada del día se efectuó con relativa comodidad, en tres etapas y dos descansos, efectuándose el último en una venta, donde cada cual gastó a su modo sus nueve centavos. Yo me aferré a mi excelente sistema, y el pan y el queso siguieron favorecidos.

Yo sabía que teníamos que recorrer a pie ciento diez kilómetros, y aunque la Naturaleza me había dotado de piernas de acero, hasta el roble, gigante de la selva, si sus raíces no encuentran savia con que nutrirse, muere como otro ser cualquiera.

Por eso, invariablemente, compré mi pan y mi queso todos los días hasta que terminó nuestro largo viaje.

Como a las once de la mañana entramos en Chiclana, hermosa población de calles anchas y rectas, con arbolado y espléndidas aceras, y aunque nuestro ánimo no estaba para admirar las bellezas del país, mi espíritu observador solía vencer en su lucha contra el abatimiento que me producía la triste perspectiva de mi vida, y mientras movía mis piernas como un autómatas, mis ojos escudriñaban las lejanías como los objetos

próximos, y más de una vez tuvieron alivio mis pesares, recordando los importantísimos hechos históricos que se desarrollaron en aquella región en los últimos tiempos de las luchas por la independencia española.



La cárcel de Chiclana apenas debía llamarse tal.

Destinada únicamente a dar albergue durante una noche a las cuerdas de presidiarios, constaba solamente de un amplio salón, con una tarima de madera por dormitorio y argollas en las paredes para tender las hamacas.

Rodeada por un jardín, estaba perfectamente conservada, y en uno de los ángulos del salón había un depósito sanitario con su tapa, lo que representaba un gran adelanto para una cárcel de tránsito, puesto que en ninguna otra vimos aquel servicio.

El Alcaide era una excelente persona que nos prestó muy buenos servicios.

Con su intervención pudieron comprar alimentos los que tenían dinero, y el compañero Miguel Blanco nos obsequió con algunas botellas del excelente vino de fama mundial que lleva el nombre de aquel pueblo.

Dos monedas de a peso puestas con disimulo en la discreta mano del Alcaide, habían obrado aquel prodigio.

Aprovechando la alegría y buena disposición de aquel buen hombre, le dijimos que deseábamos hablar con el jefe de la escolta que había de conducirnos al día siguiente.

Al obscurecer se presentó en la galera un Teniente de la Benemérita, de elevada estatura, mirada serena y bigotes hirsutos, preguntándonos para qué deseábamos su presencia.

—Señor Teniente — le dijo Miguel Blanco—, las dos jornadas que llevamos hechas han causado terribles estragos en muchos de mis compañeros; algunos tienen sus pies llagados, otros padecen de reumatismo, y tenemos un convaleciente de pulmonía a quien no se le separa la fiebre. La jornada de mañana, de veintitrés kilómetros, es demasiado larga para que esos infelices la hagan a pie, y los que tenemos equipaje no podremos llevarlo a cuestas. Por eso, previendo que durante el trayecto puedan surgir dificultades que impidan continuar la marcha, rogamos a usted se conduela de nuestras amarguras y disponga que los que no pueden caminar sean conducidos en vehículos, así como nuestros equipajes.

—Me alegro de que me hayan llamado — dijo el Teniente—, porque así podré tomar medidas esta misma noche, para que no haya dificultades al partir, lo que haremos muy temprano.



La esperanza de ser bien tratados en la marcha del siguiente día, fué la compañera dulce y consoladora que arrulló aquella noche nuestro sueño, el que duró hasta las cuatro de la madrugada, hora en que los centinelas nos llamaron dando culatazos en las puertas.

Cuando salió el Sol, ya habíamos caminado unos cuatro kilómetros en dirección del pueblo de Vejer, que era el término de la jornada de aquel día.

Un enorme carromato, tirado por cuatro mulos flacos, donde iban los enfermos y nuestros equipajes, formaba parte principal de la caravana, y algunos otros compañeros, inútiles para la marcha, iban en borriquillos de aspecto taciturno y legendaria paciencia.

Si el caso hubiera sido de risa, ella nos hubiera asaltado viendo al compañero Amado Pérez, con su elevada estatura, caballero sin montura en un pequenísimo pollino, encogiendo los pies para que no le arrastraran por el suelo.

Los más fuertes marchábamos cómodamente, gracias a las advertencias que se le hicieron al Teniente a la hora de esposarnos, por lo que nos dejó en condiciones de caminar holgadamente.

Haciendo descansos en lugares elegidos por la escolta, llegamos a Vejer a las cinco de la tarde, después de ascender con gran fatiga la alta colina, en cuya cúspide está enclavada la pequeña y antigua población.

La carretera, en atrevidos zigzag y fuertes pendientes, salva el declive de la colina, ofreciendo a la vista del viajero paisajes de una belleza nada común.

Abajo, en el fondo del barranco profundísimo que separa a Vejer de la alta colina inmediata, serpentea un hermoso río que se cruza por un puente de arcos de sillería, que desde la altura donde está Vejer presenta un precioso golpe de vista.

Entramos en la cárcel y al vernos libres de las ligaduras, dimos afectuosamente el saludo de despedida al noble militar que tan bien nos había tratado, quien nos ofreció recomendarnos al

Sargento que desde aquel momento se hacía cargo de nosotros para custodiarnos y conducirnos al día siguiente hasta Tarifa.

La cárcel de Vejer, que era una casa particular malamente adaptada para tal servicio, estaba constituida por un pequeño patio central, al que daban las rejas de dos pequeños cuartos laterales y otro en el extremo opuesto a la entrada.

No había allí tarima alguna, ni argollas donde colgar las hamacas, por lo que fué preciso tenderse en el suelo de ladrillo.

Yo cargaba pacientemente con mi jergón de paja, que me había costado en la cárcel de Cádiz, siete perrillas que me regaló el compañero Amado Pérez, y gracias a él, mi cuerpo rendido por el cansancio, reposaba con alguna comodidad en aquellas noches angustiosas.

La letrina de aquella miserable cárcel consistía en un hoyo profundo, practicado en el piso de un cuartucho, cuyas paredes estaban hasta la altura del pecho, completamente cubiertas por las asquerosas impresiones dactilográficas de los miles de presos que allí habían pernoctado.

Los hierros de la puerta principal no eran muy gruesos, y uno de ellos había sido doblado en arco por un preso que buscó por allí su libertad, en plena noche, hacía ya mucho tiempo, burlándose de las autoridades que quisieron hacerle cumplir allí una condena.

Por aquel hueco entraba y salía con facilidad de ardilla, un pobre niño de unos once años, que por acuerdo infame entre su degenerado padre y el viejo imbécil que fungía de Alcaide, estaba allí recluso para que se regenerara.

Aquel niño nos prestó algunos servicios a escondidas del viejo.

Los que habían hecho la larga jornada en el carromato o caballeros en los burros, estaban relativamente descansados, y los que disfrutábamos de buena salud y fuerza física, habíamos caminado los veintitrés kilómetros sin el agotamiento de los primeros días.

Así fué que la noche se pasó con relativa tranquilidad, exceptuando las lamentaciones de los hambrientos por haber gastado sus **perrillas** en cosas que no alimentaban.

★ ★ ★

Al siguiente día, que era ya el 14, salimos de la cárcel a las cinco de la mañana, después de recibir nuestra valiosa consignación para menestra, y de haber sido esposados como de costumbre, pero con mayor rudeza y crueldad que el día anterior.

El Sargento jefe de la escolta preparó también un carromato y burros para transportar los enfermos y bagajes, pero nos trató con toda ausencia de conmiseración. Era un hombre cuyo corazón tenía la dureza del cuarzo, sin la menor noción de caballerosidad, terriblemente mudo, pero permitía que hablaran sus subalternos con el lenguaje del cobarde que insulta al desvalido que no puede defenderse.

Aquel día teníamos que recorrer cuarenta y cinco kilómetros para llegar a Tarifa, y la carretera seguía allí una zona montuosa y sumamente árida, donde escaseaba el agua.

A las once del día nos detuvieron para almorzar en una venta donde no había agua.

Nos dirigimos al Sargento, manifestándole que no podíamos comer el pan porque nos ahogábamos de sed, pero nos respondió que él también tenía sed y no almorzaba, ordenando la marcha con voz imperativa.

Inútil nos pareció toda objeción y nos resignamos a seguir nuestra penosa marcha, con la garganta seca por la sed y el cerebro atormetado por la ira.

Después de caminar unos cuatro o cinco kilómetros más, llegamos a otra venta, donde una vieja legañosa y de rostro huraño como una lechuza, nos dijo que cada botella de agua valía una peseta.

Nuestro filántropo Miguel Blanco, quien siempre acudía en socorro de sus compañeros en los momentos graves, compró toda el agua necesaria y hasta la tropa apagó su sed, incluso el Sargento, sin haber rehusado el costoso líquido ni por delicadeza, dado su incorrecto comportamiento.

Allí comí una mitad de mi pan y mi queso, y reforcé la firmeza de voluntad que se necesitaba para soportar aquel calvario.

A aquella hora, una de la tarde, aun teníamos entre nosotros y Tarifa, la respetable distancia de veinte kilómetros; ya habíamos recorrido veinticinco.

¡Cuán penosa fué aquella segunda parte de nuestra jornada diaria!

El polvo de la carretera, el calor y el cansancio, redoblaban nuestra sed y agotaban por momentos nuestras fuerzas, por lo que los descansos tenían que repetirse con frecuencia, con gran disgusto de la escolta, que ansiaba llegar cuanto

antes y cuyos hombres, acostumbrados a aquellas rudas faenas del servicio, no experimentaban cansancio alguno.

Los pollinos en que montaban los de la impedimenta se habían cansado y era necesario empujarlos para que caminasen.

El desdichado X que durante aquel día no había tomado alimento alguno, gemía de dolor dentro de la alforja del carromato donde lo consumía la calentura.

Tras un gran esfuerzo para vencer una atrevida pendiente de la carretera, llegamos a una eminencia desde la cual divisamos con indescriptible alegría la histórica ciudad de Tarifa, donde Guzmán el Bueno, lanzando por sobre los muros de la sitiada plaza el cuchillo para que asesinaran a su hijo, inmortalizó su nombre y afirmó más el heroísmo de los patriotas españoles que luchaban por limpiar de enemigos el suelo de su patria.

Ya era casi de noche cuando entramos en la ciudad.

En el portal de una de las primeras casas, fabricada junto a la carretera, estaba una niña como de cuatro años de edad, linda como un ángel.

Al vernos echó a correr hacia la puerta de la casa y gritó con fuerza: "¡Qué hombre más negro, mamaíta!" Dos o tres mujeres se asomaron por una ventana y dijeron con muestras de alegría: "Maceo se queda solo."

Ya estábamos en el límite de nuestra resistencia física cuando nos metieron en la pequeña cárcel de la ciudad, cuyo Alcaide, anciano setentón, de carácter alegre y decidor y zapatero

remendón como su cofrade de la Isla de San Fernando, se puso a nuestras órdenes y nos proporcionó algunas comodidades, influenciado por el mágico poder que irradiaba nuestro filántropo.

Por la noche solicitamos hablar con el jefe de la nueva escolta que ya nos daba guardia de vigilancia, en lo que fuimos complacidos al instante.

Era un joven Teniente, de fisonomía simpática, quien tuvo para nosotros un raudal inagotable de bondadosa consideración.

Aquella variedad de comportación por parte de las distintas escoltas, nos puso de manifiesto la gran verdad de que el secreto del buen resultado de las leyes y reglamentos está en la forma de su aplicación y en el carácter de los funcionarios encargados de su cumplimiento.



Un nuevo carromato y dos pollinos para conducir la impedimenta fueron agregados aquel día a la caravana.

Puestos en marcha al amanecer, íbamos a pie los que aun podíamos caminar, formando miserable columna detrás de los carros y de los pacienzudos borricos, colocados entre las dos filas de la escolta, que se componía de dieciséis hombres rigurosamente ataviados con sus armas y mochilas.

Teníamos que hacer una marcha de veinte kilómetros para llegar a Algeciras, importante población situada frente al Peñón de Gibraltar, sobre las playas del estrecho de este nombre, donde iba a terminar nuestra triste peregrina-

ción por las costas de España, para hacernos llegar con mayor rapidez al negro abismo que conocíamos con el pavoroso nombre de Ceuta.

Después de numerosos descansos para cobrar aliento, llegamos a una venta situada sobre una eminencia del camino. Allí hicimos alto para tomar nuestro almuerzo de pan y queso, pues casi todos mis compañeros se habían dado cuenta de las bondades de mi plan de alimentación, y lo habían adoptado.

Desde aquella eminencia pudimos contemplar por vez primera, por sobre las espesas nubes que formaban inmensa barrera en el horizonte, las azules montañas del Atlas africano.

Y a través de las nubes adivinábamos los contornos fantásticos del presidio, en cuyas tenebrosidades seríamos sepultados al siguiente día.

De nuevo nos pusieron en marcha.

Abatidos por el sufrimiento moral y físico, movíamos lentamente nuestras piernas y seguíamos carretera adelante, contemplando a distancia el Peñón de Gibraltar, causa de tantos odios y recelos nacionales, que se levanta sobre la costa española como majestuoso símbolo de la ley del más fuerte, donde los centinelas de un poder extraño vigilan la inmensa puerta del mar Mediterráneo.

Contemplando aquel promontorio rocoso, cuyo interior es un gigantesco nido de cañones, acudía a nuestra mente la leyenda que nos enseña que los fenicios levantaron sobre aquel monte una de las monumentales columnas de Hércules, donde escribieron la inscripción **Non plus ultra**, "No más allá", como el límite de su famoso poderío marítimo. La otra columna de

Hércules, pues fueron dos las edificadas, según los escritores antiguos, se levantaba sobre el monte Acho, en Ceuta.

A las cuatro de la tarde hicimos nuestra entrada en Algeciras, rindiendo nuestra última jornada por carretera. ¡Pero más nos hubiera valido que no hubiera tenido fin! Porque los sufrimientos que nos esperaban en Ceuta no tenían punto de comparación con los que acabábamos de pasar.

* * *

Nada nuevo se ofreció a nuestra vista en aquella población y su cárcel.

Nos despedimos del Teniente de la escolta con frases de agradecimiento por el buen trato que nos había dispensado y quedamos bajo la vigilancia de una guardia local a las órdenes del Alcaide, persona correctísima, que nos trató bien, respetando nuestro dolor.

Por la noche nos anunciaron que al día siguiente tomaríamos el vaporcito que había de conducirnos a Ceuta.

Pasamos la noche sumidos en tristes reflexiones, y al amanecer se nos ordenó que nos preparáramos para emprender el viaje por el estrecho.

A las siete de la mañana fuimos conducidos al muelle, terriblemente maniatados, recibiéndonos allí una escolta que debía conducirnos hasta Ceuta.

El vapor era bastante pequeño y apenas cabíamos sobre cubierta, donde iban algunos oficiales y soldados de distintas armas.

Con velocidad de ocho millas por hora, aquel miserable barquichuelo nos arrastraba a nuestro fatal destino.

Héroes ignorados de la libertad de un pueblo, sometidos a esclavitud perpetua por el infamante delito de reclamar derechos idénticos a los que hoy defienden con el mayor esfuerzo militar del mundo los pueblos más libres y civilizados de la tierra, seguíamos el mismo camino por donde huyeron los últimos representantes de la gran civilización árabe, víctimas del más repugnante fanatismo.

★ ★ ★

Durante la travesía se desarrolló sobre cubierta una interesante escena.

Condenado a cadena perpetua, iba en la cuerda un muchacho joven, negro como el azabache, de ojos grandes y brillantes, en cuyo rostro se leía la más noble resignación.

Careciendo de una pierna que le habían amputado por la mitad del muslo, se movía con dificultad, ayudándose con unas muletas.

Un joven Capitán del arma de caballería, que regresaba a Ceuta, donde tenía su familia, para convalecer de una herida recibida en Cuba, se dirigió al pobre cojo, con éstas o parecidas palabras:

—¡Muchacho! ¿No me conoces?

—Capitán — dijo el prisionero —, creo que usted estaba entre los que me atraparon aquel día fatal.

—Sí — dijo el oficial —; yo te quité el arma de las manos para que no siguieras tirando, y así evité que te mataran.

Lágrimas de agradecimiento rodaron por las mejillas del prisionero, y el oficial, que se hallaba rodeado por sus compañeros y soldados, refirió el hecho en la siguiente forma.

★ ★ ★

—Habíamos tenido fuego con los insurrectos y les seguíamos el rastro.

Por la tarde tuvimos confidencias de que habían acampado, y tomando todas las medidas estratégicas del caso, caímos por sorpresa sobre su campamento y se entabló la lucha en terribles condiciones para los mambises, quienes se declararon muy pronto en retirada.

Cargando al frente de mi escuadrón, vi que a unos trescientos metros de distancia, caía un hombre de color junto con su caballo y que incorporándose rápido como el rayo, tiraba al suelo la carga de una acémila que llevaba del diestro.

Instantáneamente lo vimos atrincherarse detrás del caballo muerto, principiando un mortífero fuego de rifle, como un hombre resuelto a vender cara su vida.

Dos caballos de mi escuadrón cayeron pesadamente al suelo, y fué preciso avanzar desplegados para llegar junto a aquel suicida, que ya había recibido el balazo que le rompió la pierna que le falta.

Viendo que mis hombres se disponían a darle muerte, me tiré del caballo y lanzándome de flanco sobre él, revólver en mano, y sin darle tiempo para apuntarme, pues en su locura sólo tiraba de frente, le arranqué el arma de las manos y ordené hacerlo prisionero respetando su vida.

Sentado sobre un charco de sangre, aun forcejeaba cuando lo levantaron para conducirlo a un lugar apropiado para curarle la herida.

Después lo entregamos en la población más cercana, y ahora me lo encuentro aquí por casualidad.

—¡Es un valiente! —dijeron varios oficiales, y le obsequiaron con algunas pesetas.



Absortos en la narración de aquel episodio, que nos recordaba nuestra vida de insurrectos, no nos habíamos dado cuenta de que estábamos llegando a Ceuta, y que ya navegábamos por las aguas de su bahía, acercándonos rápidamente al muelle Real.

El hermosísimo panorama que ofrece a la vista del viajero la ciudad de Ceuta, construída sobre el istmo que separa la pequeña península del continente, con el monte Acho a la izquierda y a la derecha el elevado pico de Sierra Bullones, nos parecía bajo la sombra de nuestra tristeza infinita, el lugar más sombrío que la mente humana puede imaginar.

Las tranquilas aguas de la bahía, de un verde sucio y tristón, parecía que lloraban por nuestro arribo a aquel lugar de suplicio.

Ni un alma nos esperaba sobre el muelle, porque la llegada de cuerdas de presidiarios a nadie interesaba.

De siglo en siglo se repetía diariamente el horrible cuadro, sin impresionar a nadie.

Las veinte mil personas de que se componía la población eran descendientes de presos y sol-

dados (excepto la colonia hebrea) y la ley del medio los había habituado a contemplar con indiferencia las más horripilantes escenas de crueldad humana.



A medida que la ciudad se destacaba con mayor precisión ante nuestros ojos, aumentaba su parecido con las ciudades encantadas de las leyendas, donde se quedaba para siempre el que entraba en ellas.

El vaporcito echó sus anclas a alguna distancia del muelle.

Los oficiales y soldados se fueron rápidos, y nosotros, torturados por nuestros negros presentimientos, fuimos trasbordados a unos botes de remos, y una media hora después pusimos nuestras plantas en tierra africana; estábamos en Ceuta.

X

LLEGADA A CEUTA

Y ASCENSION

A LA MONTAÑA DEL ACHO

Tan pronto desembarcamos, nos quitaron las esposas y las ligaduras; eran artefactos completamente inútiles en aquel lugar de muerte.

El que se apartara un ápice de la ruta marcada o diera la más insignificante muestra de rebelión, sellaba con su muerte el proceso de sus sufrimientos.

El instinto de conservación era el más fiel guardián de cada prisionero.

Cargados con nuestros bagajes, en medio de soldados de la guarnición y capataces del penal, emprendimos nuestra marcha hacia las oficinas, que estaban en el Departamento de Talleres, situado en el centro de la población.

Al entrar en la calle del Rebellín se presentó a nuestros ojos un espectáculo aterrador.

Era una cuadrilla de presidiarios, con uniforme de paño color de chocolate y vivos amarillos, que marchaban uncidos de diez en diez, como bueyes, a unos carros cargados de arena, escoltados por soldados armados de fusiles y

capataces del Penal esgrimiendo vergajos (1) en sus diestras.

Uno de los presidiarios levantó la vista sin dejar de halar, y la dirigió a nosotros, murmurando algunas palabras.

Uno de los capataces levantó el vergajo y le cruzó la espalda, mientras le decía:

—¡Toma, canalla, yo haré que te ocupes sólo de tirar de tu carro!

Avivados, cual animales, con el castigo del compañero, redoblaron su esfuerzo aquellos desgraciados, y se alejaron de nosotros, que seguíamos nuestro camino absortos en nuestras reflexiones, meditando cada cual según su carácter, en el porvenir que preveíamos.

Aquella era la imagen fiel de la existencia que arrastraríamos en lo sucesivo.



Sería como la una de la tarde del 16 de Agosto de aquel año de nuestra desgracia, marcado en el tiempo con el número 1896, cuando comparecimos ante la presencia del Ayudante Jefe de la oficina subalterna, donde recibían a los presidiarios para asentarlos en los registros generales del Penal y fotografiarlos, antes de remitirlos a los departamentos de sus destinos.

Pero hay que advertir que a dicha oficina sólo fuimos los prisioneros de guerra, porque a los deportados los separaron de nosotros tan pronto desembarcamos, y no los volvimos a ver hasta muchos días después, al encontrarlos en

(1) Pene del toro, seco y estirado.

la carretera que conducía al Acho, cuando ellos se dirigían a la ciudad y nosotros a los trabajos forzosos.

Nos habíamos figurado que, dada la inmensa importancia de aquella colonia penitenciaria, seríamos bertillonados en toda regla, pero nos engañábamos.

Se limitaron a fotografiarnos en dos posiciones, y a confrontar nuestras generales y señas particulares con las de nuestras causas. No se cumplió con nosotros ningún otro requisito de la ciencia penal moderna.

Las marcas que con mayor empeño buscaban aquellos empleados en los cuerpos de los prisioneros cubanos eran los tatuajes; esas marcas indecentes, que tanto desdican del nivel de cultura y moralidad del que las lleva en su cuerpo.

Al que por desgracia le encontraban un tatuaje, lo calificaban de **ñáñigo**, y después de golpearlo duramente, lo enviaban al departamento de su destino con una terrible recomendación.

Muchos cubanos que ni siquiera conocían el significado de la palabra **ñañiguismo**, sufrieron allí crueles castigos, por el mero hecho de llevar tatuajes en sus cuerpos.

En Cuba existía en aquella época, fuera del ñañiguismo, entre la gente ignorante, y sobre todo en la clase de marineros, la fea costumbre de tatuarse por puro gusto, y aun en nuestros días no es difícil encontrar personas con feos tatuajes impresos en sus cuerpos, alternando en sociedad. Llevan, muy a su pesar, la marca indeleble que les recuerda el fatal momento en que se la dejaron imprimir, tal vez sin objeto alguno.

Una vez terminada la fastidiosa operación, fuimos conducidos al patio, donde se nos repartió una ración de rancho, compuesto de garbanzos y papas, pero sin carne, y un pan negro por fuera y por dentro ácido y fermentado.

Después de comer mi rancho tiré el pan en un registro que había en el patio, no como protesta por su mala calidad, sino porque no servía.

Un presidiario español que me estaba observando se me acercó, y con disimulo me deslizó en el oído las siguientes palabras:

—¡Cubanito, usted no sabe a qué lugar ha llegado! ¡Cuide mucho de no tirar el pan a la vista de un empleado si quiere volver a Cuba!

¡Ah! ¡Cuánta verdad y buena intención había en aquel consejo!

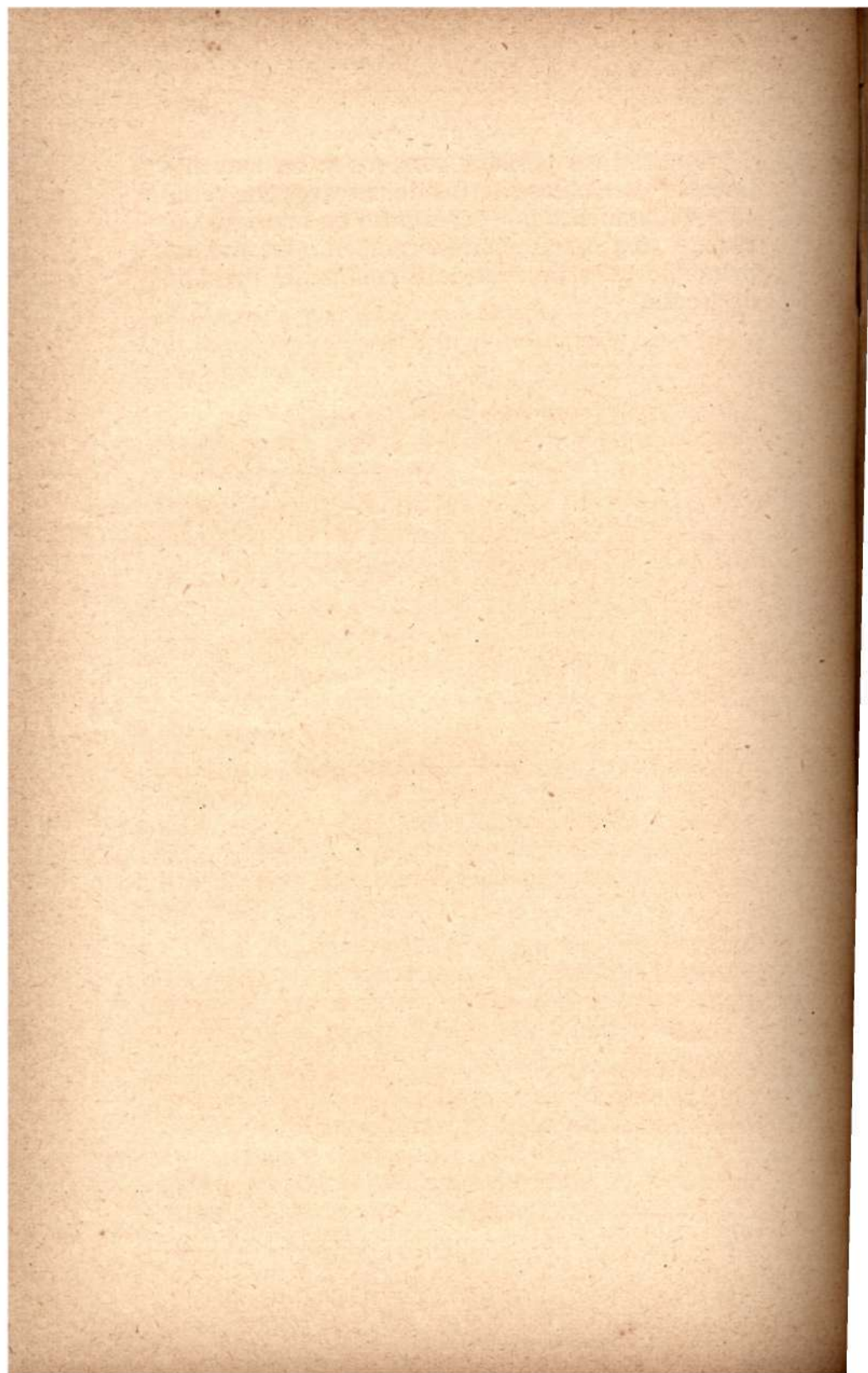
La falta más grave que podía cometer un presidiario en Ceuta era protestar por la mala calidad del alimento.

Como a las cinco de la tarde salimos de aquel departamento fuertemente escoltados, y después de recorrer varias calles emprendimos la ascensión del monte Acho, en cuya cúspide se encuentra el departamento de este nombre, al cual se nos había destinado.

Serían las siete de la noche cuando hicimos nuestra entrada en el tenebroso castillo, lugar de nuestras desventuras, donde debíamos pasar el período más amargo de nuestra existencia.

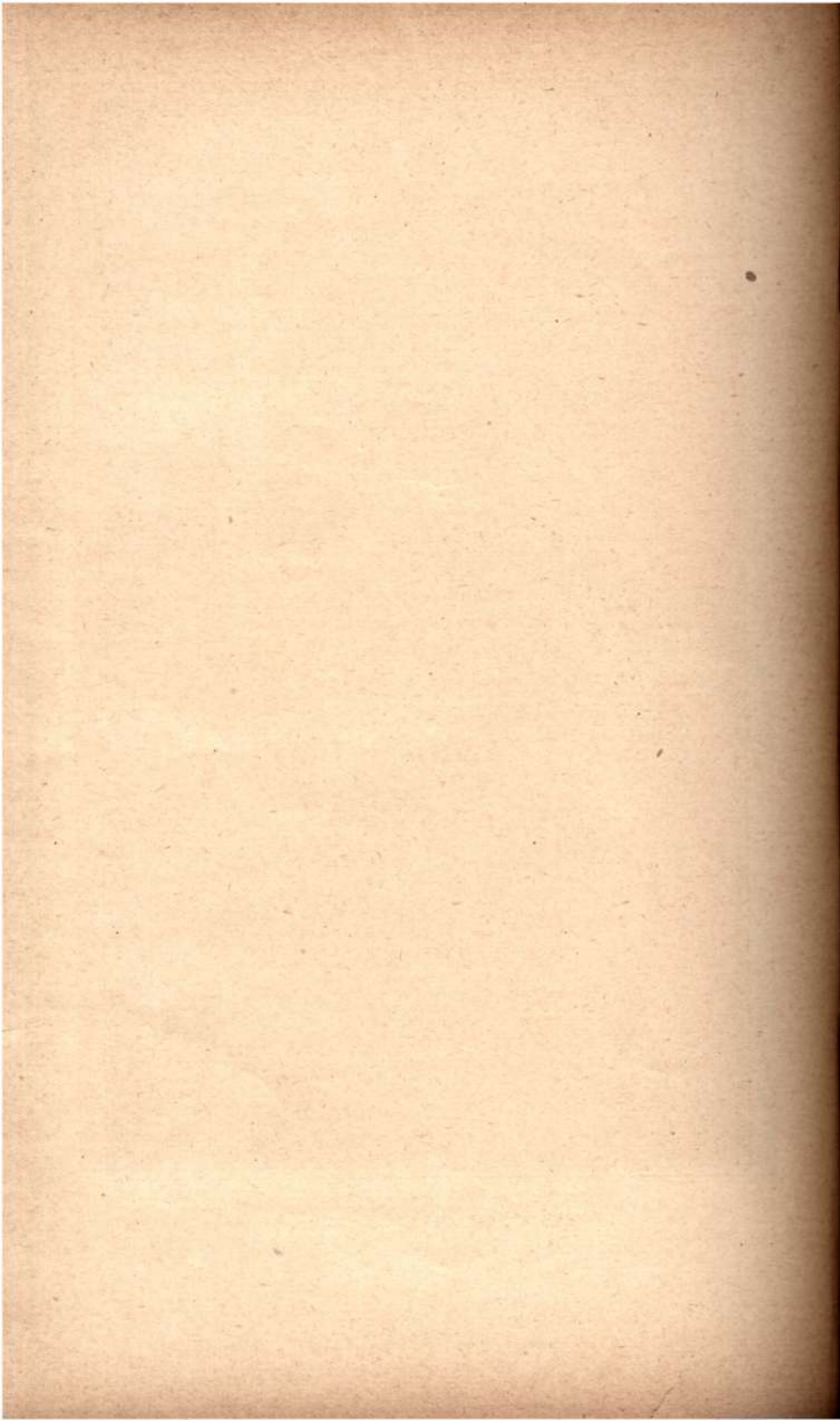
Con asombro y desesperación presenciábamos nuestra distribución por grupos de siete u ocho en las distintas galeras de los presidiarios españoles que purgaban allí sus crímenes. Era el mayor vejamen que pudo inventar el Gobierno español para castigar nuestro delito político.

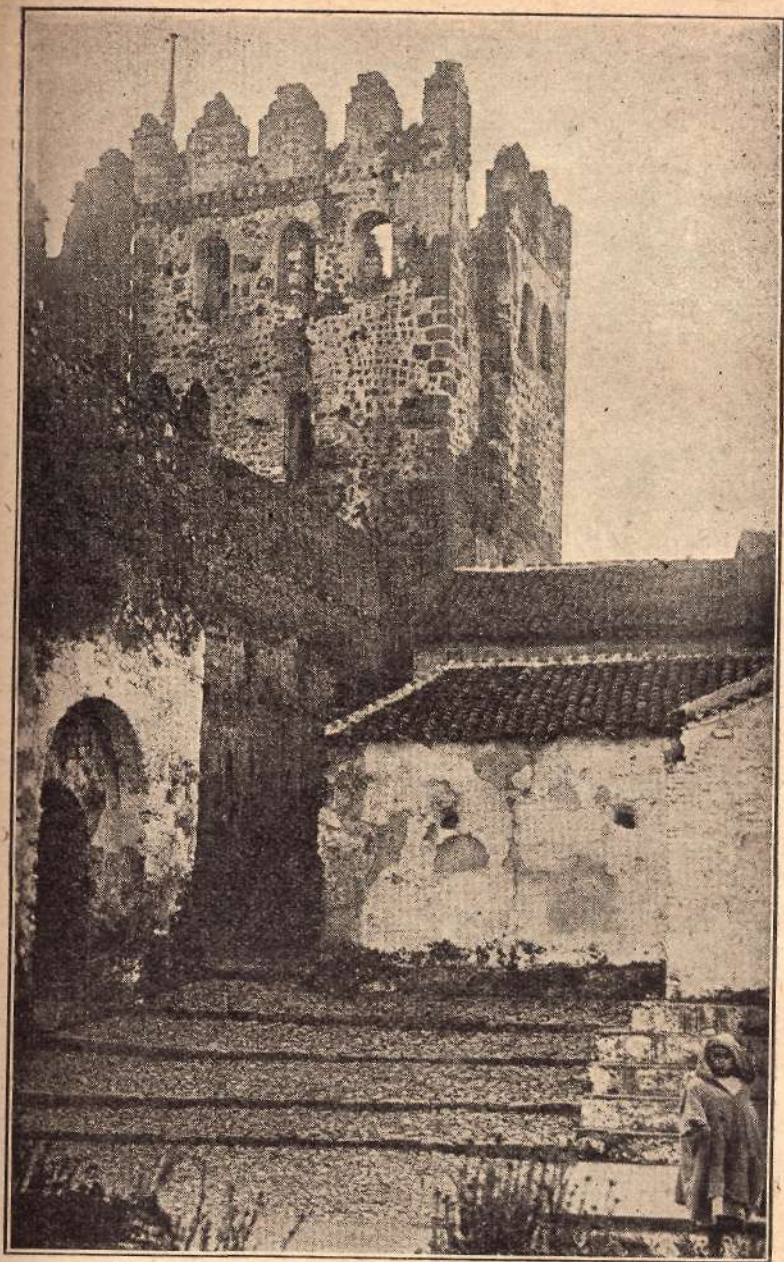
Sonaron los pesados cerrojos y las enormes puertas, cerrándose detrás de nosotros con tético rechinamiento que repercutió en nuestros corazones, marcaron el triste momento en que dió principio nuestra vida de forzados del presidio de Ceuta.



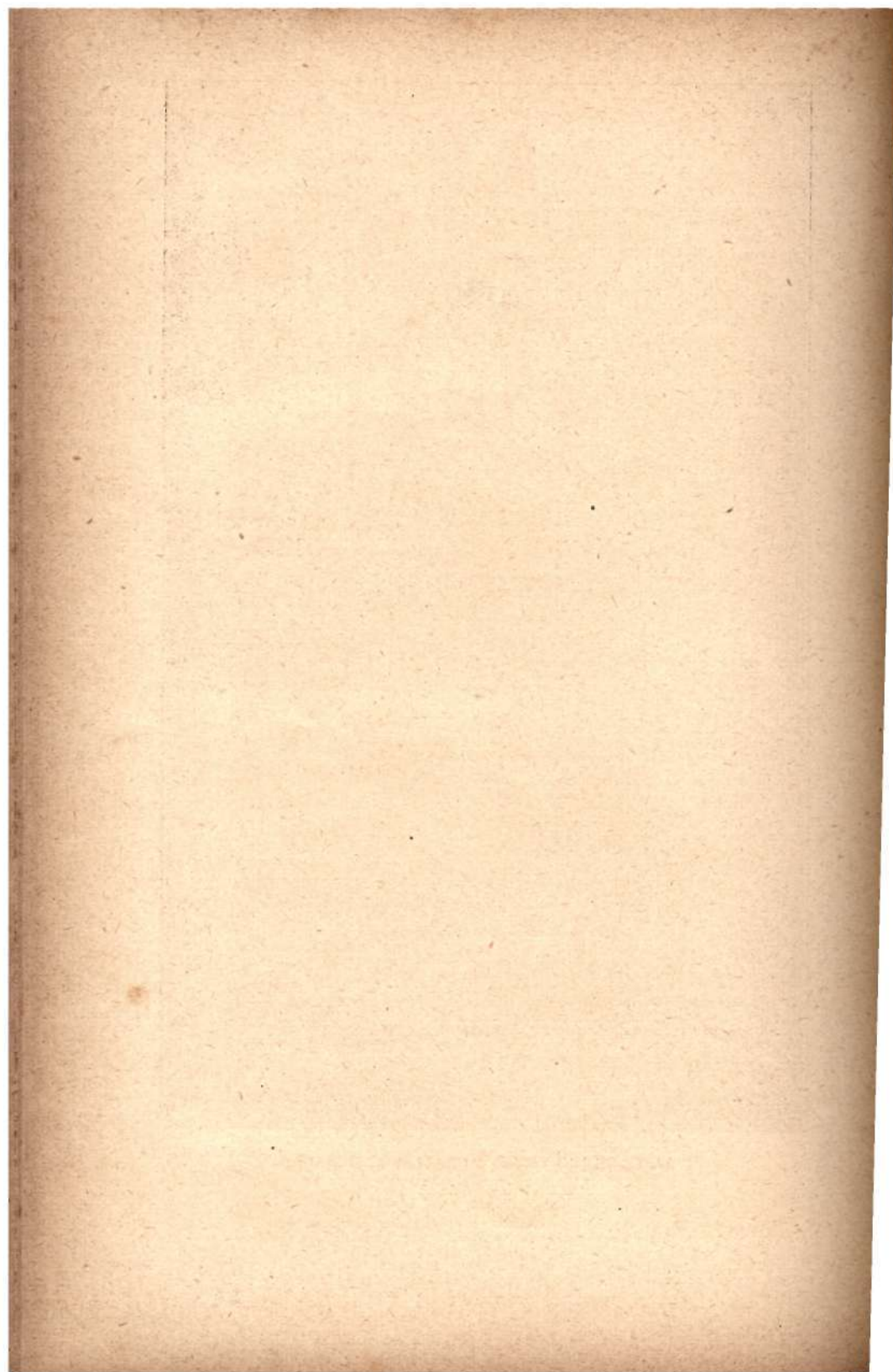


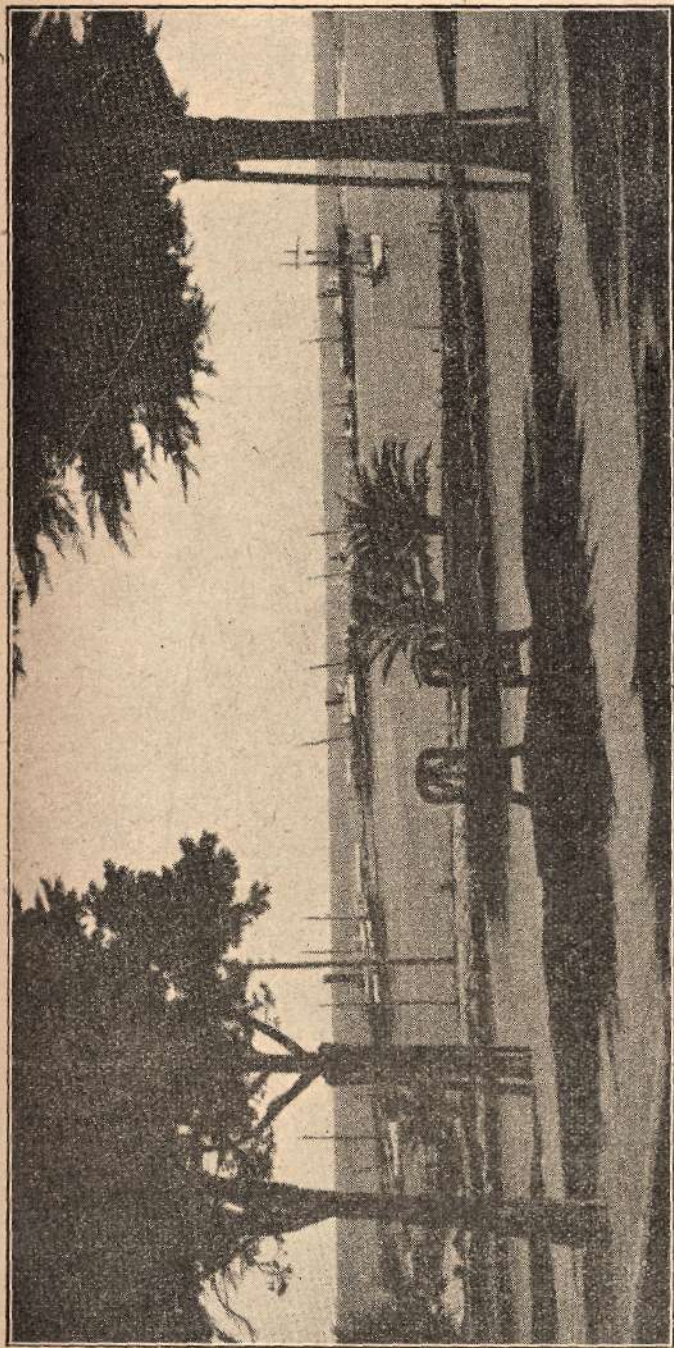
TIPO DE MUJER MORA DEL RIF



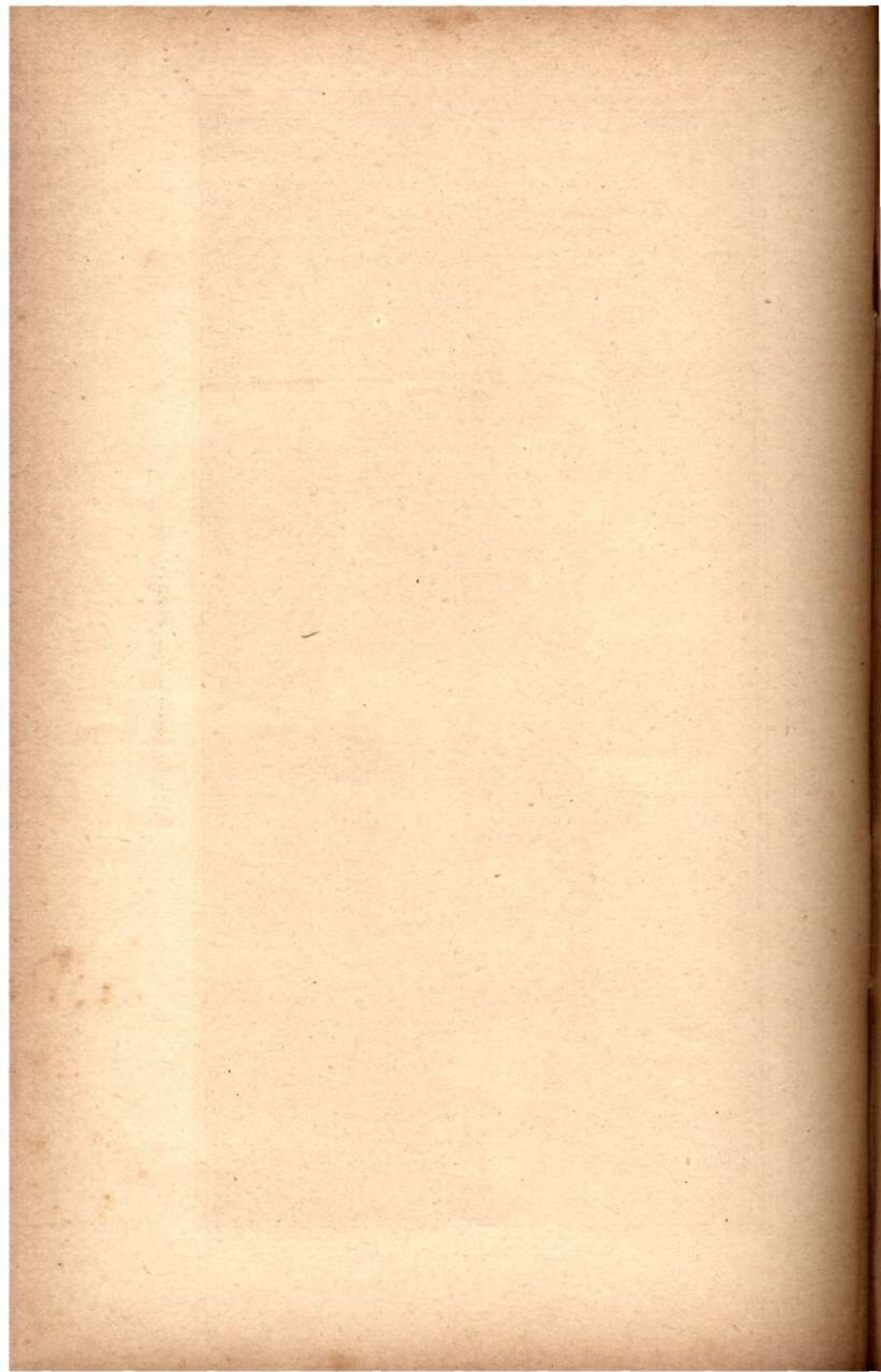


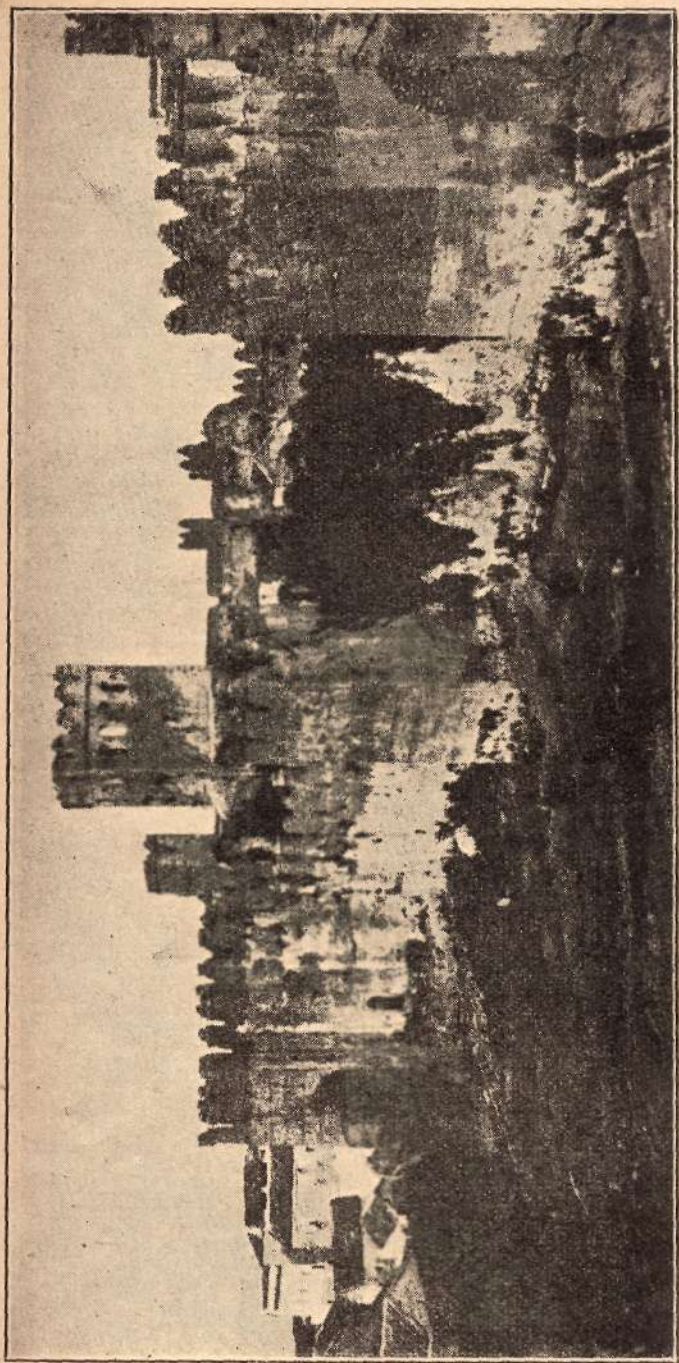
VISTA DE LAS VIEJAS MURALLAS ALMENADAS



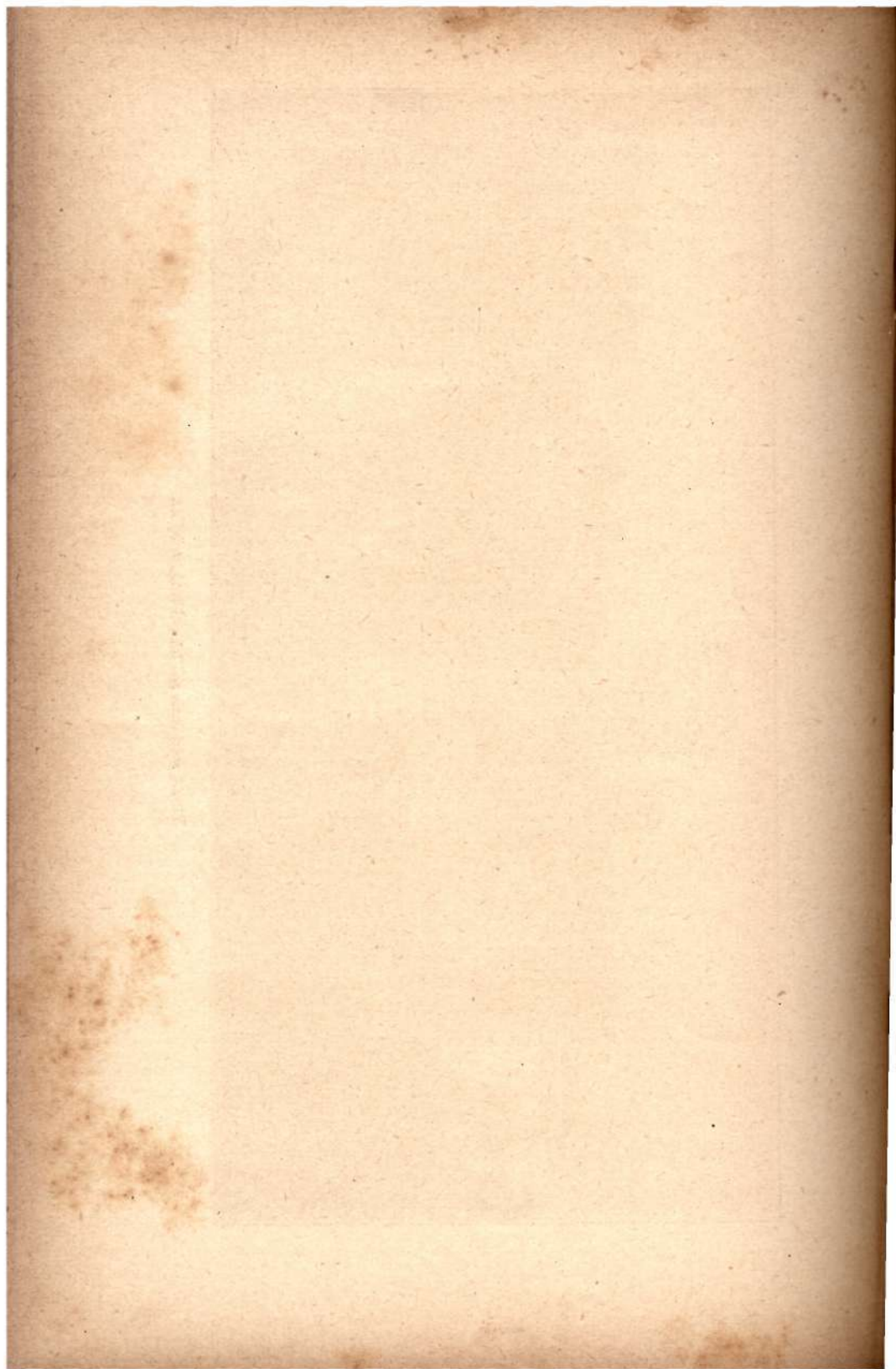


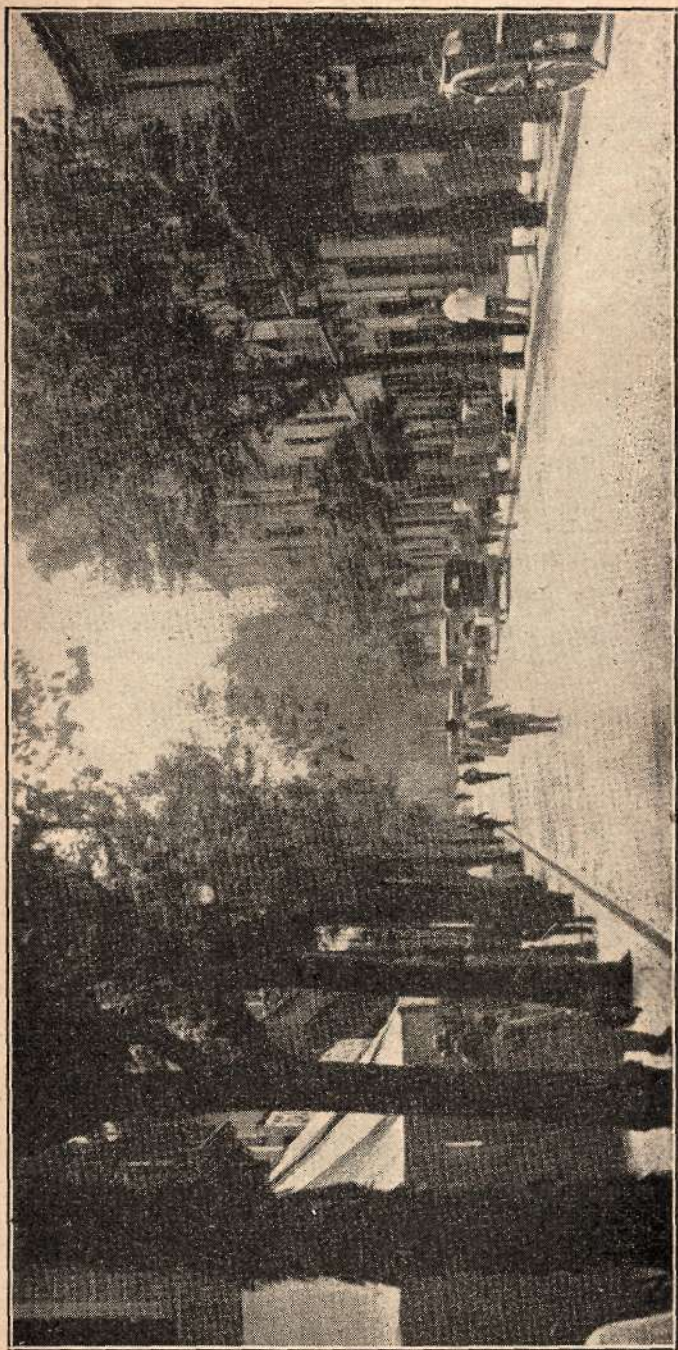
VISTA PARCIAL DEL PUERTO



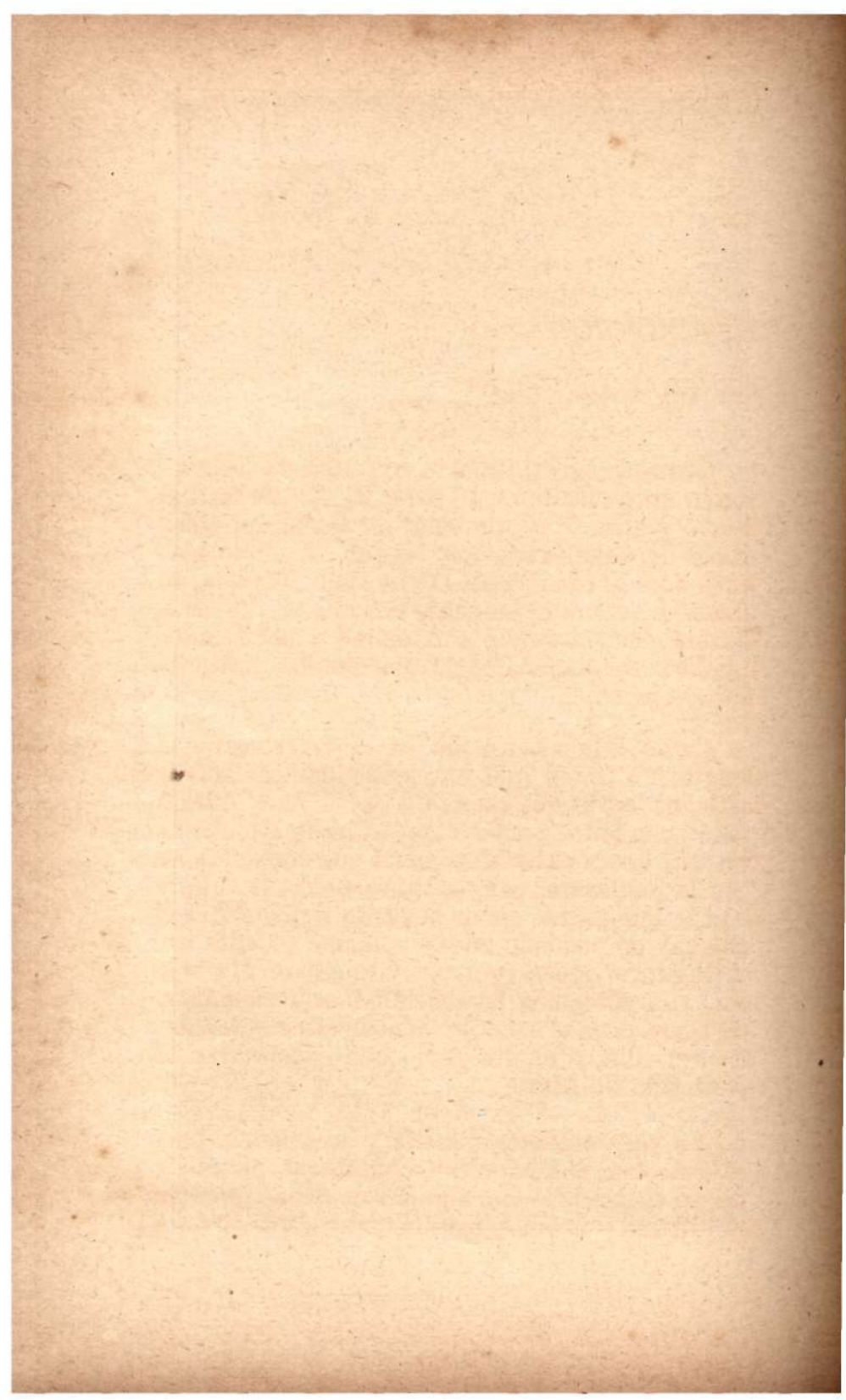


VISTA PARCIAL DE LA MURALLA REAL





CALLE PRINCIPAL DE CEUTA



XI

DESCRIPCION

GENERAL DE CEUTA

Ceuta, geográficamente considerada, está situada aproximadamente a los $35^{\circ} 30'$ de latitud Norte y a los $5^{\circ} 20'$ de longitud Oeste del meridiano de Greenwich, por lo que, distando sólo unos doce grados escasos de la Zona Tórrida, su clima en verano es bastante cálido y en invierno, a consecuencia de su proximidad a las heladas cumbres de España y Africa, resulta bastante frío y variable.

Ceuta está construída en el extremo de la lengua de tierra que partiendo del continente africano entra rápidamente en el mar, que la rodea por todas partes excepto la de Occidente. En una época existía un canal que convertía en isla la población, pero después fué rellenado, y hoy lo que existe es un pequeño istmo sobre el que hay un pequeño puente que une a Ceuta con el territorio que se prolonga y muere en Marruecos. La población ha crecido considerablemente, tanto para el lado del continente como hacia los cerrillos y monte Acho que constituyen la península de Almina.

La vegetación es forzada y escasísima, pues sólo se observan nopales o **chumberas**, abundantes en el monte Acho, algunas manchas de pinos raquíuticos y árboles frutales muy escasos.

El promontorio del Acho es muy notable por las irregulares masas de rocas conglutinadas, arcillosas y calizas compactas, que lo dividen en profundas vertientes.

Este promontorio, que constituye el llamado monte Acho, se levanta en el extremo de la península de Almina, cuya costa se inclina al Sur y luego al Suroeste y Oeste, formando en la banda meridional del istmo la gran ensenada de Ceuta con doce millas de alza, y tres ensenadas subalternas, denominadas de la Almadraba, de la Viña y de Castillejos. Al Oeste se extiende la ensenada que forma la bahía.

Militarmente está Ceuta dividida en tres recintos.

El primero lo constituye el monte Acho; el segundo lo forma la parte más espaciosa del istmo que se extiende desde la falda del monte Acho hasta el foso de la Almina, y el tercer recinto está constituido por la parte más baja del istmo, donde fué edificada la parte más antigua de la ciudad, la **Septa** de los romanos y **Sebta** de los árabes, junto con las obras de defensa exteriores.



La fundación de esta ciudad se halla oculta en la leyenda de poéticas y extrañas tradiciones; pero si nos atenemos al testimonio de sabios eruditos, formamos la conclusión de que Ceuta fué edificada por los árabes y que de sus costas partieron para la conquista de España.

Después siguió Ceuta el curso de la historia pasando de una a otra dominación, hasta el año 1416, en que la conquistó para sus dominios don

Juan I, rey de Portugal, desde cuya fecha Ceuta no volvió a sucumbir al infiel sarraceno, y junto con Portugal fué incorporada a la corona de Castilla en 1850, y aunque desde aquella fecha ha sido muchas veces atacada por los moros, España ha sabido sostenerla en su poder, convirtiéndola en verdadera llave del estrecho.

Los límites de Ceuta estaban indicados por una línea de fuertes que se extendía de mar a mar, a través de la vertiente de Sierra Bullones. Eran los límites que separaban a Ceuta de Marruecos en 1896; hoy son otros distintos, porque España, golpeando cual mar embravecido sobre la costa de arena, le ha ido ganando año tras año, más y más terreno al desdichado Imperio Marroquí, extendiendo sus dominios hasta más allá de la histórica Tetuán.

Ceuta constituye Ayuntamiento agregado a la provincia de Cádiz; es sede episcopal auxiliar de Cádiz y residencia del Gobernador Superior militar y político de todos los presidios.

El Capitán General de Ceuta tiene en lo militar el doble carácter de Capitán General en cuanto a la extensión de sus funciones de mando, iguales a las que ejercen los Comandantes en jefe de los cuerpos de ejército, y de Gobernador militar de la plaza y su territorio, en lo relativo al régimen de una y otro.

El manda, administra, juzga y castiga gubernativa y judicialmente, a todo militar y paisano que reside en Ceuta, y a su cargo está cuanto se relaciona con la defensa de la plaza. Preside la Junta mixta de Artillería e Ingenieros, y en lo judicial ejerce jurisdicción criminal y civil sobre todas las personas, de acuerdo con el Código de Justicia militar.

En los asuntos correspondientes a la Colonia penitenciaria viene a ser el Comandante General de Ceuta como un Superintendente del presidio, pero limitado por la Junta local de prisiones y por el Consejo de disciplina de la Colonia, organismos compuestos en su mayoría por personal de la población civil, que viven a la sombra de las contratas del penal, por lo que resultan jueces y partes en la administración de la Colonia, de lo que resulta confusión y descrédito para dicha administración.



Ceuta, como población civil, es de relativa importancia. Sus calles son estrechas e irregulares en general, y sólo algunas, de construcción más moderna, ofrecen alegre aspecto, con arbolado y buena pavimentación.

Todo el litoral de la ciudad que da al mar, está perfectamente amurallado, y magníficas carreteras la ponen en comunicación con los distintos departamentos penales y obras de defensa.

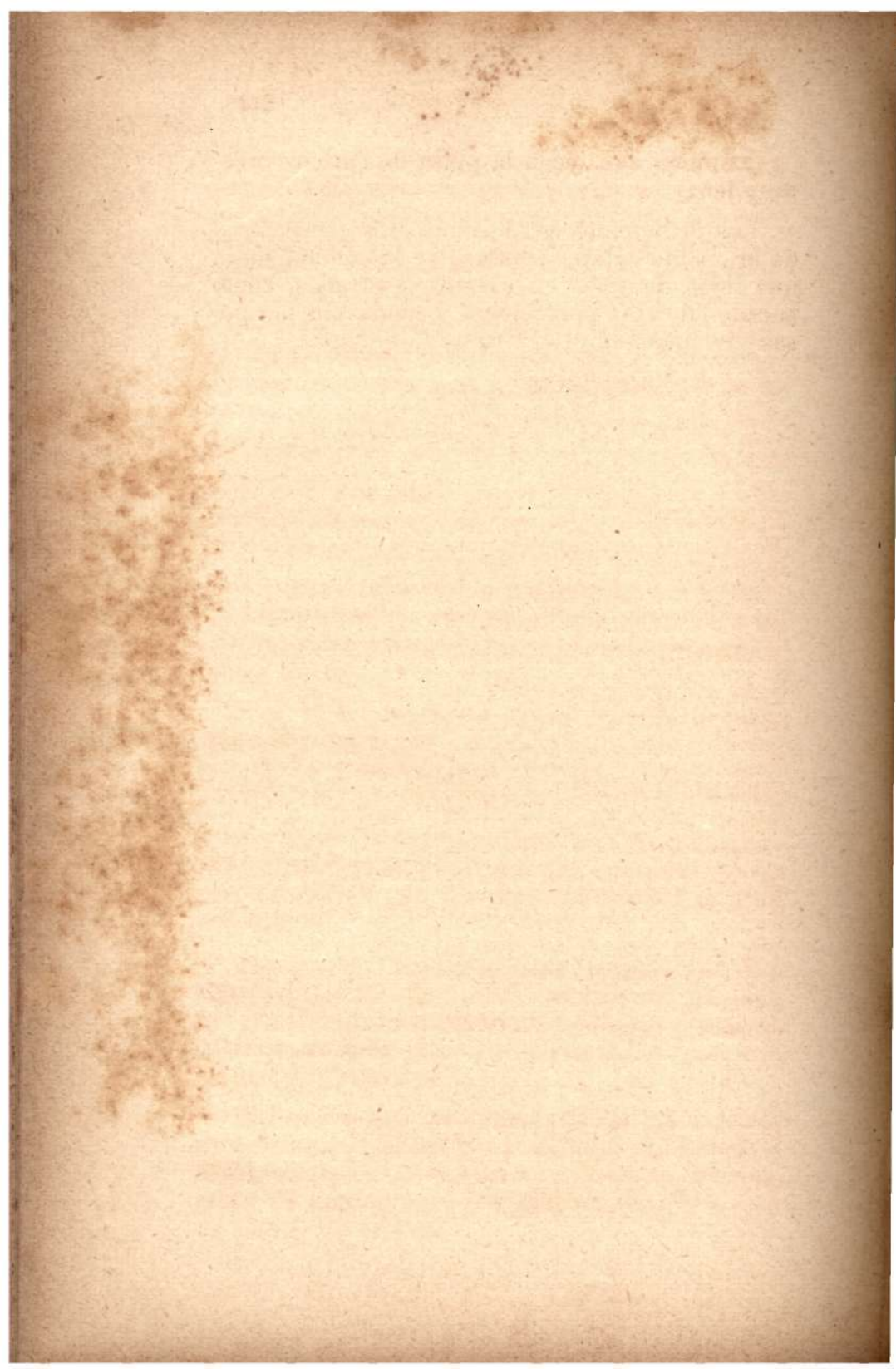
Su comercio exterior está limitado a las importaciones necesarias para el sostenimiento de su población en sus tres aspectos de civil, militar y penal.

Aunque en sus aguas hay establecida una **almadraba**, con un capital que pasa de \$60,000, las oficinas de esta enorme compañía de pesca no radican en la plaza.

El comercio interior está limitado al que se realiza con los moros de las cabilas fronterizas, que llevan a la plaza sus productos comestibles, consistentes en frutas secas y frescas, huevos, carne de jabalí, conejos y liebres, etc., etc.

También abastecen la plaza de carbón vegetal y leña.

Los principales establecimientos comerciales de la ciudad están en manos de la colonia judía que lejos de vivir en barrios separados, como sucede en otras poblaciones, ocupan allí hermosas viviendas en el centro de la ciudad.



XII

CEUTA, PENITENCIARIA

Y PLAZA FUERTE

Ceuta ha sido presidio desde que la conquistó don Juan I, rey de Portugal, según se ha dicho.

Aquel Rey escribió a su Consejo poco después de realizada la conquista de la plaza:

Aquí serán reclusos todos los desterrados de la patria por criminosos, y aquí podrán cumplir sus destierros en la esperanza de volver a aquélla, habiendo purgado sus desórdenes con valerosos hechos. (Del libro "Apuntes para un Estudio Político-Militar", por Manuel Tello Amondareyn, 1897.)

España, al adquirir para sus dominios tan importante posesión, la dedicó a su vez a presidio, y lentamente, junto con las más antiguas fortificaciones militares, fueron surgiendo los distintos departamentos para presidiarios, que han sido siempre el nervio único en los trabajos de construcción de las obras de defensa, bajo la dirección del Cuerpo de Ingenieros militares.

Y fué así como se fundó la importante Colonia penitenciaria, compuesta en 1896 de cuatro a cinco mil forzados, que cumplían allí sus condenas, procedentes de los distintos penales de la nación y sus colonias.

En aquella fecha existían en Ceuta los siguientes departamentos dedicados a dormitorios de presidiarios:

- Departamento del Acho.
- Cuarteles principales.
- Departamento de talleres.
- Cuarteles del campo, o Benzú.
- Departamento de barcas militares.

El Departamento del Acho o "Presidio Viejo", está en la cúspide de la montaña de este nombre.

Este Departamento es a la vez Presidio y Fortaleza militar.

La cúspide de la montaña está amurallada de acuerdo con la ciencia militar aplicada a las fortificaciones en la época de su construcción.

El perímetro amurallado puede tener unas veintiocho o treinta hectáreas aproximadamente de superficie.

La imponente muralla se asienta sobre rocas y escarpadas laderas, y se eleva con un pequeño talud hasta una altura que fluctúa entre los ochenta y ciento veinte pies. Por el interior apenas se eleva un par de metros sobre el nivel del terreno.

Dos puertas colosales le dan acceso: la Principal y la de Málaga. Esta última toma su nombre de aquella hermosa ciudad en cuya dirección está construida, y la Principal da frente a la ciudad de Ceuta.

En su interior, cuyo suelo primitivo fué modificado en gran parte al ejecutar las distintas construcciones, se hallan varias baterías antiguas, un edificio de grandes dimensiones, desti-

nado a cuartel, un reducto circular de dos pisos en la parte más elevada, llamado "La Vigía", donde tenían instalado un sistema de señales; distintos departamentos pequeños para cuerpos de guardia, la casa del Ayudante Jefe del Presidio, y el antiguo y destartalado edificio constituido por seis naves, cuatro altas y dos bajas, donde se alojaban los setecientos forzados que allí consumían su miserable existencia.

★ ★ ★

El Departamento conocido por **Cuarteles Principales**, era un viejo recinto amurallado, situado cerca del mar, en las afueras de la población.

En su interior estaban las once galeras destinadas a dormitorio de unos dos mil presidiarios condenados a cadena perpetua exclusivamente, y otros locales para castigos que oportunamente describiremos. El cuerpo de guardia estaba en el exterior del recinto.

★ ★ ★

El Departamento de **Talleres** está en el centro de la ciudad, y en él sólo se alojan presidiarios de poca condena, destinados a las oficinas y en algunos trabajos manuales de muy poca importancia. Es una especie de departamento de distinción, a donde sólo llegan los presidiarios de influencia y muy buena conducta.

★ ★ ★

Los **Cuarteles del Campo** forman un Departamento moderno, construido cerca de la línea fronteriza, destinado a alojar a los presidiarios

que trabajan en las fortalezas de Benzú u otras obras de defensa que se levantan en el campo exterior.

★ ★ ★

Barcas Militares es el Departamento en que en tiempos pasados, cumplían sus condenas los presos procedentes del Ejército, pero que en 1896 estaba dedicado a alojar forzados de causa común, como los demás Departamentos. Este viejo Departamento está enclavado dentro de la ciudad, junto a sus murallas marítimas.

★ ★ ★

Ceuta como plaza fuerte, distaba mucho de ser inexpugnable en aquella fecha.

Hasta el año de 1897, en que fueron terminadas las baterías modernas de Benzú, Pintor y Santa Clara, que montan cañones de gran potencia, de un sistema modernísimo; sus obras de defensa estaban reducidas a baterías antiguas, montando cañones de viejísimo sistema.

En lo que a cuarteles se refiere, el del Fijo es el de mayor importancia, situado en la falda del monte Acho, con una capacidad para cinco o seis mil hombres y una explanada donde puede hacer ejercicio ese mismo número de soldados a la vez. Tiene grandes cuadras y preciosos jardines en su frente.

El del Acho es también importante y el del Rebellín (en construcción entonces) es también de grandes proporciones.

Los establecidos en el campo exterior son de menor importancia.

A la sazón en que estábamos confinados allí los prisioneros cubanos, era Capitán General de la Plaza el General León, cuya esposa es cubana, hija de Matanzas.

Las guarniciones militares de los distintos departamentos penales, tenían sólo la misión de vigilancia y no intervenían en los asuntos de orden interior de los mismos, sino en los casos de rebeliones, para reprimirlas, y para levantar atestados cuando sucedían hechos de sangre.

La Colonia penitenciaria tenía su administración independiente del régimen militar, con un director general como jefe supremo, que dependía directamente del Ministerio correspondiente.

En aquella época era Director don Remigio Alegret, justamente temido por los presidiarios por su arrojo y valentía en la sofocación de motines, y por su refinada crueldad en la aplicación de castigos, que le valió la muerte, asesinado por los presos, no hace muchos años.

El personal subalterno de la administración de la Colonia era numerosísimo, y además del de la Dirección General, en cada Departamento había un Ayudante Jefe y varios capataces, que eran auxiliados en las funciones de vigilancia por **volantes y cabos de vara**, que eran presidiarios de buena conducta, que ejercían funciones de vigilancia sobre sus compañeros, donde quiera que se encontraran; en las secciones del trabajo forzoso, en las galeras o en los trayectos que se recorrían diariamente para ir al trabajo, por lo que tenían ciertas prerrogativas muy limitadas, pero eran considerados como agentes de la autoridad.

Los **volantes** llevaban como distintivo una chapa de metal dorado en cada brazo, con el nombre del Departamento y el número correspondiente.

Los **cabos de vara** sólo llevaban una chapa en el brazo derecho con las mismas inscripciones.

Los Ayudantes llevaban tres galones de oro en la gorra, y dos los capataces.

Los Ayudantes tenían un haber de \$30.00 mensuales, y los capataces sólo ganaban al mes la miserable suma de \$12.00 plata.

Esto explica con toda claridad el grado de honradez de estos empleados, cuyas familias vivían con bastante comodidad, si no en la abundancia.

Todas las oficinas de los distintos Departamentos estaban servidas por presidiarios de buena conducta.

Cada capataz tenía un presidiario como asistente, y cada Ayudante se hacía servir por dos de su confianza, y tenía además un presidiario aguador de su casa y un **gancho**.

No crea el lector que se trata de un gancho de madera o metal de los que se emplean en distintos usos de la vida. Era un **gancho** de carne y hueso, presidiario también, pero presidiario excepcional.

Su nombre le venía de su oficio. Era un **gancho** que enganchaba el dinero de sus compañeros y se lo llevaba a su amo.

El **gancho** que conocimos en el Acho de Ceuta, era de un tipo parecido al oso cubano, aunque había alguna diferencia, muy poca, en sus funciones.

El **gancho** le guardaba las espaldas al Ayudante, su amo, y en su favor atracaba a los presidiarios que tenían dinero.

En los días de **bronca**, exponía la vida en defensa de su amo; sacaba a paseo por los senderos del penal a los niños de su amo; alimentaba con pan y rancho del de los presos a la borriquilla que tiraba del cochecito de mimbre de los niños, y en la casa de su amo comía y dormía.

El **gancho** era un verdadero personaje a quien el Ayudante profesaba un afecto verdadero. Y decían allí los presidiarios que la esposa de cierto Ayudante, cruel y sanguinario con los infelices cubanos, también sentía mucha estimación por el **gancho** de su marido.

Y si los lectores no encuentran el parecido entre el **gancho** ceutí y el **oso** cubano, nos explicaremos mejor.

Los políticos cubanos han creado últimamente el nombre de **oso** para distinguir a ciertos tipos de conciencia oscura, que si ya no han visitado el castillo del Príncipe, maldito el miedo que le tienen.

El **oso** cubano es un verdadero **gancho**, que crece y medra en la propiedad del pacienzudo Liborio.

Le guarda las espaldas al político, su amo; atraca al pobre Liborio en favor de su amo, y como el **gancho** de Ceuta va armado de garrote y puñal para defender a su amo en los días de **bronca** política.

El político para quien trabaja el **oso** siente tanta estimación por éste, que si se lo meten en presidio hace su indulto cuestión de partido, y grita y amenaza hasta conseguir que se lo indulten y le den una explicación cumplida.

Esta clase de **osos** son hombres de carrera política, tienen destinos lucrativos para no trabajar, y primero que ellos pierde el pan de sus hijos un fiel servidor de la República.

Pero en el fondo de esta cuestión hay una gran diferencia de causa y efecto.

El **gancho** ceutí está confinado en un presidio sin esperanza de libertad; trabaja para un amo envilecido por el contacto del vicio y del crimen; si no desempeñara aquel vil oficio estaría tirando de un carro como un buey, y a su alrededor no hay nadie capacitado moralmente para protestar de sus actos. Mientras que el **oso** cubano es un hombre libre, que puede abrigar en su pecho la más hermosa esperanza de felicidad por medio del trabajo honrado, trabaja para un amo que a lo mejor es un personaje que pasa por culto, etc., etc.; si no desempeñara el vil oficio sería estimado por los hombres sensatos y a su alrededor se mueve una sociedad culta y digna, pero que aun no ha protestado de semejantes **osos** y mucho menos de la vituperable conducta de semejantes amos.

XIII

LOS PRIMEROS MESES

DE CAUTIVERIO

Los primeros prisioneros cubanos que llegaron a Ceuta fueron encerrados en unos calabozos destinados a castigos, en el castillo del Acho, situados en los bajos del cuartel militar denominado Pabellones Militares.

En aquel mismo cuartel fueron alojados los deportados cubanos y filipinos, pero en salones higiénicos y ventilados.

No creyeron las autoridades de la Colonia que el Gobierno mandaría a Ceuta el alto número de prisioneros y deportados que allí nos reunimos durante el curso de la guerra, y por eso escogieron aquellos calabozos carentes de ventilación y sobrados de humedad, para encerrar a los prisioneros, con el deliberado propósito de que terminaran allí sus vidas, porque no hay ser humano que resista en aquellos inmundos calabozos un castigo que pase de seis meses.

Unos treinta prisioneros, entre ellos el ilustre compañero Juan Gualberto Gómez, guardaban allí prisión cuando llegó al Acho la cuerda en que iba el autor de estas pobres narraciones; pero a los pocos días fueron también distribuidos en las galeras de los presos comunes, principiando entonces la verdadera vida de presidio.

rios, para todos los que el triste destino nos iba reuniendo en aquella mansión de ignominia.

Cada correo de Cuba conducía nuevas remesas de prisioneros y deportados, muchos de ellos destinados a Ceuta, a donde arribaban a su debido tiempo.

Los deportados eran reclusos con sus compañeros en Pabellones Militares, y los prisioneros de guerra ingresaban en las galeras, donde se nos reunían con sus repertorios de noticias de la patria, desagradables en su mayoría.

Algunos compañeros, de tránsito para Ceuta, recogieron en la cárcel de Cádiz la triste noticia de la muerte del infortunado Ortiz.

El terrible Weyler, secundado por los traidores y equivocados que aplaudían a coro su obra de exterminio, estaba realizando la reconcentración general, para asegurar el éxito de su terrible bando, por el que se consideraba como insurrecto a todo el que se le encontraba fuera de las poblaciones.



El incremento que tomaba por momentos la revolución cubana, hizo pensar al Gobierno de España en posibles complicaciones internacionales en un futuro próximo, y dictó la orden de terminar rápidamente todas las obras de defensa que se hallaban en construcción en la plaza, y que se iniciaran otras a toda prisa.

Los cubanos reclusos en las galeras del Acho llegábamos a unos cien en Septiembre de 1896.

Una mañana nos hicieron formar en el patio general y pidieron voluntarios para ir a los trabajos.

Muchos nos prestamos voluntariamente a tan ignominiosa medida, previendo que más tarde seríamos todos llevados por la fuerza a los trabajos.

Al siguiente día, sin habérsenos dicho nada más sobre el particular, fuimos todos llamados por lista, con excepción de los inútiles físicamente, y distribuidos por pueril medida de precaución, entre las cuadrillas de forzados españoles que diariamente salían del Acho para trabajar en las fortificaciones, canteras, etc., etc.

Aunque el compañero Juan Gualberto Gómez gozaba de perfecta salud, no fué obligado a realizar trabajos forzosos, porque sus guardianes sentían profundo respeto ante su talento y le guardaban todo género de consideraciones.

El vivía en un ángulo de la galera 16, en comunidad con los compañeros Octavio Zubizarreta y Agapito Anitúa, cuyo lugar ocupó hasta que fué trasladado para el Departamento de "Cuarteles Principales" y después a un presidio de España.

Los que como el autor, estábamos acostumbrados al trabajo rudo del campo, el que allí se nos obligaba a realizar no era suficiente para abatirnos muy pronto, a pesar de lo escaso del alimento; pero los que no estaban en el mismo caso, sufrieron en los primeros días las terribles consecuencias de un trabajo en extremo brutal.

El número de deportados había crecido considerablemente.

Diariamente los veíamos en la cuesta del Acho cuando se dirigían a la ciudad y nosotros a los trabajos forzosos; y aunque no se nos permitía hablarles ni acercarnos a ellos, con frecuencia llegaban sus limosnas a las manos de

los infelices prisioneros que pasaban lo más cerca posible de los ricos y caritativos desterrados.

Tenían la ciudad por cárcel durante el día, y por la tarde regresaban al Acho, donde eran recontados a las cinco para pasar la noche en las galeras dormitorio, de donde podían salir libremente después del recuento de la mañana.

Algunos tenían su alojamiento en la ciudad, donde les permitían pernoctar por la noche, pero aquella preciosa condición la perdieron más tarde por causas que ignora el autor.

El rico hacendado Manuel Regueira bajaba diariamente a la ciudad en un lujoso coche de pareja, y después consiguió a fuerza de dinero (según decían los presos) su traslado a la ciudad de Madrid, donde le fijaron su residencia.

Tan ilustres personalidades como los doctores José Antonio González Lanuza, Alfredo Zayas y el médico eminente José Rafael Montalvo, recorrían diariamente aquellas pendientes carreteras, en unión de sus compañeros Arturo Primelles, Elpidio Marín, Agüero, Lama, Campos Marquetti y tantos otros que sufrieron allí los rigores de una vida llena de sufrimientos que sería imposible enumerar.

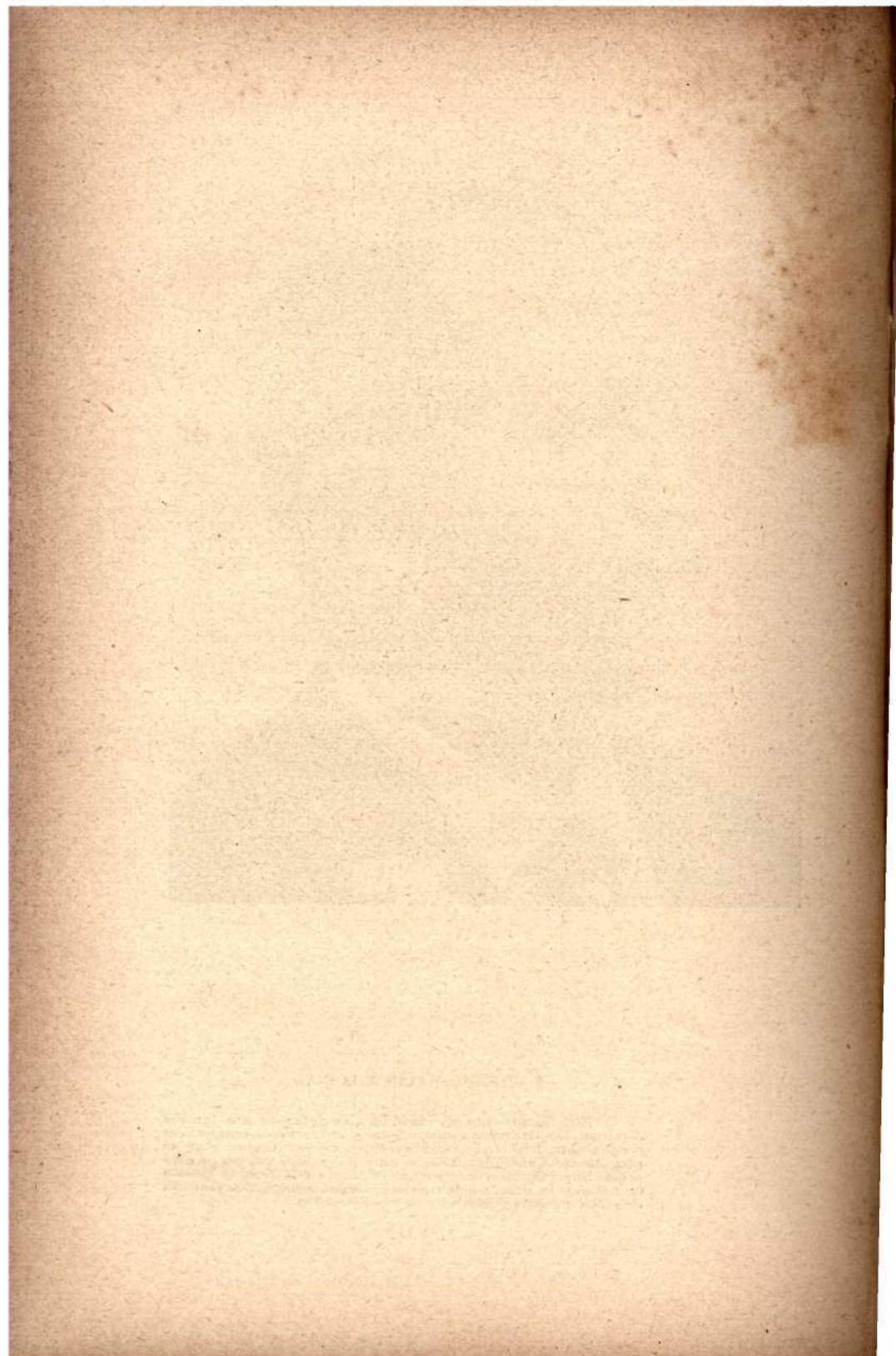
Los tres primeros, en unión del compañero Juan Gualberto Gómez, se dirigieron al Ministerio de la Guerra, suplicando que se nos aplicaran los beneficios del Código Militar, y se nos recluyera en una fortaleza como prisioneros de guerra.

Todos creíamos que la petición tendría un resultado satisfactorio y esperábamos la contestación llenos de alegría y esperanza.



ELPIDIO MARIN Y LOINAZ

Este ilustre cubano, nació en Camagüey de una familia distinguida.—Hombre emprendedor y de recursos económicos amplísimos, hizo todo cuanto estuvo en sus manos para el progreso de Camagüey, siendo uno de los indicadores de empresas importantes, como fueron la planta eléctrica, la fábrica de hielo, y la Empresa de tranvías, siendo principal accionista de esas empresas y miembro de sus directivas.



El Ministro respondió que el Gobierno no podía considerar a los cubanos reclusos en Ceuta y otros presidios como prisioneros de guerra, sino como rebeldes y traidores a la madre patria, y que como tales éramos tratados, sin que hubiera diferencia entre nosotros y los presidiarios de causa común con quienes se nos había recluso en el Acho.

El compañero Juan Gualberto Gómez, incansable en la defensa de sus compañeros, solicitó entonces que se nos librara de la aflictiva cadena reglamentaria. Pero él supo respaldar su petición con la influencia de amigos particulares que disfrutaban altos puestos en el Gobierno.

Su triunfo fué completo y sus desdichados compañeros vimos en él el genio de un poder invisible que hizo caer a nuestros pies la afrentosa cadena que oprimía nuestros cuerpos y marchitaba nuestros corazones con su frío y horripilante contacto.

Cuando un preso ingresaba en Ceuta le ponían al pie una gruesa cadena reglamentaria, con eslabones de tamaño y peso reglamentario, en número relacionado con sus años de presidio, resultando que la cadena de los presidiarios condenados a cadena perpetua (treinta años de buena conducta) llegaba del pie a la cintura, donde daban con ella una vuelta completa y el resto sobrante lo echaban por sobre el hombro.

Una cadena reglamentaria de tales dimensiones, pesaba de cuarenta a cincuenta kilos, y con ella unida a su cuerpo realizaba el confinado el trabajo forzoso a que estaba obligado, hasta que cumplía cierto tiempo de su pena con buena conducta, de acuerdo con el último reglamento aprobado para la Colonia.

Esto era lo reglamentario, pero por mediación del **Rey Dinero** se conseguía que la cadena fuera de las que se usan para atar perros, que el remache de bronce quedara tan flojo que permitiera sacarlo por la noche para dormir sin la cadena, y hasta que ésta cayera del pie definitivamente a los pocos meses de prisión. ¿Quién puede contigo, vil metal?

Es preciso haber visto el cuadro que formaban diez presidiarios tirando cuesta arriba de un carro cargado con metro y medio de piedra, arena o cal, y oído el aterrador ruido de sus pesadas cadenas movidas a compás por sus cansadas piernas, para darse cuenta exacta del incalculable beneficio obtenido a nuestro favor por el meritísimo compatriota, librándonos de aquel martirio.

Después de tan beneficiosa concesión, sólo nos pusieron las cadenas para ir a la visita del médico o a las oficinas para recibir correspondencia certificada.

Pero hubo muchos compañeros que llevaron la afrentosa cadena durante largos meses, por faltas cometidas, y muchas veces por verdadera injusticia.

XIV

LOS TRABAJOS FORZOSOS

Todas las obras de fortificación de la plaza han sido ejecutadas por presidiarios, bajo la sabia dirección del Cuerpo de Ingenieros Militares.

Desde los primeros tiempos de la colonia dió principio dicho Cuerpo de Ingenieros a la construcción de murallas, reductos, muelles, baterías, cuarteles y departamentos para presos, siendo éstos los únicos obreros que han intervenido en las construcciones.

La construcción de baterías modernas, cuarteles y carreteras en los últimos tiempos, fueron la causa de que se elevara considerablemente el número de presidiarios de la colonia.

Durante los años de 1896-98, llegaban diariamente largas cuerdas de forzados, que eran distribuídos en los diferentes departamentos, para sacarlos inmediatamente a los trabajos.

La gran necesidad en que se hallaba el Gobierno de dotar a la plaza de baterías modernas, hizo que se redoblara el trabajo y el aprovechamiento del tiempo fuera más eficaz.

En aquella fecha se estaban ejecutando y daban ya a su fin las obras de las baterías del Pintor y de Santa Clara, que montaban cañones de 33 centímetros.

Se trabajaba también en las obras de ampliación del cuartel del Rebellín, en la prolongación del muelle de hormigón con el que se perfeccionaba el puerto artificial; en distintas obras de defensa en la punta Benzú, y por consiguiente, en infinidad de canteras, talleres, hornos de cal, acarreo de agua, etc., etc.

Además, ejecutaban los forzados los trabajos llamados de **mecánica**, consistentes en el acarreo del pan y del rancho, y en la época del mayor estiaje, del agua necesaria para la población penal, la tropa y los jefes civiles y militares de los distintos departamentos.



Durante los primeros días de nuestro cautiverio, existía entre nosotros y los presidiarios españoles de causa común, la línea divisoria constituida por el hecho de no ser nosotros obligados a trabajar como ellos; pero una vez puestos en la misma condición, dió principio nuestra verdadera vida de forzados, con todos sus horrores y amarguras.

Muy contados fueron los cubanos que entraron en los talleres, creo que dos o tres en el de carpintería. Algunos fueron a la sección de barreneros en las canteras y el resto fuimos dedicados a la sección de transporte y de materiales, trabajo el más fuerte de cuantos allí se ejecutaban.

Nos contaban los presidiarios más viejos, y los había de cuarenta y un años de encierro, que jamás habían visto una bestia tirando de un carro en los trabajos de fortificación a excepción de un hermoso y viejo caballo que todos vimos allí tirando de un carro, cumpliendo una cadena

perpetua que le fué impuesta por un Consejo de Guerra, por el delito de haber dado muerte a un Coronel de Artillería que lo montaba, según contaban los presidiarios que conocían la historia del pobre animal.

Parecía como que nuestro fatal destino había puesto allí aquel desdichado animal, para que tuviéramos algo real y positivo con que comparar nuestra fatal condición.

El acarreo del pan, del rancho y del agua estuvo a cargo de secciones de cubanos mientras duró nuestro confinamiento.



Toda clase de talleres funcionaban a la vez, y en los distintos departamentos fué hecha una requisita de presidiarios que de algún modo habían logrado rebajarse de los trabajos, quedando las galeras completamente vacías.

Se trabajaban nueve horas diarias, y los capataces y celadores de las obras obligaban a trabajar con diligencia, esgrimiendo el vergajo.

Esta necesidad de adelantar más y más en las obras de fortificación dió por resultado un verdadero alivio para los forzados españoles.

Para que pudieran ser más eficientes en sus trabajos les quitaban las cadenas reglamentarias a los seis meses de buena conducta en las obras, y a muchos se las quitaban antes de los seis meses, de acuerdo con la calidad de la pena.

A las cinco de la mañana sonaba el cañonazo que desde la batería de la Puntilla llamaba a todos los presos de la plaza, anunciándoles que daba principio un nuevo día de trabajo en su larga vida de infortunio.

A toda prisa, sin tener tiempo apenas para lavarse la cara, cuando había agua para ello, se arreglaba cada cual en su galera para estar listos a las cinco y media, hora del recuento matinal.

Hiciera o no buen tiempo, al toque de corneta salíamos todos al patio, siendo contados en la puerta, donde estaba la comisión de recuento, terminado el cual volvíamos a entrar en las gale-
ras por breves instantes, para desayunarse el que podía hacerlo, con algún pedazo de pan y una taza de te o café muy claro, con lo que se calentaba un tanto el débil estómago.

De nuevo sonaba la corneta, llamando al trabajo, y de nuevo salíamos a los patios para ser distribuidos por secciones, desfilando seguidamente las distintas cuadrillas, cada cual en la dirección de su lugar de trabajo.

Formando silenciosas columnas, descendíamos del Acho los setecientos forzados que allí vivíamos, y al llegar a la falda de la montaña, cada sección se separaba de las demás para no reunirse de nuevo hasta las cinco de la tarde, hora en que, a la voz del cañón, volvíamos al mismo camino de ascensión.

La marcha para el trabajo era por demás imponente.

Muchos forzados llevaban cadenas de reglamento, a pesar de estar trabajando, porque no habían cumplido los primeros seis meses de buena conducta, o porque sufrían castigos por faltas graves.

El ruido de las cadenas, las voces de los capataces avivando la marcha y el relucir de las bayonetas y uniformes de los soldados que nos daban escolta, imprimían a la columna un aspecto tris-
tísimo, y los corazones más templados eran invadidos por la más honda aflicción.

Se hacía insufrible aquella marcha al trabajo como un rebaño de animales, rigurosamente formados entre filas de soldados, capataces y cabos de vara; los primeros con sus relucientes bayonetas caladas, los segundos con sus vergajos nudosos y flexibles, y los cabos con sus garrotes; todos dispuestos a caer sobre nosotros a la menor señal de protesta o queja.

Porque en aquel lugar de ignominia, los únicos argumentos empleados con los forzados eran las bayonetas de los soldados, los vergajos de los ayudantes y capataces y los garrotes de los cabos y volantes.

¡A cuántos infelices vi arrojar la sangre por la boca bajo el rudo golpe de aquellos instrumentos de suplicio, manejados por sus mismos compañeros, en quienes el celo por conservar las chapas que les daban autoridad, los hacía más crueles y sanguinarios!

Había una orden terminante y un como santo y seña entre los soldados y empleados civiles y cabos presidiarios.

El forzado que se apartara cualquier distancia de la cuerda o columna en que marchaba, firmaba su sentencia de muerte. Porque si no caía muerto bajo el fuego de los fusiles, el vergajo de los capataces y los nudosos garrotes de los cabos y volantes le daban pasaporte seguro para el otro mundo.

Y eso que la crueldad había disminuído mucho en aquellos tiempos, al decir de los viejos forzados.

Pero de esto hablaremos en su lugar oportuno, al describir las distintas clases de castigos.

Una vez en los lugares de trabajo, tenía lugar un nuevo recuento por secciones, para ver si en

la marcha se había fugado algún penado. Hecha esta operación, cada forzado, convertido en obrero, emprendía las labores a que era destinado, siempre bajo la vigilancia de sus guardianes, que ocupaban lugares estratégicos.

En los talleres, los que tenían oficios especiales; en las obras de defensa, los albañiles y canteros con innumerables peones; en las canteiras, los barreneros y los que preparaban la piedra para su fácil manejo en las obras; en los hornos, los que hacían la cal; en los muelles, los que hacían y colocaban los inmensos bloques, y el resto, que sumaban miles, en secciones que llevaban el nombre de la obra a que estaban afectos, conducían en carros todos los materiales de construcción.

Este trabajo de los carros, ya lo hemos dicho, era el más fuerte que se ejecutaba.

El carro típico, con una capacidad cúbica de metro y medio, tenía un pértigo con un yugo redondeado que se adelgazaba hacia las puntas para que cupiera en las manos de los forzados.

Del centro del yugo partía una cuerda de esparto, que tenía de metro en metro unos palitos atravesados, de donde tiraban las tres parejas de guía, contraguía y pie.

En la culata del carro iba la cuarta pareja, que lo empujaba con los hombros y tenía el cuidado de calzarlo con unas grandes cuñas de madera dura, en los descansos, al subir las rápidas pendientes.

Al ascender con el carro cargado por aquellas empinadas carreteras, en las que hay pendientes de más del treinta por ciento, había verdadero peligro para los forzados que lo arrastrá-

bamos, si la pareja de atrás no lo calzaba con prontitud en los descansos, porque al menor descuido descendía cuesta abajo, saliéndose de la carretera y arrastrando detrás de sí a los infelices conductores, que por miedo a los terribles castigos, trataban de sujetarlo.

No presenciábamos ningún caso desgraciado de esta índole, pero los referían los presidiarios españoles, contándonos las desgracias ocurridas, en que muchos habían perdido la vida en aquellos precipicios; pero sí conocimos a muchos inutilizados por los carros.

En los trabajos del campo (así denominaban a los que se ejecutaban en la parte comprendida entre la ciudad y la línea de fuertes de la frontera), trabajaban largas secciones de carros.

Las obras de las baterías de Santa Clara y del Pintor, los cuarteles del Fijo y Rebellín, las de los muelles, el polvorín, etc., etc., tenían sus secciones de carros.

Los celadores de las obras exigían que los carros se cargaran bien y que los viajes se rindieran en el tiempo marcado.

Una vez cargados todos los carros de una sección, se emprendía la marcha guardando silencio, porque sólo permitían hablar en los momentos de descanso.

Las carreteras estaban bien conservadas y los carros rodaban bien en las horizontales y en las suaves pendientes, pero donde éstas eran fuertes, era grande el esfuerzo necesario para moverlos.

En las pendientes muy pronunciadas permitían frecuentes descansos, aunque muy cortos; pero en los terrenos llanos pocas veces se descansaba.

No vimos ningún caso de protesta por la mucha carga de los carros, pero oímos de los presidiarios españoles que en otros tiempos algunos forzados habían protestado por el mucho peso del carro y entonces los capataces habían retirado del mismo una o dos parejas, obligando a las restantes a llevarlo corriendo a fuerza de vergajazos.

Los viajes de regreso a las canteras con los carros vacíos se hacían a marcha forzada, para ganar tiempo, y se continuaba viaje tras viaje hasta las once de la mañana, hora en que se nos daba el descanso del mediodía para tomar el rancho del almuerzo.

A la una de la tarde se emprendía la sesión de la tarde en la misma forma, hasta las cinco, hora en que después de un nuevo recuento salíamos para el Acho, en cuya cuesta, que titulamos "el calvario de los cubanos", nos reuníamos con otras secciones, formando una larga columna de desesperados y hambrientos, que regresábamos a las inmundas cuevas, donde la noche con sus tinieblas insondables, realzaba más el terrible cuadro de nuestra miserable existencia.

El trabajo en los talleres duraba el mismo tiempo que en las obras y los presidiarios que en ellos trabajaban volvían a sus departamentos a la misma hora que los demás.

La descomunal cantera que se estaba explotando, con un corte de unos cincuenta metros de alto, seiscientos de longitud y unos setecientos de fondo, en la cual trabajaban unos trescientos forzados, estaba al Oeste de la población, y como muchas de las obras que se ejecutaban estaban al Este, el recorrido de muchas secciones de carros era a través de sus calles.

El autor y otros muchos compañeros fuimos destinados a la sección de carros que tiraban materiales para la batería del Pintor.

Uno de los descansos que nos permitían tenía lugar en una calle céntrica de mucho movimiento.

Mirando para el suelo tirábamos a revienta brazos y el carro se movía lentamente.

A la voz de "¡Alto!" se calzaba el carro y a la de "¡Descanso!" podíamos levantar la vista y mirar para donde quisiéramos.

Con el corazón lacerado por el dolor y el rostro abrasado de vergüenza, nos veíamos en medio de aquel cuadro infamante.

Sin dirigirnos una sola mirada, un público, al parecer ilustrado, desfilaba por las amplias aceras, entregado a sus ocupaciones habituales.

En los establecimientos comerciales entraban y salían mujeres y hombres cargados con sus paquetes de mercancías y damas elegantemente vestidas seguían diferentes direcciones, preservándose del sol con sombrillas de vistosos colores.

Desde los balcones de las casas nos miraban con indiferencia pasmosa, o no nos dirigían sus ojos las personas que ocupaban allí suntuosas habitaciones.

El elegante carruaje de un médico, quien iba dentro más estirado que un senador romano, pasó por nuestro lado, dejándonos impresa en la mente aquella manifestación real de la vida civilizada y en la garganta la amargura de aquel terrible momento de nuestra miserable existencia.

La voz de "¡Adelante!" dada por el capataz nos sacó de nuestras tristes reflexiones, cuando ya llegábamos a la conclusión de que la sociedad

de Ceuta era un miembro podrido de la España culta.

No nos explicábamos que aquellas gentes fueran indiferentes a nuestras penas, que supieran de nuestras desventuras sin ninguna muestra de condolencia, que siglo tras siglo vivieran presenciando aquel infamante espectáculo, sabiendo que los terribles castigos que aplicaban en los departamentos penales, que causaban la muerte de infinidad de forzados, y no exteriorizaran ni el más insignificante signo de protesta.

Con el único consuelo de que todos nuestros sufrimientos eran por Cuba, nos fuimos familiarizando con aquellos horrores, y los soportábamos con resignación.



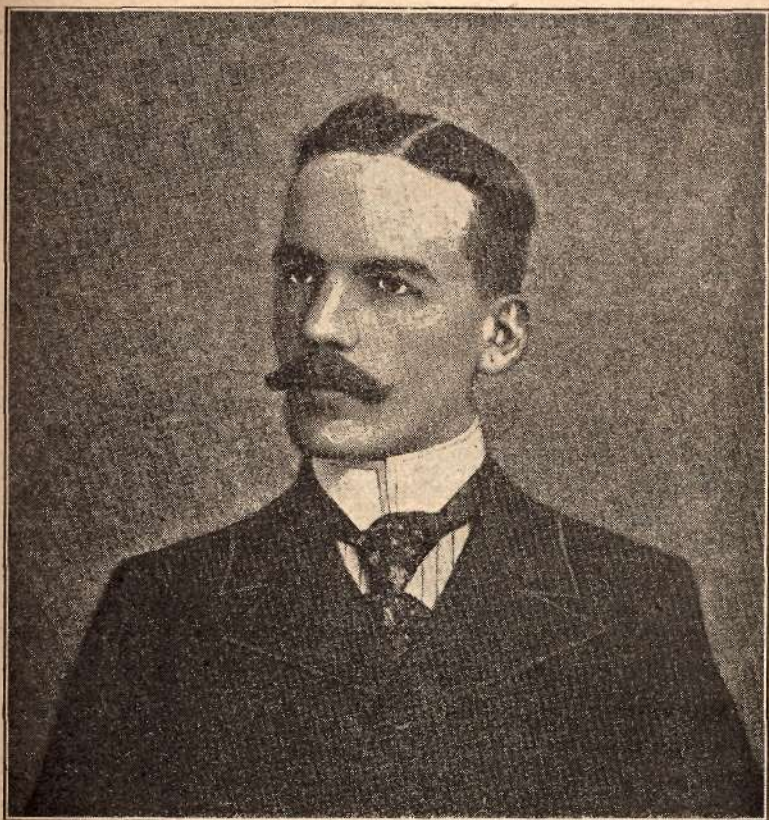
El acarreo del pan y del rancho, como se ha dicho ya, era otra rama de los trabajos forzosos.

El pan, que como el rancho era suministrado por contrata, se iba a buscar a la panadería, establecimiento de grandes proporciones, donde estaba instalada la cocina de la colonia penitenciaria y la planta eléctrica de la ciudad.

De cada departamento salían a las seis de la mañana las secciones destinadas a dicho servicio, que se componían de forzados de los menos útiles para los trabajos de fortificación.

La carga de cada forzado consistía de sesenta panes de a libra y media, que metidos en un saco se cargaban directamente en las espaldas.

La cuadrilla o sección que diariamente descendía del Acho destinada al servicio del pan estaba compuesta de prisioneros cubanos en su mayoría.



RAMON ALLOUIS Y GALLARDO

En Santa Isabel de las Lajas se pronunció contra el Gobierno español, saliendo al frente de un grupo de hombres armados, el día 10 de Mayo de 1895, formando el primer campamento en los potreros de Santa Susana del Ingenio Santísima Trinidad de Ajuria.

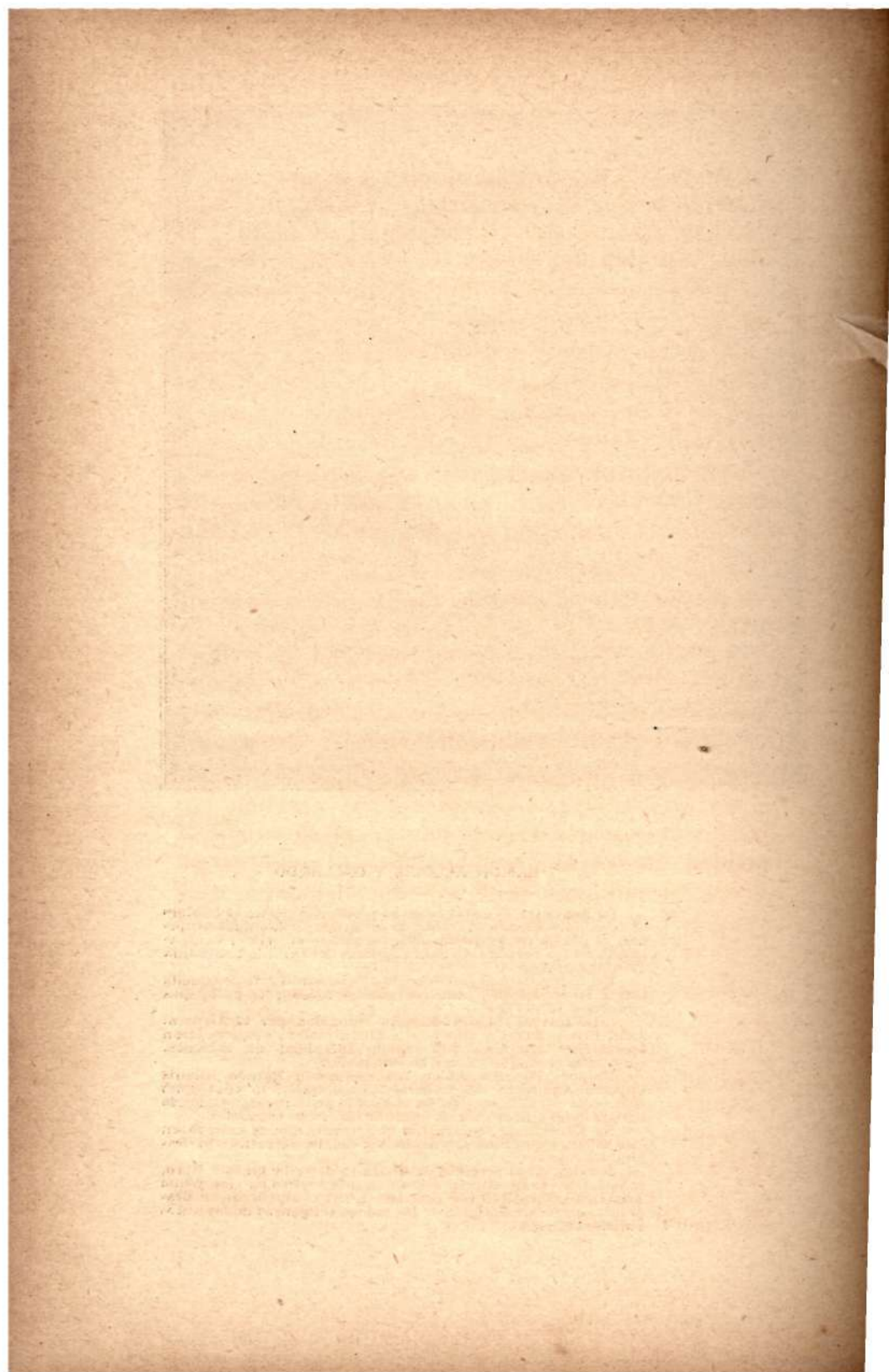
Reunidos después con Rego, lo proclamaron Jefe de aquella fuerza en formación, para incorporarse todos a los pocos días al Coronel Lino Pérez.

Estas fuerzas fueron después recogidas por el General Juan Bruno Zayas y con buena organización, emprendieron operaciones regulares sosteniendo infinidad de acciones, entre ellas el ataque y toma de Provincial.

Después de esta acción fué nombrado Ramón Allouis Capitán Ayudante del General Zayas, quien lo comisionó más tarde para un servicio en el pueblo de la Esperanza donde tuvo la desgracia de caer en poder de las tropas españolas.

Su Consejo de Guerra fué el primero que se celebró en Las Villas, y en él fué sentenciado a cadena perpetua con destino a Ceuta.

Su vida en el presidio de Ceuta se describe en este libro, señalándolo como el prisionero que más expuso su vida y que más castigos recibió por defender a sus compañeros en desgracia, que eran víctimas de las pobres venganzas de las autoridades del penal.



Se partía del Acho a las seis y se regresaba a las diez, a cuya hora los designados de antemano de entre la misma sección ejecutaban el servicio de conducción del rancho.

El rancho era conducido en grandes curbatos, en un carro de hierro tirado por mulos, hasta unos trescientos metros antes de llegar a la puerta principal del castillo, al que no llegaba porque lo impedía una rampa como del treinta y cinco por ciento.

Pasando un grueso palo por las asas de los curbatos, y colocándose un forzado delante y otro detrás, principiaba la penosa ascensión con aquella pesada carga que quemaba al sujetarla.

Se registraron muchos casos en que por un mal paso de alguno de los forzados, rodaban por el suelo hombres y curbatos, vertiéndose el rancho y recibiendo los presos fuertes quemaduras. Y al accidente seguían castigos tremendos para los presos que lo habían sufrido.

Los presos que no se encontraban con fuerzas suficientes para desempeñar este servicio, lo pagaban a otros que respondían en la fila con los nombres de los designados y de un modo incógnito o tolerado por el capataz de servicio, ganaban los dos centavos que pagaban los interesados vendiendo su ración de rancho o de pan.

Entre los prisioneros cubanos había muchos que se dedicaban gratuitamente a aliviar a aquellos compañeros que no podían desempeñar aquel penoso servicio, sino a costa de perder su alimento.

Entre éstos de corazón magnánimo he de citar en primer lugar al compañero José Gracia, hoy ordenanza de la Jefatura de Obras Públicas del Distrito de Santa Clara.

Un día, sin que él lo supiera, fué designado para el servicio de rancho un compañero natural de Matanzas, llamado Adriano Fernández, endeble y sumamente enfermizo, que estaba recién operado de una herida de bala en la espalda.

Como no sabía que estaba designado para tal servicio, se quedó tranquilamente en la galera, a donde fué por él un cabo de vara, notificándolo y apremiándolo para que bajara de prisa al lugar donde estaban los otros formados. Como el desdichado no andaba muy de prisa, la emprendió con él a golpes como si hubiera sido una bestia.

Entonces intervino el compañero Emilio Lema, calificando aquello de un infame atropello, con lo que terminó, al parecer, el incidente. Pero al poco rato volvió el cabo a la galera y enfrentándose con el compañero Lema le dijo: “¿Es usted muy guapo?” Emilio le respondió que no, pero que no se necesitaba tal cualidad para juzgar un abuso como el cometido con el infeliz Adriano. Entonces ocurrió la tremenda desgracia.

El cabo levantó su nudoso garrote y principió a golpear a Emilio, quien al verse en aquel difícil momento, en que si repelía la agresión caía bajo el Reglamento del penal y podía ser sentenciado por agresión a agente de la autoridad, trató de huir para librarse de los terribles golpes; pero en aquel momento intervino en su defensa el compañero Ramón Allouis, de carácter violento y temerario, quien indignado ante aquel inaudito atropello, se lanzó sobre el cabo, tratando de desarmarlo; pero aquél al verse acometido, dió voces de auxilio que atrajeron a varios cabos y volantes armados de garrotes, y a varios soldados de la guardia, emprendiendo un

ataque en forma contra Allouis que, lejos de acobardarse, se había atrincherado entre dos catres, esgrimiendo una especie de sable recordado, rígido y mohoso, que era su compañero inseparable en aquel antro de muerte, donde los pleitos y cuestiones personales se le aparecían a uno inesperadamente, como fruto del medio criminoso.

La lucha tomó caracteres terribles, porque los cabos y volantes temían a la acerada punta que, bien manejada, se dirigía rectamente a sus pechos, esquivando los golpes secos y rotundos de los garrotes que en vano chocaban contra ella.

El compañero Allouis había ya llegado con su espalda a una de las columnas que separaban las dos naves, repeliendo siempre el ataque de sus asaltantes que avanzaban por encima y por debajo de los catres, cuando hizo acto de presencia don Antonio, el capataz, a cuyo conjuro cesaron en su empeño los cabos en su ataque y el prisionero en su defensa.

Y, como era de esperarse, en seguida procedieron contra Ramón y Emilio, conforme al Reglamento del Penal, acusándolos por atentado a agentes de la autoridad.

De primera providencia los encerraron en "blanca", cargados de cadenas, donde estuvieron dos meses.

Hay que advertir que esto sucedía en los últimos tiempos de nuestro cautiverio.

Hecha la paz, salimos todos en libertad y aquellos dos queridos compañeros fueron trasladados del Acho a la cárcel de Ceuta, por estar de causa pendiente en virtud del atentado de que les acusaban.

Ya puede calcularse la tristeza que oprimía los corazones de aquellos desdichados amigos, viéndose sometidos a las resultas de un Consejo de Guerra formado por sus enemigos, mientras nosotros abandonábamos aquellas playas malditas, rumbo a las de Cuba libre.

Al cabo de un mes de estar en la cárcel comparecieron ante el Consejo de Guerra, donde el fiscal pidió para Ramón cuatro años, ocho meses y veintiún días de cárcel, y para Emilio, tres años, ocho meses y veintiún días, también de cárcel, por el delito de atentado a agente de la autoridad.

Después de dicha petición, el Consejo pidió nuevas pruebas, de las que resultaron la absolución y libertad de dichos compañeros, que regresaron a Cuba inmediatamente.



Escenas como la descrita, presenciadas desde los primeros meses de nuestro cautiverio, mantenían fija en nuestra mente la gran medida de salvación: "sufrir con paciencia toda clase de atropellos." Hambre, frío, golpes, rigor en el trabajo, castigos inmerecidos, atracos miserables para quitarnos el poco dinero que nos remitían nuestros familiares, etc., etc.

Con esta resignación por divisa, de nuestro pensamiento no se apartaba ni un momento la idea de libertad, y nuestra conducta se ajustaba estrechamente a lo que nos convenía para no malograrla.

En este respecto creemos haber superado en previsión al mismo Julio César cuando permaneció cerca de cuarenta días prisionero de los

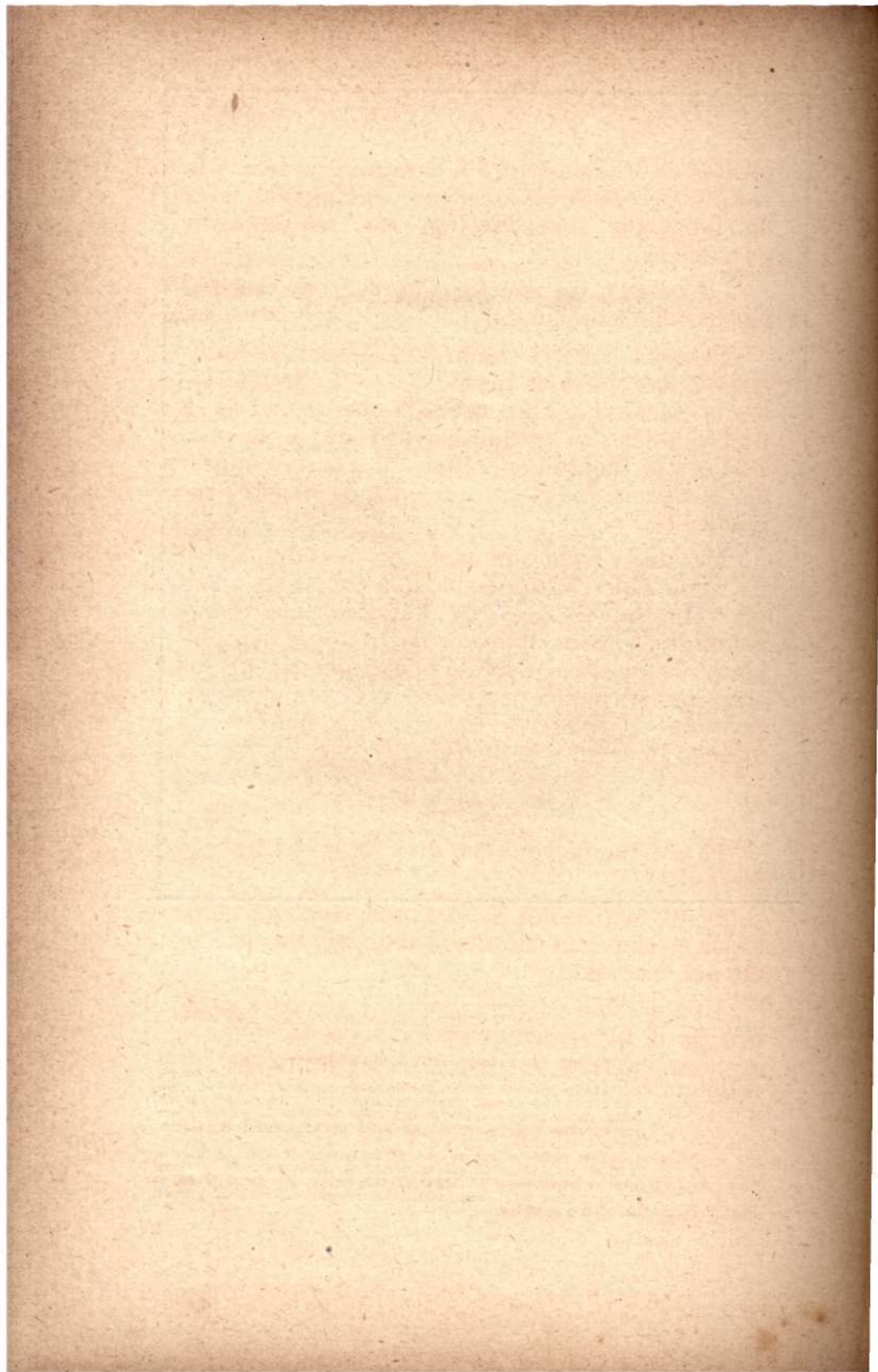


EMILIO LENA Y JOVER.

De muy corta edad se incorporó a las fuerzas de la Brigada de Remedios, conquistando en poco tiempo el grado de Teniente.

Hecho prisionero en acción de guerra, fué sentenciado con destino a Ceuta, donde mantuvo con exposición de su vida, una perenne protesta ante los Jefes de la prisión, por las tremendas injusticias que cometían con sus compañeros de infortunio.

Este patriota, sin miedo y sin tacha, con Ramón Allouis y otros, estaba sumariado a la hora de la Libertad, por hechos que se exponen en el lugar correspondiente de este libro, y se quedaron en Ceuta hasta que fueron reclamados por el Gobierno americano.



piratas de Phamacusa, sin desatarse ni una sola vez las correas de los zapatos ni el cinturón, para no despertar sospechas en sus sanguinarios guardianes.

La imagen de nuestra libertad era nuestra inseparable compañera.

Presidía nuestro sueño y se destacaba luminosa en las tinieblas insondables. Y flotaba sobre la claridad del día, sobre la obscuridad de la noche, sobre la semiobscuridad de la bruma. Ella era la fuente generadora de nuestro supremo pensamiento; el pensamiento de nuestra sagrada libertad.

Nuestro cuerpo era carne de presidio; nuestro vigor físico lo empleaban, en contra de nuestra voluntad, en construir baterías para el exterminio de vidas humanas; pero no podían disponer de nuestros ocultos pensamientos. Ellos eran nuestra única propiedad, y la teníamos registrada en nuestros corazones, a nombre de nuestra libertad y la de Cuba.



El acarreo de agua era otra rama del trabajo forzoso.

En el castillo del Acho existe, como en todos los de su clase, un enorme aljibe, bajo los cimientos del cuartel.

Una sección de presidiarios aguadores sacaban de él el agua necesaria, depositándola en grandes barriles de que estaban provistas las galeras.

Pero todos los años, cuando el nivel del agua en dicho aljibe descendía a cierta profundidad, prohibían el consumo y organizaban el acarreo de agua de las balsas.

Las balsas eran unos estanques de grandes dimensiones, construídos a la orilla del mar, en la parte Noroeste de la ciudad.

Estas balsas se llenaban con el agua pluvial de una cañada que nacía junto a las murallas del Acho, y con la que discurría por las cunetas de la carretera y calles próximas.

Las distintas entradas de agua tenían sus trampas de arena, manteniéndose el agua en buenas condiciones durante el año.

De todos los departamentos y cuarteles salían secciones de presidiarios y soldados, con el típico barrilito de unos cuarenta litros de capacidad, formando columnas que llegaban con distintas direcciones al lugar común de abastecimiento, para separarse después en agobiadora marcha, siguiendo el serpenteo de las carreteras, cargados con el precioso líquido.

La tropa de la guarnición del Acho había cargado su agua todos los años, pero mientras duró nuestro encierro en aquella fortaleza, se nos impuso aquel trabajo para mayor humillación, y teníamos que dar dos viajes por la mañana y uno por la tarde.

Algunos días sólo dábamos dos viajes para la tropa y uno para las galeras.

Como el Gobierno tenía prisa en la terminación de las obras de defensa, invertía en ellas casi todo el personal, dejando muy pocos hombres para los demás servicios.

Por eso el personal dedicado al acarreo del agua era sumamente reducido en comparación con el necesario.

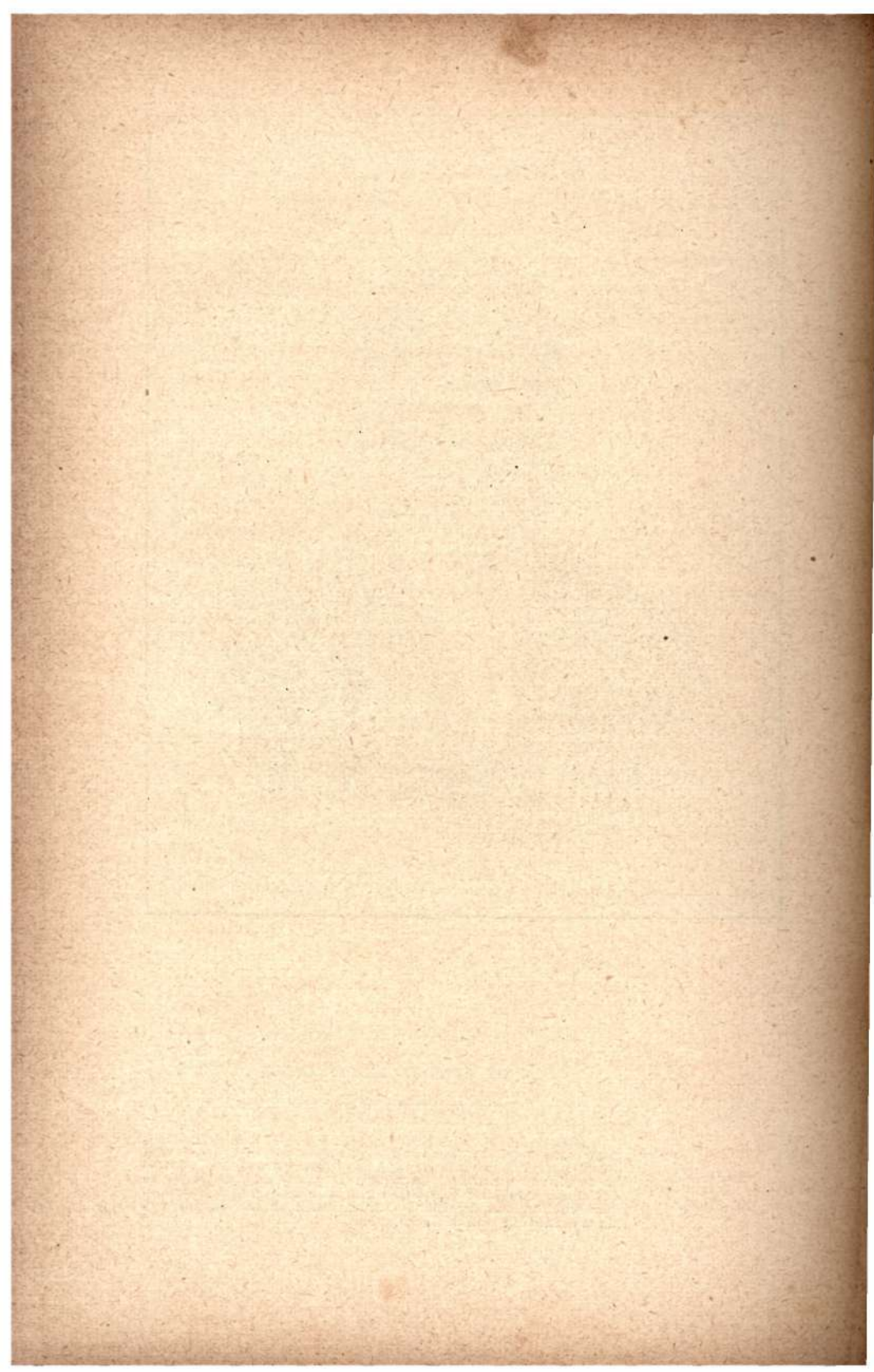
El primer viaje de la mañana era exclusivamente para la Ayudantía, cuerpos de guardia,



DR. ERNESTO JEREZ VARONA

Juez de Instrucción de Holguín.

Formó parte del numeroso grupo de jóvenes habaneros que cambiaron las faenas universitarias por la azarosa vida de la guerra, poniendo su talento y valor personal al servicio de la Patria oprimida. En acción de guerra cayó en poder de las tropas españolas que respetaron su vida. Fué sentenciado por rebellón con destino a Ceuta, donde sufrió los horrores de la espantosa vida de aquel penal.



calabozos y cafés, se daba este nombre a los locales junto a las ventanas de las galeras, donde ciertos presidiarios tenían expendio de café, te y otras chucherías, por lo que pagaban contribución a los jefes.

El segundo viaje se depositaba en los barriles, pero la consumían rápidamente, y con los dos viajes de la tarde apenas se llenaban los dos barriles de cada galera para el consumo de la noche.

A medida que iban llegando las secciones de los distintos lugares del trabajo, se apresuraba cada cual a llenar su vasija para su consumo durante la comida, la noche y la mañana siguiente.

Los domingos y días festivos estaba todo el personal en las galeras, y aunque en esos días se aumentaba el número de aguadores, no alcanzaba el agua para todos, y se formaba un verdadero tumulto a la llegada del convoy.

Los cafeteros, con la autoridad que les daba su calidad de contribuyentes, se abalanzaban sobre los barriles y llenaban sus grandes depósitos.

Los innumerables presidiarios que se imponían por su condición de **matones (pinchos)**, llenaban sus vasijas echando a un lado a los demás.

Y por último, el rebaño sediento se lanzaba sobre los barriles, que estaban en un rincón de las galeras, directamente en el suelo, y tras duro empujar, mojicar y maldecir, sacaba cada cual lo que podía de aquella agua ya turbia y nauseabunda, porque las manos entraban con violencia en el barril detrás del jarro, botella o lata que sujetaban.

Muchos presos teníamos como accesorio indispensable, que casi formaba parte de nuestro cuerpo, una *caneca* (botella cilíndrica de barro para ginebra), donde cargábamos nuestra agua donde quiera que nos encontráramos.

La importancia de esta precaución se comprenderá mejor cuando describamos las terribles enfermedades que allí existían y su propagación en las galeras por falta de higiene.

Otros trabajos forzosos se ejecutaban en Ceuta, pero de pequeña importancia y duración, como transporte de municiones, uniformes, raciones para los cuarteles, etc.

Para terminar este importante capítulo diremos que el Cuerpo de Ingenieros daba a los presidiarios que trabajaban bajo su dirección una gratificación en forma de jornal, consistente en treinta céntimos de peseta para toda clase de peones, cincuenta céntimos a los barreneros, horneros y otros, y una peseta a los albañiles, canteros y de otros oficios.

Los prisioneros cubanos que casi todos trabajábamos en los carros, recibíamos \$1.80 cada día de pago por todo un mes de trabajo en las condiciones descritas.

Pero esta irrisoria gratificación, cuando se le daba buen empleo, mitigaba un tanto el hambre, fatídica compañera del presidiario de Ceuta.

LA VIDA

DE LOS PRISIONEROS

CUBANOS EN CEUTA

A fines del año 1896 era ya considerable el número de prisioneros cubanos que habíamos llegado al castillo del Acho.

Una tras otra llegaban periódicamente cuerdas de prisioneros y deportados, que eran distribuidos, como ya se ha dicho, en las galeras y pabellones respectivamente.

Los deportados por medida gubernativa, justo es confesarlo, recibían buen trato de parte de sus guardianes; tenían, como hemos dicho, la ciudad por cárcel durante el día y recibían nueve pesos mensuales para su alimentación.

Los prisioneros sobre los que pesaba una sentencia firme, ya lo hemos dicho también, vivíamos confundidos con los presidiarios españoles en las galeras de éstos.

En la lista general de prisioneros que forma el Capítulo XXIX de esta obra, se puede ver el número de los que en aquella fecha estábamos ya en el Acho de Ceuta, sometidos a los rigores de aquel presidio.

Entre todos sobresalían por sus hermosas cualidades como patriotas, por sus virtudes per-

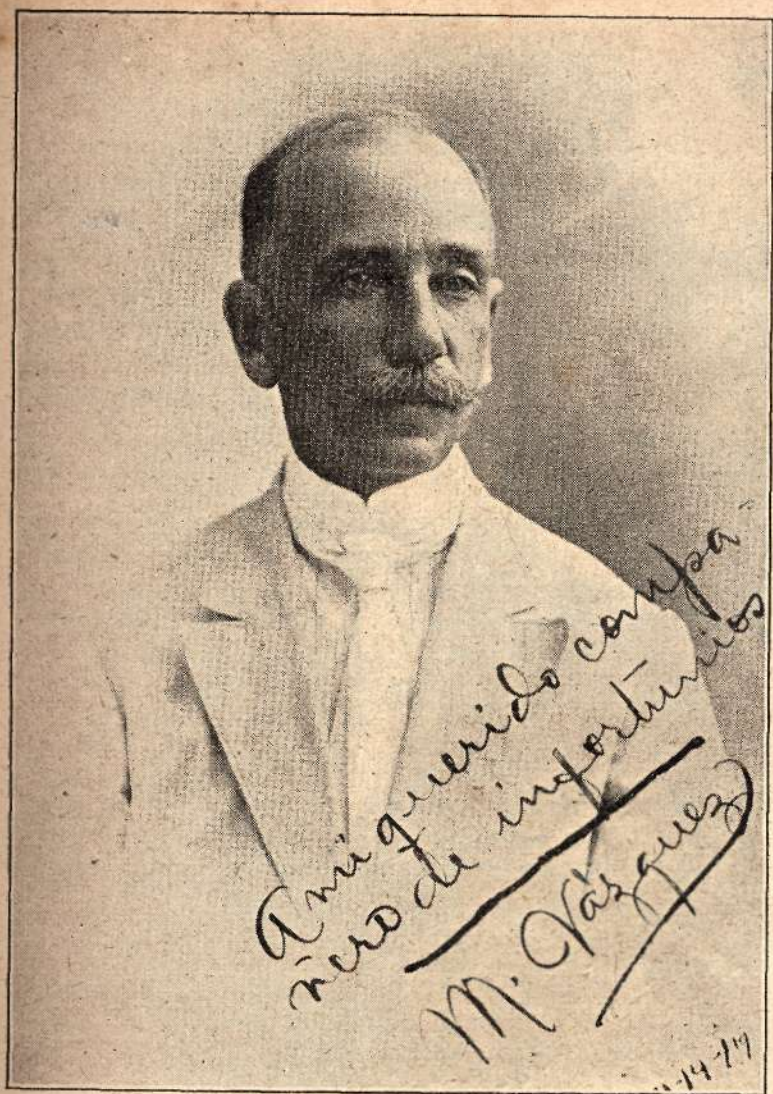
sonales y por su intachable conducta en su vida de presidiarios, los compañeros siguientes:

Juan Gualberto Gómez, Octavio Zubizarreta, José Badosa y Jordán, Ramón Allouis, Luis Mazzorana, Alcibíades Adam, Brigadier Fernando P. Alvarez, Enrique Rizo, Emilio Lena, Pablo Fornariz, Manuel Arotzarena, Pastor Borges, Antonio Laguna y Barroso, Ramón Quiñones, Carlos García Sierra, Ernesto Jerez Varona, Antonio Sotolongo, Zacarías Sosa, Emilio Sabourín, Leocadio y Eleuterio Sainz, Pánfilo Ricabal, José Alomá, José de Jesús Monteagudo, Diego Herrera y Antonio Capablanca, José Manuel Trinchería, Alfredo Reyes, Tránsito Telles, Fernando Méndez, José Manuel Jiménez, Rafael Usatorres, Ramón Oliva, Pablo Borrero y Manuel Vázquez Santana.

El tiempo con su funesta escoba ha barrido de mi mente los nombres de muchos otros compañeros, iguales en merecimientos a los nombrados, dignos todos de recordación.

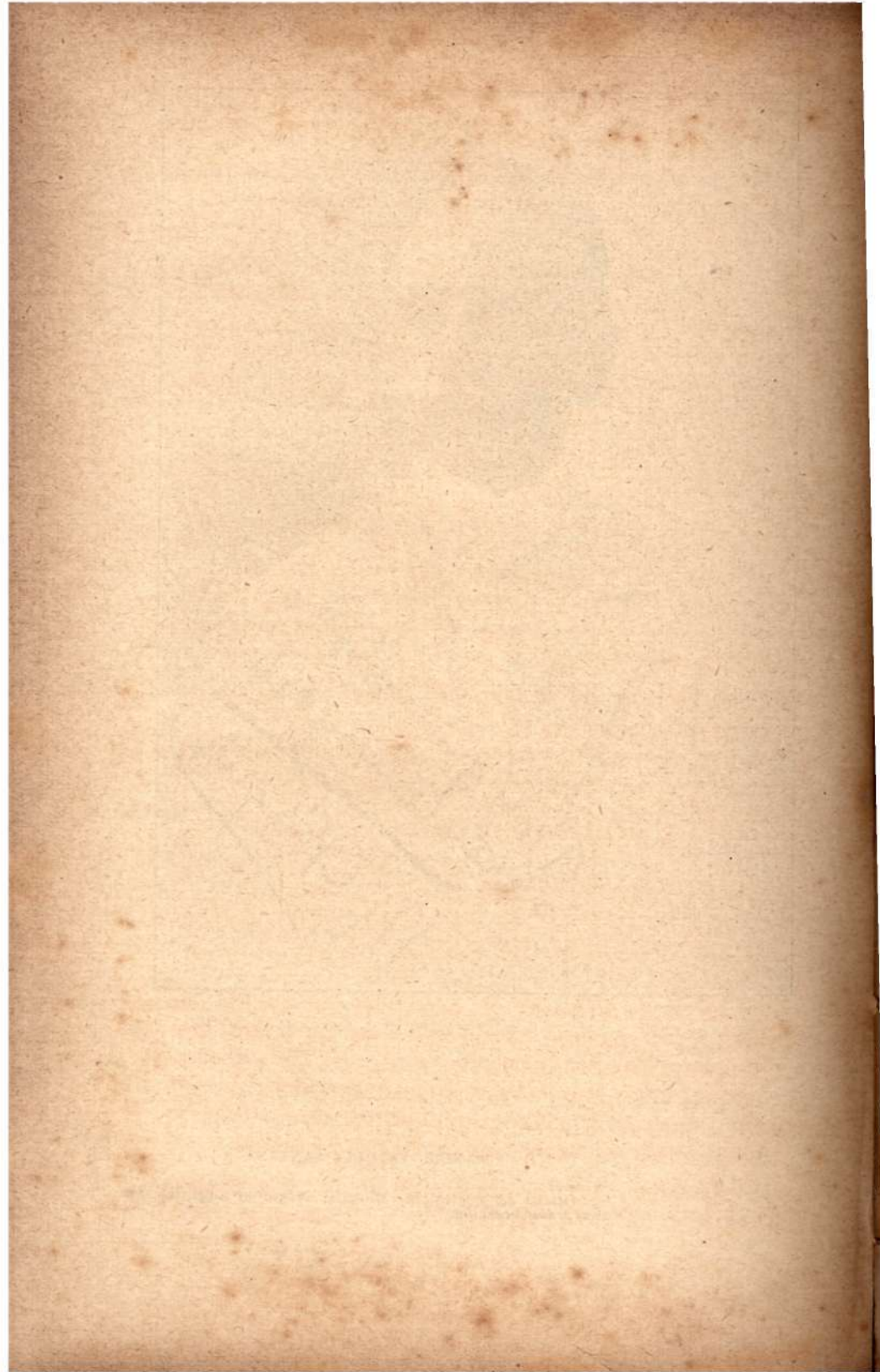
Todos, absolutamente todos los que el Destino amontonó en aquellas inmundas galeras, cubriéndolos con el denigrante uniforme de presidiarios, marchan parejos en el terreno del merecimiento ante la Patria, porque todos la sirvieron con arreglo a sus fuerzas y talentos, y porque ante la conciencia de la Nación deben aparecer tan altos los héroes humildes, como los que los monumentos recuerdan e immortalizan.

Lamentable en alto grado es que los españoles ocuparan el libro que contenía las biografías de todos los prisioneros, hecho en las galeras del Acho por el Brigadier Fernando P. Alvarez, porque estando como estamos diseminados por



MANUEL VAZQUEZ SANTANA

Oficial del Regimiento Habana. Véase su biografía militar a continuación.



todo el territorio de la República, y muchos desaparecidos ya de este mundo, es tarea que ningún historiador podrá acometer con éxito.

Pero sería censurable dejar en silencio hechos interesantes que enaltecen a un meritísimo compañero, modelo de ciudadanos, que, por malhad incalificable de los hombres, ha sido perseguido por sus ideas políticas en plena vida republicana.

Nos referimos al compañero Manuel Vázquez Santana, ex oficial del Presidio Nacional.

Cuando en Baire apuntó la aurora de la libertad de Cuba, ya él formaba parte de un grupo de patriotas, que dirigido por los viejos revolucionarios Francisco Crisóstomo y Pedro Gelí, tenía por centro de sus secretas operaciones el pueblo de Quivicán.

Ocupados en la difícil y peligrosa labor de formar en el campo depósitos de armas y municiones, como preparación de los levantamientos que en la provincia de La Habana estaban dispuestos, los encontró el General Maceo cuando llegó con la invasión a dicha provincia.

La organización del Regimiento Habana le dió puesto de honor en la escolta del Comandante Juan Delgado, que la Historia debe colocar en la primera fila de los campeones de la libertad.

El 24 de Febrero del año 1896 fué herido de bala en el vientre, en el fuego de las lomas del Volcán, cerca de Managua; fué retirado por sus compañeros, y por orden de su jefe quedó al cuidado de un campesino patriota, nombrado Tomás Vera Díaz, en las lomas de Santa Bárbara.

El 15 de Mayo, aunque no estaba completamente curado, se incorporó de nuevo a su fuerza,

siguiendo en operaciones regulares hasta el día dos de Julio del propio año, en que cayó prisionero de las fuerzas españolas en la siguiente forma:

Su fuerza entró en fuego en la cercanía de las referidas lomas de Santa Bárbara, Término Municipal de Bejucal, y al retirarse por orden superior, de la posición que defendía con un pelotón de hombres, porque era espantoso el ímpetu arrollador del Regimiento de caballería de "Pizarro", mandado por el General Figueroa, notó que de una casa próxima salía un pacífico con una niña abrazada a su cuello.

La nobleza de su corazón le hizo olvidar el peligro propio ante el ajeno, y se fué derecho en socorro del pobre hombre y la niña, que dentro de un momento serían víctimas del fuego enemigo.

El guajiro, obedeciendo sus órdenes, y entrando de nuevo en la casa, se puso con su niña boca abajo en el suelo, pero aquella pérdida de tiempo fué la causa de su desgracia, porque cuando trató de retirarse ya el enemigo lo había envuelto completamente.

Entonces, convencido que si huía lo mataban por la espalda, resolvió morir de frente, y empuñando su rifle y su hoja toledana, se lanzó de frente sobre la primera línea enemiga, y luchando allí cuerpo a cuerpo, recibió heridas bastantes para caer al suelo, donde la primera fila de caballería lo dejó como muerto, y las otras le pasaron por encima sin fijarse en él, porque los cubanos seguían tirando en retirada y las cosas no estaban para demoras y reconocimientos.

Las filas de la retaguardia lo hallaron en un charco de sangre, y al notar que aun tenía vida,

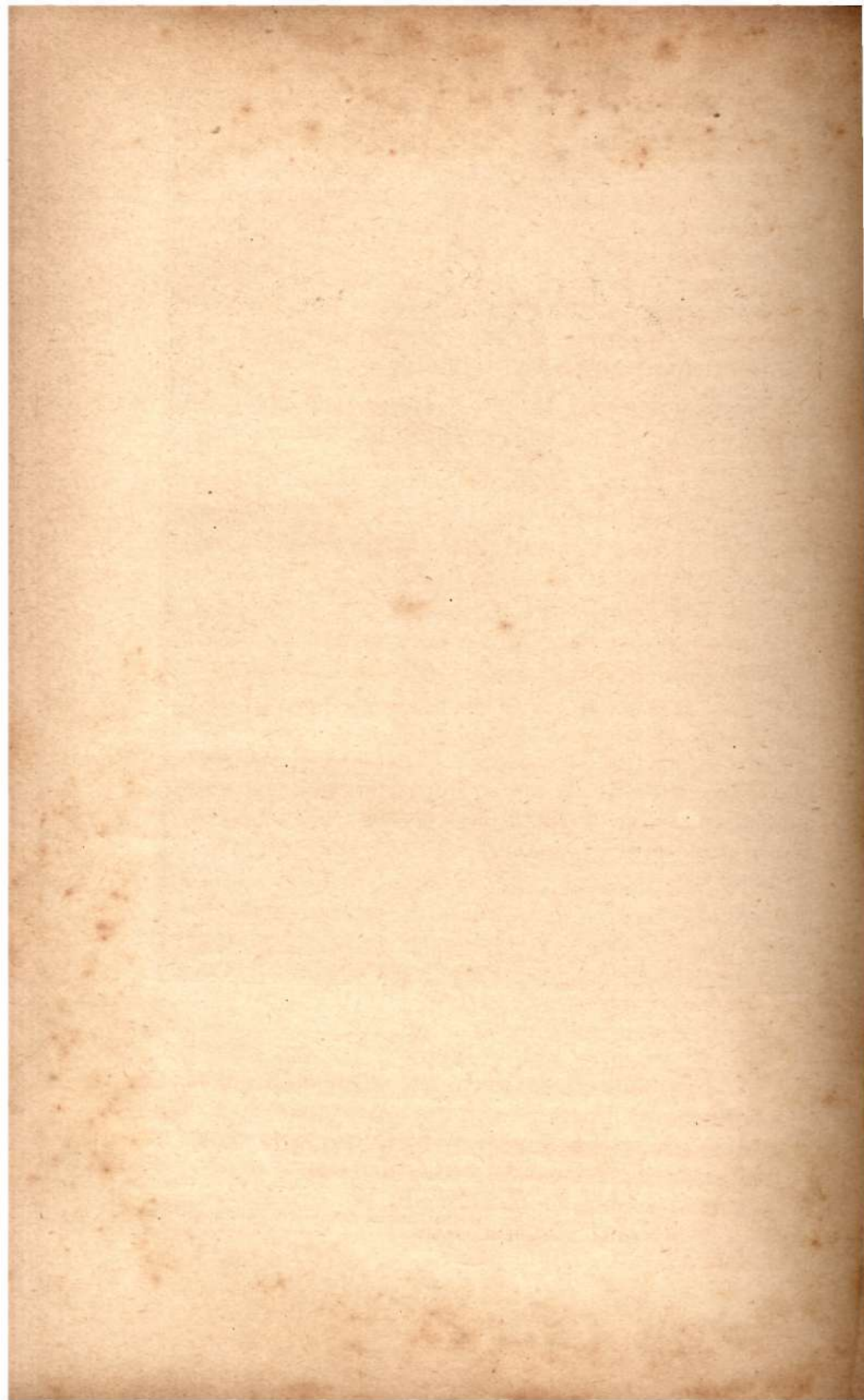


ZACARIAS SOSA

En e lugar correspondiente de este libro, se explica cómo fué hecho prisionero este valiente entre los valientes que expusieron sus vidas por la causa de la Libertad de su Patria.

Perdió una mano en acción de guerra, pero con la otra tiró del carro en Ceuta durante todo el tiempo de su cautiverio.

Aunque lleva el uniforme de presidiario, la clandestina corbata le da aire de persona.



querían rematarlo, a lo que se opuso un Sargento nombrado Angel Olla, quien ordenó que lo llevaran a presencia del General. Así lo hicieron y al pasar junto a un Teniente que ya lo había herido en la primera fila, se le acercó y diciendo "Todavía está vivo", le traspasó un pulmón con la espada.

El General ordenó que fuera curado de primera intención y que lo llevaran al hospital más cercano, que era el de Bejucal, donde ingresó en gravísimo estado, envuelto en una manta de soldado por todo vestuario. Lo habían conducido en una carreta y sus heridas removidas sangraban terriblemente.

De Bejucal lo trasladaron a los pocos días al hospital de San Ambrosio, en La Habana, donde curó milagrosamente de sus heridas.

En 14 de Agosto fué sentenciado a muerte en Consejo de Guerra sumarísimo, sentencia que fué conmutada por la de cadena perpetua con destino a Ceuta, gracias a la actividad de una hermana suya y de la heroína cubana Emilia Córdoba.

El 10 de Septiembre fué embarcado para Ceuta, en cuya prisión, no obstante su inutilidad física para trabajos fuertes, fué obligado a tirar de los carros, trabajo que soportó con estoicismo incomparable.

★ ★ ★

Otro suceso digno de mención nos viene a la memoria.

Zacarías Sosa, oficial de la Brigada de Cienfuegos, se iba retirando sosteniendo el fuego del enemigo, y cuando la retirada se convirtió en fuga le mataron el caballo junto a una cerca de alambre.

Al meterse por debajo de los alambres, un oficial enemigo saltó el obstáculo en brioso caballo y le tiró un sablazo a la cabeza y al quitarse el golpe con el rifle, la culata del arma le sirvió de calzo y su mano derecha saltó a algunos metros de distancia, saliendo del brazo mocho, chorros de sangre como de un surtidor rojo.

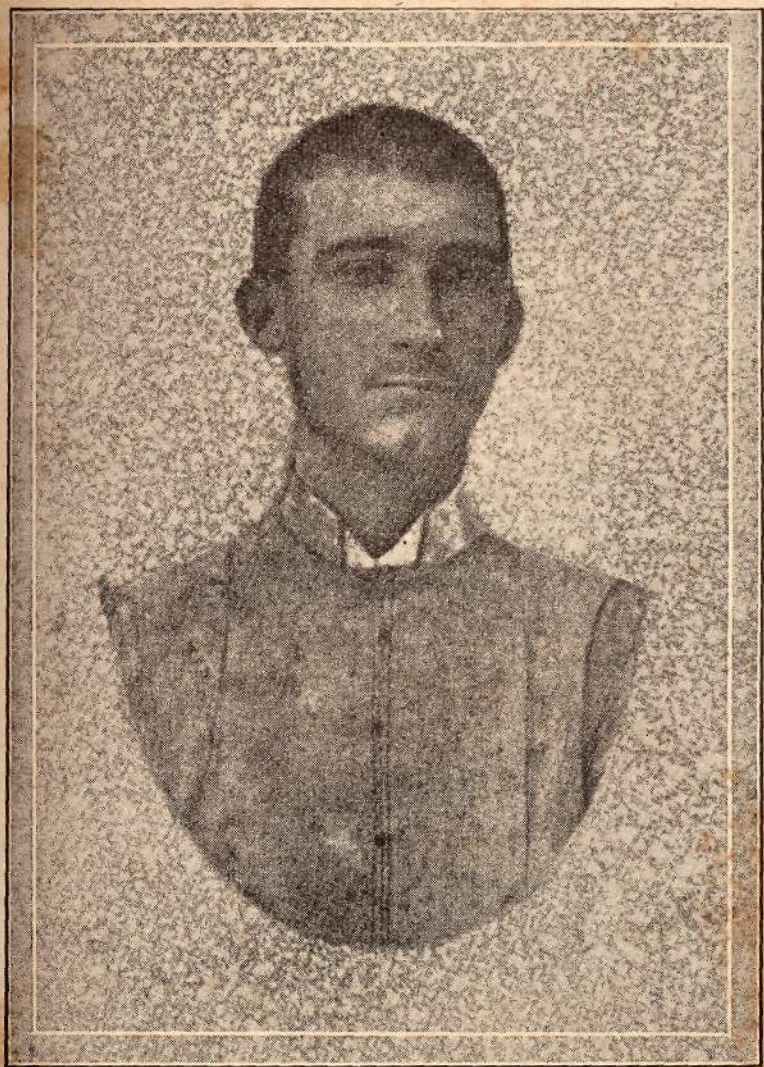
Sin hacer caso del oficial, que seguía hiriéndole a diestro y siniestro, recogió con su mano izquierda la otra que estaba en el suelo y metiéndola en el bolsillo de su guerrera se encaró con el oficial y le dijo duramente que no lo hiriera más, que ya estaba indefenso, mientras con un pañuelo trataba de contener la sangre de la herida del brazo.

Sus familiares enterraron su mano en Cienfuegos y después que curó del gran número de heridas que desfiguraron su rostro y lo inutilizaron por completo, lo sentenciaron a presidio con destino a Ceuta, donde tiró del carro con la mano izquierda, mientras en el brazo mocho llevaba el morral con el negro pan, el plato y la cuchara.



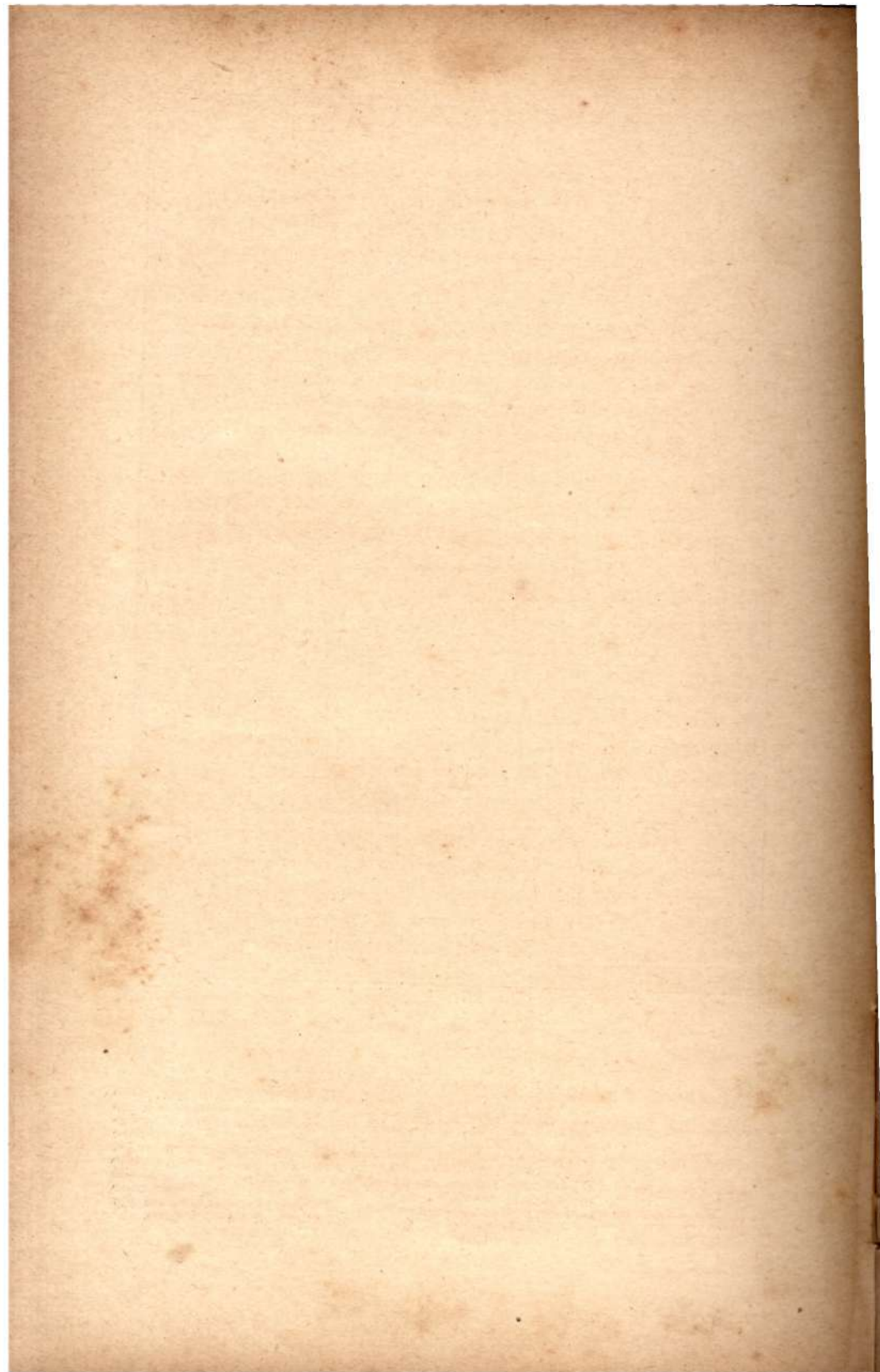
Antonio Laguna y Barroso, ese modelo de heroísmo que apenas tuvo tiempo en la manigua para llevar con orgullo las estrellas de oficial, fué comisionado por el Coronel Aranguren para desempeñar una misión secreta en Guanabacoa.

Era necesario dejar las armas, desprenderse del querido uniforme, dejar en manos de otro el caballo conseguido en peligrosísima operación, que era la vida del insurrecto en los llanos de aquella provincia, para entrar como pacífico en la ciudad colmena, donde los agentes del orden,



JOSE GARCIA MESA

Como tantos otros jóvenes de familias mambisas, dejó las comodidades del hogar para incorporarse presuroso a las huestes libertadoras en cumplimiento del deber que señalaban las tradiciones patrias.—Después de operar regularmente en las fuerzas del General Cárdenas, cayó prisionero en 1.º de Enero de 1897, en Pepe Antonio cerca de Guanabacoa, siendo sentenciado a Reclusión Perpetua con destino a Ceuta, donde permaneció hasta la terminación de la guerra, observando ejemplar conducta en su vida del presidio, destacándose por su patriotismo que ninguna causa alteró ni un momento.



los miserables guerrilleros y los innúmeros delatores del cubano que trabajaba por su libertad, estaban siempre en su brecha de infamia, trabajando incansables, buscando nuevas víctimas para el verdugo Fonsdeviela.

Y efectivamente, apenas había entrado en la ciudad y dado principio a su trabajo, fué delatado por un traidor guerrillero que hasta hacía poco había sido insurrecto de su misma fuerza, y que se había presentado a los españoles.

En la cárcel, puestas sus partes genitales en un cepo, fué interrogado por los inquisidores, ávidos de denuncias y confidencias, mientras golpeaban su cuerpo terriblemente. Y cuando vieron que ya no sólo no hablaba, sino que ni siquiera se movía, lo condujeron a La Cabaña donde fué sentenciado a cadena perpetua con destino al Acho de Ceuta.

No recibía allí dinero de sus familiares, y el hambre espantosa lo obligaba a vender cuanta prenda de vestir le daban en el penal.

Siempre lo vimos con unos pantalones de casimir gris que llevó de Cuba, desflecados por los bajos, que apenas le llegaban a media pierna, flacucho y endeble, tirando del carro silenciosamente, pero con la expresión hiriente de su protesta interior contra el Gobierno injusto que de tal modo nos trataba.

★ ★ ★

Los corazones, acercados por el dolor, crecieron en amor y fraternidad.

Todos mirábamos con respeto y admiración al jefe del fracasado movimiento de Ybarra y todos los que tenían grados en el Ejército Liber-

tador, y la conducta observada durante los terribles momentos de la caída de cada cual en poder de las tropas españolas y durante el proceso, influía poderosamente en la estimación y el cariño que nos profesábamos mutuamente.

Sólo un infame había entre nosotros, abismado bajo el peso de nuestro desprecio y de sus remordimientos de conciencia.

Hilario Alvarez, mulato oriental, alto y seco como su corazón y pensamiento, arrastraba una horrible existencia, llena de las amarguras de la prisión, que ensombrecía terriblemente el aislamiento en que lo colocamos y la tristeza inmensa que produjo en su alma la pérdida en aquel lugar de muerte del hijo adolescente que la terrible tuberculosis llevó al cementerio de los réprobos.

Aquel hijo, a mi modo de ver, había sido la causa única de su desgracia.

Al estallar la Revolución se incorporó a filas, llevando consigo a aquel ser querido, y con él operó varios meses, con la alegría que producía en su corazón de padre la simpatía que su hijo, soldado de quince años apenas cumplidos, despertaba en las huestes de la libertad.

Mas, el fatal destino que labraba poco a poco su desgracia, o que, juez inexorable, acumulaba las causas que debían presentar al culpable como merecedor del castigo, postró a su hijo en miserable cama de un hospital insurrecto, escondido en las fragosidades de las montañas.

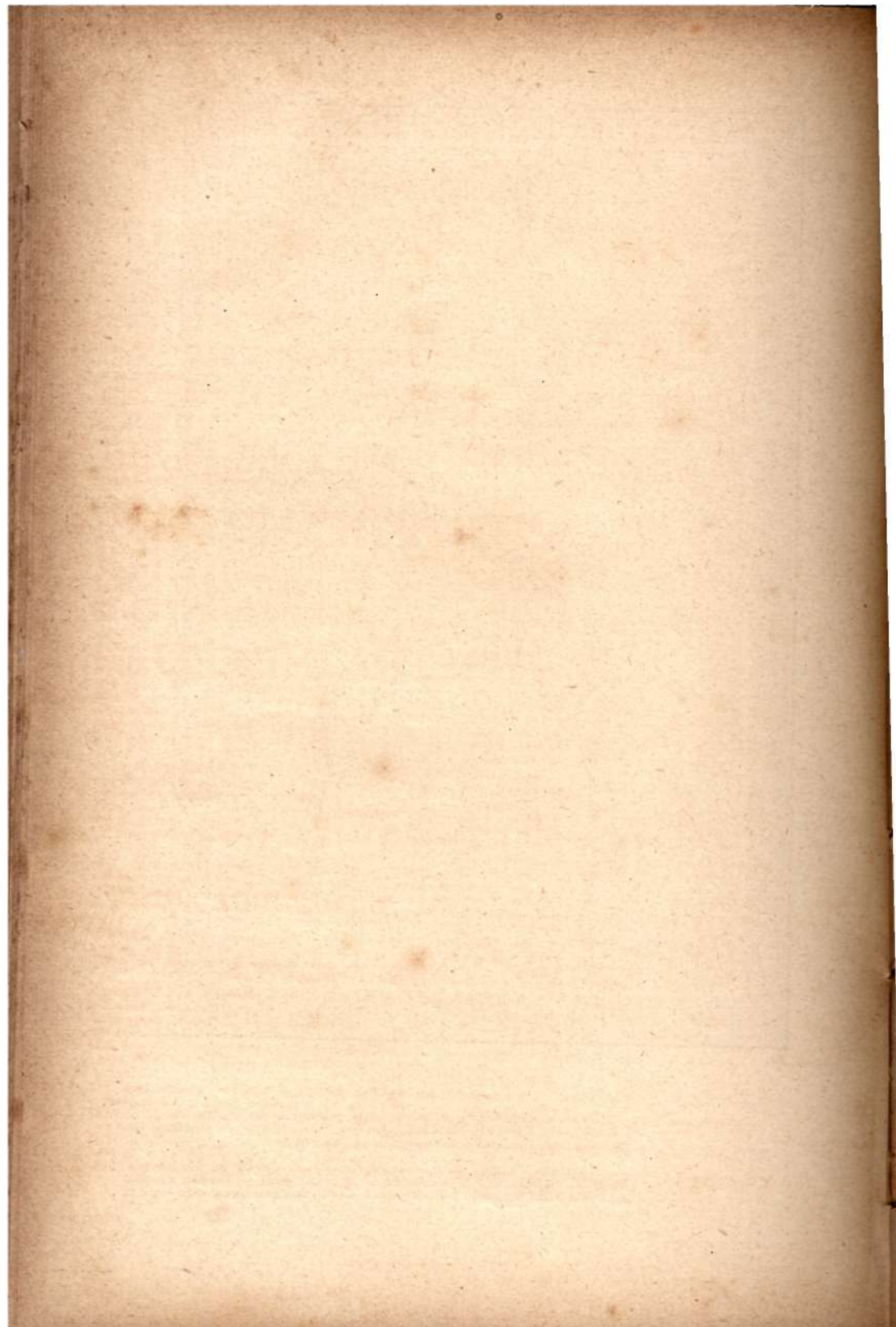
A su lado pasó varios días, pero desapareció una noche con extrañeza de los que allí sufrían por la patria. Pero no podían sospechar nada malo de aquel a quien creían a ella consagrado.



JOSE DIAZ REQUEJO

De este insurrecto que hoy ostenta el honroso uniforme de Capitán del Ejército Nacional, esa institución que es gloria de la Patria, presentamos la siguiente biografía.

Nació en España, Provincia de Orense, el día 30 de Abril de 1878, siendo hijo legítimo de D. Ramón Díaz y Muñoz y de Doña Pilar Requejo y Rodríguez. Cursó sus primeros estu-



dios en Cudeire, su pueblo natal, y los primeros años del bachillerato en el colegio de San Francisco de Orense.

Llamado por su tío D. Gregorio Requejo, comerciante adinerado que figuró en la alta política colonial de Cuba, vino a su lado en el año 1892, dedicándose al comercio al lado del mencionado familiar; pero como desde muy niño había sido educado en principios distintos a los de su tío que siempre había pertenecido al Partido Conservador, mientras que su padre era republicano, era natural que la ruptura entre tío y sobrino sobreviniera en breve plazo, y así resultó en efecto, teniendo el joven Requejo que salir de la casa de su pariente.

Entonces dedicó sus iniciativas en negocios de campo en los Ingenios Constancia y Arco-Iris, hasta el 10 de Diciembre del año 1895, fecha en que se lanzó a la guerra en unión de un buen grupo de amigos que formaban parte del Cuerpo de Voluntarios de Güira de Macurijes, llevándose 22 tercerolas y 7 mil tiros con lo que dieron gran ayuda a la organización del Regimiento de Caballería "Matanzas", mandado entonces por los Sres. José Roque y Enrique Junco, Regimiento que durante toda la epopeya libertadora fué verdadero orgullo del Ejército Libertador.

Operando regularmente con los Jefes mencionados y con Clemente Gómez, asistió a cuantos combates y escaramuzas sostuvieron aquellas fuerzas hasta el 15 de mayo de 1897 en que cayó prisionero de las fuerzas españolas en la Loma del Cogote, donde fueron muertos cuatro de sus compañeros, entre ellos su asistente José del Carmen Solís, en encuentro desigual, pues sólo eran cinco hombres peleando contra una fuerte columna enemiga, cuando regresaban de cumplir una comisión.

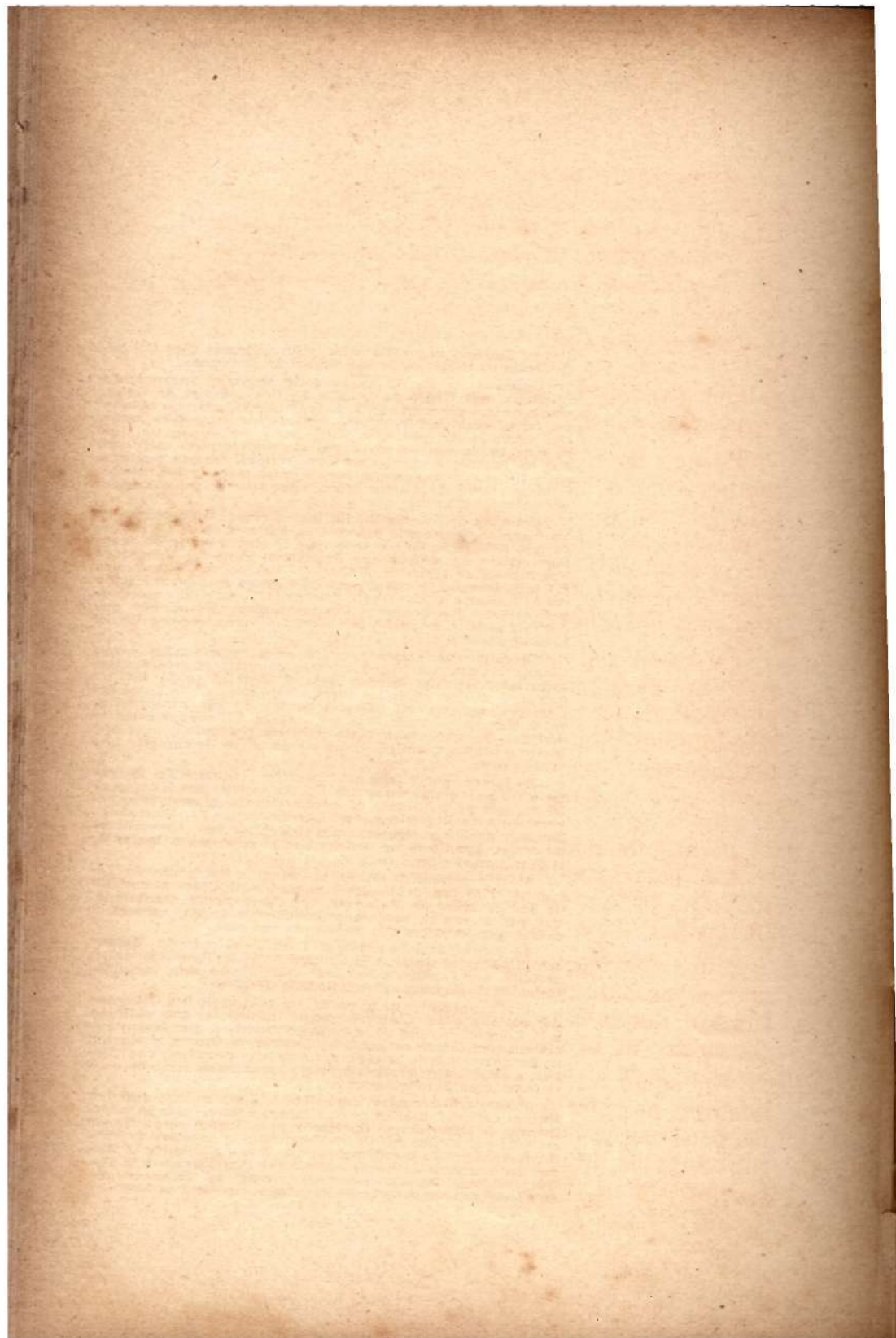
Su fuerza, que estaba acampada en las lomas del Purgatorio, no pudo acudir en su auxilio, por razones que él comprobó después de terminada la guerra cuando hizo su reincorporación a su Regimiento en el campamento "La Monona", donde encontró a algunos, muy pocos, de sus compañeros de armas, que llenos de heridas aun viven como reliquias de la Patria que los bendice.

Al caer prisionero estaba en posesión del grado de Teniente. Fué conducido desde el pueblo de Cidra al castillo de San Severino de Matanzas, tan fuertemente maniatado, que aun se ven en sus manos las huellas de las esposas de cadena que destrozaron la piel de sus muñecas.

En dicha fortaleza encontró detenido al patriota Matancero, Ex-Representante a la Cámara Sr. Fidel Fundora, quien protestó energicamente del mal tratamiento que me aplicaron las autoridades del mencionado Castillo.

Un Oficial amigo de su padre que a la sazón era Gobernador del citado fuerte, logró con su influencia, que pidieran a la Reina el indulto de la pena de muerte a que le sentenciaron, remitiendo su causa al Consejo de Guerra y Marina de España, donde lo condenaron a cadena perpetua, con destino a Ceuta, donde estuvo sujeto a los trabajos forzados hasta la terminación de la guerra.

Puesto en libertad y conducido a Cuba cuando aun las fuerzas cubanas estaban en sus campamentos, tuvo la satisfacción de incorporarse de nuevo a su Regimiento, siendo recibido por el General Pedro Betancourt y muchos compañeros en el propio campamento "La Monona", donde le dieron un almuerzo de honor para festejar su regreso a la Patria; haciendo después su entrada triunfal en Matanzas unido a todos sus compañeros, el día primero de enero de 1899.



Al día siguiente, por la mañana muy temprano, una columna española, desechando las guardias del hospital, cayó por sorpresa en el área del mismo, dando muerte a machete a cuantos allí se hallaban, menos al hijo del guía infame, del padre degenerado, que selló con su infame traición el odio profundo de sus hermanos y el de sus enemigos, y como castigo apoteósico, su vida en prisión, la muerte de su hijo y la suya propia a más largo plazo, en manos de los suyos.

Porque los españoles castigaron su traición sentenciándolo como insurrecto, en unión de su hijo, que murió en la prisión; y él, cargado con el peso de su culpa, siempre aparte y solitario, volvió con todos a Cuba y a Oriente, donde una mano vengativa le dió muerte en una mata, librando a la sociedad de su odiosa presencia.

¿Mereció tan terrible castigo? Sus culpas eran entonces imperdonables; pero al contemplar sentados a la mesa de la República a otros tan infames como él, se siente uno tentado a perdonarle.



En el Acho había seis galeras y "los cuartos".

Las galeras se clasificaban: "La 14", "La 15", "La 16" y "La 17", altas, y "La 18" y "La 19", bajas.

"Los cuartos" eran unas cuevas que se comunicaban entre sí, con piso de tierra y sin ventilación, donde la obscuridad ejercía su horrible consorcio con el vicio.

En aquel antro estaban alojados todos los hombres de color de causa común, y algunos de los prisioneros pertenecientes a dicha raza fueron alojados allí también, en número doble de los que cabían.

En uno de dichos cuartos, el único al que llegaba la luz del día en regular cantidad, estaba instalada la barbería del Departamento, servida por presidiarios españoles, que desollaban al que no les daba una perrilla por el servicio.



A la llegada de los cubanos al castillo del Acho, eran entregados a los cuarteleros (presidentes) de las galeras, que eran seres sin conciencia, escogidos entre los más malvados.

En aquel acto de entrega tenía principio su verdadera vida de forzados.

Estaban obligados a aceptar sin réplica el puesto que se les señalaba en el suelo de tierra o de asquerosa tabla.

Estaban forzados a dormir a oscuras sobre el duro suelo, a cerrar los oídos a las injurias con que les recibían sus enemigos, a soportar el olor nauseabundo que despedían los cuerpos saturados de asqueroso sudor, y las pestilentes emanaciones de las excretas de doscientos cincuenta o más hombres, depositadas directamente en un hoyo en plano inclinado que existía en un ángulo de cada galera.

Estaban forzados a soportar las picaduras de los chinches y caránganos (piojo blanco, parásito del hombre), que abundaban allí asquerosamente, en el suelo, en el techo, en las paredes, en la ropa del presidiario que pasaba rozando la de sus compañeros, y hasta en la ropa limpia se encontraban al recibirla del lavandero. Era imposible librarse de aquellos repugnantes bichos.

Estaban forzados a pagar cuatro o seis pesos al cuartelero de la galera, para que les diera un

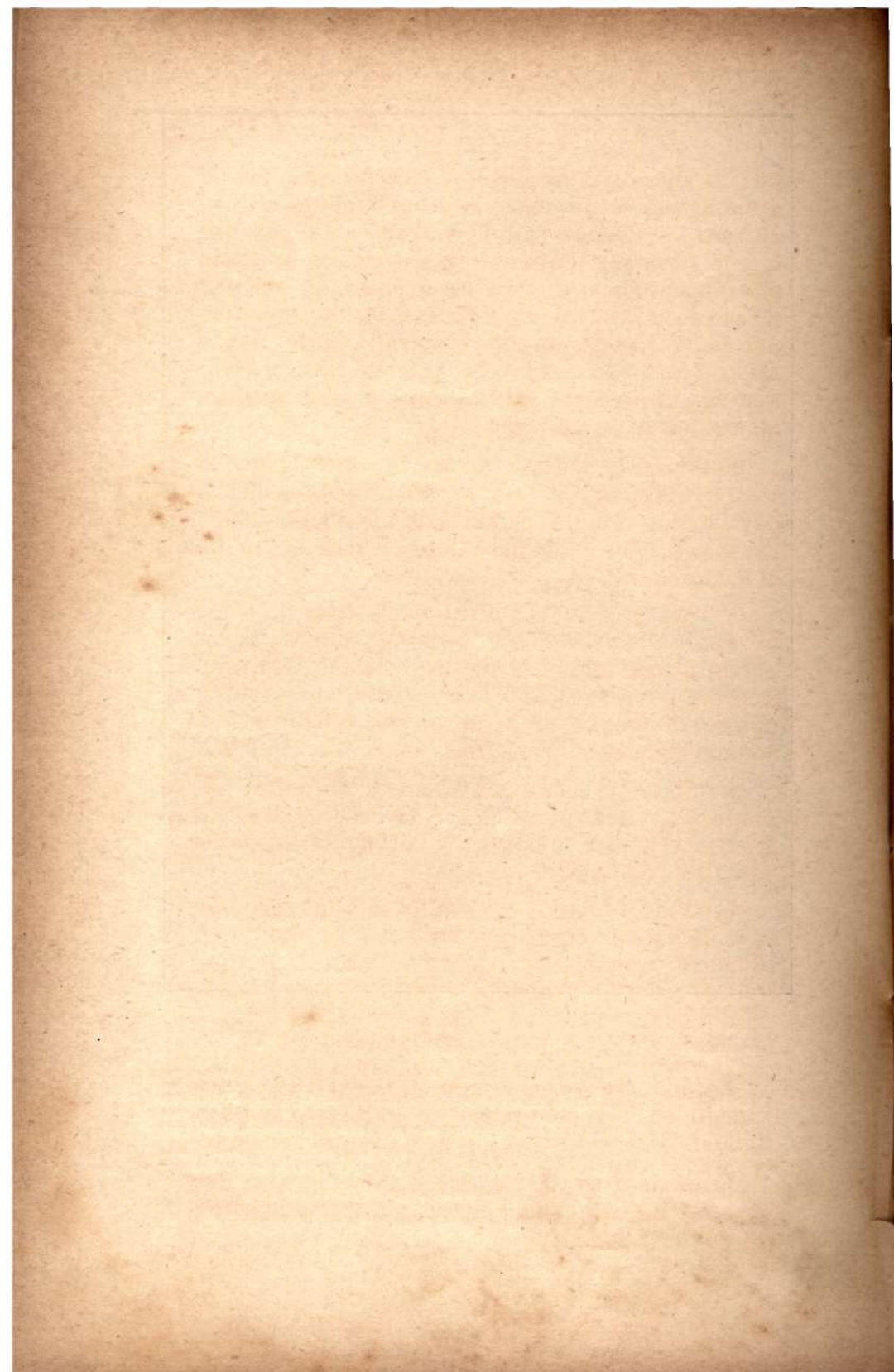


LUIS MAZZONANNA

Hijo de una familia de patriotas, se lanzó a la Revolución Redentora en la Provincia de Matanzas, tomando parte en incontables hechos de armas, conquistando el grado de Teniente. En acción de guerra, fué hecho prisionero y sentenciado a muerte, logró la conmutación de pena gracias a poderosas influencias.

En las prisiones de Africa fué sometido a crueles castigos por su temperamento exaltado que lo señaló como un censor perenne de la administración del Penal en la relación con la vida de los prisioneros cubanos.

Terminada la guerra lo vimos pasear con orgullo por las calles de La Habana, el honroso uniforme de insurrecto.



puesto algo distante del hoyo-letrina, que era el arma fétida e inmundada que esgrimía aquel desalmado, contra los infelices que caían bajo su férula. Porque todos los "ingresos", sobre todo si eran cubanos, que no compraran un catre y un puesto al entrar en la galera, tenían que dormir precisamente en los primeros puestos junto al hoyo-letrina, tirados en el suelo, donde recibían las asquerosas salpicaduras y los pisotones de los que pasaban por allí.

Estaban forzados a sufrir durante la noche la sed abrasadora, si rehuía la lucha a brazo partido con aquella caterva de criminales, para obtener un poco de agua viscosa y maloliente, en el sucio barril.

Estaban forzados a oír durante toda la noche los rugidos de las fieras humanas que se agrupaban alrededor de la mesa de juego, lanzando imprecaciones y blasfemias cuando perdían, y apurando tragos de aguardiente enloquecedor cuando ganaban.

Estaban forzados a presenciar tumultos espantosos y horripilantes escenas de sangre, como consecuencia del juego y la borrachera entre aquellos criminales.

Estaban forzados a levantarse a las cinco de la mañana en verano y a las cuatro y media en invierno, aunque estuvieran enfermos, porque sólo en caso de gravedad manifiesta les permitían quedarse acostados con permiso del cuartero, que cobraba dichos servicios.

Estaban forzados a salir al patio a las cinco y media en correcta formación, hubiera o no buen tiempo, para ir al trabajo después del recuento.

Estaban forzados a descubrirse, cruzar los brazos y mirar al suelo al pasar frente a la comi-

sión de recuento, formada por el Ayudante jefe del Departamento, el capataz de servicio interior, varios cabos y el escribiente mayor, que situados en la puerta de cada galera contaban dos a dos a los presidiarios que iban formando en el patio, y después recorrían las galeras precedidos por el cuartelero, quien iba señalando a los que se quedaban acostados, que en su mayoría eran **pinchos**, a quienes permitían los mismos jefes que durmieran la mañana, mientras al infeliz que se quedara acostado por enfermo, sin permiso del cuartelero, era lanzado de la cama a vergajazos y llevado a las filas en paños menores.

Estaban forzados a dormir, si podían obtenerlo, en un catre de pie y medio de ancho, a tener por compañeros cuyos catres estaban unidos a los suyos, a criminales empedernidos (con raras excepciones); a contemplarlos durante su sueño y a oír sus ronquidos intranquilizadores. A conocer sus historias de crímenes, las peripecias de sus vidas de presidiarios, sus vicios y sus malos pensamientos.

Estaban forzados, en fin, a vivir en aquel abismo de miseria e injusticia, donde la ausencia de Cristo era completa y el genio del mal, batiendo sus negras alas, había convertido aquel recinto en infernal mansión de pecado y sufrimiento.



Los meses se sucedían unos a otros y la corriente del tiempo seguía su curso, como si no hubiera existido la necesidad de dar término a nuestra amarga existencia.

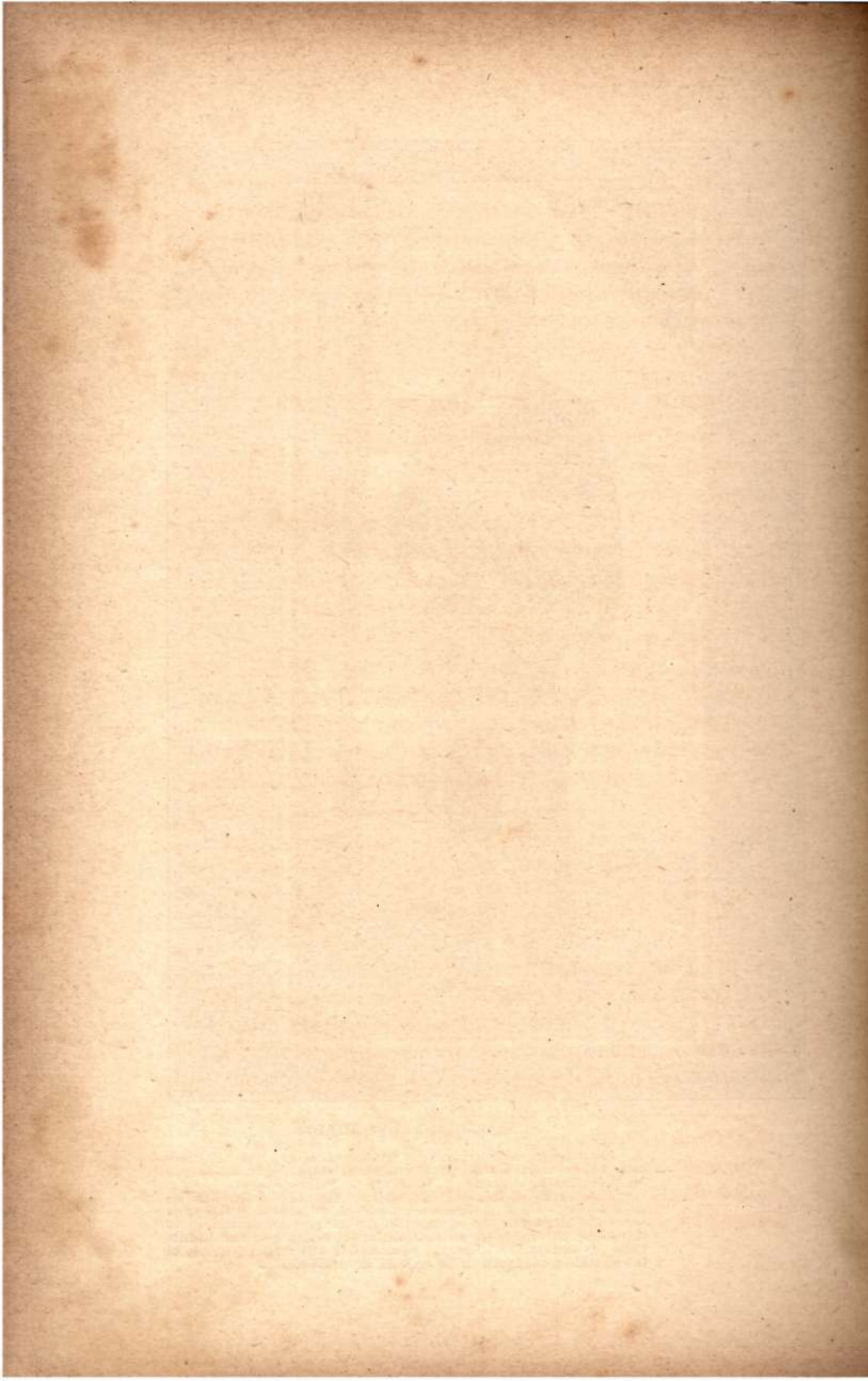
Pero nuestras amarguras no habían destruído las frías e imperiosas necesidades de la vida diaria.



DR. OCTAVIO ZUBIZARRETA

Era casi un niño cuando se incorporó a las filas del Ejército Libertador, donde ganó en pocos meses, por su arrojo en el combate, el grado de Teniente de Estado Mayor.

Perteneció al Regimiento Calixto García del 5º. Cuerpo de Ejército. Cayó prisionero en acción de guerra y fué sentenciado a muerte en el castillo del Morro donde sufrió lo indecible en espera de su fusilamiento, hasta que fué indultado y conducido a Ceuta, para sufrir allí en su pierna, el horripilante contacto de la cadena de presidiario.



Era necesario comer aunque fuera mal rancho y pan negro; dormir y despertar; pulular por las galeras y senderos del penal; hablar con los compañeros y hasta con los enemigos; escribir y recibir cartas; marchar a los trabajos forzosos y rendir la labor que se nos exigía; ejecutar, en fin, todos los actos a que uno estaba obligado, porque la costumbre maquinal de vivir queda aún después que desaparece la felicidad.

Un valor misterioso e inexplicable invadió nuestros corazones, venciendo sobre el abatimiento propio de los primeros días, y abriendo ancho camino a la esperanza, que puesta en el platillo de la balanza de nuestra vida, equilibraba el peso de nuestra tristeza, que como profundo letargo, amenazaba paralizar nuestra voluntad.

La necesidad de conservar la vida, tronco del árbol de nuestra esperanza de libertad, fijó en nuestra mente el derrotero y el plan de acción necesarios para salir triunfantes en la batalla que iniciábamos contra el infortunio, en aquellos días de terrible prueba. Y entramos de lleno en nuestra vida de presidiarios.

★ ★ ★

Algunos compañeros, mediante algunos pesos, de acuerdo con los recursos que recibían de sus familiares, lograban su rebaja de los trabajos forzosos, pero cuando menos lo esperaban eran de nuevo incorporados a las secciones de los carros, para que pagaran de nuevo si querían librarse de aquel rudo oficio.

Cuando ingresó el distinguido y talentoso compañero Octavio Zubizarreta, fué llamado por lista a la mañana siguiente y destinado a tirar de un carro en la sección de la batería de Santa Clara.



CARLOS GARCÍA SIERRA

El 29 de Enero de 1896 se incorporó a las filas del Ejército Libertador, bajo el mando del Comandante Hilario Hernández, que estaba organizando uno de los escuadrones del 4.º Cuerpo.

Hecho prisionero por las tropas españolas en la zona de Jovellas, en acción de guerra donde fué herido, fué llevado al Castillo de San Severino en Matanzas, fué sentenciado a muerte, e indultado por el Consejo de Guerra y Marina con nueva sentencia de Reclusión perpetua, por el delito de Rebelión y a ocho años por el delito de fabricación de explosivos.—Condu-

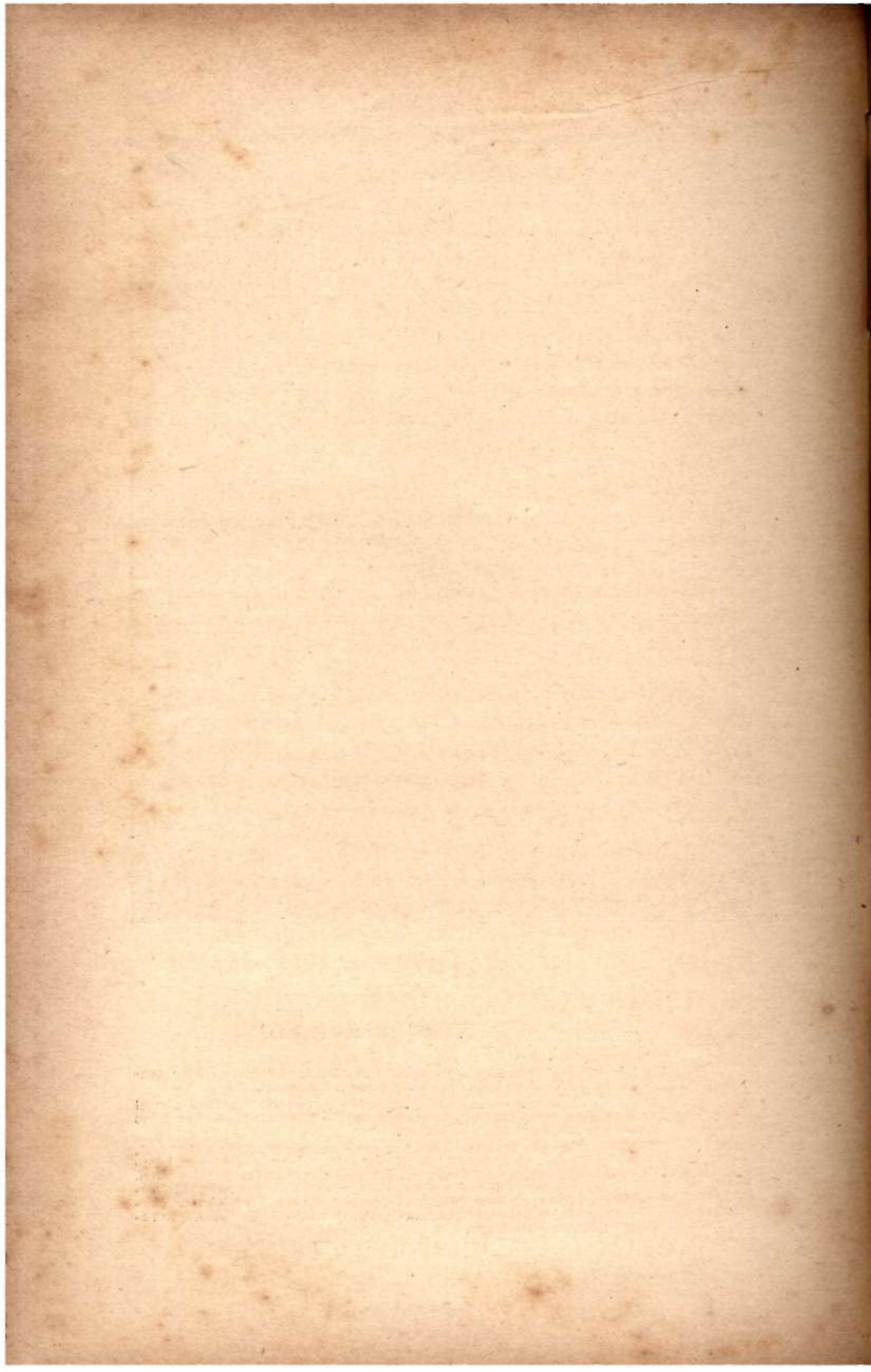


CARLOS GARCIA SIERRA

cido a Ceuta, sufrió en aquella prisión los horrores de los trabajos forzosos a que fué sometido en las canteras. (1)

Junto con sus compañeros fué puesto en libertad por el delito de Rebelión, pero quedó sujeto a la causa de ocho años por fabricación de explosivos.

De esta última causa fué perdonado y puesto en libertad, a virtud de reclamación diplomática hecha por el Gobierno americano, a virtud de las gestiones realizadas por los Sres. Dr. Domingo Méndez Capote Secretario de Estado y Gobernación en aquella fecha; al Coronel Manuel Despaigne, Subsecretario del mismo Ramo, y Dr. Gonzalo de Quesada que residía en New-York.



que allí estábamos indebidamente); pero no criminal corriente, sino de calidad. Porque así como Ceuta era el Departamento de "Incorregibles" del Ramo de Penales, el Acho era como el Departamento de "Incorregibles" de la Colonia, y aun de toda España, porque a él iban a vivir los que cometían crímenes horribles en cualquier lugar de la nación, y los que después de su crimen inicial cometían otros dentro del Departamento de su destino, o bien fomentaban motines, plantes de rancho, fugas, etc., etc.

Eran horripilantes las historias de crímenes que allí se oían, contadas muchas veces por sus mismos autores.

Recordamos el relato que hacía un ser casi imposible de describir, por lo espantable de su catadura, del crimen que purgaba en el Acho.

"El era pobre y ganaba un miserable jornal que no le alcanzaba para alimentar a sus cinco hijos pequeños, comprar la leña para librarlos del terrible frío y pagar las copas que bebía al fiado en la taberna.

"Un día, cuando llegó a su casa armado de la hoz con que segaba en el campo de trigo, le salieron al encuentro sus cinco hijos, tendiéndole sus bracitos en actitud amorosa, mientras le pedían "¡Pan! ¡Pan!", porque tenían hambre."

Al llegar a este punto en su relato, tomaba su cara una aterradora expresión y sus ojos brillaban siniestramente, y decía, adoptando la trágica posición que había dado a su cuerpo en el momento terrible de su crimen: "Cogí al más chico, y después al otro, y luego a los otros dos, y cortéles la cabeza con mi hoz para que no me pidieran más pan; y el otro rapaz, el mayor, se

me escapó porque corría como un gamo." Después, serenándose, cambiaba de conversación tranquilamente.

Allí conocimos a Vázquez Varela, el autor del crimen de la calle de Fuencarral, en Madrid, cuya conducta en presidio dejaba mucho que desear.

De Cuba conocimos a varios criminales célebres y bandidos de nombradía, recordando entre estos últimos al célebre Joaquín Alemán, compañero de los hermanos Machín, que tuvieron la provincia de La Habana por campo de sus fechorías.

Yo viví durante diez meses en un puesto de mi galera, que me costó dos pesos plata, en la vecindad de tres verdaderos criminales.

A la derecha de mi catre estaba el del terrible salteador de caminos nombrado Manuel García Lazcano, asturiano él, que tuvo por campo de sus hechos de bandidaje la zona de Remedios, siendo su último crimen de tal naturaleza, que llenó de horror a la Isla entera.

Por convenir a la carrera de sus crímenes y secuestros, mataron a un hacendado, cuyo cuerpo dejaron cubierto de heridas como a un kilómetro de distancia del lugar donde tiraron su cabeza metida en un saco.

Y lo contemplaba yo diariamente en las faenas de los trabajos forzosos, o en la galera los domingos, haciendo una vida tranquila y durmiendo perfectamente como un hombre que cumple con sus deberes y tiene su conciencia tranquila.

A la izquierda de mi miserable catre, estaba la cama suntuosa de otro criminal de nota. Era

Antonio Tosco, aquel canario **integrista recalci-
trante**, Alcalde Municipal de San Julián de Güí-
nes, en los últimos años de la colonia anteriores
a la guerra de Independencia.

Su carácter de hombre autoritario y ambicio-
so, lo llevó a las circunstancias de un crimen cu-
yo recuerdo aun causa horror.

Este monstruo de maldad tenía una hija que
sostenía relaciones secretas de su primer amor,
con un joven de apellido La Rosa, hijo de un
rico hacendado de la comarca, y cuando fué co-
nocedor de que La Rosa se presentaba como obs-
táculo a sus proyectos de casar a su hija con un
militar español que le proporcionara mayor in-
fluencia en las esferas oficiales, premeditó un
plan tenebroso para deshacerse de aquel impor-
tuno, después de saber de labios de su hija que
su corazón no sería nunca para el Capitán de la
Guardia Civil con quien él quería casarla.

Un día, después de puesto el sol, se dirigió
al cuartel de la fuerza pública y solicitó del Te-
niente jefe del puesto, que le facilitara un Cabo
y una pareja para poner una emboscada en un
lugar por donde, según sus confidencias, había
de pasar un bandido aquella noche.

El jefe de la fuerza le facilitó los hombres,
y cuando marchaban para el lugar por él indi-
cado, el Cabo, que era un hombre justo, de ape-
llido Gaitán, le objetó que de serles posible toma-
rían vivo al bandido.

Tosco, enfurecido, lo apostrofó, llamándole
cobarde, y entonces el Cabo, ofendido en lo que
más aprecia un militar, siguió el primero para
el lugar de la emboscada, no haciéndolo así la
pareja, que desobedeciendo a su jefe, se quedó

rezagada y no concurrió al lugar donde sospechaban que se quería cometer un crimen, o era que lo sabían positivamente.

El joven La Rosa, montado en brioso caballo, se dirigía a la población cantando una décima con que expresaba en sentimentales cadencias el amor puro y subyugante que sentía por la hija de aquel engendro del demonio, que escondido detrás de unos matorrales, mantenía en la mano, fría como su alma, el rifle que había de vomitar el plomo mortífero que separaría el terrible estorbo del camino de sus ambiciones.

—¡Fuego! — gritó el Alcalde, y dos proyectiles perforaron el pecho del cubano indefenso, que cayó al suelo pesadamente, cortándose en sus labios la cascada de sus ardientes y amorosos versos.

Como el cazador que después de disparar sobre una pieza se lanza por el manigual para cobrarla, Tosco, terriblemente obcecado, se precipitó sobre su víctima, y sacando del pecho afilado puñal, le cortó una oreja en todo su tamaño y la guardó en un bolsillo.

Regresaron al pueblo, y después de parte oficial de haber dado muerte a un bandido que hacía tiempo merodeaba por la comarca, se dirigió a su casa, donde halló a su hija puesta de limpio, columpiándose junto a una ventana que daba a la calle, por donde esperaba al hombre de sus ilusiones.

Aquel padre desnaturalizado se le acercó con semblante agitado, y preguntándole si esperaba al joven La Rosa, le arrojó en la falda la ensangrentada oreja, diciéndole:

—¡Ahí tienes una parte de su cuerpo!

Como era de suponerse, la justicia se puso de parte del criminal, y nada se le probó, saliendo con sus cómplices en libertad del juicio en que se vió su causa.

Pero la madre del desventurado La Rosa, cubierta de negras gasas, reflejando en su rostro el hondo dolor que la afligía, subió las gradas del trono de los Reyes, después de largo viaje, y contó a la Reina, que también era madre, la verdadera historia del crimen en que le habían matado al hijo de sus entrañas, y suplicó bañada en lágrimas que se hiciera justicia con arreglo a las leyes, sin que éstas se torcieran para favorecer a los criminales.

La Reina, apesadumbrada por las tristezas de la madre cubana, que había tenido que llegar hasta su trono para pedir el castigo del matador de su hijo, porque en la distante colonia no se gobernaba como a ella se hacía creer; dirigió frases de consuelo a la afligida matrona, aconsejándola que regresara tranquila a su casa, confiada en que se haría verdadera justicia y se castigaría debidamente a los criminales que habían llevado el luto a su corazón.

★ ★ ★

La causa fué de nuevo a juicio oral y el Alcalde y su consorte el Cabo Gaitán condenados a cadena perpetua, y a penas menores a los guardias que se habían negado a seguirles, porque entonces la justicia se extremó y castigó a aquellos infelices, cuyas manos no se mancharon con la sangre del inocente.

★ ★ ★

Allí estaba a mi lado, alto y flaco, llevando en el rostro las arrugas que marcan el sufrimien-

to, pero aun en su desgracia, pretendía mantener incólume su carácter altivo y autoritario, hablando poco y mesuradamente en su trato con los demás forzados.

Y yo tenía que dirigirle la palabra para que me permitiera llegar hasta la cabecera de mi cama, por el estrecho espacio que quedaba libre entre su catre y el mío.

Al pensar en su crimen y sentirme cerca de las negruras de su corazón, experimentaba estremecimientos de horror, y, cuando podía hacerlo, me marchaba de su lado.

★ ★ ★

En frente, en la otra hilera de camas, vivía aquel conserje del Centro Gallego de La Habana, cuyo nombre no recuerdo, que en plena sesión le partió el corazón de un pistoletazo al Presidente de dicha institución.

De pequeña estatura, carácter irascible y con la manía de la blasfemia, hacía una vida que se me antojaba tristísima, y siendo un ser terriblemente desdichado sólo por su crimen, parecía no arrepentirse de él y recordándolo pretendía consolarse de sus penas.

Tan pronto me fué posible, compré otro puesto muy lejos en la misma galera, junto a otros criminales, pero cuyos crímenes me eran desconocidos.

★ ★ ★

Y para manejar a los setecientos presidiarios que vivían en el Acho, escogían en la Dirección de Penales a los ayudantes y capataces que tenían patente de herejía y crueldad refinada.

Tener alma negra, temperamento sanguinario, instintos y sentimientos de fieras, y en el lugar del corazón una cueva oscura, era la única recomendación que servía para obtener una credencial de ayudante o capataz del Acho de Ceuta.

Y sin embargo, así como en el pantano crecen algunas flores puras y fragantes, allí había criminales buenos arrepentidos de sus crímenes y regenerados completamente, que, sin esperanzas de libertad, hacían una vida honrada y apacible.

Y también había allí un capataz de nobles sentimientos, que tenía aquel miserable destino para sostener a su familia, viviendo horrorizado del ambiente que lo rodeaba. Ese capataz se llamaba don Antonio, que así le decíamos todos con cariño. El era el reverso de la medalla que presentaba a sus compañeros, a cuyos oídos no había llegado jamás la voz de la humanidad.



Había en el Acho muchos presidiarios que comerciaban en cosas de comer y vestir, convirtiendo su catre en tienda por el día.

Los prisioneros cubanos que recibíamos dinero de nuestros familiares, teníamos crédito en aquellos minúsculos establecimientos, y cogíamos fiado hasta la llegada del giro. A los que sólo tenían al cabo del mes el producto de su jornal en los trabajos forzosos, les fiaban hasta \$1.80, que era el alcance de un mes.

Entre aquellos presidiarios que así comerciaban con los cubanos por puro negocio, los había capaces de arrancarle la vida al que le quedara

debiendo una peseta, y otros, como Francisco Cubillas, que perdonaron, misericordiosos, muchas deudas a los cubanos, contraídas a impulsos del hambre devoradora.

Había también muchos presidiarios que insultaban y agredían a los cubanos más infelices sin causa alguna para ello, y otros que desinteresadamente salían en su defensa.

Entre estos últimos sobresalía uno llamado Enrique Sánchez. "Don Enrique", le decían todos con profundo respeto, incluso los jefes.

De unos siete pies de estatura, era don Enrique el forzado de figura más apuesta que paseaba su humanidad por aquellas inmundas galeras del Acho.

En la caballerosidad de sus maneras y acciones se descubría al hombre superior a quien una desgracia horrible había confinado para siempre en aquel antro tenebroso.

Su crimen lo había perpetrado en la persona de su novia, en circunstancias terribles, y pagaba allí su culpa, resignado y tranquilo, dedicado a hacer el bien y castigar el mal a su manera.

Muchos cubanos de los más infelices, tienen gratos recuerdos de su generoso corazón.

Como uno de sus hermosos rasgos de humanidad, nos viene a la memoria el siguiente:

El compañero José Alomá, de Cienfuegos, fué un día a recoger su pan a la hora del reparto, en su galera, que era la 14.

Junto a la cama del cuartelero de la galera, que era el que hacía el reparto del pan, estaba don Enrique visitando a un amigo.

El cuartelero entregó a Alomá un pan viejo de varios días, en lugar del fresco que le correspondía, y como contestación a la reclamación justa que le hizo, le dió un golpe en pleno rostro.

Don Enrique, como el genio del castigo, alargó su brazo de bronce, cogió por el cuello al miserable cuartelero, y poniéndolo de frente para él, le propinó varios golpes, diciéndole:

—¡Toma; por mí y por ese desgraciado!

Después, con toda tranquilidad, escogió el mejor entre los panes, y entregándoselo a Alomá le dijo que no tuviera miedo a aquel granuja, que no osaría meterse con él más nunca.

Y en la misma forma defendía a los forzados españoles de sus abusadores compañeros.

¡Aquel hombre parecía puesto allí por el Señor para defender a los débiles y castigar a los fuertes en perversidad!



Entre los forzados españoles que sobresalían por su odio profundo a los cubanos, figuraba en primer término uno nombrado Pedro Carrillo, Teniente del Cuerpo de Ingenieros Militares, que cometió un feo crimen en Cuba y purgaba allí su culpa.

Este individuo de corazón raquítico, fué el autor de una terrible denuncia, pérfidamente inventada por él, que estuvo a punto de costar la vida a siete compañeros, y de la que se derivaron graves consecuencias para todos. Este suceso será narrado oportunamente.

Muchos forzados españoles de los que formaban el montón anónimo de la población del Acho, se portaron bien con los cubanos, haciéndoles muchos favores y ayudándoles a soportar aquella vida de miseria y sufrimiento.

Algunos sentían simpatía por la causa de los cubanos, y en su odio profundo al Gobierno de España, aplaudían nuestra actitud al revolucionarnos contra el mismo.

Con inmensa gratitud recordamos al presidiario por anarquista Domingo Mir, que figuró en el complot y atentado contra la vida del General Martínez Campos, en la calle de Cambios Nuevos, en Barcelona.

Este recalcitrante libertario, que llevaba en su mente la idea del bien y en la mano la máquina infernal, era lavandero en el Acho y ejercía su oficio a la perfección.

Sin cobrarles ni un centavo, lavaba la ropa de veinticinco o treinta cubanos, manifestando que de aquel modo pretendía ayudar a la causa de la libertad de Cuba, demostrando su simpatía por sus soldados.

Cuando este individuo logró su indulto y vino a Cuba buscando nuevo campo a sus ideas, una mano agradecida lo introdujo en una oficina del Estado, donde ganaba honradamente su sustento. Porque el sentimiento de la gratitud es planta que crece frondosa y pura en los corazones nobles y generosos.

. ★ ★ ★

Repetimos que en Ceuta había en todos los Departamentos, presidarios cubanos de causa común, que extinguían allí sus condenas.



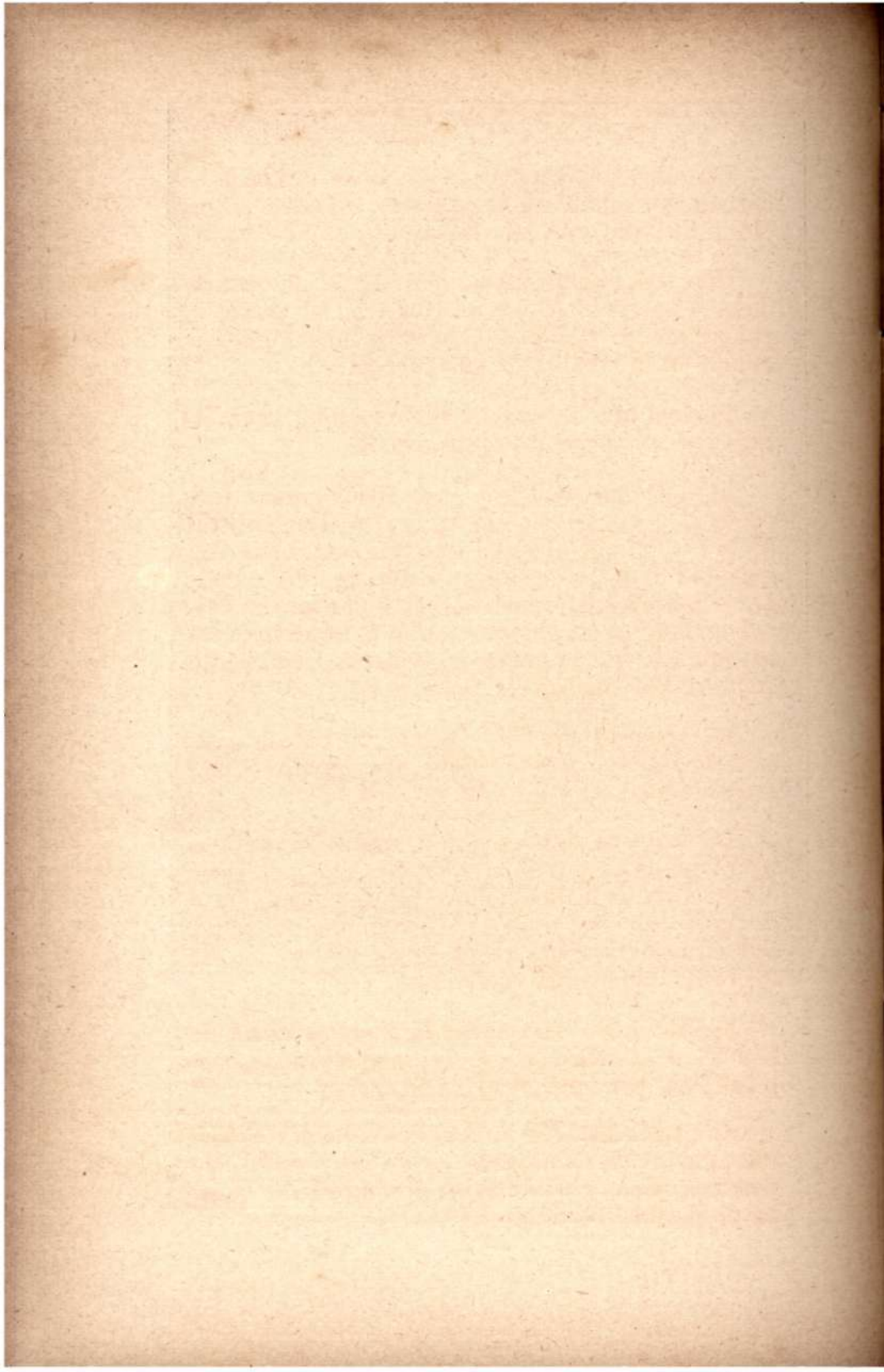
DR. JOSE BADOSA Y JORDAN

En el pueblo de Cifuentes, el día 27 de Diciembre de 1895 se pronunció contra España, saliendo al campo armado y, dispuesto a dar su vida por la causa de Cuba.

Incorporado a las fuerzas del General Robau, fué muy pronto ascendido a Oficial, con tan mala suerte que sus esperanzas de ser muy útil a su patria, las vió desvanecerse al caer prisionero en acción de guerra.

Sentenciado a cadena perpetua con destino a Ceuta, sufrió en aquel abismo del infierno, fatigas indecibles, por su carácter tímido incapaz de protestas airadas.

En el lugar correspondiente, decimos cual fué su conducta en el presidio para con sus compañeros de infortunio.



De ellos había en el Acho unos ciento cincuenta al principio de la guerra de Independencia, y aun durante ella llegaron algunos más.

Casi todos se portaron bien con nosotros dirigiendo nuestros primeros pasos en el presidio, apartándonos del mal camino y brindándonos ayuda en la medida de sus fuerzas.

Pero el que entre todos sobresalió a gran altura fué el doctor Florentino Villa.

El Gobierno utilizaba sus servicios como farmacéutico encargado de la botica del hospital de la Colonia, y al igual que casi todos los farmacéuticos y boticarios cubanos, ejercía extraoficialmente como médico, habiendo tenido éxitos brillantes en algunas curas a familiares de los jefes, lo que le había dado cierto ascendiente entre el personal de la Colonia.

De acuerdo con él se fundó un botiquín en el Acho, a cuyo frente estaba el compañero doctor José Badosa y Jordán.

De primera intención se compraron algunas medicinas y se surtió el reducido anaquel, pero después todas las medicinas que se consumieron durante dos años y meses, fueron suministradas por él, secretamente y con grave exposición de las comodidades que disfrutaba.

Es digna de exponerse la manera como se efectuaba la extracción de las medicinas del hospital y su conducción al Acho.

Se consiguieron a fuerza de dádivas los cuatro puestos de camilleros, cargo muy solicitado por los presos, porque en su desempeño se gozaba de cierta libertad.

Ocurría un hecho de sangre en las galeras y los camilleros salían inmediatamente conduciendo al muerto o herido, escoltados por un cabo de vara, quien después de hacer la entrega en el hospital, mediante la indispensable propina para él y para el soldado de la "partida" (1) de servicio en la puerta del establecimiento, lograba desviarse de la ruta marcada en su pase, para obtener para los presidiarios que conducía, algo que les estaba muy vedado.

Después, en su marcha para el Acho, al llegar a cierto lugar de la pendiente adecuado para el caso, podían disfrutar de un buen descanso, deteniéndose allí una o dos horas fuera de la carretera, apurando aquellos momentos que realizaban algo así como la transportación a la libertad.

Mientras se efectuaba la entrega y se obtenía la orden de regreso al Acho, el doctor Villas introducía en la camilla, que de exprofeso se colocaba en el corredor frente a la botica, los paquetes de medicinas, de acuerdo con la lista que hallaba también en la camilla.

Al llegar al Acho se tomaban grandes precauciones para que no se descubriera aquel importante servicio secreto.



Con dinero recolectado entre los que recibíamos socorros de nuestros familiares, algo que daban los deportados ricos y lo que remitía la Junta Revolucionaria, se sostenía en el hospital una sala especial para los prisioneros cubanos.

(1) Compañía de soldados en servicio policíaco.

Al frente de ella estaba el doctor Villa atendiendo a sus paisanos enfermos.

Los que regresaban al Acho después de curar de sus dolencias, referían secretamente a sus compañeros que de no haber sido por el bueno del doctor Villa hubieran sucumbido a mano de los crueles enfermeros y demás personal de aquel antro de muerte, donde tenían triste desenlace las enfermedades adquiridas en los rudos trabajos, bajo el choque del vergajo de los capataces, los garrotes de los cabos de vara y la acción mortífera del hambre.

El autor, durante los seis meses que estuvo de camillero, entregó muchas listas de medicinas al doctor Villa, y recogió luego de la camilla los consabidos paquetes para el doctor Badosa.

Con lo expuesto creemos haber dado una idea completa de los servicios prestados por el doctor Villa a sus paisanos en desgracia.

Al marcharnos de Ceuta le entregamos un certificado que utilizó con eficacia, para obtener su indulto en el Presidio de La Habana en 1900, del resto de la pena por la que le fué conmutada la que extinguía en Ceuta.

Pero no pasaremos adelante sin decir dos palabras sobre el servicio del hospital.

★ ★ ★

Instalado en un edificio inadecuado en el centro de la población, carecía de todos los medios de curación que la ciencia ha puesto al alcance de los médicos.

Jamás oímos decir que allí se hubiera hecho operación alguna.

Todo el personal del servicio estaba compuesto de presidiarios.

El médico era un esqueleto gallego a quien la tisis consumía, y cuyos servicios estaban reducidos a pasar la visita de los forzados que en cuerdas interminables acudían diariamente al hospital, procedentes de los distintos Departamentos, y a recorrer después las salas donde guardaban cama los enfermos graves que esperaban allí el término de sus penas.

Hay que advertir que los forzados tenían verdadero horror al hospital y sólo admitían quedarse en él cuando se sentían verdaderamente graves.

Entre los presidiarios se guardaba como fatídica tradición, una historia en que se refería que muchos enfermos que tenían dinero en la caja del Penal, habían sido encerrados vivos en la negra caja metálica en que conducían los cadáveres al cementerio, y que otros habían desaparecido del hospital, donde habían dado cuenta de su fuga.

Lo que es un hecho cierto es que al verificarse reformas en el hospital en el año 1897, al extraer la tierra de unos grandes canteros que existían en el patio, aparecieron osamentas con cadenas y grillos mohosos que, instrumentos inconscientes de esclavitud y tiranía, seguían aún bajo tierra, oprimiendo las blancas tibias de aquellos seres a quienes martirizaron en vida.



Todas las mañanas se formaba el terrible tribunal de visita.

La presidencia la ocupaba el esquelético doctor, que expresaba en su rostro la maldad más

refinada, en íntimo consorcio con su odio profundo a los presos todos, y con especialidad a los prisioneros cubanos.

A su derecha ocupaba lugar el capataz de servicio, empuñando en su diestra el fatídico vergajo, duro y flexible, que no rompía los huesos como el garrote del cabo de vara, pero producía la quemadura de la piel como un hierro candente.

A la izquierda estaba el cabo de vara de servicio interior, garrote en mano, junto a la mesa donde escribía un preso practicante, las recetas indicadas por el médico.

También formaban parte del tribunal los cabos de vara que conducían las cuerdas de forzados que de los distintos Departamentos acudían a la visita, y el herramentero del hospital, con su cesto de remaches, su yunque, su martillo y su existencia de cadenas de varios tamaños.

Este personaje, presidiario también, ocupaba puesto en la puerta de entrada donde recibía órdenes del médico, y cuando todo estaba dispuesto daba principio la visita en la siguiente forma.

—¡La cuerda del Acho! — gritaba un presidiario enfermero.

Un sordo ruido de cadenas se oía en el patio. (Por disposición reglamentaria se ponía cadena a todo preso que solicitara asistir a la visita.)

La cuerda se preparaba para entrar uno por uno al ser llamados.

—¡Ese!... — gritaba un voceador, y el llamado comparecía ante el tribunal con los brazos cruzados y mirando al suelo.

—¿Qué tienes?— preguntaba el médico con voz amenazadora.

El forzado decía los síntomas de su enfermedad y el médico, sin examen alguno, ordenaba la medicina que debía dársele allí a su presencia, que casi siempre consistía en un purgante de sal.

El enfermo, agobiado por la enfermedad y por aquel fatal momento de su vida, callaba resignado o se lanzaba contra su desgracia, atreviéndose a objetar que a su juicio se encontraba necesitado de otra medicina. Entonces se desataba sobre su cabeza un temporal de desdicha.

—¡Otra medicina!— decía el médico, con fingida lástima, mientras los inquisidores le miraban a la cara esperando sus órdenes.

—¡Diez vergajazos— grita el energúmeno, y la orden se cumplía con refinada crueldad, silenciosamente, sin una palabra que interrumpiera el seco chasquido del vergajo sobre las macilentas carnes del enfermo. Y la terrible receta se anotaba en el libro debajo del asiento del purgante, para que constara la mala conducta del penado y causara efecto en su expediente.

Si el desgraciado sufría el castigo con humildad, sin levantar la vista ni hacer el menor signo de protesta, era retirado para la fila y llamaban a otro, pero si osaba mirar a sus verdugos o protestaba de algún modo, entonces, ¡oh crueldad humana!, el castigo era terrible. El capataz y los cabos presentes entraban en funciones y mientras aquel desdichado tuviera movimiento, le daban golpes como si se hubiese tratado de una cosa inanimada, y cuando quedaba tendido en el suelo, sin conocimiento, le tocaba el turno al herramentero, que le colocaba en el pie la cadena que el médico ordenaba de acuerdo con su falta.

Después era conducido a su Departamento en hombros de sus compañeros, donde le encerraban en un sombrío calabozo, en "blanca", por el tiempo que el médico ordenaba en su parte al jefe del Departamento.

★ ★ ★

Cuando un prisionero cubano necesitaba ingresar en el hospital, se prevenía de antemano al doctor Villa para que hablara con el médico sobre quien tenía verdadero ascendiente, y al llegar el enfermo ya estaba tramitado su ingreso en la sala especial, corriendo su asistencia de cuenta del doctor Villa, que de su peculio particular gratificaba a los enfermeros, para ganarlos en favor de los enfermos cubanos.

Con los enfermos cubanos que asistían a la visita diaria extremaba su crueldad y les manifestaba su odio aquel infame galeno, indigno de ocupar puesto entre la gente.

Les preguntaba por sus padecimientos para después recomendarles que llamaran a Máximo Gómez o a Maceo para que les recetara.

Y con este malhadado personaje, perfecta encarnación del mal, jugábamos algunos prisioneros cubanos el peligroso juego de la extracción de medicinas, impulsados por la necesidad de curar a los compañeros enfermos.

El compañero Badosa hacía la relación de los síntomas de la enfermedad y el autor de estas narraciones u otro cualquiera de los acostumbrados a arrostrar el peligro, pedía visita fingiendo estar enfermo.

Con el pensamiento puesto en la necesidad de curar al compañero enfermo, cuya muerte se consideraba segura (después de haberse suprimido la sala especial por falta de recursos) si ingresaba en el hospital, marchaba el abnegado

con su cadena al pie en aquella espeluznante caravana y se presentaba ante aquel tribunal de inquisidores arrostrando el peligro de sus iras, sufría resignado las amarguras del castigo que le imponían si no lograba engañar astutamente al tribunal de visita fingiendo alguna dolencia, pero lograba siempre su objeto: el doctor Villa estudiaba los síntomas anotados por el doctor Badosa, despachaba la medicina y en un momento oportuno la entregaba al interesado o al Cabo que conducía la cuerda de enfermos, quien por una pequeña gratificación se ponía al servicio de los cubanos.

El compañero Badosa, prototipo de corrección y delicadeza, fué un día a la visita del médico sin estar enfermo, con el objeto de celebrar una entrevista con el doctor Villa sobre el curso de la enfermedad de un compañero.

El médico le preguntó por la enfermedad que padecía, y al decirle que su padecimiento era del estómago, el galeno le dijo con sorna: "No se apure que eso es del rancho y ahora se lo vamos a cambiar por chuletas de puerco y vino puro", agregando una serie de palabrotas que no estampamos aquí por respeto a los lectores.

Después le ordenó que le enseñara la lengua, y al cumplir su orden le dijo con furia:

—¡Métaskela en el !

Pero la ofendida dignidad del compañero Badosa, saliendo a raudales de su apacible semblante, los rayos de superioridad cultural que partían de su rostro encendido y su humildad ante el peligro, desarmaron al espectro del mal, que se conformó con hacerle tragar a su presencia un purgante de sal de higuera.

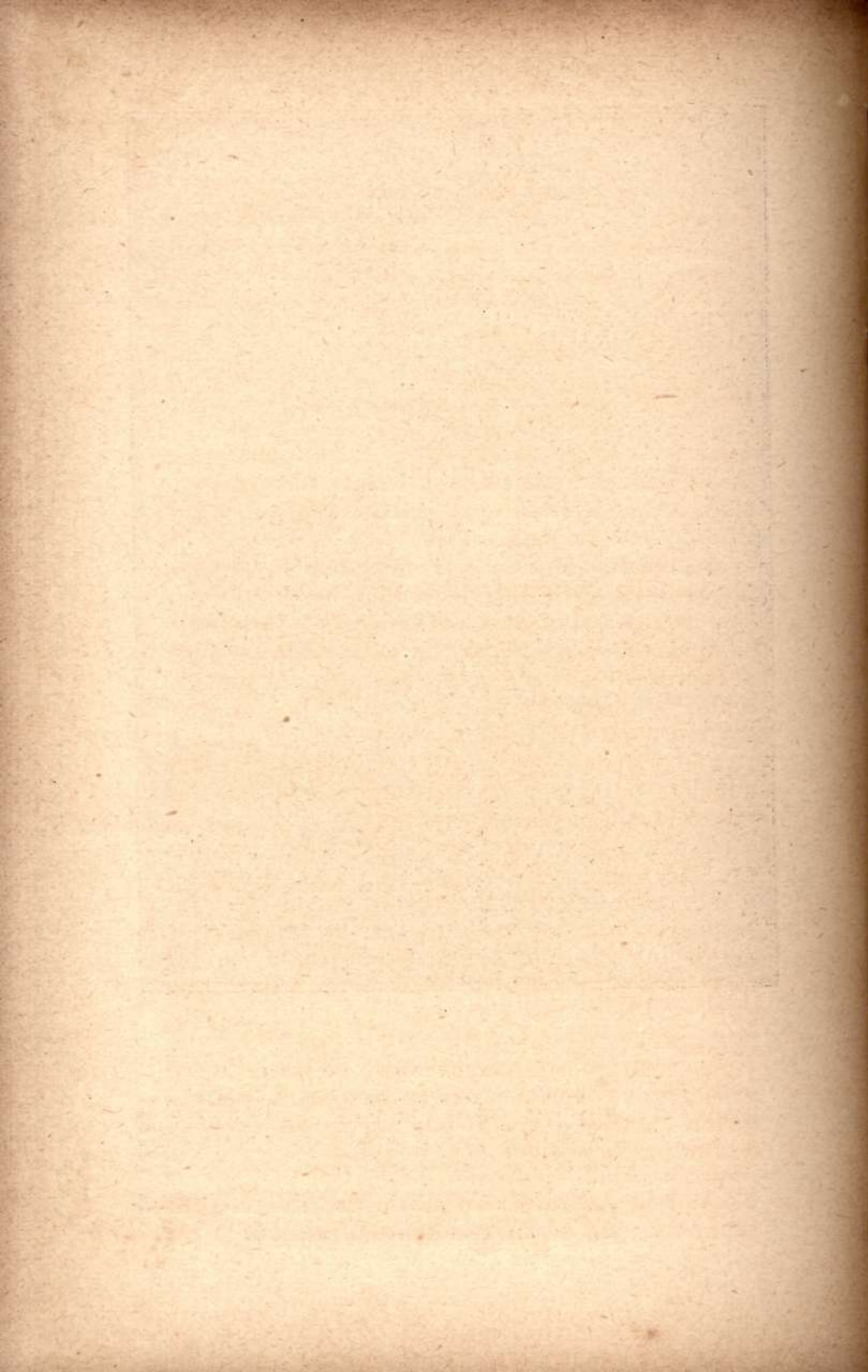
Escenas de esta índole se sucedían diariamente y se admitían como una triste consecuencia de la vida del presidio.



RAMON GUILLOT FERNANDEZ

Casi un niño era Ramón Guillot cuando empuñó las armas redentoras, y en hermoso gesto de protesta contra los opresores de su patria, se lanzó al campo de la Revolución en la región de Gibara, donde luchó como un héroe hasta que su fatalidad lo dejó un día enredado entre la tropa española después de un reñido encuentro en que las armas cubanas llevaron la peor parte.

Condenado a sufrir en Ceuta los rigores del forzado, se portó allí como en la guerra, pensando solo en Cuba y protestando de cuantas injusticias tenía conocimiento, lo que le proporcionó castigos y sufrimientos incontables.



XVI

AUXILIOS RECIBIDOS

DE NUESTROS PAISANOS

El primer invierno de Ceuta se nos echó encima cogiéndonos desprevenidos.

La mayor parte de los que habían llevado buena ropa de Cuba, la habían vendido para comprar pan y otras cosas de comer, quedándose únicamente con el uniforme de paño recibido al ingresar en el Acho, que reglamentariamente tenía que durar dos años. También habían vendido la manta de reglamento, porque el hambre era muy mala consejera y hacía cometer todas aquellas faltas. Y no faltó quien vendiera las miserables alpargatas, ese calzado de invención española, que siendo para andar sobre las piedras del suelo, tiene la suela de trapo. El reglamento de la Colonia marcaba un par de alpargatas para cada dos meses, pero los presidiarios las recibíamos cada seis u ocho, y como sólo tenían unos veinte días de duración, resultaba que cada cual tenía que comprarse los pares necesarios o andar descalzo, que fué el estado en que vimos siempre a la mayor parte de los infelices prisioneros cubanos carentes de socorros del exterior. Así el terrible frío atería los cuerpos desnudos, hambrientos y descalzos.

Aquella espantosa situación fué mitigada un tanto con una pequeña suma de dinero que re-

mitió la Junta Revolucionaria por conducto del deportado Elpidio Marín, que lo entregó para su reparto a los compañeros Juan Gualberto Gómez, Octavio Zubizarreta, Ernesto Jerez Varona y Emilio Sabourín, que formaban la comisión de reparto.

Además, mensualmente se recolectaba entre los compañeros pudientes, como Zubizarreta que entregaba la mitad de lo que su buen padre le remitía, un fondo que se iba empleando en comprar catres y ropa para los que ingresaban careciendo de todo, y para sostener la sala especial en el hospital.

Tres veces se recibieron socorros de la Junta Revolucionaria; socorros que fueron en escala descendente de la primera a la tercera vez, pero que aliviaron grandemente nuestras necesidades, repartidos como fueron honradamente por los citados compañeros.

La última remesa se empleó íntegra en frazadas para los más desabrigados, pero tantos eran éstos, que en su mayor parte no alcanzaron ninguna, y lo que era un bien resultó causa de disgustos.

Era verdaderamente conmovedor el cuadro que ofrecían los prisioneros cubanos en su inmensa mayoría en los terribles días de invierno.

Tras una noche de horrible sufrimiento, castigados por un frío que entumecía el cuerpo, sobre una cama desprovista de ropa de abrigo, o tirados en el suelo de tierra con algún andrajo por tapume, en el que el carángano imperaba por su respeto, tenían que levantarse y salir al patio sin abrigo alguno, la cabeza descubierta y los pies desnudos o en alpargatas.

Soportando a rostro descubierto las traicioneras rachas del cierzo helado, las lloviznas perennes que se sucedían diariamente por semanas enteras, o la bruma que pasaba vaporosa calándonos hasta los huesos, descendíamos de la montaña para desparramarnos por los lugares de trabajo.

Entonces le tocaba al carro que estaba acabando lentamente con nuestra resistencia física, ejecutar una obra benéfica en nuestro favor. El, como la dorada chimenea al millonario, nos ofrecía calor.

Parecía que por el pértigo y por la cuerda nos transmitía el calor que estiraba nuestros miembros encogidos por el frío. Y sentíamos en aquellos momentos amor y simpatía por el monstruoso artefacto, que algunas horas después hubiéramos despenado con verdadero gusto por uno de aquellos profundos barrancos.

El hambre con su cara negra y aterradora, crecía más y más hasta que llegaba el rancho y el pan a las once de la mañana, porque la ración de rancho que se recibía en la obra era buena y completa, y el pan que comprendía también la ración de la tarde, era devorado en seguida, dando allí principio la escasez que había de producir el hambre de la noche.

Al soltar el trabajo por la tarde principiaba de nuevo el sufrimiento del frío, que iba en aumento a medida que se ascendía en la montaña del Acho, y de nuevo principiaba otra noche de infortunio llena de sufrimientos sin cuento.

* * *

Los verdaderamente pobres, que nada recibían de sus familiares, eran víctimas de todas las miserias del penal.

La falta de abrigo y alimento los hacía campo accesible a las terribles enfermedades que con incremento espantoso llevaban mensualmente al sepulcro a un buen número de compañeros.

Esto era lo más horrible.

La idea de morir en aquella tierra maldita, ponía espanto en los corazones.

No volver a Cuba, no ver de nuevo a los seres queridos, no tener a su lado a la madre cariñosa a la hora de la muerte, no abrazar después del triunfo de las armas cubanas al padre y a los hermanos que se batían allá en el suelo patrio, tener por enfermero a un ser degenerado que ansiaría nuestro final momento para irse a descansar, o que lo encerrara a uno aun medio vivo en la negra caja de hierro; ser, en fin, sepultado en el cementerio de los presidiarios, que está separado del de los hombres libres, donde no crecía ni un mal ciprés; donde reinaba la más espantosa soledad, puesto que ni un solitario centinela tenía próxima su garita, donde sólo las rocas milenaria con sus empinados picachos, acompañados por la tenebrosa música del mar, daban guardia a la muerte, eran ideas que consumían el cerebro y llenaban el alma de angustia.

¡Cuántas noches huyó de mí el sueño por el voltear de estas negras ideas, y un terrible insomnio me abrasaba el cerebro, obligándome a levantarme para refrescarme la frente con agua y fumar un **sorullo** hecho con colillas recogidas por el suelo para poderme dormir! (La espantosa miseria había hecho presa en el hogar de mi padre.)

Para recoger las colillas y no ser reconocido, me cubría la cabeza con la manta y recorría la galera, pescándolas del suelo.

Una noche me encontré con un rival, que recogía colillas también, en la misma forma, y el Cabo de imaginaria, extrañándole aquellos paseos a cabeza cubierta, nos descubrió a los dos, conociendo entonces a mi rival en el triste oficio: era el queridísimo compañero Antonio Laguna y Barroso, que tampoco tenía cigarros y sus tristes cavilaciones le habían robado el sueño.



La galera, para cuyo alumbrado le daban al cuartelero un poco de aceite de comer, permanecía siempre en tinieblas, porque el aceite se consumía en una lamparita que alumbraba la mesa de juego.

Aquellas tinieblas eran encubridoras de la mayor degradación de que es capaz el hombre.

En aquellas noches de terrible insomnio en que uno permanecía despierto a la fuerza y percibía con mayor claridad las horripilantes cualidades del medio en que estaba obligado a vivir, se presenciaban escenas abominables de rebajamiento moral, facilitadas por aquella semi-obscuridad.

Los cuarteros y Cabos de imaginaria destinados a evitar todo lo ilícito en la galera, permitían, mediante el pago de algunas perrillas, que los degenerados se prostituyeran unos a los otros.

En semejantes actos de degeneración y en el juego con libaciones de aguardiente, tenían origen frecuentes y horripilantes hechos de sangre, que costaban la vida a infinidad de aquellos desgraciados.

Y era en aquel medio donde vivíamos, con semejantes seres estábamos en contacto; su compañía nos era forzosa y aunque rehuyéramos su conversación, si nos hablaban teníamos que contestarles para evitar cuestiones que pudieran redundar en disgustos personales de fatales consecuencias para nosotros.



Los domingos y días festivos estaba el Acho repleto con sus setecientos presos en las galeras. Eran días de verdadero bullicio; la vida se desarrollaba con mayor intensidad que en los demás días de la semana.

El lavado de ropa en la balsa (depresión circular del terreno que se llenaba de agua para uso de los presidiarios), remendar y pegar botones, hacer un guiso especial para celebrar el descanso dominical, hablar largamente con los compañeros que no se podían ver durante la semana, escribir a los familiares aquellas largas cartas que había que entregar abiertas para que las leyera, en las que poníamos mentiras convencionales en lugar de la verdadera exposición de nuestras penas, afeitarse, etc., etc., eran las ocupaciones de aquellos domingos en que, por la falta del rudo entretenimiento del trabajo, el acercamiento de todos los que sufrían y el conocimiento de todas las injusticias ignoradas durante la semana, más bien aumentaban nuestros pesares que los disipaban.

Y así se sucedían los días, las semanas y los meses, y aquella desesperante situación no presentaba las señales de su anhelado fin.

Los sacrificios pecuniarios realizados por los patriotas cubanos después de la muerte del General Maceo, tuvieron su repercusión en nuestra vida de cautiverio.

La Junta Revolucionaria estaba escasa de fondos y anunció su imposibilidad de socorrernos mientras no cambiara la situación.

El recrudecimiento de la guerra ocasionó la ruina y desolación de las familias cubanas, porque sus propiedades fueron enajenadas a bajo precio para poder soportar la vida de la reconcentración o la huida al extranjero, o fueron confiscadas por el Gobierno.

Esto fué la causa de que disminuyeran los socorros que los prisioneros recibían de sus familiares, con lo que empeoró considerablemente nuestra vida, haciéndola más angustiosa la llegada constante de nuevos compañeros que aportaban su terrible bagaje de hambre y desnudez, y tristísimas noticias de la patria.

Cada día parecía menos probable la terminación de la guerra y el terrible Weyler, apoyado por el Gobierno de Madrid, no se daba punto de reposo en su nefanda tarea de exterminio contra la población pacífica de Cuba.

★ ★ ★

A tal número llegó la población penal del Acho que ya no se cabía en las galeras, y cada vez que llegaba una nueva cuerda de prisioneros había movimiento general de catres en todas ellas, para reducir más y más el sitio de que disponía cada forzado.

Esto aumentaba el odio que nos tenían los forzados españoles, que por causa nuestra se veían privados de las comodidades que tenían antes.

El lamentable estado de miseria y desnudez de la mayoría de los prisioneros, nos quitaba prestigio ante los ojos de nuestros enemigos y contribuía a que nos trataran con profundo desprecio.

Con raras excepciones, éramos víctimas de una hostilidad incalificable por parte de los forzados y de los jefes del Acho.

La consideración y el buen trato se compraban con dinero, y por eso el montón anónimo, carente de recursos y sobrado de hambre y desnudez, sufría sin tregua el embate de aquel espantoso oleaje de desdicha, embravecido por el creciente huracán del más negro odio.

Todas las vejaciones se sufrían con resignación, sin proferir la más simple palabra de protesta, porque no había a quién ir en queja. Los ayudantes y capataces sentían por nosotros el mismo odio que los forzados y estando en sus manos castigarnos a su antojo, bastaba una simple acusación para que se nos aplicaran castigos terribles.

Por eso la única conducta salvadora era la que nos aconsejaba tratar a los forzados españoles para destruir un tanto con la familiaridad, el odio que nos profesaban y sufrir, siempre sufrir con resignación las injurias y atropellos de que no podíamos librarnos.

Una triste experiencia nos enseñó que el que no obró así perdió la vida víctima de los castigos, o se quedó en Ceuta a la hora de la libertad, cumpliendo condena por delitos o faltas cometidos o supuestos.

LOS CASTIGOS

Reglamentariamente, los forzados estaban sujetos a los siguientes castigos:

- 1º—"Encierro en solitarios."
- 2º—"Encierro en blanca."
- 3º—"Encierro en calabozos."
- 4º—"Meses de cadena."
- 5º—"Trabajos en el campo."
- 6º—"Palizas."
- 7º—"Cadena enlazado con otro compañero."
- 8º—"A pan y agua."
- 9º—"Pérdida de buena conducta."
- 10º—"Pérdida de correspondencia."

Además de estos castigos reglamentarios, los jefes aplicaban a su antojo otros que resultaban los más crueles e insufribles.

Los **solitarios** estaban en el Departamento de "Cuarteles Principales", y a ellos eran llevados por faltas muy graves, presidiarios de todos los Departamentos de la Colonia. También recluían en ellos a los reos de muerte que les servían de "capilla".

Los **solitarios** eran unas grutas cuadrangulares, practicadas a pico en la pared de una gale-
ra que daba contra la montaña, de cuyas paredes
manaba agua perennemente.

En el fondo de cada **solitario** estaba fuerte-
mente empotrada en la pared de roca, una grue-
sa cadena con una argolla articulada en su extre-
mo, donde era aherrojado el forzado que tenía la
desgracia de sufrir aquel castigo.

Principiando su castigo por algunos días de
“a pan y agua”, continuaba allí hasta cumplirlo,
o hasta que la inmovilidad de sus miembros in-
dicaba a sus guardianes la hora de conducirlo al
hospital, que era la terrible puerta del ce-
menterio.



Como en los demás departamentos, existía
en el del Acho el castigo de “Encierro en blan-
ca”, y se aplicaba a los forzados de aquel De-
partamento.

En el “Departamento de Calabozos” existían
unos estrechos, sumamente húmedos y sin ven-
tilación, cuya única entrada de luz y aire con-
sistía en un ventanillo cuadrado de seis por seis
pulgadas, practicado en la ruda puerta, a unos
cuatro pies del suelo, por el cual daban el rancho
a los castigados.

Alineadas, con pequeña separación unas de
otras, estaban empotradas en la pared, junto al
suelo, las gruesas cadenas que, como en los **solit-**
arios, sujetaban por el pie a los castigados, que
no tenían más movimiento que el que ellas les
permitían con sus catorce pulgadas de longitud.

Estas filas de cadenas eran tan largas como las paredes en que estaban empotradas, y casi siempre estaban ocupadas enteramente. Era raro ver un hueco vacío y la cadena, silenciosa y aterradora, esperando su nueva víctima.

Distribuídas junto a las filas de castigados, había algunas gavetas con agua, y otras para las excretas, que los castigados empujaban de un lado para otro a medida que las necesidades de cada uno lo exigían.

Cada castigado tenía junto a la pared el correspondiente jergón y los miserables enseres que le permitían: una manta, un plato, una cuchara y un jarro.

Un penado, bajo la vigilancia del capataz encargado de los calabozos, hacía la limpieza de los mismos una vez por día y otro penado repartía el rancho y recogía los platos sucios.

El castigo en **blanca** llevaba siempre aparejado el de **pan y agua** durante los primeros quince o veinte días.

Aquel terrible castigo aplicado por faltas graves, como quebrantamiento de condena, atentados contra empleados, lesiones a compañeros, etc., etc., sólo era soportable durante dos o tres meses a lo sumo, porque pasado ese tiempo principiaban los dolores reumáticos y las fiebres espantosas a minar la existencia de los castigados, hasta que una completa postración determinaba su traslado al hospital, donde casi siempre terminaban sus penas. Y en los casos de curación principiaba de nuevo a cumplir el resto del castigo que había quedado interrumpido.

“Encierro en calabozos” era un castigo más benigno que el de “blanca”, del que se diferenciaba solamente en la ausencia de cadenas. Los

castigados cumplían su tiempo de castigo paseándose libremente por el calabozo, y cuando más tenían una cadena fija al pie, que indicaba el cumplimiento de otro castigo.

El castigo de "cadena" consistía en llevar durante varios meses una pesada cadena reglamentaria sujeta al pie, fuertemente remachada si se trataba de un miserable del montón anónimo, o en condiciones de librarse de ella por la noche para dormir si el castigado tenía con qué pagar aquel alivio.

"Trabajos en el campo" era un castigo terrible.

Debido a las mayores facilidades que se presentaban a los forzados para intentar su fuga a través de las montañas de Africa, estaban siempre cargados con pesadas cadenas durante el trabajo y por las noches dormían también con ellas.

Como el trabajo en tales condiciones era sumamente penoso, instituyeron dicho castigo desde los primeros tiempos de la Colonia, y a todos los penados que cometían graves faltas, se lo aplicaban después de cumplir el de "blanca", para cubrir en las canteras o en los carros de aquella sección del trabajo los huecos que la muerte abría con frecuencia.

* * *

Las "palizas" las aplicaban reglamentariamente para castigar a los que fracasaban en un intento de fuga.

Estos desdichados sufrían tres castigos: la paliza, el castigo de "pan y agua" y después el "encierro en blanca". La muerte era el apoteosis en aquella terrible obra de sufrimiento.

Pero también daban palizas por cualquier falta, máxime si el que la cometía era un cubano.

Para un cabo de vara o un volante, darle una paliza a un cubano era un mérito ante los ojos de un capataz; para un capataz era un gran mérito ante los ojos de un ayudante, darle una paliza a un cubano, y para un ayudante, ante su negra conciencia, era una satisfacción darle una terrible andanada de vergajazos a un cubano indefenso y abatido por el hambre y el sufrimiento.

Todo el que ejercía alguna autoridad dentro del Acho estaba autorizado de antemano para majar a su antojo sobre las débiles espaldas de los prisioneros cubanos.

Hubo allí un capataz apellidado nada menos que Deogracia (gracia del diablo sí que era), a quien todo lo que le faltaba como hombre y caballero le sobraba como infame.

Aquel ser sin conciencia tenía la movilidad de la ardilla cuando se trataba de repartir vergajazos sobre las desnudas espaldas de los prisioneros cubanos. Y para mayor desgracia lo tuvimos durante muchos meses en la sección de los carros.

Hubo otro a quien bautizamos con el mote de "El Colorado", que fué separado muy pronto del destino por su constante adoración a Baco, quien, como el codo, tenía siempre su vergajo en alto, buscando unas espaldas cubanas sobre que descargarlo.

Recuerdo que un día, a la hora del rancho de la tarde, le estuvo dando vergajazos durante varios minutos a un infeliz compañero incapaz de cometer falta alguna, por haberle participado que se quedaba sin comer porque el rancho no había alcanzado para él.

En aquellos tristes momentos llegamos junto a la Ayudantía el compañero Ramón Allouis y el autor.

Allouis, indignado por aquel espectáculo de crueldad, le gritó dos veces: "¡Borracho!"

A estos gritos salió el Ayudante de su oficina, y en tono reprobivo invitó a Allouis a que no continuara ofendiendo al empleado.

Aquel Ayudante, que en sus primeros tiempos fué cruel y sanguinario con los cubanos, cambió después de conducta, y explotando el filón de oro que significábamos para él, perdió su fuerza moral y nos trataba con fingida consideración. Por eso quedó sin castigo la grave falta cometida por Allouis.

Pero hay que advertir que esto sucedió en los últimos meses de nuestro cautiverio, cuando ya el cañón norteamericano había hecho entrar en razones al Gobierno de Madrid y se estaba en los preliminares de paz.

Si hubiera sucedido al principio del año 1896, no contaría yo en la actualidad entre mis mejores amigos, al talentoso y afable compañero Allouis.

Podríamos citar infinidad de crueles castigos de esta índole, aplicados a discreción por los jefes, volantes y Cabos del Acho, a infelices cubanos; pero sólo queremos referir el que sufrió el autor, inmerecidamente, y que si bien el tiempo ha borrado de su espalda y rostro las huellas del vergajo, no podrá jamás borrar de su mente el triste recuerdo del horrible suceso.

★ ★ ★

Era un día lloviznoso del mes de Abril de mil ochocientos noventa y siete.

Tocaron a recuento al oscurecer y todos los forzados de las galeras 14 y 15, formados de dos en dos como de costumbre, empezamos a desfilar hacia el patio.

En la puerta se hallaba la comisión de recuento.

Después de haber salido todos, principió el desfile hacia dentro de la galera, que era cuando nos contaban.

Yo había recibido aquel día una carta de mi padre, la que tenía dentro del gorro y éste puesto en la cabeza.

Al llegar a la puerta, sin acordarme de la carta, me descubrí y crucé los brazos, porque iba a pasar frente a la comisión.

La carta cayó al suelo y cometí la imprudencia de bajarme para recogerla.

La pareja que marchaba detrás de mí tropezó conmigo y se detuvo, y lo mismo le sucedió a la otra que le seguía.

El capataz, a quien llamábamos "El Chino", perdió la cuenta que llevaba por parejas, y levantando su forzudo brazo, con insuperable soltura y maestría, dejó caer seis veces su flexible vergajo sobre mi cabeza, hombros y espalda.

Al toque de corneta salimos de nuevo al patio y volvimos a entrar en formación.

El corazón me latía con violencia al pasar de nuevo junto a aquella fiera, de quien esperaba nuevos zarpazos, pero no se movió; estaba satisfecha.

Aquella noche fué terrible para mí.

Era casi el alba cuando el sueño cerró mis ojos, después de haber contado por centésima vez las vigas del techo y sufrido persistentemente la mortificante visión de la **mosca volante**, signo característico de debilidad.

Tenía la piel quemada cual si me hubieran aplicado en distintas direcciones una cabilla candente. Un poco de aceite de comer aplicado sobre las terribles contusiones mitigó un tanto el dolor, y al día siguiente seguí en el trabajo de los carros como si nada me hubiese pasado. Tal era la imperiosa necesidad de sufrir con paciencia las flaquezas de aquel terrible prójimo.



Al forzado que reñía con un compañero no resultando herido ninguno de los dos, lo enlazaban con su contrincante por medio de una larga y pesada cadena que cargaban al hombro, cuyos extremos estaban remachados a los pies por medio de argollas y pasadores de cobre.

Sin parecerlo, era este uno de los más terribles castigos que allí se aplicaban a los forzados, porque obligaba a los castigados a soportarse mutuamente sus impertinencias, aunando sus movimientos a medida que lo exigían las necesidades de la vida.

Lo primero que hacían al ser sometidos a aquel castigo era hacerse amigos, forzados por la imperiosa necesidad de ayudarse mutuamente a cargar con la cadena y con sus penas infinitas.



El castigo de “pan y agua”, como su nombre lo indica, consistía en privar al preso de su ración de rancho, sosteniéndolo con su pan diario y agua abundante en la cubeta.

Este castigo se aplica en casi todos los penales del mundo, pero científicamente, de acuerdo en su duración con el estado físico del castigado.

En Ceuta no se ocupaban de esas minucias y aplicaban este castigo a fuertes o débiles hasta por veinte días seguidos, de acuerdo sólo con la magnitud de la falta; porque si se moría, con ello ganaba el penal; era uno menos a quien mantener.

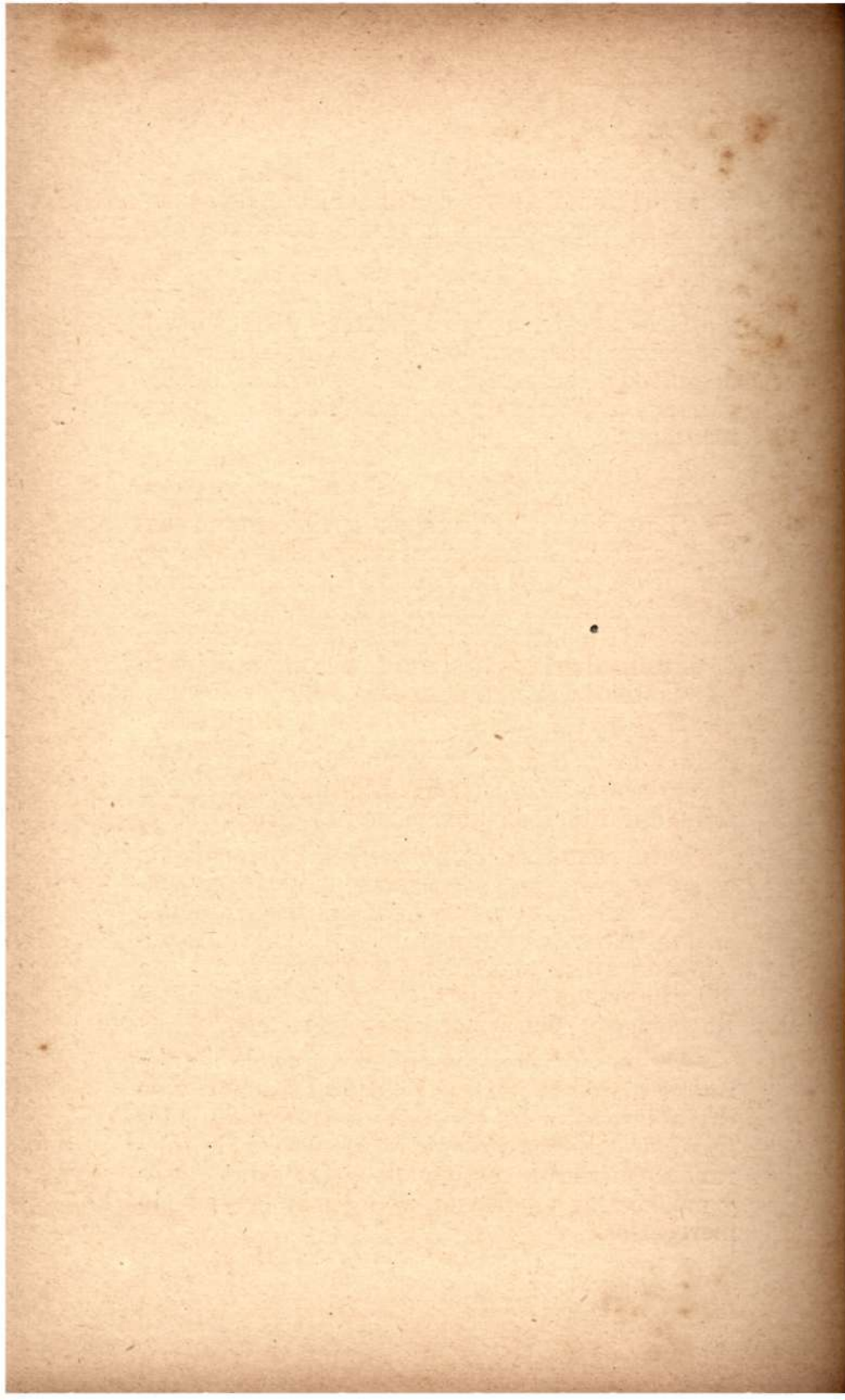


“La pérdida de correspondencia” era un castigo de terribles consecuencias para los forzados, porque los privaba del consuelo de recibir cartas de sus familiares, teniendo que buscar personas ajenas al Departamento para que les sirvieran de intermediarias para con sus familias, siendo esta la única e insegura manera de saber de ellas.

“La pérdida de buena conducta” era inherente a los demás castigos, puesto que para conservarla era indispensable no cometer ninguna falta durante toda una vida de presidiario.

Para comprender mejor la importancia de este castigo, es necesario saber que los condenados a “cadena perpetua” jamás tienen indulto en España y que para salir en libertad un sentenciado a esa pena tiene que cumplir treinta años de buena conducta, y que Su Majestad el Rey tenga a bien conceder su liberación.

Algunos prisioneros cubanos que no siguieron al pie de la letra el plan de salvación y se extraviaron por los tortuosos derroteros que les trazó su carácter violento y su escasez de tolerancia, sufrieron castigos de todas estas clases y muchos los soportaron de los más crueles sin merecerlos.



XVIII

EL ALIMENTO

DE LOS FORZADOS

El alimento de los forzados de Ceuta consistió siempre, invariablemente, de un pan de a libra y media y dos raciones de rancho, repartidas a las once de la mañana y a las seis de la tarde.

El pan fué siempre de la misma calidad, pero el rancho había sufrido radicales modificaciones en distintas ocasiones.

En lejanos tiempos, según referían presidiarios que llevaban cuarenta y tantos años de encierro, el rancho se confeccionaba con carne aunque muy escasa. Después la suprimieron y dió principio la época de los "callos", de triste recordación para los forzados.

Con el nombre de "callos" designaban las vísceras de las reses conservadas en salmuera en barriles, que importaban de España.

Según los relatos de los forzados, los "callos" se descomponían en los barriles, y como los vertían directamente en las pailas sin previa limpieza, el rancho se contaminaba, adquiriendo un sabor y olor nauseabundos, y con frecuencia rabudos gusanos flotaban en la superficie del rancho, yendo a parar a las gavetas donde comían los forzados.

Un día los forzados del Departamento de Cuarteles Principales dieron un plante de rancho.

Un plante de rancho es algo así como una revolución dentro del presidio, por medio de la cual protestan los forzados de la calidad o cantidad del rancho y a veces de ambas cosas.

Como las huelgas, hay plantes de rancho pacíficos y otros en que entran en juego tremendas violencias.

Cuando esos plantes son pacíficos, los forzados desfilan con los platos boca abajo por delante del repartidor diciendo: "No queremos rancho" y tranquilamente se meten en sus gale-ras, donde se dejan ametrallar y no lo comen.

Pero cuando el plante es con violencias, entonces hay **bronca gorda**, según el lenguaje vulgar de los presidiarios, y el crimen se enseñorea del ambiente.

Los presidiarios salen al patio para tomar su rancho, como de costumbre, pero van armados de tremendas facas.

Puestos de acuerdo dan el grito de "¡No queremos rancho!" y desfilan en actitud agresiva.

Entonces intervienen los jefes quienes mueren invariablemente a mano de los forzados, de los que muchos pierden también la vida bajo el plomo mortífero de los revólveres de los empleados.

A la señal de "bronca en los presos", acude la reserva de las compañías de vigilancia y coronando los muros y sitios estratégicos, van aniquilando, descarga a descarga las filas de presidiarios, hasta su completo exterminio o suvisión.

Aquel plante de rancho fué para la población penal de Ceuta como la Revolución Francesa para el progreso y mejoramiento de los pueblos.

Los presidarios se revolucionaron por la mala calidad del rancho. Los jefes intimidaron con sus armas y los cabos y volantes entraron en acción a su lado. Los forzados, que estaban armados de puntiagudas y cortantes facas, acometieron a los jefes cuyo exterminio fué casi completo, así como el de los volantes y cabos. Entonces acudieron los soldados y dió principio la segunda parte de la espantosa hecatombe.

Primero desde lo alto de los muros que circundan el Departamento y después avanzando por los patios, fueron disparando por descargas cerradas, hasta que ningún forzado quedó en pie en los mismos. Después, caminando por sobre los montones de cadáveres, atacaron a los que se habían refugiado en el interior de las galeras, donde remataron a muchos y desarmaron al resto.

Tan grave fué aquel suceso, que trascendió a las esferas oficiales, donde fué dispuesta una severa investigación, de la cual resultó la supresión de los "callos", cuya época tuvo fin con aquel triste suceso, dando principio la del sofrito de tocino, ajos y pimentón.

También se suavizaron un tanto a partir de aquel hecho de sangre los castigos en general, y los forzados notaron con sorpresa que sus jefes no eran ya tan crueles.



Hasta algún tiempo antes de llegar a Ceuta los prisioneros cubanos, se confeccionaba el rancho por administración en las cocinas de los res-

pectivos Departamentos, pero eran tantas las irregularidades y filtraciones, que los presos se morían de hambre y los jefes se enriquecían.

Para evitar aquel escándalo, dispuso la Dirección de Penales que la alimentación de los forzados se verificara por subasta.

Cuando nosotros estábamos en Ceuta era contratista un afortunado mortal, descendiente de árabes y españoles, por lo que poseía la astucia del musulmán y la sed de oro del ibero.

Aquel aprovechado señor que era dueño de la planta eléctrica, tenía junto a la misma, en el centro de la ciudad, la enorme panadería y la cocina monumental, donde fabricaban el rancho purpurino y el negro pan de munición.

El autor tuvo la desgracia de presenciar la hechura de uno y del otro.

Automáticamente se vaciaban los sacos de papas sobre un cilindro giratorio, donde perdían la cáscara, que era arrastrada por un chorro de agua, y una vez seccionadas por un sistema de cuchillas, pasaban a las pailas, donde se cocían con los garbanzos de ínfima calidad, que se ablandaban, no por el fuego, sino químicamente.

Una vez hecho el guisote, se le aplicaba por todo condimento un sofrito de partículas de tocino, ajos y pimentón en abundancia.

A primera vista parecía aquel rancho bastante bueno y presentaba olor agradable, pero después que pasaba por el largo batuqueo a que forzosamente estaba sujeto, desde la cocina al plato del penado, perdía su calidad aparente y se convertía en bazofia inapetecible.

Los garbanzos susceptibles de ablandarse, se desbarataban, permaneciendo enteros sólo los negros, con resistencia de balines.

Las papas se deshacían también, pero los negros tarugos de sus picaduras permanecían enteros y llegaban al plato del forzado con caracteres repugnantes.

Pescar una partícula de tocino en el plato era un verdadero acontecimiento. Lo único que abundaba y permanecía con perjuicio del estómago, era el color de almagre que producía el pimentón requemado.



El pan era confeccionado con harina de inferior calidad, y más que de harina de trigo parecía de afrecho.

Lo confeccionaban por medios tan rudimentarios y con tan poco esmero, que siempre quedaba crudo por dentro y quemado por fuera. No obstante, el autor lo comió siempre con apetito, hasta que tuvo la mala suerte de verlo fabricar.

Estábamos un día una sección de penados en el patio de la cocina, esperando la hora de cargar el pan del Acho, cuando vimos llegar una sección de penados abatidos y sudorosos, escoltados por cabos de vara. Eran los panaderos que iban a dar principio a la elaboración del pan para el día siguiente.

Por curiosidad nos acercamos varios compañeros a la puerta de la panadería donde penetraron.

Allí no estaban los hornos; aquel era el salón donde hacían la masa.

A todo lo largo de las paredes laterales, había unas artesas de cemento como de un metro de profundidad y otro de anchura, sobre las cuales, a la altura de la cabeza de un hombre, había

una barra de hierro colocada longitudinalmente, donde se apoyaban los panaderos mientras trabajaban. Y por último, varias llaves salían de las paredes para la distribución del agua.

Los presidiarios aquellos, mudos y silenciosos, llenaron de negra harina aquellos estanques-artesas, abrieron las llaves, y cuando hubo agua suficiente, se quitaron las sucias alpargatas y el uniforme, y arrollándose alrededor de la cintura una especie de taparrabo, se metieron en las artesas dando principio a su ruda tarea.

Agarrados de la barra de hierro, pisoteaban incesantemente, y sus cuerpos, agitados y sudorosos, despedían sus secreciones sobre la masa con que estaban en contacto.

No se nos permitió seguir observando la fabricación de nuestro alimento principal; el Cabo que nos conducía nos llamó para el lugar de costumbre, y a los pocos minutos salimos para el Acho, llevando en la espalda el pan de aquel Departamento y en la mente la repugnante forma de su fabricación.

Desde aquel día hizo el autor todo lo posible por no comer más el pan del presidiario, vendiéndolo, cambiándolo por otra cosa de comer o regalándolo cuando era posible a otro compañero más necesitado, ayuno de escrúpulos cuando se traba de matar el hambre.

★ ★ ★

El rancho era conducido a los distintos Departamentos, en curbatos de hierro, sobre carros tirados por mulos.

Decían los presidiarios que el carretonero que conducía el rancho del Acho vendía de él en

el camino a presidiario "concedidos" que vivían en covachas junto a la carretera.

Cuando la sección de servicio llegaba con el rancho a la cocina del Departamento, ya estaba allí constituida la comisión de reparto, formada por el ayudante, el capataz de servicio interior, el presidiario encargado en jefe de reparto y los cabos y volantes de guardia.

La operación daba principio vaciando el rancho en una gran paila, de donde se repartía en la forma siguiente:

El primero que se acercaba a la gran paila era el **gancho** del señor Ayudante, quien en un cubo de madera recogía una ración especial para la burra de los niños de dicho jefe, porque no habiendo hierba en aquella desforestada montaña, era preciso alimentarla con rancho del de los presidarios, que después de todo, lo merecían menos que la asna paciente y cariñosa, que a nadie había ofendido en el mundo, y sin embargo estaba allí confinada.

Seguía después el turno por el penado encargado de los calabozos, quien recogía en una cubeta el rancho de los castigados.

Después pasaban en fila interminable los presidarios de preferencia, cabos, volantes, asistentes, barberos, **pinchos**, amigos del **gancho**, etc., etc., que tenían concedida ración especial.

Seguidamente, el volante encargado del reparto retiraba una buena cantidad de rancho para venderlo después descaradamente a los que se quedaban sin ración.

Hecho todo esto, bajaban al patio general, al toque de corneta, los del montón anónimo, que formaban en dos filas, con la cabeza baja y el plato en la mano.

En los tiempos anteriores a la **Revolución**, los forzados recibían en gavetas las raciones para cada veinticuatro individuos, y formando un círculo cuyo centro lo ocupaba la gaveta, se acercaban a ella por turno, y llenando su cuchara, daban un paso atrás para acercarse de nuevo cuando los demás hubieran hecho lo mismo una vez por cabeza.

Una de las conquistas de la **Revolución** fué el derecho al plato.

Un volante pasaba contando y a cada grupo de doce parejas entregaba una chapa numerada. Detrás iba un cabo recogiendo las chapas por las que sabían en la cocina el número de gavetas necesarias con raciones cada una para veinticuatro presidiarios.

Sacando el rancho de la gran paila con un enorme cucharón, iban llenando las gavetas, pero como nunca alcanzaba, lo vaciaban de nuevo en la paila para distribuirlo de nuevo, poniendo menos cantidad, hasta completar el número necesario de gavetas.

Una nota aguda de la corneta llamaba a los presidiarios que habían recibido las chapas en la fila, quienes conducían las gavetas al patio y las colocaban frente a sus puestos respectivos.

A otra nota de la corneta se formaban círculos de a veinticuatro presidiarios que colocaban sus platos junto a las gavetas.

El cabo de cada pelotón principiaba el reparto con un cucharón que parecía una espumadera sin agujeros.

De acuerdo con la cantidad de rancho disponible, iba echando un poco en cada plato, y si no alcanzaba para todos, lo vaciaba en la gaveta para principiar de nuevo el reparto.

Había algunos cabos de tan mal carácter, que si el rancho no alcanzaba, tras terribles blasfemias de tonos ofensivos para sus compañeros, daba por terminada la operación, y cada cual recogía su plato con rancho o vacío y se dirigía a su galera resignado a sufrir las torturas del hambre.

Esta escasez de alimento fué la razón poderosa que obligó a los prisioneros cubanos a aceptar los trabajos forzosos con mayor resignación.

Fué una medida afrentosa, dada nuestra condición de presos políticos, pero en los trabajos recibíamos una buena ración de rancho y en las galeras nos hubiéramos muerto de hambre.

Una vez terminado el reparto, el que no alcanzaba ración, si podía conseguir un centavito, la compraba con él al bribón aquel que comerciaba mancomunadamente con el Ayudante, con el alimento de sus desgraciados compañeros de infortunio.

De este tremendo abuso, incalificable e incorregible, arrancaba el hecho de que la mayor parte de los presidiarios tuvieran en las galeras, debajo de sus catres, un anafe de barro y una cazuela.

Los anafes los construía un presidiario en el mismo Acho, y las cazuelas se adquirían en la ciudad.

Como existían en las galeras presidiarios comerciantes que vendían cosas de comer, a la hora del rancho se convertían las galeras en inmensas cocinas, donde cada presidiario era su propio cocinero.

Anafes de distintos tamaños se veían ardiendo por doquier y desde el más modesto guiso de

arroz y pescado seco, hasta la olorosa y succulenta paella, hacían la relativa felicidad de sus dueños que podían burlarse del escamoteo del rancho.

También había presos de buena posición económica que tenían cocineros y ponían mesa, como en casa rica.

Los domingos, y sobre todo alrededor del día de cobro en los trabajos, se cocinaba mucho en las galeras.

En esos días nos asociábamos varios compañeros y comíamos un arroz a la valenciana, con carne de jabalí o de conejo que costaba muy barata.

Reunidos alrededor de la cazuela recordábamos llenos de tristeza la mesa del hogar paterno donde habíamos aprendido las reglas de urbanidad y donde una madre cariñosa nos servía solícita de aquello que más nos gustaba.

Muchos días teníamos postres. Eran chumbos, ese **mango africano**, que mató el hambre del soldado en prisión, como en Cuba el verdadero mango, esa fruta patriótica, mató el hambre del soldado en la manigua.

El chumbo (fruta del nopal, vulgo tuna) abundaba de tal modo en Ceuta que por un centavo daban una docena de ellos.

Algunos días hacíamos el sofrito, el autor y sus compañeros predilectos, el malogrado Luis Mazzorana y Ramón Allouis.

El sofrito era un plato clásico en el Acho, y se hacía del siguiente modo:

A una salsa con tomates, cebollas, ajos, pimentón, manteca y tocino, se le agregaban las raciones de rancho lavado para quitarle las im-

pureza, agua en abundancia y pan picado hasta completar la cantidad necesaria de acuerdo con el hambre y número de comensales.

Algunos compañeros que recibían socorros encargaban sus víveres a los cabos demandaderos que diariamente iban a la ciudad a hacer compras para los forzados.

Recordamos una anécdota sumamente cómica que nos proporcionó un rato de risa.

El compañero José Manuel Jiménez, valiente oficial de la escolta del Generalísimo, encargó un día una facturita para emplear con economía el giro que recibió de sus padres.

Como el té era para él una gran golosina, incluyó en la lista nada menos que una arroba de las aromáticas hojas.

Cuando llegó el cabo demandadero con los mandados, lo vimos llegar cargando un saco largo y delgado, repleto como un costal de paja.

—¿Qué es esto? — le preguntó el interesado.

Y al responderle que allí tenía el té, soltamos la risa, deseándole al compañero Jiménez que no le alcanzara el tiempo en presidio para consumirlo de un todo.

Mas, no siempre fueron posibles tales banquetes, y sobre todo en los últimos tiempos de nuestra estancia en el Acho, el miserable rancho y el pan negro del presidiario fueron nuestro único alimento, y escenas de hambre y pobreza espantosas se contemplaban diariamente.



Una noche fuí acometido de súbito por una terrible fiebre.

El momento era espantoso porque en mi bolsillo no había ni un centavo con que comprar el permiso para quedarme acostado.

Al sonar el cañonazo traté de levantarme, pero me fué imposible sostenerme en pie.

El cuartelero se plantó al pie de mi cama ordenándome que saliera de ella inmediatamente.

—No puedo—le repliqué, alargándole la mano para que viera que la fiebre me quemaba.

—Bueno—me dijo—, ya usted sabe que no se puede quedar en la cama por mucha fiebre que tenga.

—Yo necesito quedarme acostado y sabré pagar a usted este servicio tan pronto reciba dinero—le dije en tono suplicante.

Entonces bajó la voz y me dijo que confiando en mi seriedad me recomendaría al capataz para que me permitiera quedarme acostado.

Pasaba el recuento y cuando la comisión se acercó a mi cama, me latió el corazón con violencia.

El cuartelero se limitó a decirle al capataz, indicándome: “Tiene fiebre; es un buen muchacho”, y la comisión pasó de largo.

A la hora del rancho, temeroso de pasar todo el día sin alimento, dado el estado de debilidad en que me encontraba, y no siéndome posible conseguir alimento especial alguno, porque atravesábamos una racha de miseria espantosa, me envolví en mi manta para defenderme del recio viento y la traidora llovizna, y me dirigí a la cocina.

Estaban allí ocupados en la preparación del reparto del rancho.

Allí estaban congregados los miembros de la miserable comisión del escamoteo infame.

El Ayudante, don Modesto Cambronero, cuyo nombre jamás olvidaremos; el capataz de servicio, el presidiario encargado del reparto, el **gancho** del Ayudante, etc., se ocupaban en su infame tarea de robarle el alimento a los desgraciados que sin poderlo remediar miraban desde las galeras, cómo los afortunados de aquel antro de injusticia, entraban en la cocina y salían rientes y satisfechos con sus platos colmados de buen rancho.

Sujetando la manta con la mano izquierda y llevando el plato en la derecha, me acerqué al Ayudante y con tono suplicante le pedí un poco de caldo.

Aquel monstruo estaba desarmado en aquel momento; es decir, no tenía su vergajo. Pero con la agilidad que pudiera imprimirle sólo el diablo mismo, se abalanzó sobre el enorme cucharón de hierro, con capacidad para diez raciones de reglamento, y esgrimiéndolo con las dos manos como el herrero su mandarria, lo dirigió contra mi cabeza con la negra intención de despacharme bofetón para el otro mundo.

Y la miserable acción la acompañó con estas palabras: "Un poco de caldo no, mambí, un par de chuletas."

Sólo Dios velando por mi existencia pudo haberme dado la agilidad salvadora con que salté a pie firme soltando la manta, para ir a chocar contra la próxima pared, mientras el cucharón sacaba chispas de los adoquines del suelo.

Entonces, como fiera acorralada, me precipité puerta afuera, pero aquel desalmado le había arrebatado el vergajo al capataz con tiempo su-

ficiente para descargarlo con toda su fuerza sobre mi hombro derecho, en el momento en que yo emprendía la carrera.

Fué tan intenso el dolor que sentí que me faltó la luz de los ojos y caí al suelo sobre las rodillas, en cuya posición recibí no sé cuántos vergajazos, cuyo dolor me devolvió la agilidad perdida momentáneamente, y salí cuesta arriba con velocidad de aerolito.

Caminando a largos pasos entré por la galería 14, di la vuelta por la 15 y salí de nuevo al patio, poseído de una especie de locura producida por el dolor físico y por el que sentía en el alma.

Yo te aseguro, lector paciente, que si en aquel momento hubiera tenido a mi alcance un arma adecuada, le hubiera abierto al sentimiento de venganza que estaba tocando fuertemente a la puerta de mi corazón.

La vista de los centinelas que exhibían ante mis ojos sus relucientes bayonetas, despejaron un tanto mis embotados sentidos, y el raciocinio desalojó al ofuscamiento de la mente, y ante la realidad tristísima, hicieron su aparición las lágrimas de indignación, pero consoladoras, porque ellas preceden siempre a los estados de tranquilidad espiritual.

Mientras lloraba silenciosamente, tragaba los nudos de aflicción que se formaban en mi garganta, y caminaba inconscientemente hacia las balsas, a cuyo borde llegaba cuando hirieron mis oídos las tristes notas de la corneta que llamaba a recuento.

Entonces me di cuenta de que aquellas no eran horas de andar por aquellos lugares y tuve que correr para llegar a tiempo a las filas para ser contado.

Aquella noche me subió la fiebre de un modo alarmante, pero al día siguiente aun bajo su acción, cogí el morral con mi plato y mi cuchara y marché al trabajo, huyendo de la maldita galera donde la vida estaba rodeada de incalculables peligros.

Muchos de los que habíamos recibido socorros de nuestros familiares durante los primeros tiempos de nuestro cautiverio, dejamos de recibirlos cuando se paralizaron los negocios en Cuba, debido al inmenso trastorno producido por la inicua reconcentración, que tuvo por consecuencia la huída al extranjero o el alzamiento en masa de las familias patriotas.

Hasta aquel apartado rincón del mundo llegaron los efectos de la espantosa ola de miseria que sacudió a la Isla de uno a otro extremo.

Todos los correos de Cuba llevaban noticias desoladoras.

“Hijo mío — decía una madre—, ya no podemos socorrerte, porque tu padre se fué para el monte y yo y tus pobres hermanitas estamos reconcentradas en esta ciudad, cosiendo noche y día para sostenernos dignas de ti.”

La Junta Revolucionaria suspendió sus remesas de dinero, que tanto bien nos habían hecho, y la vida nos era por lo tanto cada día más difícil.

Los presidiarios comerciantes nos limitaron el crédito al \$1.80 que cobrábamos todos los meses como producto de nuestro rudo trabajo, y las pocas prendas que se conservaban como recuerdo de familia fueron enajenadas para comer.

Forzado por la necesidad de vivir, el autor aprendió un oficio con el que ganaba dos cen-

tavos cada noche, en dos horas de trabajo, con lo que compraba un pan u otra cosa de comer. Era el oficio de cigarrero, aprendido en unas cuantas horas de práctica.

Cada noche después del recuento convertía una libra de picadura en cigarrillos, reuniéndolos después en macitos de a diez cada uno, y los domingos torcía todo el día y ganaba hasta seis centavos, que aseguraban el arroz con conejo.

Mi principal en el citado oficio era el herramentero del Acho, un buen preso, que tenía comercio de cigarros, y como era el que ponía las cadenas, gozaba de influencia entre la población penal y tenía una excelente marchantería de fumadores.

En fuerza de ser su cigarrero, llegó a tenerme algún aprecio aquel baturro francote y sencillo, que si bien estaba en presidio, su causa no era muy infamante; había matado a uno en reuerta y cumplía catorce años de cadena temporal.

Muchas veces su sabroso puchero me permitió guardar los dos centavos de la libra de picadura para comer pan blanco al día siguiente. El recuerdo de aquel buen sujeto jamás se borrará de mi mente.

El efecto de nuestra precaria situación alcanzó también al elemento español del Acho.

Cuando los prisioneros cubanos recibíamos nuestras mesadas con puntualidad, corría el dinero en las galeras y todo el mundo se beneficiaba.

Los jefes recibían crecidas dádivas para librar a muchos de los trabajos forzosos y para dejar sin efecto terribles castigos impuestos a compañeros en desgracia.

Los que vivían del juego hacían buena ganancia, y los que comerciaban notaban la abundancia de metálico en plaza.



Fué tal la situación de miseria que se desarrolló entre los forzados, cubanos y españoles, que estos últimos comían sin escrúpulo alguno perros y gatos atrapados en las calles de la población al cruzarlas tirando de los carros o en los lugares de trabajo.

También se veían con frecuencia en las galeras guisos de culebras, cuyas ruedas parecían de congrio u otros pescados de forma circular.

Había un forzado de apellido Murillo, natural de Puerto Rico, que cogía ratas en la zanja-retrete, con un lacito, y se las comía asadas en espiche.

No era para menos. El agotamiento físico llevaba todos los meses a la tumba a un buen número de forzados, y la causa primordial de que cincuenta y siete prisioneros cubanos dejaran sus huesos en aquel negro abismo fué la inadecuada y escasa alimentación, dado el rudo trabajo a que estaban sometidos.

Por no morirnos de hambre en las galeras aceptamos todos, o casi todos, el trabajo forzoso como un mal menor.

Por no morir de hambre intentaban las fugas los presidiarios españoles con inminente riesgo de sus vidas.

Por no morir de hambre comían carne de animales asquerosos.

Por no morir de hambre siete presidiarios se comieron un día el perro del Director de la Colonia, quien les dió muerte a palos con sus propias manos, según referían los presos del Acho.

Y por no morir de hambre se suicidaban, lanzándose por la muralla.

Recordamos un caso de suicidio bastante trágico.

Por la noche ingresó en el Acho un presidiario procedente de un penal de España, y al día siguiente bajó al patio con los de su galera para coger su rancho.

El Cabo repartidor le sirvió una insignificante cantidad de rancho en su plato.

La loca idea del suicidio germinó en el cerebro de aquel desdichado, y al igual que los demás presos que se diseminaban por el inmenso patio para comer su rancho en cualquier rincón a solas con sus penas; se echó a andar por el patio y se fué acercando poco a poco a la muralla, caminando con indiferencia con el plato en la mano.

Cuando estaba sólo a dos ó tres pasos de la muralla, soltó el plato y con la agilidad del gamo se lanzó al espacio apoyando apenas las manos sobre el muro.

En el mismo instante en que el cuerpo del suicida rebasaba el muro, salió un tiro de la garita más cercana, cuyo centinela después de disparar, siguió firme en su puesto como si nada hubiera pasado.

Respondiendo a su comandante de guardia que acudió al lugar del hecho dijo que le había disparado a un presidiario que se había lanzado por la muralla.

El cadáver apareció en el fondo de un barranco traspasado por el proyectil.

XIX

JUEGO

Y

AGUARDIENTE

El juego era un medio de vida entre los presidiarios españoles, aunque hacía en ellos grandes estragos.

Los jefes del Penal querían hacer creer que lo perseguían, pero todos lo toleraban descaradamente, porque lucraban con él.

Del juego vivían todos los **pinchos**, jugadores de oficio, que ponían la banca por turno en sus respectivas galeras.

Vivían del juego los Ayudantes, los capataces de servicio interior, los Cabos de imaginaria, los que cobraban el barato sin ser jugadores a título de matones de mayor graduación que los que jugaban; los que alquilaban las barajas por noches, los que alquilaban los asientos, el cuartelero de la galera que ponía la luz y los aguardenteros que vendían su aguardiente también por turno a los jugadores.

Los domingos se jugaba por el día, y por la noche se jugaba todos los días.

Tan pronto cerraban la puerta de la galera después del recuento de la noche, ponían la banca en el lugar de costumbre, donde se agrupaban los jugadores y demás interesados.

Los cabos de imaginaria, responsables del orden interior de las galeras, tomaban asiento junto a la mesa y cobraban un centavo de cada talla para el Ayudante y de cada cuatro uno para ellos.

El que alquilaba las barajas cobraba un centavo cada cierto tiempo, y estaba también presente para que no lo engañaran, y lo mismo hacía el cuartelero y los que alquilaban los asientos, porque la mala fe informaba todos los actos de aquellos criminales.

También formaban parte del grupo varios vendedores de aguardiente, armados de sus facas y botellas, que llevaban la cuenta de las tomas vendidas para que no les quitaran el turno que le correspondía a cada uno.

A excepción de algunos infelices torpemente viciosos (entre ellos algunos prisioneros cubanos) que apuntaban y perdían lo poco de que podían disponer (muchas veces el producto del pan vendido por meses), todos los que allí se agrupaban llevaban en la ancha faja descomunales facas que esgrimían contra sus compañeros por el motivo más baladí.

Al cabo de muchas horas de jugar, blasfemar y beber aguardiente, cualquier incidente del juego daba pie para reyertas sangrientas, en las que casi siempre resultaba alguna muerte.

¡Cuántos sustos pasamos en aquellas terribles noches de cautiverio, al contemplar escenas de sangre que horrorizaban nuestros corazones y entristecían nuestras almas!

Víctor Hugo dijo que la noche mora en la desgracia y en el crimen. En el Acho de Ceuta moraba en ambas cosas, en la desgracia y en el crimen conjuntamente.

Muchas noches fuimos despertados por tremendo tropelaje.

Gritos de dolor e imprecaciones espantosas se oían por doquier y negras sombras corrían en distintas direcciones favorecidas por las tinieblas; ya ocultándose, ya atacando o yendo a caer en algún rincón de la obscura galera, vacilantes y desfallecidas, dejando a su paso regueros de sangre.

Aquellos criminales enloquecidos por el alcohol, llevando en la mano el acero exterminador y en el semblante la fiel expresión del genio del mal, lanzándose unos sobre otros, parecían esforzados combatientes del espantoso poder de las tinieblas.

Cuando cesaba el combate y el silencio se restablecía, se oían claramente los estertores de alguno que agonizaba y las lamentaciones y blasfemias de los heridos.

El cuartelero encendía los faroles apresuradamente y los cabos de imaginaria daban fuertes golpes con sus garrotes en la puerta; aquella era la señal de bronca.

El centinela de la garita más cercana, con acento de un militarismo en decadencia, gritaba: "¡Comandante de guardia, bronca en la galera número!"

Aquellas voces de alarma eran repetidas en el mismo tono por los innumerables centinelas, y se oían desvanecerse lentamente cual si fueran repetidas por el eco.

Todos los forzados eran obligados a permanecer en sus camas como medida de precaución. La noche iba avanzando y aquel terrible estado de excitación de los ánimos parecía no tener fin.

Era necesario darse cuenta de que el Comandante de la fortaleza, en cuyo poder quedaban las llaves de las galeras durante la noche, tenía sus pabellones en el extremo opuesto del castillo, y sin su presencia o la de su Capitán ayudante, no se podía abrir la galera.

Al cabo de un largo rato de angustia, abrían la puerta en medio de un gran aparato militar.

Ocupaba la galera militarmente, llamaban al cuartelero y cabos de imaginaria a quienes preguntaban muy someramente por las causas del suceso sangriento.

Un Sargento levantaba el atestado limitándose a tomar declaración a las autoridades de la galera, y anotando las generales de los muertos, heridos y agresores, daban por terminado el acto.

Muchas veces los verdaderos autores del crimen se quedaban durmiendo tranquilamente en la galera, porque no había quien se atreviera a denunciarlos, y otros inocentes o menos culpables, eran acusados como autores.

Terminado el acto de justicia, eran conducidos al hospital los muertos o heridos y los agresores a "blanca". Después se cerraba la puerta de la galera y no se hablaba más del suceso, al que no se le daba importancia. Tanto era así, que muchas veces ponían el juego inmediatamente después de cerrarse la puerta.

Aquellas riñas sangrientas tomaban a veces verdaderos caracteres de combate, porque había en las galeras ciertos matones afamados que tenían grupos de admiradores que cuando ellos reñían lo hacían también en su defensa.

Cuando estas riñas daban principio, nos retirábamos los cubanos a nuestros catres y nos limitábamos a tomar ciertas precauciones necesarias.

Cuando había bronca en la galera 16, donde vivían los compañeros Juan Gualberto Gómez, Octavio Zubizarreta y Agapito Anitúa, estos queridos compañeros ponían a salvo sus personas del siguiente modo:

Al iniciarse la riña, daba Anitúa la orden de "¡A la trinchera!", y cerrando con su catre el espacio que quedaba libre entre el de Juan y la pared, que era el verdadero hogar de los tres, se encerraban en él y se armaban: Octavio, con la espumadera; Anitúa, con una banqueta, y Juan, en actitud que causaba risa, esgrimía la mano del mortero.



El criterio de los jefes de Ceuta, civiles y militares, era que cuantos más presos se mataran menos tenía el Estado que gastar en su manutención. Por eso no se preocupaban porque los forzados anduvieran armados hasta los dientes, y si algunas veces hacían registros para ocuparles las armas, los verificaban con tan poco interés y cuidado, que los forzados las escondían y no se las encontraban.

El capataz de servicio en la puerta del Acho, donde registraban a todo el que entraba y salía, permitía por dos pesetas la introducción de un cuchillo en el Departamento, y por un peso permitía que llevaran a las galeras una arroba de aguardiente.

El aguardiente lo introducían en vejigas dentro de los sacos de pan, y los cuchillos en el vientre de grandes pescados. De los cuchillos introducidos de este modo no había que dar cuenta al capataz.

Un día, un forzado español, sin medir las consecuencias de su denuncia, dijo al capataz de puerta que en la fila de que él formaba parte había uno con una vejiga de aguardiente entre las piernas (era una conocida manera de introducir aguardiente en el Acho).

El denunciado era un prisionero cubano, negro congo, que tenía para su desgracia una monstruosa hernia en la región inguinal.

El capataz se acercó a la fila con el vergajo en alto, ordenando al denunciado que pusiera en el suelo la vejiga. El infeliz dijo lleno de temor que no tenía vejiga alguna de aguardiente.

El capataz, enfurecido, le gritó que se despojara de la ropa, y al quedar al desnudo la deformidad fea y asquerosa, su crueldad, aumentada con un murmullo contenido a medias por los circunstancias, fué descargada sobre el que hizo la denuncia falsa, quien recibió varios vergajazos en sus espaldas.

★ ★ ★

En la fila de camas que estaba frente a la en que vivía el autor en la galera 14, vivía un forzado llamado Francisco Villarrubia, ebanista de oficio y de cultura extraordinaria.

Aquel hombre, que vestía allí el traje del forzado, cubriéndolo con una blusa de obrero que le llegaba más abajo de las rodillas, de color azul como el cielo, con su estatura colosal, ancha frente y pelo canoso, tenía aspecto de príncipe enjaulado. Y en realidad era príncipe, pero príncipe del anarquismo.

Como obrero de alta esfera, encarnó en él la santa idea de librar a su patria de tiranos, pero el medio en que sus facultades tomaron vuelo lo lanzó por el escabroso camino del anarquismo, y pudiendo haber brillado como estrella de primera magnitud en el cielo de la evolución, sendero grandioso que ha puesto Dios delante de los pueblos para su mejoramiento y felicidad, cayó en el foso de tinieblas donde su luz se apagó por completo.

El horrible atentado anarquista de la calle de Cambios Nuevos, en su ciudad natal, fué la causa de su desventura.

Cabeza principal de aquel atentado (según sus consortes decían), escapó con el pellejo porque la justicia, guiándose por leyes llenas de errores, se conformó con llevar al patíbulo al brazo ejecutor del atentado, dando oportunidad a sus cómplices para continuar su carrera de exterminio de todo principio de autoridad, al cumplir la condena que les impuso.

Aquel vecino, lleno de autoridad ante sus consortes y demás forzados, por su valerosa conducta y la aureola de que lo habían rodeado los hechos de su vida, demostró desde nuestra llegada al Acho verdadera simpatía por nuestra causa.

Como amaba a su patria con toda la fuerza de su corazón, deseaba una España grande, feliz y poderosa, por la fuerza de la libertad misma, y se avergonzaba de que los prisioneros cubanos estuviéramos reclusos en aquel antro de infamante esclavitud.

Aquellos horrores, producto del vicio y del crimen, lo llenaban de vergüenza, y su lengua, movida por su poderoso verbo expresaba dirigiéndose a nosotros el impetuoso torrente de sus pensamientos.

Hablaba horas enteras en la lengua del príncipe de las letras castellanas, pero con marcado acento catalán, haciendo la crítica de todos los actos del Gobierno.

Maldecía el juego y anatematizaba a los jefes que lo consentían y a los viciosos que lo fomentaban y sostenían.

El fué quien nos relató el más abominable de los hechos que sobresalen en la historia de los crímenes cometidos en Ceuta.

Un levantamiento político que tuvo lugar en Barcelona contra el Gobierno, tuvo por consecuencia la prisión de trescientos catalanes, que fueron sentenciados a reclusión perpetua en el Acho.

Un día, aquellos prisioneros se sublevaron, y apoderándose de la fortaleza, apuntaron sus cañones para la plaza y exigieron su inmediata libertad.

Las autoridades pidieron tregua, parlamentaron y ofrecieron la libertad de los sublevados a cambio de su rendición, garantizando sus buenas intenciones con la firma del mismo Monarca.

Al siguiente día tomaron las autoridades formal posesión de la fortaleza y a las pocas horas fueron fusilados en masa los 300 catalanes.

—Allí están — decía — tiradas por el suelo las viejas cruces que marcaban sus tumbas en el bastión que está a la izquierda de la puerta de Málaga.

Y su indignación tomaba proporciones alarmantes, extendiéndose en consideraciones profundamente comprometedoras, dado el lugar en que nos hallábamos.

Pero nadie se metía con él; tal era la cantidad de prestigio de que estaba rodeado.

FUGAS

Vanamente tomó el Gobierno de España toda clase de precauciones encaminadas a evitar que los prisioneros cubanos nos fugáramos de Ceuta.

La puerta de aquel sepulcro no la debíamos abrir sin verdadera resurrección.

Nuestra sacrosanta libertad, sublime anhelo y fundamento de nuestra vida de martirio, la queríamos por medios lícitos.

El Gobierno que nos había encerrado detrás de aquellos muros, sería obligado, indudablemente, a abrirnos sus puertas, cuando a ellas llegara la onda sonora de la gran campanada que anunciara al mundo la libertad de Cuba.

Las guardias del Acho fueron reforzadas, los empleados civiles y los presidiarios con autoridad, nos vigilaban estrechamente en los trabajos, y una doble fila de soldados armados de fusiles a bayoneta calada, nos rodeaba por todas partes.

Sabíamos que tenían la consigna de hacernos fuego a la menor sospecha de rebelión, y nuestros corazones se helaban cuando oíamos el ruido de las armas de fuego al ponerles la carga cuando salíamos de marcha para los trabajos.

Sabíamos también que en Ceuta era una falta más grave matar a una sabandija en la pared que a un presidiario en plena calle, porque todo quedaba arreglado con decir que había tratado de fugarse.

Y caminábamos por las calles y carreteras, yendo y viniendo en nuestras faenas de los trabajos forzosos, entre soldados novicios que llevaban en el fusil el plomo homicida y en el pecho el odio que debíamos inspirarles. ¡Quizá alguno de ellos llevaba en el corazón el luto de un hermano muerto en Cuba bajo el filo del machete o de cruel enfermedad!

Por eso, llenos de sobresalto, los vigilábamos (disimuladamente, que es la más eficaz de las vigilancias), aun más que ellos a nosotros.

Pero nuestra vigilancia tenía por único objeto, darnos a nosotros mismos la seguridad de que nuestra conducta se ajustaba al medio, para vivir en seguridad de vida.

Con el tiempo pudimos notar que habíamos llevado al ánimo de nuestros guardianes la verdad de nuestras intenciones. Pero no por eso dejaban de vigilarnos con cuidado.

★ ★ ★

Por el contrario, los forzados españoles, desde el más encopetado que vivía en el Acho con servidumbre de potentado, hasta el más humilde del montón anónimo, llevaban en sus mentes la subyugante idea de la fuga.

Era para ellos una cuestión sencillamente definida, que con muy raras excepciones, sólo por medio de la fuga era para ellos posible el pensamiento de la libertad. Y esa diosa, encar-

nación del amor más profundo, tiene un altar en cada corazón en cautiverio, que la adora con más ardiente fervor cuanto más difícil sea conseguir sus indulgencias.

Para muchos escritores ha sido la vida de los presidios asunto muy interesante, y en sus libros, lo más ameno y divertido, son las descripciones de las fugas célebres.

En Ceuta mantenían los forzados, tradicionalmente, muy interesantes historietas de fugas en que los protagonistas hicieron verdadero derroche de paciencia y atrevimiento.

Mas, a través de los tiempos se había demostrado como una verdad tristísima para los forzados, que el noventa y nueve por ciento de las fugas intentadas, habían culminado en ruidosos fracasos.

Entre las pocas fugas que habían tenido éxito, las había dignas de referirse por las circunstancias de que habían sido rodeadas, intencional o accidentalmente.



Estepona es un pequeño puerto de España en el Mediterráneo, cerca del Estrecho de Gibraltar.

En este puerto hay muchos pequeños barcos de cabotaje que trafican entre los puertos españoles del Estrecho y el de Ceuta.

Muchos de esos pequeños barcos tienen un secreto en su fondo y sus tripulantes son verdaderos bandidos del mar.

Cuando los familiares de un presidiario de Ceuta podían comprar su libertad, contrataban su fuga con uno de esos bandidos.

El presidiario preparaba en Ceuta, mediante dinero y con riesgo de su vida, la manera de acercarse a la orilla del mar en el punto y hora convenidos.

El barco se acercaba también a la orilla y recogía al presidiario, siempre que la suerte le fuera favorable y no lo descubrieran los innumerables centinelas que repartidos de trecho en trecho vigilaban la costa.

Lanzado al Estrecho, tenía el pirata en sus manos la vida del fugado, y si creía perjudicial para sus intereses y seguridad personal el desembarco del presidiario en la costa española, lo estrangulaba y arrojaba su cadáver a las vertiginosas corrientes del Mediterráneo.

Muchos presidiarios de Ceuta han terminado su miserable existencia de tan trágica manera, pero algunos obtuvieron su libertad fugándose de un modo análogo a través del Estrecho.



Conocimos en el Acho a un presidiario llamado Juan Borrás, quien por siete veces había intentado fugarse, tres de ellas por el mar, pero no embarcado, sino nadando.

Era un excelente nadador, y como lo habían hecho otros muchos, preparó un día su fuga para lanzarse a las aguas azules y profundas del Estrecho.

Dentro de las rocas de la costa escondió una tabla cargada con cosas de comer.

A la hora propicia dejó cautelosamente el lugar del trabajo, y llegado que hubo a la orilla del mar se entregó a las frías ondas cargado con sus provisiones y con sus crímenes.

Con pasmosa agilidad se alejó de la costa hasta ponerse fuera del alcance de los fusiles de los centinelas.

La impetuosa corriente mediterránea que produce desniveles profundos en la superficie líquida, visibles a muchas millas de distancia, lo llevó en su dirección hinchándole el corazón de alegría.

Si algún pez traidor no lo sepultaba en su vientre, ya estaba en plena posesión de la anhelada libertad.

De todos modos, su alegría era justificada, porque, aunque muriera en su arriesgada aventura, ello era preferible a continuar la ignominiosa vida del Acho.

Pero la negra fatalidad que anida en el corazón del hombre, lo seguía con la misma velocidad de la corriente.

Sus ojos perdieron de vista la montaña del Acho y vieron en el horizonte el velamen de un barco.

Su corazón casi estalló de alegría y desprendiendo de su cabeza un pañuelo preparado de expofeso, pidió auxilio al buque.

Lo recogieron y después de su declaración en que pretendió hacerse pasar por náufrago de otro barco, sospecharon de lo que verdaderamente era, y lo entregaron a las autoridades españolas del primer puerto en que hicieron escala.

Otra fuga en la misma forma preparó más tarde, siendo descubierto por los centinelas antes de llegar a la orilla del mar.

Por último, estando en los trabajos de ampliación del muelle militar, concibió una nueva

fuga por el mar, con la intención de atravesar la bahía y ganar la costa africana, más afuera de la batería de la Puntilla.

A la hora del rancho del mediodía se alejó del lugar del trabajo y emprendió su travesía con la agilidad de un delfín.

Nadie tuvo noticias de su fuga hasta las cinco de la tarde, hora en que notó la falta el capitán de la sección al efectuar el recuento.

Pero al llegar al Acho supieron que el desgraciado Borrás estaba ya en el mismo, terriblemente apaleado en el departamento de **blancas**.

Con verdadero entusiasmo nos refería sus arriesgados intentos de fuga, manifestando que en aquel último fué en el que abrigó mayor esperanza de libertad.

Nadando en línea recta venció las dos terceras partes de la distancia que se propuso recorrer (unas tres millas), pero al pasar a la altura de la batería citada, lo empezó a combatir una corriente contraria a su dirección, y luchando con ella perdió las pocas fuerzas que le restaban, siendo lanzado insensiblemente sobre la costa a corto trecho de la batería, donde fué descubierto por los artilleros.

Conducido al Acho recibió la terrible paliza reglamentaria, pero con la gracia de la "chaquetilla".

Cuando un presidiario del Acho fracasaba en un intento de fuga, se extendía una ola de tristeza entre sus compañeros de desgracia.

En seguida buscaban una chaquetilla de uniforme y le ponían un grueso forro de trapo; una especie de colchón en pequeño.

Cuando pasaba el fugado frente a las galeras entre sus guardianes, se acercaba un presidiario a la comitiva y rogaba que le permitieran entregar al desgraciado aquella chaquetilla para que le sirviera de abrigo en "blanca".

El jefe de la escolta lo permitía o no, según fuera la dureza de su corazón.

El fugado a quien le permitían aquella gracia, recibía algo así como el indulto de la última pena.

Cuando llegaba a la puerta de la Ayudantía era recibido como el reo que llega a los pies del cadalso, con la diferencia de que al ajusticiado lo recibe un solo verdugo y al fugado lo recibían muchos en coro abominable.

El Ayudante daba la orden de "boca abajo", y daba los primeros vergajazos, como el jefe de un Estado que pone la primera piedra de un edificio público.

Le seguía en turno el capataz de servicio, y a éste los volantes y cabos de vara que habían sufrido las molestias de la persecución del fugado.

El infeliz, tirado en el suelo como un tronco de palo, se inmovilizaba desde los primeros momentos, creyendo erróneamente que así lograría inspirar compasión a aquellos desalmados instrumentos del demonio.

Cuando aquel ser inerte, sin sentido y cubierto de sangre, presentaba los síntomas aparentes de la muerte, cesaban los criminales en su crimen, y como una manada de lobos después de devorar su presa, ocupaban cada uno su puesto en aquella tenebrosa caverna del mal.

El cuerpo del fugado era conducido a "blanca" y sin tener en cuenta su inmovilidad, lo aherraban, uniéndolo a la pared con la cadena.

Entonces se manifestaban los efectos salvadores de la chaquetilla. Si había sido bien rellenada y su posición en el cuerpo del fugado había sido perfecta, la curación del infeliz era posible, pero si dichas bondades no habían existido, el desdichado moría en aquella negra bóveda, que por sarcasmo se llamaba "blanca", o era trasladado al hospital, donde tenía fin seguro su ansia de vida y libertad.



Había allí otro presidiario de apellido La Rosa, que se había fugado varias veces, fracasando en todas ellas, y a cuyas correrías había renunciado al parecer, dedicándose a amaestrar monos para los jefes.

La historia de sus fugas era verdaderamente interesante, pero renunciemos a su descripción por no apartarnos demasiado del verdadero objeto de este libro, que no es otro que la descripción de la vida de los prisioneros y deportados cubanos en Ceuta, y si en el mismo se encuentran relatos que más bien parece que se refieren a la vida y costumbres de los presidiarios españoles, a la organización del penal de Ceuta, etc., etc., fácilmente se comprenderá que el pensamiento del autor ha sido pintar los horrores de Ceuta en toda su desnudez, para demostrar de un modo fehaciente, los horribles sufrimientos de los prisioneros cubanos que por espacio de tres años vivieron la vida que era posible en aquel tenebroso abismo, donde el vicio y el crimen salidos al encuentro, libraban la inexpressable batalla de exterminio de todo bien, de todo sentimiento humanitario, de toda idea de religión y mansedumbre; y cuyas fatales y más palpables consecuencias, eran acrecentar el negro borrón

que significaba para España el sostenimiento de aquella Colonia penitenciaria, a las puertas de los más adelantados centros de cultura.

Esta verdad fué reconocida hace algunos años por el mismo Gobierno de Madrid, que por Real Decreto suprimió aquel Penal y dió a Ceuta su verdadero carácter de plaza fuerte, convirtiéndola en indiscutible llave del Estrecho y capital de sus vastas posesiones de Africa.

Pero no terminaremos este Capítulo sin hacer la descripción de la importantísima fuga realizada por un cubano, el único que logró su libertad por sí mismo, marchándose del Acho y rodeando su fuga de circunstancias y peripecias que demostraron hasta la saciedad su valor personal y la entereza de su carácter.



Se trata nada menos que del queridísimo compañero X, cuyo nombre nos vemos privados de revelar, por circunstancias especiales de su vida que pronto daremos a conocer.

Bajo la acción enervante de una fiebre altísima, hizo el afable amigo su triste ingreso en el Acho, siendo destinado a la galera 14, junto con el autor.

A la mañana siguiente descubrimos un frondoso eucalipto que crecía en el patio, del que desprendimos hojas en abundancia, siguiendo la vulgar creencia de que es un árbol febrífugo.

Con gran dificultad conseguíamos el azúcar para los cocimientos, pero aquel hombre de voluntad de hierro los tomaba dulces o amargos con una fe inquebrantable en su curación.

—Tú eres mi médico — me decía con frecuencia, y a medida que iba recobrando la salud, se acentuaba su esperanza de volver a Cuba, para abrazar a su querida madre, cuyo nombre jamás apartaba de sus labios en los accesos de fiebre.

No teníamos ni un mal termómetro, pero por el tacto se notaba que la fiebre cedía diariamente, retirándosele a los veintiún días de tratamiento.

Lleno de alegría principió el enfermo a comer pan y rancho, y a los pocos días fué destinado a tirar de los carros.

Con el corazón lleno de agradecimiento y el rostro de alegría, me trataba como a su salvador, y me hablaba de una recompensa futura, pues decía que tenía en Cuba dinero enterrado, cogido de un pueblo que habían saqueado cuando la invasión, después de tomarlo a fuego y sangre.

A mis reconvencciones para que no me tratara de semejante asunto, respondía siempre:

—Bueno, ya nos veremos en Cuba y arreglaremos esto.

★ ★ ★

Una mañana fué llamado inesperadamente a la Ayudantía, y cuando regresó a la galera estaba pálido como un muerto.

—¿Qué tienes? — le interrogué alarmado.

—No puedes figurarte lo que me sucede, querido — me respondió mirándome con angustia.

—¿Te sucede algo grave? — insistí.

—Muy grave — me respondió con voz muy triste—. Me llevan para Cuba — articuló en el mismo tono—, pero después me devolverán a esta noche perpetua de la que jamás podré salir.

Notando mi perplejidad ante sus manifestaciones, me invitó a dar un paseo por el sendero de las balsas, para contarme la historia de su nueva desventura.

Era domingo y no teníamos que salir al trabajo.

Salimos al patio y bajo la mirada de los centinelas, caminamos silenciosamente hasta el borde de la hoya que denominaban "Las balsas" del Acho, donde los forzados tenían sus lavaderos.

Allí nos sentamos sobre unas piedras, testigos mudos de las más amargas soledades.

Desde aquel lugar se divisaba perfectamente el Estrecho azul y majestuoso, limitado por las costas españolas y africanas.

"Sierra Bullones" y el "Peñón de Gibraltar" se levantaban majestuosos e imponentes a la entrada de aquel río anchuroso, por donde hubieron los restos de la civilización árabe, perseguidos a tra bu c a z o s por los libertadores españoles.

Allá, muy lejos, se distinguían las cumbres españolas, con sus coronas de nieve perpetua, para mantener en la mente de los presidiarios españoles el recuerdo de la patria maldita, que los había rechazado, precipitándolos en aquel horrible foso de tinieblas.

Sentados sobre aquellas piedras se les oía con frecuencia, solos y abatidos, entonando canciones o aires con cadencias profundamente tristes, en los que recordaban los seres queridos, adivinándolos a través del continente.

El silencio más profundo mantuvo cerrados nuestros labios durante largo rato.

De pronto, como quien pretende librarse de un pesar horrible, me dijo con amargura:

“La desgracia bate hoy sus negras alas sobre mi cabeza, llenándome de desesperación.

”De nada me valdrá haber luchado por la libertad de la patria esclava, porque si llega a ser libre, no podrá contarme entre los que rompieron sus cadenas.

”Las leyes del tirano me han cogido entre sus mallas, y aunque les quede poco tiempo de existencia, será el suficiente para sepultarme para siempre en este fatídico lugar de olvido y sufrimiento.

”Es el caso querido amigo — siguió diciendo —, que allá por el año 1894 tuve la desgracia de privar de la vida a un comerciante de mi pueblo, por algo que creí ofensivo para mi decoro de hombre de vergüenza.

”Aquel triste hecho me obligó a esconderme por los montes de mi provincia, huyendo de la Guardia Civil y llevando una vida sumamente difícil.

”El grito de independencia puso en mi camino el medio de reivindicarme con la sociedad, y corrí a incorporarme a las fuerzas insurrectas. Pero sobrevino el terrible suceso de mi caída en poder de las fuerzas españolas, que me condujeron a mi pueblo natal, donde la fatal identificación demostró quién yo era, y al proceso por rebelión siguió el otro por causa común.

”Yo creí que al traerme a Ceuta sentenciado a cadena perpetua por el delito de rebelión militar, quedaría en suspenso la otra causa, pero hoy

me han comunicado que mañana saldré en cordillera para España, de donde seré conducido a Cuba, para comparecer ante el juez que instruye mi causa.

"Y como conozco el hecho que realicé, tengo la seguridad de que seré sentenciado, que me mandarán a este presidio a cumplir mi condena y que en él dejaré mis huesos."

★ ★ ★

—Ahora — continuó — quiero tu consejo sobre mi triste situación.

Entonces le hablé con dulzura, tratando de arrancar de su pecho aquel estado de desesperación.

Le aconsejé que aun en los momentos más amargos de la vida, cuando ella es la suprema causa del dolor, cuando su horizonte no nos presenta nada más que negruras que rebosan nuestra alma de intenso sufrimiento y aun cuando nuestro ser se sumerge por completo en la penumbra del no ser, debemos acudir llenos de fe al manantial inagotable de consuelo, que vino al mundo escogido para consolar a los que sufren y por ellos dió su preciosa vida.

—Arroja de tu pecho — le dije — esa desesperación que embota tu cerebro, serena tu espíritu y dirígete a Cristo en demanda de consuelo y esperanza, y recibirás el vivificante rocío de su divina gracia. El te pondrá en el camino de tu salvación, detendrá a los que te persiguen y te dará fortaleza para resistir el rudo golpe de tus desventuras. Confía en su misericordia y ruégale que no te abandone en estos tristes momentos de tu vida. El hinchará tu alma de consuelo y su misericordia te hará fuerte como una

roca. Tus enemigos serán impotentes contra ti, y aunque te lleven, te condenen y te arrojen para siempre en esta espantosa noche penal, tú los vencerás y serás libre, porque Cristo estará contigo y guiará tus pasos.

Secando las lágrimas que salían de sus ojos a raudales, me interrogó sobre la manera de dirigirse a Cristo y lo que debía hacer para merecer su divina gracia.

—Lo que tienes que hacer — le respondí — es orar conmigo ahora mismo y seguir orando siempre a Dios omnipotente por mediación de su Divino Hijo. Y quitándonos de las rapadas cabezas los denigrantes gorros de presidiarios, oremos largamente, con todo fervor y contrición, con los ojos en las africanas rocas milenarias, y el corazón y la mente en la sagrada imagen del Mártir del Gólgota.

Después nos levantamos silenciosos y emprendimos la vuelta a las galeras.

De los ojos del compañero X seguían saliendo lágrimas consoladoras, y en su rostro se notaba la sublime serenidad de la esperanza.

Deteniéndose de pronto, me dijo con voz tranquila:

—Ahora me creo capaz de soportar con paciencia todos los infortunios juntos. La espantosa tormenta que había en mi cerebro se ha disipado por completo y mi corazón ya no late con violencia. Que me lleven a Cuba; tal vez pueda proporcionarle a mi madre el consuelo de que me vuelva a ver.

Y deteniendo sus meditados pasos, me miró intensamente y me dijo:

—La idea de la fuga ha penetrado en mi mente. Yo conseguiré mi libertad aunque sea con riesgo de mi vida, y confío en que Dios me ayudará en mi empresa, porque deseo mi libertad para dedicarme al bien por completo. Mi vida será ejemplar donde quiera que me vea obligado a vivir, y el más profundo agradecimiento guardaré en mi pecho para ti.



Aquella misma tarde se lo llevaron terriblemente maniatado.

Seis meses más tarde recibí una carta en que me anunciaba que lo habían condenado a cadena perpetua, pero que abrigaba la esperanza de permanecer por algún tiempo en el presidio de La Habana. Después no me escribió más, y mis cartas dirigidas a dicho establecimiento penal tuvieron siempre el silencio por respuesta.

El tiempo pasó lentamente y con él la terminación de la guerra y nuestro regreso a Cuba.

En el presidio de La Habana me informaron que mi infortunado amigo había sido trasladado al presidio de Ceuta y que se había cruzado con nosotros en el Océano.

Algunos meses después recibí una carta suya donde me decía que estaba en el Acho, que su alma estaba lacerada por el dolor, pero que no perdía la esperanza de libertad y que algún día nos veríamos de nuevo.

Después pasaron tres largos años sin noticias del querido amigo en desgracia. Seguramente había sucumbido víctima de alguna enfermedad, o al tratar de fugarse había sido descubierto y muerto a palos.

Pero un día llegó a mis manos una carta escrita en su nombre y certificada en Tánger, en la que me decía que se había fugado y estaba en aquella ciudad sin recursos para trasladarse a Cuba.

La duda más espantosa se apoderó de mí.

Mi primera creencia fué que se trataba de un timo, porque en Ceuta había, como se dirá más tarde, timadores célebres que constantemente estaban combinando estafas y conocían hasta los más mínimos detalles de la vida de todos los familiares y amigos de los confinados en aquel penal.

Seguramente, quien me escribía de Tánger era un agente de un timador de Ceuta. Y como X no sabía escribir, no tenía ni la facilidad de la identificación de su letra.

Entonces recurrí a un amigo del Acho, al presidiario Francisco Cubillas, noble y cariñoso, que tanto bien nos hizo, quien me contestó diciéndome que X hacía dos años o más que se había fugado, sin que se tuvieran noticias de él, teniendo su fuga todas las apariencias de buen resultado.

Aun después de recibir esta carta dudé de su sinceridad, y seguí creyendo que se trataba de un timo perfectamente preparado y que mi carta había sido interceptada.

Por otro lado estaba bajo la acción de un terrible dolor moral. Quizá el amigo X estaba efectivamente en Tánger, implorando de mí el socorro necesario para completar su libertad, y por no acudir a tiempo en su auxilio, correría el riesgo de ser descubierto y reducido de nuevo a prisión.

Pero en mi interior luchaba con estos sentimientos el que me aconsejaba que no arriesgara el dinero que correspondía a mis hijos, sin tener la plena seguridad de que con él compraba la libertad del amigo en desgracia.

Para ganar tiempo, mientras recibía contestación de las autoridades españolas de Ceuta a quienes acudí, escribí a la persona que X indicaba en Tánger, comunicándole mis dudas sobre la veracidad de la fuga del inolvidable amigo.

★ ★ ★

El tiempo fué pasando sin más noticias, pero ocho meses más tarde, encontrándome de servicio como oficial de guardia en el castillo del Príncipe, a donde acabábamos de trasladar el Presidio Nacional, me avisaron del cuerpo de guardia que un señor preguntaba por mí.

Salí y se me presentó un individuo de elevada estatura, de color cetrino y mirada dulce y apacible, que llevaba pintada en su fisonomía la expresión que caracteriza a los naturales de las ciudades del Norte de Africa, c que en ellas han pasado la mayor parte de su vida.

Aquel individuo sacó de su bolsillo un retrato y me dijo:

—¿Conoce usted este retrato?

Mi sorpresa fué grande como mi alegría.

Aquel hombre venía de Tánger, sabía toda la historia del amigo X y acababa de hacer el largo viaje para traerme sus noticias y la súplica de que no lo dejara abandonado en aquel país extraño, expuesto a la persecución de las autoridades españolas.

Al siguiente día oí de labios de Francisco Cabeza, que así se llamaba el viajero, la siguiente historia de la interesante fuga del compañero X.



Con paciencia jobiana fabricó una larga y resistente escala de hilos de sacos destejidos y la ocultó en su coy.

Después consiguió un pelo de següeta de esos que se pueden ocultar en una ranura en forma de espiral grabada en un céntimo de peseta, pero de tales cualidades de resistencia al rozamiento, que con ellos se puede seccionar el más grueso barrote de hierro.

Con el presidiario La Rosa, que había hecho algunas de sus fugas por el campo moro, aprendió algunas palabras en árabe, las suficientes para pedir socorro y hacer oraciones en la religión de Mahoma.

Con un moro de los que entran diariamente en la plaza para comerciar, consiguió un *jaïque*, que es una larga camisa con capucha, única pieza de vestir con que tapan sus esqueletos los moros cabileños.

Con unas cuantas pesetas ahorradas en fuerza de pasar hambre, vendiendo su pan y cuanto poseía, compró dos conciencias, o mejor dicho, compró sólo una conciencia, porque a un soldado se le puede suponer conciencia, pero no a un forzado de Ceuta. Compró al Cabo de imaginaria y la conciencia de un centinela.

El primero le permitió cortar la reja de la galera, y el segundo, que por medio de la escala se descolgara por la muralla.

El día siguiente lo pasó oculto en la orilla del mar, ya fuera de la ciudad, y por la noche caminó sin descanso, siempre por el monte, alejándose de los caminos.

En esta forma, caminando por la noche y ocultándose por el día, siguió su peregrinación durante siete días, hasta que rebasó la línea de las cabilas fronterizas, cuyos habitantes andan siempre a caza de los cristianos que se fugan de Ceuta, para entregarlos mediante cinco pesos que les entregan por cada uno en la Dirección del Penal, después de cometer en sus personas asquerosos actos pasionales.

Las escasas provisiones que sacó del Acho se le agotaron bien pronto y se encontró sin alimento y completamente desorientado en medio de aquellas selvas, donde su alimento consistía solamente en frutas silvestres que desprendía de árboles desconocidos para él.

Como ya se consideraba algo más seguro, caminaba por el día y descansaba por la noche.

Al cabo de muchos días de marcha salió a un campo abierto y cultivado, donde había una mezquita rodeada de numerosas casas.

Se dirigió a la puerta de la mezquita y pidió permiso a una mora vieja que guardaba la puerta, para entrar y hacer oraciones, dándose aire de viajero.

Ya dentro de la mezquita, se portó como lo hubiera hecho un árabe, y la vieja dió cuenta de su presencia al Santón, quien lo condujo a su casa a presencia de sus hijas, unas mocetonas de rostro amarillento, llenas de atractivo y simpatía.

Aquella noche comió a la mesa con aquellas gentes, quienes lo trataron con mucho recelo, toda vez que no podía expresarse bien en árabe, de cuya lengua apenas poseía algunas palabras.

A la mañana siguiente, al levantarse de la estera que le dieron por cama, vió con honda sorpresa que dos moros armados de espingardas y alfanjes preparaban una cadena de veinte metros de longitud que, aunque no era muy gruesa, ponía espanto en el corazón.

Por medio de una argolla remachada al pie, lo ataron con la fuerte cadena y lo condujeron a un campo de cultivo, donde le entregaron un azadón para que trabajara como agricultor, permaneciendo fuertemente sujeto al suelo por una estaca de hierro a la que estaba fijo el otro extremo de la pesada cadena.

Así permaneció catorce meses, durante los cuales aprendió a hablar en árabe lo suficiente para entenderse con aquellos semisalvajes, quienes aparte de la esclavitud a que lo tenían sujeto, lo trataban bien, dándole de sus alimentos, cama y vestuario. También lo hacían copartícipe de sus cultos religiosos, a los que asistía con la cadena al pie y con fingida devoción, pretendiendo con ello ganar en su favor la voluntad del Santón.

Al salir un día de los servicios religiosos, lo llamó el Santón y le propuso que se dejara circuncidar, para darle por esposa a la mayor de sus hijas. Se negó a ello, y la negativa le costó muy cara. Todas las caras se volvieron hoscas contra él.

Le vigilaban más estrechamente y le obligaban a ejecutar mayor cantidad de trabajo. No le permitieron más asistir a los cultos religiosos, y la cadena le fué cambiada por otra más larga y más pesada.

Un día hubo fiesta en la comunidad aquella, para festejar la visita de un personaje de una cabila cercana.

Durante la comida lo pusieron en presencia del visitante, quien lo sometió a un interrogatorio en forma, lo que no habían hecho hasta aquel día sino a medias.

El contestó que efectivamente procedía de Ceuta, pero que era un prisionero de guerra cubano, que ostentaba el grado de Coronel, que se había fugado del Acho donde estaba recluso e interesó del Santón que lo dejara en libertad para regresar a su tierra, ya que había trabajado para él durante muchos meses.

El personaje visitante, demostrando poseer ilustración, dijo solemnemente al Santón:

—Este hombre miente; los prisioneros cubanos fueron puestos en libertad cuando se terminó la guerra Hispano-Americana. Este es, con toda seguridad, un presidiario de causa común fugado de Ceuta, y ustedes deben entregarlo en dicha plaza, donde recibirán por él la cantidad de cinco pesos.

El Santón protestó indignado, asegurando que jamás cometería semejante acción, prefiriendo retenerlo como esclavo, porque era un excelente agricultor.

El visitante se marchó al día siguiente con su séquito, y la vida en aquella capital de tribu volvió a su estado normal.

Las hijas del Santón lo miraban con desprecio, y los hombres y mujeres de la servidumbre le negaron la palabra, y sólo el Santón lo seguía tratando como a una buena bestia. Sólo en la viejecita que cuidaba el templo hallaba palabras de consuelo.

Cuando se encontraba solo en el campo, trabajando en la agricultura, sujeto a la tierra por la cadena, la argolla y la estaca, elevaba sus preces al Altísimo, y le pedía de todo corazón que no lo desamparara de aquel modo.

Una tarde, después de su acostumbrada oración, oyó como una voz interior que lo acusaba de cobardía, que había aceptado aquel estado de esclavitud sin intentar la fuga. Aquella voz seguía diciéndole: “Esa cadena es frágil y puedes romperla, y los bosques cercanos te ofrecen seguro abrigo. Eres joven y fuerte y puedes soportar muchos días de marcha. Arrójate al peligro y camina hacia el Este para que llegues a la costa. Acuérdate de que Cristo está contigo, porque su fe no ha disminuído en tu pecho, y El te pondrá sano y salvo en lugar seguro.”



Lleno su corazón de alegría y valor, cogió el azadón entre sus robustos puños y apoyando la cadena sobre una piedra, la cortó junto al pie a los pocos golpes, y sujetando el pedazo que le quedó junto a la argolla, con un pequeño cordel en forma de liga, se lanzó por la pendiente de un barranco, veloz como el viento, y ganó el monte virgen, a través del que caminó sin descanso durante el resto del día y la noche.

A la mañana siguiente se escondió en una espesura, junto a la cual mató con cuidado su propio rastro.

Las verdes hojas de aquel bosque milenario fueron el único alimento de que pudo disponer durante aquel día, y tan pronto la sombra de la triste noche envolvió con sus tenebrosidades

aquellas soledades infinitas, emprendió de nuevo su marcha en la misma dirección que siguiera la noche anterior.

A la mañana siguiente acampó, si cabe la frase, donde había encinas, cuyo fruto, las bellotas, son de un gusto parecido al de las castañas.

Allí hizo de una vez todas las comidas de las cuarenta y ocho horas de marcha y recogió una buena provisión de aquella fruta para los días siguientes.

Emprendiendo de nuevo la marcha, caminé lleno de esperanza, atravesando hondos precipicios, bosques intrincados, cimas de alturas tremendas, pasando a nado ríos caudalosos, y dando, en fin, grandes rodeos para desechar precipicios o rocas inaccesibles.

Días enteros sin encontrar una corriente de agua para mitigar la sed, ni una mala fruta con que aminorar el hambre espantosa, se sucedían con frecuencia; pero su fe era inquebrantable y su fuerza de voluntad lo empujaba adelante, marcha tras marcha, seguido a veces por un gran ejército de monos, que con sus alaridos parecía que avisaban a nuevas unidades, que se incorporaban para gritar y correr, unas veces por el suelo y otras por sobre los árboles, en algarabía horripilante.

★ ★ ★

Una mañana, después de cruzar a nado un río caudaloso, emprendió la ascensión de una cumbre inmensa, a cuya cúspide llegó por la tarde.

Cansado y jadeante se tiró en el suelo, donde pasó la noche en tranquilidad profunda, porque

ningún ser vivía a aquellas alturas, y sólo él, en su dolor infinito, pudo hollar con sus plantas aquellas solitarias fragosidades.

Su ansia infinita de libertad había obrado aquel prodigio; su fe ardiente lo había acercado al cielo.

Los vivificantes rayos del Sol, a la mañana siguiente, filtrándose por entre los árboles gigantes, lo volvieron a la realidad, y para descubrir su horizonte trepó hasta lo más alto de un árbol, y sacando la cabeza por entre sus ramas, escudriñó en la llanura inmensa que se ofreció a su vista, los distintos tonos que presentaban los objetos lejanos al ser besados por los oblicuos rayos solares.

A distancia casi imperceptible a su vista, le pareció ver una franja azulosa que se esfumaba en el firmamento.

No podía distinguir si aquello era el mar de sus esperanzas, o si era una inmensa cordillera que la distancia azulaba, dándole aquellos contornos indistintos.

Aconsejándose consigo mismo resolvió esperar en aquel lugar a que el Sol subiera más sobre el horizonte, para ver si aquella franja azulosa presentaba a la vista algún indicio de su naturaleza.

Descendiendo de su observatorio, se entretuvo buscando frutas y semillas con que alimentarse.

Cuatro o cinco horas más tarde volvió a subir al árbol, donde pudo descubrir lleno de alegría, que aquella franja azul era el Atlántico. Su vista no podía distinguir ningún objeto de la costa, pero tenía la seguridad de que, en un par de días de camino llegaría a ella.

Nuevos sobresaltos affligieron su corazón. ¿Lo esperaría allí la libertad o la odiosa esclavitud? ¿No caería de nuevo en poder de sus enemigos? ¿A qué punto del continente saldría caminando en aquella dirección? Pero siendo necesario probar la suerte, se resolvió a emprender la marcha.



Después de elevar sus ruegos al Altísimo, para que lo socorriera en el trance de libertad o esclavitud a que iba a someterse, principió a descender de la montaña.

Caminó aquel día y el siguiente a través de una región sumamente montuosa, pero por la tarde principió a encontrar caminos y terrenos cultivados, así como casas y habitantes que lo miraban con indiferencia, tomándole sin duda por un moro de regiones lejanas.

Pasó aquella noche en una cueva y por la mañana preguntó a un transeúnte hacia qué lugar lo conducía el camino en que se hallaba, siguiendo la dirección de la costa. El transeúnte le respondió que el camino lo conduciría a la ciudad de Tánger.

Cuatro horas de camino lo pusieron en las puertas de dicha ciudad, donde hizo su entrada resuelto a afrontar el todo por el todo, dirigiéndose a una casa en construcción, a cuyo encargado, que lo era el señor Cabeza, pidió en árabe trabajo como peón.

Como tal estuvo trabajando y pasando por moro durante varios días, al cabo de los cuales fué descubierto por el propio encargado de los trabajos, quien lo ocultó convenientemente al

oír de sus labios la historia de la coronelía, usada por el compañero X como poderoso recurso de salvación.

Le hizo creer que era un hombre afincado y coronel del Ejército Libertador, que se había fugado de Ceuta al principio de su deportación, ignorando la terminación de la guerra porque había estado cuatro años en poder del Santón.

De tal manera creyeron aquella historia, que el señor Cabeza emprendió el largo viaje para traerme la fotografía que había de convencerme de la fuga y presencia en Tánger del estimado compañero de infortunio.

Aunque mis sentimientos de moralidad se resentían con la confirmación de las falsedades inventadas por el compañero X, me vi obligado a confirmarlas, porque aquel hombre, ante una terrible decepción, podía hacer una denuncia ante el Ministro de España en la Isla y causar la desgracia de mi desventurado amigo que en lejanas playas confiaba en mí como su único salvador. Obrar de otro modo hubiera sido abandonarlo en su terrible situación, y lo que era aún más horripilante, facilitar el medio cierto de que lo encontraran y restituyeran al penal de Ceuta.

Manteniendo en su engaño al ambicioso viajero, cometía una acción censurable, porque ocultaba la verdad, pero su perjuicio no se aumentaba con ello. Su vana esperanza de lucro se desvanecería con el tiempo, sin que ningún daño pudiera originarle mi conducta.

Pensando así, le ofrecí correr en auxilio del Coronel en desgracia, para que cuanto antes pudiera regresar a Cuba, donde recompensaría con largueza a todos los que se hubieran interesado por su suerte.

El semimoro se despidió de mí y no he vuelto a saber de él hasta la fecha.

★ ★ ★

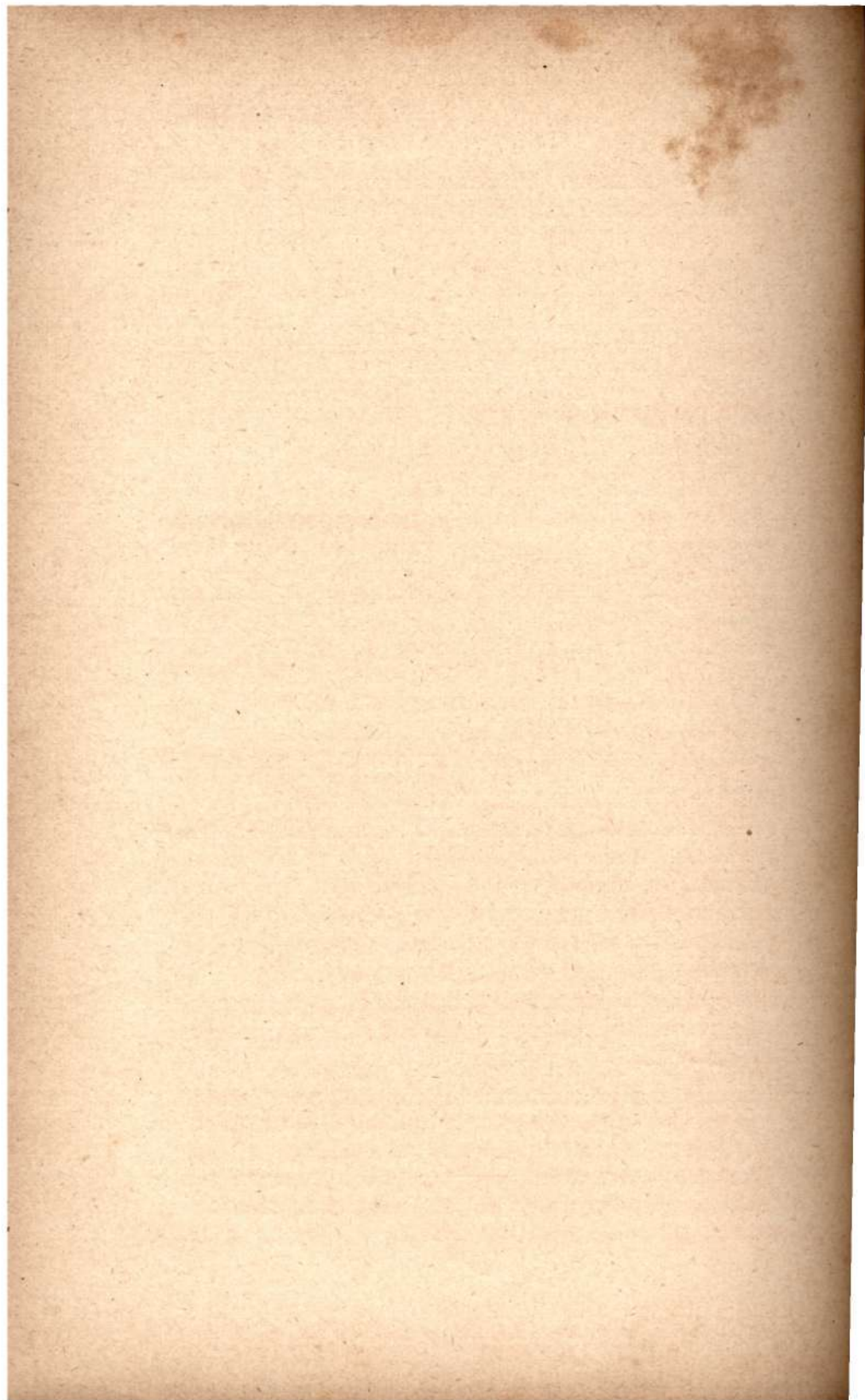
Rápidamente acudí a algunos compañeros de Ceuta, quienes me ayudaron con algunas cantidades, y poniendo yo el resto hasta doscientos cincuenta francos, hice el giro correspondiente a nombre de la persona indicada.

Una carta me anunció unos cuarenta días más tarde que ya el amigo X estaba en Gibraltar esperando la salida de un vapor para New York.

Un mes después me escribió de este último punto, diciéndome que en Gibraltar lo habían descubierto unos licenciados de Ceuta, que lo habían obligado a darles dinero por su silencio, quedándose sin un centavo, y que se hallaba prisionero en un hotel, cuya cuenta de gastos crecía por momentos sin tener modo de pagarla, ni con qué llegar hasta Cuba.

Un nuevo giro completó su ansiada libertad, y unos quince días después se arrojaba en mis brazos en mi hogar del Vedado, entre un río de lágrimas de agradecimiento y voló después para el interior de la Isla, donde lo esperaba la autora de sus días.

Y aunque el más completo olvido ha sido el premio recogido por mi generoso proceder, siempre he rogado a Dios que me permita seguir haciendo el bien con tan beneficiosos resultados.



XXI

AUSENCIA DE TODO

PRINCIPIO RELIGIOSO

Si los pueblos libres y felices necesitan el consuelo de la religión y mantienen fervientes el culto a la divinidad, los pueblos esclavos e infelices que viven sumergidos en el profundo mar de la ignorancia, lo necesitan doblemente. Y lo mismo puede decirse de los hombres en particular.

Si los que viven en colectividades perfectamente regidas por sabias leyes que realizan la felicidad de todos, sienten en sus corazones la necesidad de asistir a los cultos donde reavivan y afirman sus creencias religiosas que forman parte de su felicidad, los que viven en un presidio espantoso, sin ninguna ley que les preste auxilio, carentes en lo absoluto de todo lenitivo para sus pesares, están infinitamente más necesitados de los inagotables consuelos de la religión, y es un crimen de lesa humanidad privarles de ellos.

Los pueblos que pretenden haber llegado al más alto grado de civilización y cultura, la libre Inglaterra, por ejemplo, han colocado a Cristo como piedra angular del grandioso edificio de su organización político-social.

En esos pueblos, los ciudadanos eminentes en saber y moralidad, ocupan los domingos un modesto sitio en la iglesia, desde el cual elevan sus ruegos al Altísimo, para que los ilumine durante la semana, y les dé entendimiento y sabiduría, para que las leyes que han de salir de sus manos, sean fundamentadas en el más alto espíritu de amor y justicia que debe presidir todos los actos de la vida colectiva de los pueblos.

Esos mismos pueblos cuando entran en guerra, proporcionan al soldado el culto religioso en los campamentos, y no es raro ver a los mismos jefes de los ejércitos en campaña, dirigiendo a sus soldados en la oración, momentos antes de entrar en batalla.

Esos pueblos, en fin, tienen leyes penales en vigor, encaminadas a regenerar a los hombres que pecan contra la sociedad quebrantando sus leyes.

En esos pueblos se celebran cultos religiosos en los establecimientos penales, y la sagrada obra de regeneración de los desventurados presos no se interrumpe jamás. La palabra de Dios se predica constantemente en todos los ámbitos de la nación y de ella no se priva a los encarcelados.

Pero hay pueblos en que la población penal carece en absoluto de los consuelos de la religión, mientras el jefe del Estado y sus familiares, así como las principales personalidades de su Gobierno, hacen alarde públicamente de su religiosidad.

Hay también naciones (un buen ejemplo de ellas es España) en que, siendo la religión una de las columnas en que descansa el edificio del Estado, y en que tal parece que no debe faltar

la acción religiosa como medida educadora, ni en el más apartado rincón de la nación, hay importantísimos establecimientos penales de donde los principios religiosos han sido desterrados definitivamente. Ceuta es uno de esos establecimientos penales.

Si nos atuviéramos al dogma de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y aceptáramos que fuera de ella no hay salvación, tendríamos que aceptar, asimismo, que el Gobierno de España, a ciencia y paciencia de los magnates de la religión oficial, había arrojado en el infierno a los cuatro mil presidiarios que vivían confinados en Ceuta, consintiendo para mengua del poderío de la Iglesia, que el Diablo reinara como dueño y señor sobre aquella parte de la nación.

★ ★ ★

Causa asombro pensar que a un delincuente que hasta el momento fatal de su desgracia haya sido un ferviente cristiano, cumplidor celoso de sus obligaciones para con Dios y su Iglesia, se le abisme en un presidio donde jamás oiga la palabra de un ministro de Dios, donde sus sentimientos religiosos acaben por borrarse de su corazón, en fuerza de vivir en contacto con el crimen, donde su fe acabe por entibiarse y la desesperación mine su alma, produciendo el derrumbe de sus creencias y lanzándole en el horrible estado de indiferentismo en que muera para siempre la esperanza de salvación que es la fuente de consuelo de los que sufren.

★ ★ ★

En Ceuta, el sentimiento del mal había triunfado sobre el del bien; la irreligiosidad sobre los sentimientos religiosos; la inmoralidad sobre to-

da idea de moral; el odio sobre el amor fraterno; la más terrible desesperación sobre la paz del corazón; la mortal tristeza sobre la alegría del vivir; la más refinada crueldad sobre los sentimientos humanitarios, y en fin, el ambiente de perversidad que allí se respiraba, había producido la espantosa enfermedad moral que corroía la existencia miserable de aquella desventurada población penal.

Estaba demostrado hasta la saciedad, que el Gobierno no aspiraba a la regeneración de los forzados de Ceuta.

Allí los amontonaba como cosas inservibles, y nada le importaba que viviesen o que muriesen aniquilados por las enfermedades y los malos tratos de sus guardianes; que la blasfemia contra la religión del Estado, moviera sus labios noche y día; que la vida fuera allí un torrente de amargura y desesperación; que el recuerdo de la infancia vivida bajo la mirada de los santos de la iglesia de sus aldeas, sólo sirviera para arraigar en sus afligidos corazones la espantosa duda, ya que aquellas veneradas reliquias, mil veces invocadas en las horas angustiosas de sus desventuras; no habían hecho el milagro de salvarles de las garras de la justicia de los hombres; ni que Dios o el Diablo se apoderara, en fin, de sus almas a la hora de la muerte libertadora.



Ningún colegio funcionaba en la Colonia para instrucción de los presidiarios, y la banda de música que en tiempos remotos había causado la alegría de los forzados, dulcificando un tanto sus sentimientos, había sido suprimida, y su último director, viejo y melancólico, se pasaba

la vida comido por los piojos, dando largos paseos por los patios, acompasándose al andar con un como quejido de tristísimas cadencias, que parecía salirle del fondo del alma.

De la única virgen de que se acordaban los presidiarios con lamentable frecuencia, era de la Pilarica, para hacerla blanco de sus blasfemias, y si en sus labios se oía algunas veces el sagrado nombre de Dios, era con el mismo objeto. A tal extremo habían llegado en el camino de su condenación.



Tal era el sitio escogido por el Gobierno de España para recluir a los prisioneros cubanos, que habíamos cometido un delito político, al reclamar la libertad de Cuba por medio de un estado de revolución.

Y nos parece este el lugar oportuno en este libro para refutar el argumento usado por dicho Gobierno, cuando nos negó la condición de prisioneros de guerra, reclamada por los eminentes deportados doctores José Antonio González Lanuza y Alfredo Zayas.

Si el mencionado Gobierno encontró dentro del Derecho la razón que le asistió para negarnos la condición de presos políticos que reclamábamos, ¿por qué no sostuvo su criterio en las conferencias de la paz, y se negó a la primera exigencia de los comisionados americanos, que solicitaron la inmediata libertad de los prisioneros de guerra? ¿Por qué no siguió sosteniendo que no éramos tales prisioneros de guerra y que le pertenecíamos como presidiarios de causa común, a los que nos tenía equiparados?

¿Estará en gloria el ilustre político de la última peseta y el último soldado, sostenedor de tales errores?

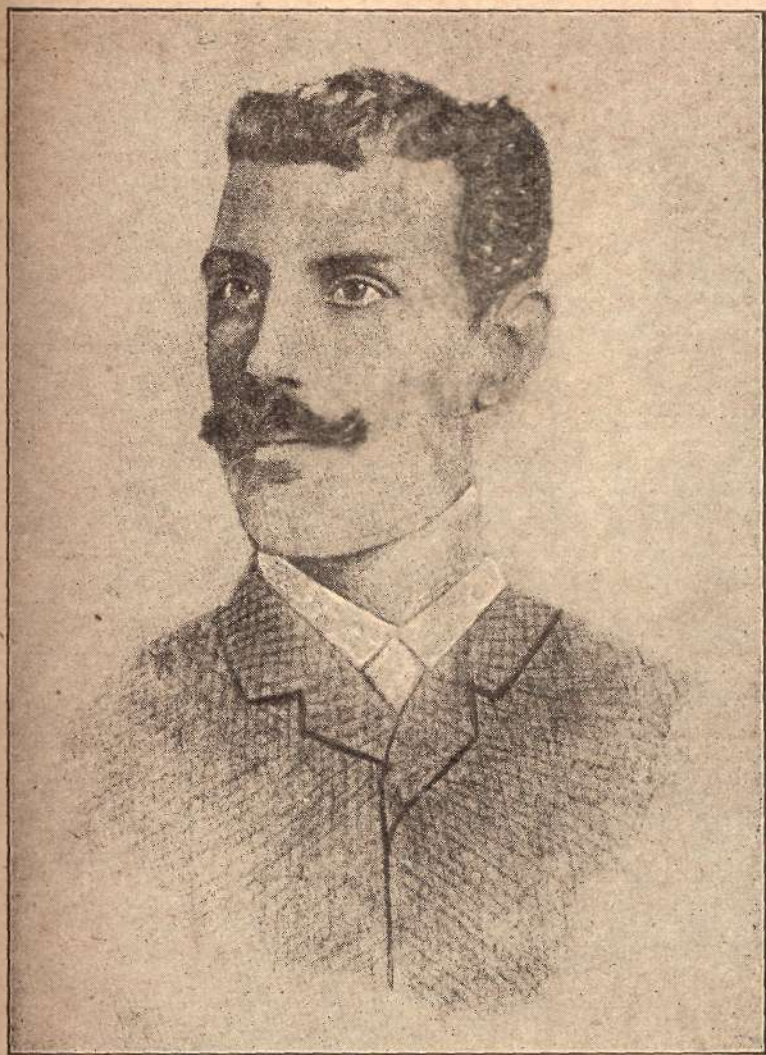


Para terminar este capítulo, diremos con profunda pena que el presidio de Ceuta, como el que está en las alturas de la loma del Príncipe, lejos de regenerar a los delincuentes aumentaba sus malos instintos y los precipitaba con fuerza invencible por la pendiente de la criminalidad.

Ceuta era una tenebrosa escuela del crimen, donde el forzado después de perder toda esperanza de libertad, levantaba un altar al vicio, donde oficiaba blasfemando contra Dios y los hombres que habían hecho la negra noche en su corazón.

Pero en medio de este horror social, se puede apreciar una circunstancia atenuante para los gobernantes españoles que no asiste a los cubanos. Los tribunales españoles sepultan a un criminal en presidio y le dicen a la sociedad: "Te he librado de él; no te ofenderá más", y no se acuerdan jamás de aquel ser ofensivo.

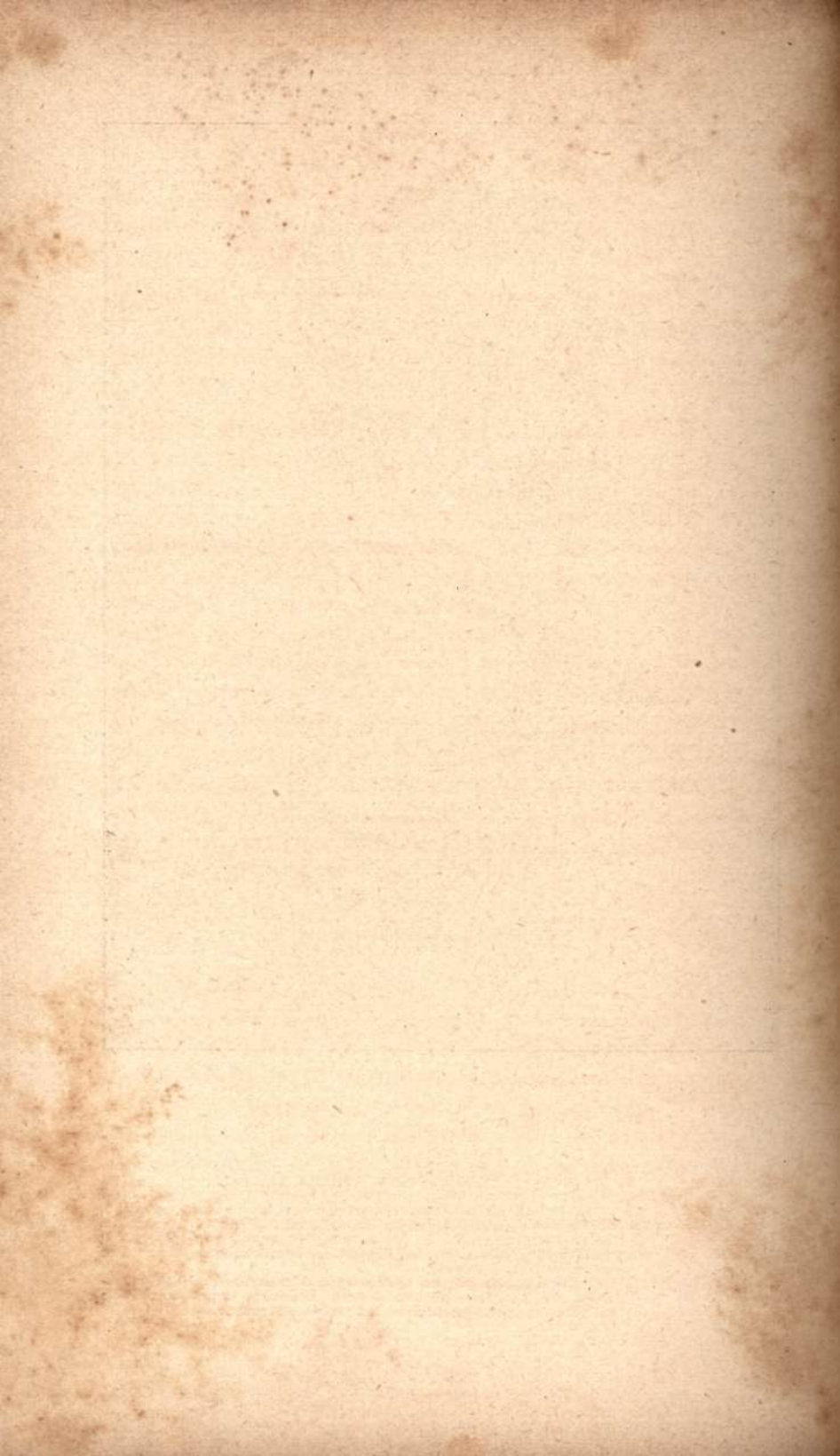
Por el contrario, los tribunales cubanos, en cumplimiento de las leyes penales, mandan a presidio a un criminal que ha cometido un delito infamante, y a los pocos meses, cuando más a los pocos años, la sociedad, llena de justo horror, se entera de que el asesino peligroso está ya en libertad, en posesión plena de los derechos que sólo deben ejercer los ciudadanos honrados; y no es raro verle ocupando puestos importantes en la dirección de los asuntos públicos, determinando la lamentable retirada de las esferas de la política de los hombres de verdadera represen-



EMILIO SABOURIN Y VILLAR

Patriota de brillante ejecutoria revolucionaria, estaba al servicio de la Revolución en La Habana, dirigiendo un servicio secreto de extracción de pertrechos de guerra de la Pirotecnia Nacional, y su envío a los lugares determinados de antemano por el mando Superior.

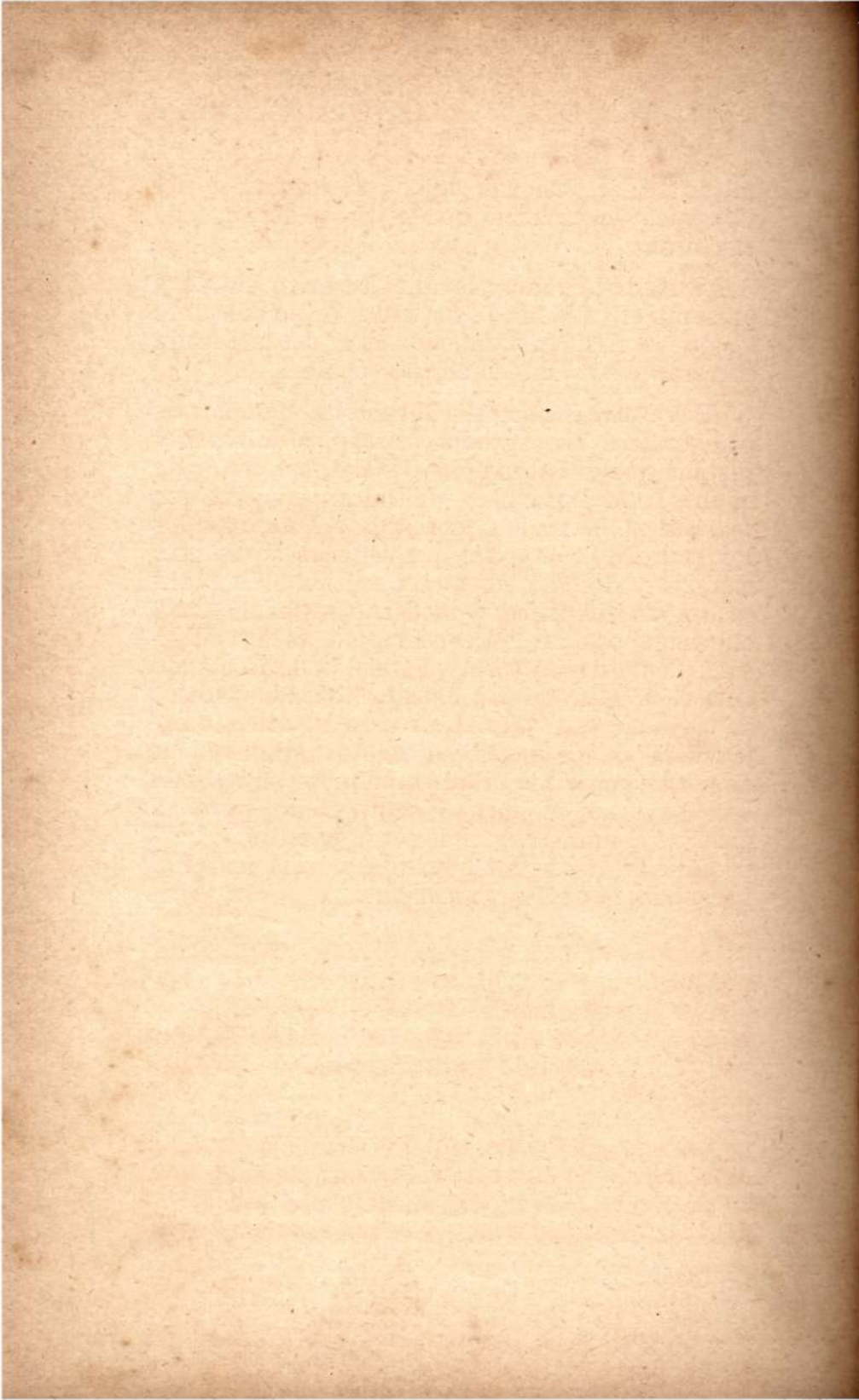
Denunciado por un obrero español nombrado José Fonticoba, fué sentenciado con destino a Ceuta, donde murió de enfermedades adquiridas en los trabajos forzosos...



tación social, que han dejado la formación del Congreso en manos de lo peor del cuerpo electoral.

¡Sociedad cubana: levanta tu grito airado y presenta el valladar de sus sanos principios ante los que te ofenden y deténlos en la desenfrenada carrera de sus ambiciones personales!

Y vosotros, hombres religiosos, que lleváis por bandera los sagrados principios de amor y justicia que dió al mundo el Nazareno, autor de la más grandiosa obra de reforma social que conocemos, clamad en nombre de Dios ante los Poderes Públicos, para que legislen sobre esta materia y doten a nuestra floreciente República, de un científico y moderno sistema penal, que haga posible la regeneración de los delinquentes y disminuya la criminalidad, asociando en acción de progreso y cultura, todos los medios de civilidad que pueden llevar a las mentes extraviadas de los encarcelados, las sagradas ideas de perfección y mejoramiento: junto al taller la escuela, junto al libro el pentagrama, junto al maestro el ministro y el director de música; Dios presidiendo todos los actos de la vida material y espiritual de los confinados.



ENFERMEDADES

La tuberculosis, ese terrible azote de la humanidad, fué la enfermedad que más estragos hizo entre los prisioneros cubanos, estimulada por el hambre y la falta de higiene.

Fueron cincuenta y cuatro los desgraciados que dejaron allí sus huesos, entre ellos el queridísimo compañero Emilio Sabourín, el inolvidable jefe de aquel puñado de obreros, que con exposición de sus vidas sacaban de la Pirotecnia Militar las municiones que fabricaban los españoles y servían para sostener en la manigua el estado de guerra contra España.

La delación infame los hizo sus víctimas y dieron con sus huesos en el presidio de Ceuta.

Antonio Capablanca era uno de ellos. Este querido compañero, que murió hace algunos años siendo Mayordomo del Presidio Nacional, pasó su prisión batido por terrible enfermedad, en un lecho del hospital de Ceuta, de donde lo levantó la libertad.

La caridad de sus compañeros dió en Ceuta una tumba propia a Emilio Sabourín, cuyos restos fueron traídos a Cuba en 1901, por una comisión costeada por ellos. Los otros cincuenta y

tres no tuvieron esa suerte, y sus restos fueron a la fosa común, no obstante el nimbo de gloria que circundaba sus frentes. ¡Contrastes del Destino!



Todos los veranos hacía su aparición la terrible peste de la viruela, y perecían los variolosos a centenares, en un lazareto de pésimas condiciones.

Ninguna medida sanitaria se tomaba en las galeras para evitar la propagación de la enfermedad, excepción hecha del baño de mar a que forzosamente nos obligaban.

En la misma camilla en que se conducían los variolosos al lazareto se llevaban al hospital a los demás enfermos, y por todos conceptos era asombroso el abandono de los principios sanitarios, pareciendo como que allí ignoraban hasta las más rudimentarias nociones de salubridad pública, o era que interesaba que se murieran los presidiarios a montones.



Por la mañana, a la misma salida del Sol, ya estábamos en la rocosa orilla del mar, porque allí no había playa.

Entre un cordón de soldados, que por el lado del mar iban en botes, tomábamos un baño de diez minutos, y después poníamos sobre las húmedas carnes el tosco uniforme de presidiario, impregnado de sudor y churre, porque, como no daban nada más que uno para todo el año, no se podía lavar entre semana. Después del baño nos conducían al lugar del trabajo, para continuar la misma tarea al día siguiente.

Una mañana, mientras tomábamos el baño, confiado en mi agilidad en el ejercicio de la natación, salvé con rapidez la distancia que separaba de la costa una peña aislada.

De regreso para la orilla sufrí tal síncope, que mis miembros se paralizaron por completo, y cuando recobré el conocimiento estaba en los brazos de algunos compañeros que me conducían al Acho, entre las imprecaciones del capataz de la sección de carros en que todos trabajábamos, de seguir en el servicio que le estaba encomendado. Pero tan pronto notó que yo podía caminar por mis piernas, sin tener en cuenta el estado anormal de mi organismo, ordenó la marcha rápida hacia el lugar del trabajo, donde, como todos los días, tuve que tirar del carro y rendir mi tarea ordinaria.

Los cambios bruscos de temperatura producían muchas fiebres entre los prisioneros cubanos, fiebres que parecían de aclimatación.

Debido a las grandes evaporaciones del Mediterráneo la neblina es allí muy densa y perenne.

Con frecuencia amanecía la montaña del Acho envuelta por una neblina tan espesa, que impedía la vista de los objetos situados a corta distancia.

La humedad llegaba a los huesos, y a veces, según el estado de enfriamiento de las capas inferiores de la atmósfera, llegaban a empaparse las ropas.

Muchas veces, al salir por la mañana para el trabajo, dejábamos el Acho libre de neblina, para sumergirnos en ella un centenar de metros más abajo, a donde llegaba como inmenso mar

de espuma que, con contornos perfectamente definidos en línea horizontal como el nivel de las aguas, llenaba la imponente hondonada, y cubría las montañas distantes hasta cerca de sus cúspides.

Envueltos en aquella espesa bruma, calados hasta los huesos, trabajábamos sin descanso en la semiobscuridad, hasta las nueve o las diez de la mañana, hora en que el Sol, calentando el aire, disipaba la niebla y daba origen a fuertes corrientes atmosféricas en extremo molestas.

XXIII

ESTAFADORES CELEBRES.

MONEDEROS FALSOS.

ROBOS EN LAS GALERAS.

Había en el Acho un buen número de forzados que ejercían en plena galera el oficio de estafadores.

Estos estafadores se dividían en dos clases bien definidas.

A la primera pertenecían los que, poseyendo verdadera experiencia en la profesión, habían logrado grandes triunfos profesionales, que les habían valido fama y dinero.

Los de esta clase eran amigos de los jefes del Departamento, quienes les otorgaban todo género de consideraciones y libertades. Tenían ancho puesto en la galera, no comían rancho porque tenían dinero y se hacían servir por criados.

Tales sujetos unían generalmente a la cualidad de estafadores, la de **pinchos**.

Se ocupaban constantemente en combinar estafas, y sus despachos se semejaban al de un abogado.

No existía país ni ciudad importante donde no tuvieran un agente a sus órdenes, entendido en la materia, que proporcionaba los datos y ejecutaba los planes del jefe en galeras.

Sus golpes los dirigían casi siempre contra entidades bancarias, comerciantes u otras personas acaudaladas, y para realizar algunas de sus estafas habían estado durante cinco o seis años desarrollando un complicado plan, en el que actuaban agentes de distintos países, casas de comercio imaginarias, banqueros en viaje de uno a otro continente, etc.

Cuando les fracasaba un plan de estafa y las autoridades tenían conocimiento del delito, no tenían escrúpulo en confesar de plano para darse la importancia de que se conociera su talento profesional.

En cada caso descubierto les sumaban unos cuantos años más a su causa, lo que les importaba tanto como al mar el caudal de los ríos.

Los de esta clase vivían también de las estafas que hacían los de la inferior, a quienes esquilaban.

La clase inferior estaba formada por los estafadores principiantes, y por los que, siendo ya profesionales, carecían de valor personal, es decir, no eran **pinchos**, y cuando les cuajaba una combinación y recibían el dinero estafado, tenían que repartirlo entre los de la primera categoría.

Supimos allí de una estafa en la que fué envuelto un banquero alemán, en que jugaron papel principal un fingido noble español y una joven encantadora que pasaba por hermana suya.

En Alemania, durante los tres años que duró la preparación científica, si cabe la frase, del célebre timo, los dos personajes frecuentaron los salones de la mejor sociedad de aquel rico país, siempre bajo la dirección estricta del jefe, que desde el Acho manejaba todos los hilos de la combinación.

Cuando el banquero cayó en el lazo y entregó la importante suma, sobrevino la repartición y con ella una fatal imprudencia.

Un agente giró sobre Ceuta en valores declarados, a nombre de un agente que era insolvente.

El Administrador de correos de Algeciras conocía a la persona receptora y dió cuenta al Juez de sus sospechas, siendo todo descubierto y resultando un proceso sumamente interesante en que se conoció la historia completa del célebre timo.

Nosotros vimos en plena galera al célebre estafador, que era de apellido Franco, lamentándose de la torpeza de su agente que había echado por tierra sus esperanzas de riqueza como premio a sus afanes de tres años de esfuerzo profesional.

Y nos parece oportuno decir aquí, como medida de aviso a los lectores y para que se difunda en el público, que en todos los presidios del mundo existen estafadores más o menos célebres, que están constantemente trabajando en ese oficio.

Ellos escriben, por ejemplo, unas mil cartas al mes, y se conforman con que una de ellas les proporcione un incauto a quien estafar.

Cuba, país legendario por su bandolerismo, ha sido siempre campo fecundo para los planes de los estafadores de Ceuta, por existir la creencia de que España confinaba allí a los sentenciados por bandolerismo.

Conocemos en Cuba a muchas personas que han recibido cartas de Ceuta en que han tratado de timarlas, y algunos estafadores del Ache

nos contaban historias de estafas que habían realizado en Cuba por medio de hábiles agentes que tenían en La Habana.

En la prensa diaria leemos con lamentable frecuencia noticias de personas que se dejan timar por el timo del "portamonedas", el de la "guitarra", etc., etc., y hay incautos que ante la halagadora perspectiva de una inmensa fortuna sacada de debajo de una piedra en medio de un monte cercano, remiten al que les proporciona beneficio tan sorprendente, la cantidad en que les venden el secreto del derrotero.



También había en el Acho monederos falsos.

Un día estaba yo leyendo un tratado de galvanoplastia que me había prestado un presidiario llamado Librado Bolaños Villaseñor, de nacionalidad mejicana y doctor en Cirugía Dental, que había sido condenado en Cuba a diecisiete años de presidio, cuando se me acercó un presidiario español conocido por "El Francés", que tenía fama de hombre cultísimo, quien después de ver el libro, se lo llevó prestado por su dueño.

Algunos días después, entre el mayor asombro y temor, fui conducido a la Ayudantía con todas mis pertenencias.

Allí estaba también el presidiario español y el mejicano, sufriendo un minucioso registro.

Después de registrarme escrupulosamente me interrogaron por el origen del libro y lo mismo hicieron con Bolaños. Este explicó que a su profesión convenían conocimientos de galvanoplastia, y por eso poseía en propiedad el tratado que inocentemente había prestado al otro

presidiario, a quien habían ocupado todos los instrumentos necesarios para hacer monedas falsas, por lo que le siguieron la causa correspondiente. Pero a Librado y a mí nos dejaron libres para volver a nuestras galeras, después de una terrible reconvencción, injusta a todas luces.



Robos de mayor o menor importancia se sucedían en las galeras diariamente, los que tenían casi siempre el hambre por origen.

Un compañero a quien todos queríamos con verdadera lástima porque carecía de todo socorro por parte de sus familiares, y porque siendo uno de esos ejemplares que necesitan doble alimento que otra persona, cayó en la manía de robar panes.

El no dirigía su mano contra ninguna otra cosa de comer. El pan de presidiario llenaba toda su ambición.

Andaba siempre sumamente andrajoso y nada le importaba, no obstante haber llegado al Acho con ropas que demostraban que en Cuba se había vestido bien.

El hambre que lo devoraba lo había hecho insensible al vergajo, y diariamente recibía su andanada con resignación, como cosa ya estipulada consigo mismo.

Era algo así como el pescador de caña que acepta la mortificación del viento, como una cosa que dificulta, pero no impide la pesca.

Y su mayor desgracia después del hambre que lo consumía, era que su fama de ratero de pan hacía que los robos que otros cometían se los achacasen a él, y era raro el día en que no le molían las costillas en la puerta de la Ayudantía.

El vendía su pan diariamente a dos o tres personas distintas, y después se lo comía muy tranquilamente a la hora del reparto, por lo que también recibía golpes a manos de los comerciantes de pan.

Un día se le vió desaparecer debajo de su cama y, como el pato en el estanque, salvar la distancia que lo separaba de una venduta de pan que estaba como veinte camas más allá, donde, gracias a su adiestrado y largo brazo, hizo presa en un hermoso pan, y caminando siempre por debajo de las camas, surgió junto a la suya, y con toda tranquilidad se puso a devorar su presa, como el guincho en la roca devora el pez que extrae de las aguas.

Este desgraciado compañero escapó milagrosamente de los horrores de aquel presidio, y hoy lo vemos en una ciudad del interior, sucio y barbudo, con el mismo aspecto miserable que tenía en el Acho, arrastrando una miserable existencia, sin que hayamos averiguado si es por falta de virtudes o por ingratitud de los que están obligados a agradecerle en buena parte el bien-estar que ellos disfrutan.



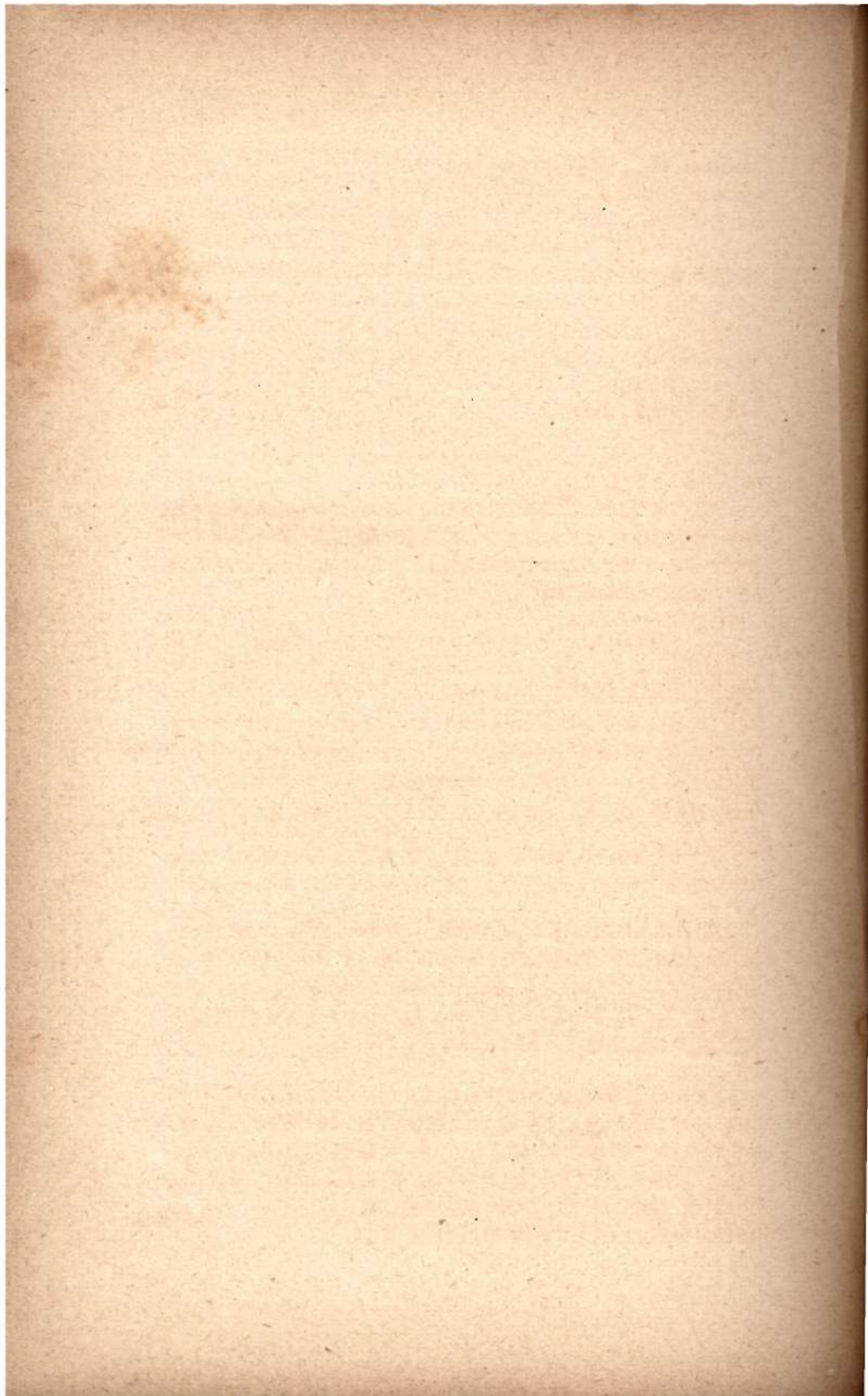
En los pabellones donde vivían los deportados cometió un aguador un robo importante.

Entre los deportados había un camagüeyano de apellido Agüero, que deslumbraba a sus guardianes por sus riquezas.

Un día encontró roto su escaparate y notó la falta de una buena cantidad de dinero.

Las sospechas cayeron sobre un su sirviente deportado como él, a quien aislaron de sus compañeros, encerrándole en un calabozo, donde se

ahorcó con una sábana, por cuyo hecho lo juzgaron como el verdadero autor del robo. Pero después que se fueron los deportados en libertad, supimos en las galeras que el ladrón había sido un presidiario de causa común, que era el aguador del mencionado Agüero y sus compañeros, y supimos también quiénes lo robaron a él, haciéndole repartir el dinero robado entre varios **pinchos**.



XXIV

CONATO

DE LIBERTAD

El tiempo, indiferente a nuestros sufrimientos, parecía detener el curso de los sucesos, y nuestra vida de horrores se prolongaba sin que se vislumbrara su fin.

El General Weyler no lograba dominar la rebelión, pero se enfurecía contra la población pacífica de Cuba, que parecía víctima del hambre y de las enfermedades que tomaban cuerpo en las poblaciones, donde vivían en montones millares de personas carentes de higiene y alimento.

Tales horrores se reflejaban en nuestra vida de presidiarios.

El Gobierno de Madrid, previendo una complicación internacional, por la prolongación de la guerra en Cuba y Filipinas, redobló el esfuerzo que venía haciendo para terminar las grandes fortificaciones de la plaza de Ceuta.

Los calurosos meses del verano de 1897 fueron terribles para los prisioneros cubanos, debido al excesivo trabajo que se nos obligaba a realizar, mientras los socorros disminuían rápidamente, porque una espantosa ola de miseria se había extendido por toda la Isla.

La Junta Revolucionaria se había ya olvidado por completo de nosotros, sin duda por el precario estado de sus fondos.

La mayor parte de los prisioneros estábamos trabajando en aquellos meses, en un enorme polvorín que estaban constituyendo detrás de una lometa, en las proximidades de la batería de Santa Clara, que también se estaba terminando a toda prisa.

Unos doscientos forzados trabajábamos en una profunda excavación; cincuenta carros, que representaban quinientos hombres para arrastrarlos, tiraban materiales de construcción, infinidad de canteros labraban grandes cantos de roca, oficiales de albañilería dirigían la preparación de la mezcla, y muchos carpinteros trabajaban por su oficio.

Un Teniente del Cuerpo de Ingenieros dirigía todos los trabajos; celadores, que eran empleados particulares, supervisaban los distintos trabajos de los presos; los capataces, cabos y soldados ejercían la vigilancia, y completaban el armónico funcionamiento de aquella máquina que trabajaba sin descanso en la preparación del gran depósito de municiones que se quería instalar en aquel lugar.

Como todo cuanto nos rodeaba en aquella maldita tierra, hasta el agua que bebíamos en aquella obra nos era hostil.

Por entre unas rocas próximas al campamento de la obra discurría en hilos cristalinos, que traidoramente invitaban a matar la sed.

En aquella agua vivían en número infinito, sanguijuelas (anélidos chupadores), que se pegaban en la garganta del que, desconociendo su existencia, bebía sin precaución.

Muchos compañeros tuvieron que sufrir en el hospital la operación de desprenderles de la garganta sanguijuelas llenas de sangre.

★ ★ ★

Un día llegó a aquella obra la gran noticia.

Llegó unos momentos antes de la hora de almuerzo.

En la profunda excavación trabajábamos formando una larga escalera humana.

Los presidiarios nos colocábamos en escalones practicados en las paredes de la excavación, que partiendo de dos bordes opuestos se juntaban en el fondo.

El material excavado se extraía en pequeñas espuelas de esparto, que pasaban de mano en mano, sin interrupción de continuidad, y era necesario prestar verdadera atención al trabajo, para recibir la espuela llena o vacía y pasarla al compañero inmediato, empleando el tiempo estrictamente necesario, porque un descuido momentáneo, ocasionaba la caída a los pies de la otra espuela que le era lanzada sin que estuviera preparado para recibirla.

El que cometía este descuido sentía en sus espaldas las crueles caricias del vergajo.

Como en las norias, con los cubos de agua que suben llenos para descender vacíos y volverse a llenar, sucedía allí con las espuelas, que salían llenas, se vaciaban en un terraplén y descendían vacías para volverse a llenar.

La gran noticia llegó a la oficina de la obra, donde la cogió al vuelo un compañero aguador, que la llevó junto con su cántaro al borde de la excavación.

El primero que la recibió de labios del compañero aguador la transmitió con disimulo al inmediato en la escalera humana, y aquél la transmitió al otro, etc., etc., y de este modo, la gran noticia bajó hasta el fondo de la inmensa fosa, subió por el otro lado y como recorre el conductor metálico la corriente eléctrica, pasó por el terraplén y regresó al lugar de partida, dejando en su recorrido una hermosa estela de alegría y esperanza.

¿Cuál fué la gran noticia? Digámoslo de una vez. Estaba contenida en las siguientes tres palabras: "Mataron a Cánovas."



Nuestros corazones estaban rebosando de alegría, pero no podíamos exteriorizarla por miedo a los castigos.

La muerte de aquel estadista, presidente entonces del Consejo de Ministros, sostenedor del principio de que España debía luchar en Cuba hasta gastar el último hombre y la última peseta, sin cambiar los métodos implantados por el funesto Weyler, tenía que traer por consecuencia el relevo de aquel tirano y un cambio completo de los métodos de guerra, que podía facilitar el más rápido triunfo de las armas cubanas.



Los dos meses siguientes a aquel suceso fueron de verdadera impaciencia.

¿Qué sucedería? ¿Ofrecerían la autonomía a los cubanos? ¿Sería ésta aceptada? ¿Se nos reclamaría a la hora del arreglo de paz?

Nada sabíamos, y aquella terrible incertidumbre abatía los corazones y ponía serios y pensativos a los de carácter más alegre.

Una tarde, al llegar del trabajo, nos encontramos en el Acho con el notición del cambio de Gobierno y relevo de Weyler, a quien se sustituía con el General Ramón Blanco.

Este General vendría a Cuba para implantar reformas encaminadas a conseguir la deposición de las armas por los insurrectos.

Había sido investido de amplias facultades para implantar nuevos métodos de guerra, y hacer al Gobierno cuantas recomendaciones creyese oportunas para lograr la pacificación de la Isla.

Tan pronto se hizo cargo del mando de la Isla y del formidable ejército que pusieron en sus manos, propuso a su Gobierno la promulgación de un Real Decreto, por el que se ordenara la inmediata libertad de todos los presos por rebelión. El Decreto fué promulgado y el General Blanco ordenó su inmediato cumplimiento.

Los lectores supondrán cuán intensa sería nuestra alegría al recibir esta noticia. Fué una de esas alegrías que no se deben describir porque la descripción les quita sublimidad.

Las cárceles de Cuba se vaciaron; los procesos se paralizaron; las expediciones de prisioneros y deportados que estaban en camino para España, retornaron a los lugares de partida; los deportados que guardaban prisión en Chafarinas y otras posesiones de Africa fueron puestos en libertad, y la misma suerte cupo a los que había en el Acho de Ceuta.

Aquellos compañeros de infortunio de quienes tantos socorros habíamos recibido, descendieron alegres la pendiente montaña del Acho, abandonando aquel lugar de ignominia, dando vítores a la libertad de todos que en breves días sería un hecho consumado.

Nosotros los vimos alejarse agitando sus blancos pañuelos en son de despedida, y aunque sentíamos un gran desamparo con su ausencia, nos alegraba su libertad y la hermosa y consoladora perspectiva de la nuestra, que dentro de pocos días disfrutaríamos.

Los doctores Alfredo Zayas, José Antonio González Lanuza y José Rafael Montalvo, Elpidio Marín, Agüero, Arturo Primelles y otros muchos con quienes nos comunicábamos constantemente, con motivo de su patriótica actuación en nuestra defensa y amparo, se despidieron de nosotros como pudieron hacerlo; unos por escrito y otros, desde lejos, agitando sus pañuelos.

Nuestros pechos estaban para estallar de júbilo al presenciar el desfile de aquellos queridos compañeros, aunque su ausencia nos privaba del valioso auxilio que nos venían prestando, unos con sus socorros pecuniarios y otros con su ciencia e influencia.

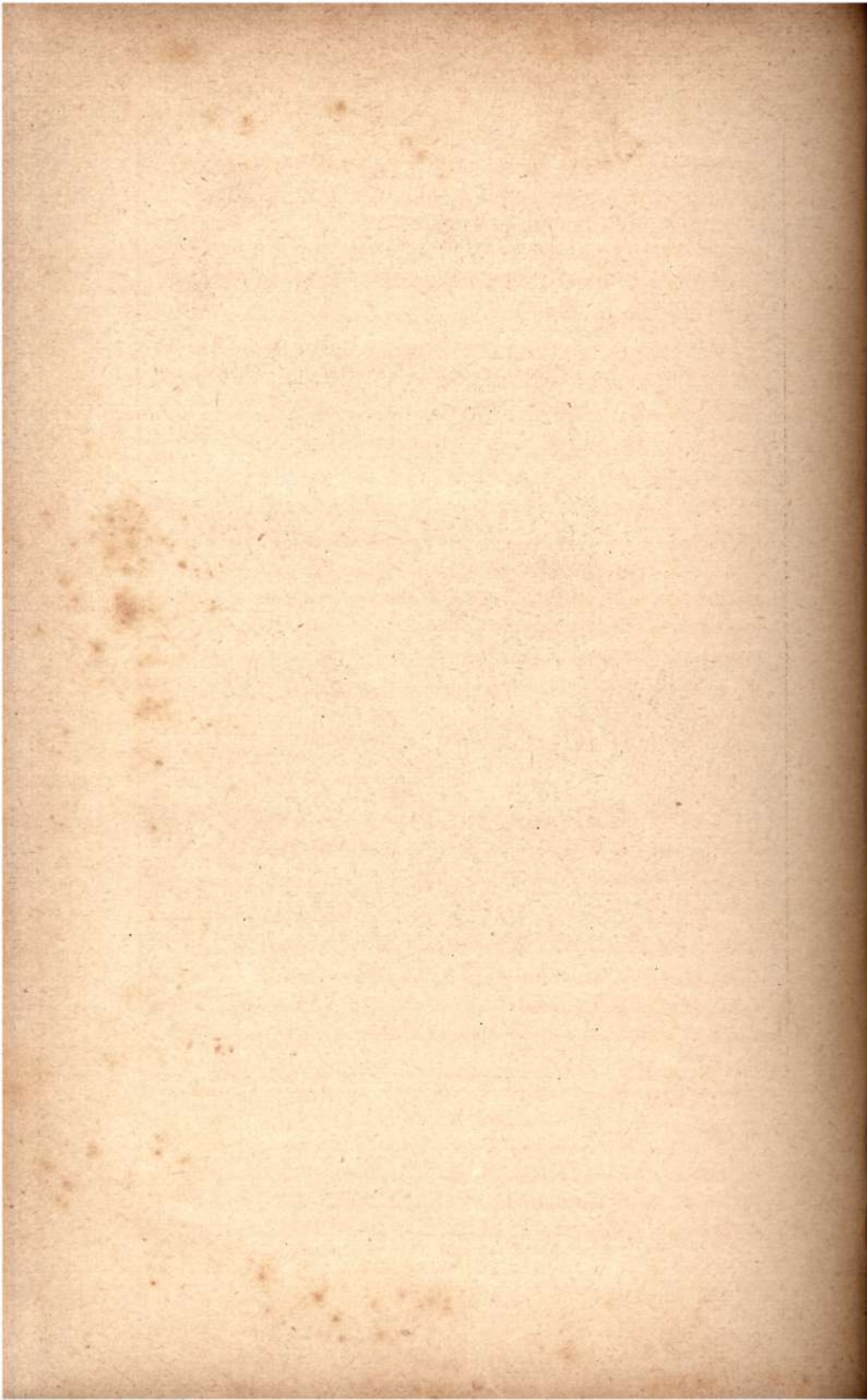
El autor rinde por este medio su tributo de respeto profundo a la memoria de los ilustres desaparecidos doctores Lanuza y Montalvo, quienes supieron honrar el nombre de Cuba hasta en aquel lugar de oprobio y tiranía.

El primero, en unión del doctor Alfredo Zayas y Juan Gualberto Gómez, levantó muy alta su protesta ante el Gobierno de España, por habernos equiparado a los presidiarios españoles



DR. JOSÉ RAFAEL MONTALVO

Este médico ilustre fué deportado a Ceuta por medida gubernativa. Es el Padre del General Rafael Montalvo, esa gloria del Ejército Libertador que tan alto puso su nombre en las batallas por la libertad en la Provincia de Oriente.—El Dr. Montalvo demostró en Ceuta lo incalculable de su ciencia, y sus cualidades de patriota y hombre humanitario.



de causa común; el segundo, con su incalculable caudal de ciencia, se hizo admirar por las autoridades de Ceuta que acudieron a él en diferentes casos, impetrando el auxilio de sus conocimientos científicos en nombre de sus compañeros, los médicos de la plaza.

La luz de su ciencia iluminaba al mundo, y en el destierro brilló con más fuerza, deslumbrando a sus enemigos.

Recordamos un caso que nos causó verdadera admiración.

Un militar de alta graduación tenía una niña que había nacido ciega, y habiendo tenido noticia de la fama de oculista de que gozaba el doctor Montalvo, fué al Acho en busca de sus servicios.

Una difícil operación seguida de un cuidadoso tratamiento, hizo brillar la luz en aquellos ojitos que habían nacido apagados, y el padre vió con tristeza la retirada del ilustre deportado, cuando aun su hija necesitaba de su ciencia.

Con verdadero patriotismo y desinterés curó el doctor Montalvo a todos sus compañeros de prisión que necesitaron sus servicios.

Sufriendo en pleno rostro el embate del terrible cierzo helado, lo veíamos acudir diariamente durante cierto tiempo, a la Ayudantía, donde con permiso solicitado por él, curó la vista a un compañero de mi misma galera.

Aquella su hermosa obra de patriota no fué hecha en vano, porque Dios lo premió en su familia.

Mientras él sufría el infortunio del destierro, alejado del hogar querido, donde su familia sufría la inmensa tristeza que producía la ausen-

cia del padre amantísimo, allá en el indómito Oriente, el más intrépido de sus hijos ganaba grados y distinción, a las órdenes del Mayor General Calixto García, quien le confió siempre las operaciones más difíciles de la campaña.

Después de hecha la República, Dios lo llamó a su seno, pero antes le permitió la satisfacción de ver a sus hijos perfectamente encaminados en la senda de la vida, brillando como estrellas de primera magnitud en nuestro cielo social y político. (1)



La diosa Libertad fué por los deportados, y envolviéndolos en su áurea túnica, los arrebató de aquel negro abismo, transportándolos en majestuoso vuelo a tierra americana, enseñándoles allí el camino del deber. Muchos lo siguieron, y al terminarse la guerra, se les pudo ver en las ciudades de la patria, llevando las insignias del soldado de la libertad.

En cuanto a los prisioneros de guerra, que ya sumábamos trescientos veinticinco, se nos anunció que el Gobierno se estaba ocupando de nuestro traslado a Cuba.



En la vida diaria del presidio hubo un pequeño cambio favorable a nuestra situación.

(1) Al final de este Capítulo insertamos dos cartas del doctor Lanuza, dirigidas desde "Pabellones Militares", donde vivía, al compañero Ramón Allouis, confinado en las galeras; y una del doctor Ernesto Jerez Varona, dirigida al Administrador de la Colonia, las que consideramos de algún valor histórico.

Los jefes nos trataban con menos crueldad, y hasta los forzados españoles dulcificaron un tanto sus relaciones para con nosotros.

Nos permitieron el uso de pelo y bigote y muchos lograron que los rebajaran de los trabajos forzosos.

A los pocos días nos comunicaron que el Gobierno, de acuerdo con el Reglamento de la Colonia, había dispuesto que se nos pusiera en libertad en Ceuta, entregándonos una cantidad de dinero que representaba el pasaje para recorrer una cantidad dada de kilómetros, y rápidamente iniciaron en las oficinas de la Dirección los trabajos conducentes a nuestro licenciamiento.

En dicho trabajo estaban ocupados también unos diez compañeros que diariamente eran conducidos a las oficinas donde pasaban todo el día.

La noticia de aquella forma de licenciamiento cayó entre nosotros como una terrible bomba. No podía acontecernos cosa peor.

¿Qué iba a ser de nosotros? Se pretendía ponernos en libertad, famélicos y vestidos de presidiarios, entregándonos unas pesetas que sólo nos alcanzarían para recorrer unos kilómetros en ferrocarril si queríamos internarnos en España.

¿A dónde iríamos en aquella tierra extraña, sin recursos ni relaciones, en momentos en que ya se tenían noticias de que los cubanos en armas rechazaban de plano la autonomía que les ofrecía el Gobierno?

Estos pensamientos preocupaban hondamente a la mayoría, pero habíamos muchos resueltos a desafiar a nuestro destino, lanzándonos a los peligros de aquella libertad a medias, por terri-

bles que fueran sus consecuencias. Porque todo era preferible a la ignominiosa existencia que arrastrábamos.

Entonces surgió una espantosa lucha de opiniones encontradas.

Durante dos o tres días se estuvo discutiendo sobre aquella importante cuestión, sin llegar a un acuerdo definitivo.

Los cobardes y timoratos que temían a las consecuencias de la libertad en aquella forma, iban ganando partidarios por momentos, y pronto nos vimos reducidos a una insignificante minoría los que deseábamos dejar el maldito Acho, aunque fuera marchando a través de las montañas africanas.

Los compañeros que iban diariamente a las oficinas a trabajar en las hojas de licenciamiento, nos llevaron una tarde la estupenda noticia de que el compañero Alfredo Reyes, que estaba en el hospital, había presentado una instancia en nombre de todos, al Ministro de la Guerra, solicitando que se nos licenciara de otro modo: conduciéndonos a Cuba.

Aquel paso, calificado de fatal imprudencia por los que queríamos la libertad en la forma decretada, pero cuanto antes, con todos sus riesgos y exposiciones, nos costó a todos un año más de sufrimientos en aquella pavorosa caverna del mal.

Una negra nube de fatalidad se cernía sobre nuestras cabezas, agitada por el impetuoso viento de las imprudencias de muchos compañeros faltos de carácter y experiencia a pesar de sus años.

La instancia dió por resultado la suspensión inmediata del trabajo de licenciamiento que venían ejecutando en las oficinas.

A los pocos días llegó a nosotros una noticia que nos dejó petrificados.

En la Administración de Correos de la plaza habían detenido un certificado que contenía fotografías de algunos compañeros, hechas en forma que desdecían mucho del buen nombre de España.

Esperando estábamos las consecuencias de aquella incalificable imprudencia, cuando una más grande nos hizo temblar de terror.

Una mañana iban varios compañeros en la sección del pan, y al llegar a las afueras de la población, vieron con recelo que en un lugar de la carretera, junto al cuartel del Fijo, había un grupo de oficiales y miembros del Cuerpo de Policía.

—¡Alto a los presos! — dijo un oficial, y acto seguido dieron principio a un registro, lo que no pasaba de ser una pura fórmula, porque un oficial se dirigió a un compañero y le ocupó envuelto en el saco destinado a cargar el pan, un libro manuscrito que había hecho en las galeras del Acho el compañero Brigadier Fernando P. Alvarez.

Dicho libro contenía las biografías de todos los prisioneros, con expresión de grado, Cuerpo de Ejército, Regimiento y Brigada, etc., así como las fechas de incorporación y caída en poder de los españoles.

Además, y esto era lo más grave, el autor del libro había dejado correr la pluma imprudentemente, estampando en él muchos conceptos ofensivos para España.

Aquel compañero llevaba el libro sin que los demás de la sección lo supieran, y tenía que entregarlo al patriota Enrique Recio, que estaba en Ceuta con la ciudad por cárcel.

Cuando la sección regresó al Acho y se extendió la noticia, se apoderó de todos un terror inexpresable. Aquello nos acarrearía, indudablemente, consecuencias de un alcance desconocido.

Aquel mismo día sucedieron dos hechos más que acabaron de rebosar la copa de nuestra desventura.

Por la tarde le ocuparon al Comandante Ramón Oliva una extensa relación de los compañeros que, con él a la cabeza, saldríamos en una expedición, rumbo a las playas cubanas, tan pronto llegáramos a los Estados Unidos. (El era uno de los que queríamos la libertad en la forma decretada.)

Ramón Oliva fué aquel patriota a quien las autoridades españolas detuvieron en los muelles de La Habana, sacándole de la corbata el nombramiento de Comandante jefe de una expedición que navegaba rumbo a las costas de Pinar del Río. Dicha expedición cayó también en poder de los españoles, y en ella perdió la libertad el anciano Ascuy, que se pasó dos años en el hospital de Ceuta.

Por segunda vez lo hizo su víctima la infame delación, y le ocuparon aquella comprometedora relación de conspiradores en presidio, calificativo que nos dió el Ministro de la Guerra.

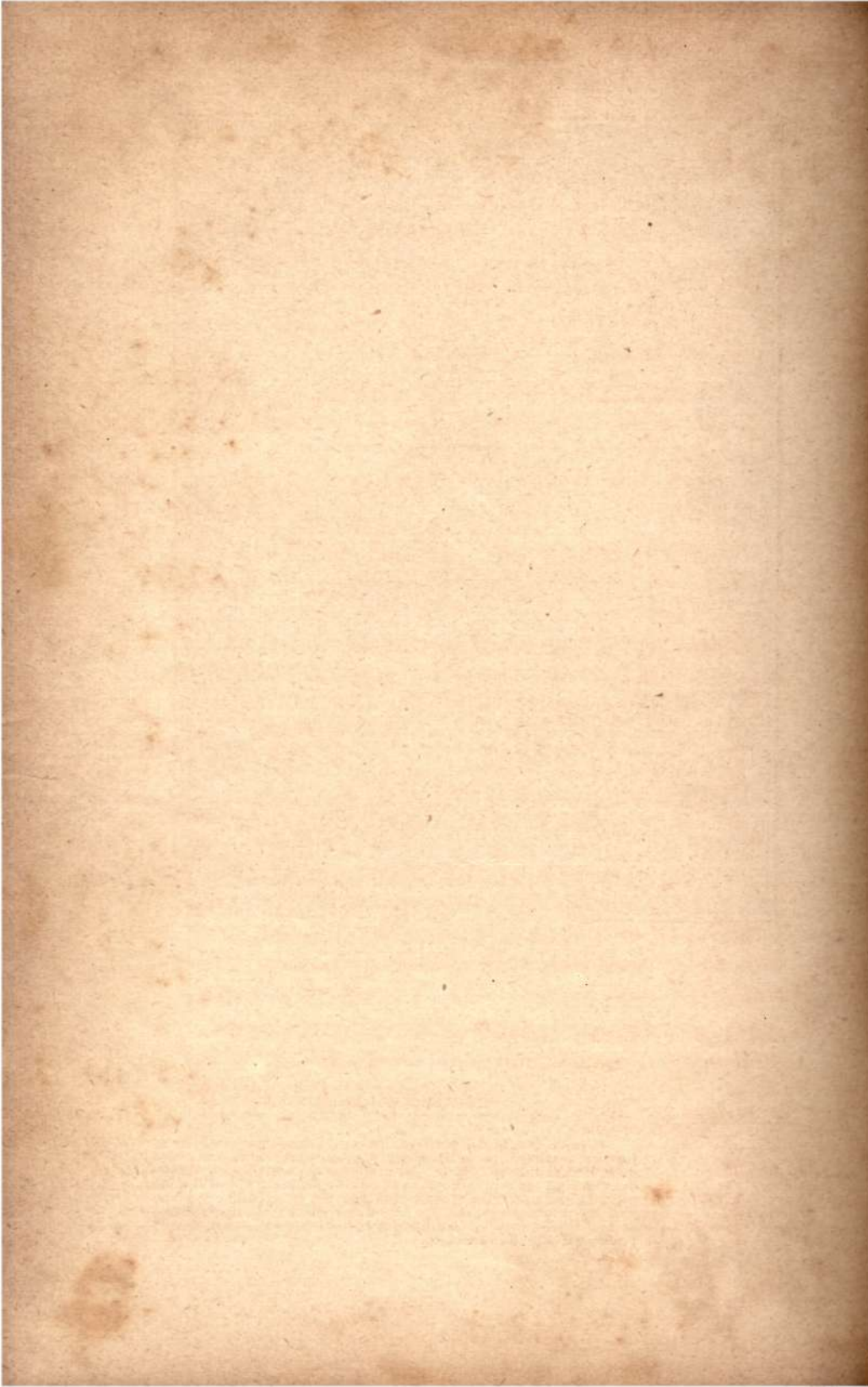
★ ★ ★

Aquella noche, después del silencio, rechinaron los goznes de la pesada puerta de la galera



RAFAEL USATORRES

Hijo de una familia de patriotas de Camagüey, desde muy joven se dedicó al periodismo, consagrando su pluma a la causa de la libertad de su patria. Al iniciarse la Guerra de Independencia, fué sentenciado por delitos de imprenta y remitido a Ceuta por todos los días de su vida. En la prisión siguió su vida de protesta contra España defendiendo a sus compañeros de cautiverio ante las tremendas injusticias del penal, por lo que sufrió terribles castigos.



número 16, y un grupo de empleados, presididos por el Comandante de la fortaleza, hicieron su solemne entrada en la misma, entre el asombro de los prisioneros, que ya se nos antojaba peligroso hasta el aire que respirábamos.

¿Qué sucedía? ¿Qué nueva desgracia se cebaría en nosotros?

El Gobernador, grave y ventrudo, se acercó a la cama del compañero Rafael Usatorres, el paladín ardiente de la prensa insurrecta, que estaba en el Acho cumpliendo condena por cuarenta delitos de imprenta.

—¡Levántese usted! —fué la orden seca y penetrante dictada por el Gobernador, mientras los empleados rodeaban la cama.

Entonces el Gobernador en persona levantó la almohada y extrajo un sobre grande y abultado, en el que se leía la siguiente dirección: “Al ciudadano Tomás Estrada Palma, Delegado de la Revolución Cubana.” “Estados Unidos de Norteamérica.”

Entre la estupefacción de toda la galera, se entabló el siguiente diálogo entre el grande y el chico. El grande era el compañero Usatorres. Era grande en verdad e indignación; y el chico lo era el Gobernador, que se había empequeñecido dando cabida en su pecho de militar a la infame delación.

G.—¿Esto es suyo?

U.—No, señor.

G.—¿Cómo explica que este sobre esté debajo de su almohada?

U.—Algún infame lo ha colocado ahí.

G.—¿Usted sabe lo que contiene?

U.—Lo ignoro, señor Gobernador.

G. (hablando consigo mismo).—Veamos. (Rompe el sobre y lee:) “Plano Descriptivo de la plaza de Ceuta.” No negará usted que es suya esta letra.

U.—Sí, lo niego, porque no es mía.

G.—Ya veremos si sigue negando ante el Consejo de Guerra verbal que se le formará a usted y otros.

U.—Da vergüenza, señor Gobernador, que un militar de su graduación se preste a vilezas como ésta.

G.—¡Calle y camine! (empujándole).

U.—¿A dónde me llevan a estas horas?

G.—A “blanca”.

U.—Esto es un atropello indigno.

G.—Atadle fuertemente y que no hable más.

—¡Calla, insurrecto! —dijo un capataz, y descargó su cortante vergajo sobre las espaldas del esquelético periodista.

—¡Ya las pagarás todas juntas! —dijo otro del grupo de infames asalariados, aplicando también su nudoso garrote a las costillas del compañero, que había adoptado la actitud de un ser vencido por la desgracia.

Seguidamente llamaron por lista a seis compañeros, entre ellos al Brigadier autor del libro ocupado el día anterior, y los condujeron también al departamento de “blanca”, pero al otro día supimos que los habían trasladado para los “solitarios” de Cuarteles Principales, y que les estaban formando Consejo de Guerra para fusilarlos junto con Usatorre.

Supimos también que todo aquello era el resultado de una trama urdida por un forzado que ya conocen mis lectores, llamado Pedro Carrillo, ex Teniente del Cuerpo de Ingenieros Militares, que en su odio profundo a los cubanos, concibió aquella horrenda maquinación, confeccionando el plano o croquis de la plaza, redactando la carta a don Tomás con letra parecida a la de Usatorres, y haciendo la denuncia después de colocarle el sobre debajo de la almohada.



Los Consejos de Guerra que formaban en Ceuta para juzgar a presidiarios por faltas graves, eran casi siempre verbales, y como tales, rapidísimos.

No merecía un forzado que se llenaran ciertos requisitos para llevarlo a "La Piedra", (1) ni que se perdiera con él mucho tiempo.

La triste realidad nos decía que aquellos estimados compañeros estaban perdidos irremediablemente. Dentro de dos o tres días, nuestros oídos percibirían la fatal descarga que les privaría de la vida.

¿Qué hacer en aquel trance tan difícil?

Aquella incalificable cobardía estaba a punto de realizarse, a ciencia y paciencia de la sociedad ceutí, completamente ignorante del suceso, o cobardemente indiferente a él.

¿A quién acudir? ¿Al Ministerio de la Guerra? El escrito no saldría de la plaza. ¿A las autoridades de la Colonia? Por ellas era orde-

(1) A los reos los colocaban para fusilarlos, con la cara junto a una gran piedra existente en la puerta del cementerio.

nado el Consejo de Guerra. ¿Implorar perdón? Aquellos corazones eran de roca. ¿Pedir una investigación en regla para demostrar la inocencia de aquellos compañeros? Allí no había más justicia que la militar, y por ella iban a ser juzgados. La mentira y la calumnia habían interceptado todos los caminos para llegar a la verdad, y se hacía imposible descorrer el negro paño que cubría los ojos de los miembros del Consejo de Guerra.

Estaban los corazones llenos de amargura, los rostros contraídos por una tristeza infinita, los cerebros embotados por un torbellino de ideas fatídicas, y nadie acertaba con una salvadora.

Estábamos ya dando rienda suelta a nuestro dolor e impotencia, cuando vimos llegar al Acho a un presidiario de causa común, español él, pero procedente de Cuba, donde había cometido delitos de estafa de gran cuantía, a quien conocíamos por "Manolillo", y sabíamos que era hombre de nobles sentimientos, y que, por su oficio de cartero entre los Departamentos y la Dirección, tenía libertad de andar por la plaza sin limitación alguna.

Una idea luminosa pasó por la mente de un compañero, y propuso que llamáramos a "Manolillo", para tomar su consejo sobre un plan rápidamente bosquejado.

Se trataba de presentar una instancia a la señora del Gobernador de la plaza, que lo era el General León, natural de Canarias, casado con una cubana de Matanzas, en cuya ciudad nacieron algunos de sus hijos.

Abrigábamos la esperanza de que aquella cubana sintiera en su corazón alguna simpatía por sus paisanos en desgracia.

“Manolillo” se prestó bondadosamente a secundar nuestros propósitos, y esperó la instancia que fué rápidamente redactada, en la que se suplicaba a la dama que por humanidad, y en nombre de los tradicionales sentimientos de bondad que han caracterizado en todos los tiempos a la mujer cubana, hiciera uso de su natural influencia para con su esposo y arrancara de las garras de la muerte a sus desgraciados paisanos, frustrando así los infames planes del forzado aquél autor de la inicua calumnia.

Aquella misma tarde solicitó “Manolillo” una audiencia de la señora del General, la que le fué concedida inmediatamente, y a la que asistió dicho militar.

Los resultados de aquella noble gestión no pudieron ser más satisfactorios.

La noble matrona, tiernamente conmovida, inclinó el corazón de su esposo a favor de los cubanos en desgracia, quien sin pérdida de tiempo intervino directamente en el Consejo de Guerra, y tan pronto se convenció de la inocencia de los acusados, ordenó su vuelta al Acho, donde fueron recibidos con grandes demostraciones de alegría por todos sus compañeros.



El Ser invisible, eternamente justiciero, que premia o castiga a los hombres de acuerdo con sus virtudes o pecados, ajustó las cuentas al mil veces malvado autor de aquella tragedia infame.

Pedro Carrillo fué trasladado para otro Departamento, por temor a que le aplicáramos la justicia catalana.

Jamás lo volvimos a ver, pero después de la libertad, se recibieron cartas de Ceuta con la siguiente noticia:

Pedro Carrillo logró un puesto de auxiliar de un Capitán de Ingenieros en una obra en construcción.

En aquel puesto le asignaron una buena gratificación mensual, por lo que pudo ahorrar algunas pesetas.

Con aquel dinero compró una fuga por el mar. La contrató con un pirata de Estepona, y a la hora convenida fué recogido en las rocas de la costa y escondido en el doble fondo del barco.

Al día siguiente, el imponente mar, en su infinita grandeza y fidelidad, devolvió el cadáver del forzado a los que lo andaban buscando; lo arrojó sobre las rocas, donde vieron que tenía en la garganta las huellas del estrangulamiento.

¡Oh Ser invisible y poderoso! ¿Quién negará tus designios?



Todos aquellos sucesos pasaron en el corto espacio de un mes; mes terriblemente angustioso, en que la hoguera de nuestros sufrimientos tomó proporciones indecibles.

Una escritora americana dijo que “cuando echamos una mirada hacia nuestros tiempos de privaciones y pruebas, vemos que cada hora lleva consigo sus diversiones y consuelo”; pero nosotros no estamos conformes con esta teoría, porque en nuestra triste vida de presidiarios, no hubo ni una sola hora en que la alegría asomara a nuestros corazones.

Cada día cada hora, cada minuto que pasaba, esperábamos con angustia la resolución que forzosamente había de venir a diafanizar nuestra complicada situación.

Aquella serie de sucesos y los que se estaban desarrollando en Cuba, habían entibiado nuestra esperanza de libertad.

El Gobierno de la Revolución no aceptaba la autonomía ofrecida por el General Blanco, cuyos emisarios eran fusilados a las puertas de La Habana, en cuya ciudad, como en España, se exaltaron los ánimos, llegando hasta nosotros por acción refleja, la llamarada de odios que semejantes sucesos levantaron.

Una tarde, después de tomar el rancho, fuimos llamados todos a formación en el patio, cuya orden cumplimos con verdadera zozobra.

El primer escribiente, acompañado del capataz de servicio, se colocó en lugar conveniente y nos leyó la resolución del Ministerio de la Guerra, donde disponían que continuáramos en presidio hasta nueva orden.

No hay palabras con que expresar la tristeza que nos invadió.

Volvimos a las galeras tristes y abatidos, donde fuimos objeto de las burlas de los forzados españoles que se reían de nuestra desesperación, exceptuando aquellos pocos que sufrían por nuestras desdichas.

★ ★ ★

El invierno se nos echó encima, encontrándonos desnudos de cuerpo y esperanza, agobiados por el rudo trabajo y el hambre aniquiladora.

Para mayor desdicha, ya no teníamos entre nosotros al insigne compañero Juan Gualberto Gómez, fuente inagotable de fortalecedores consejos, que en las horas de mayores sufrimientos nos alentaba con peroraciones patrióticas, en que nos explicaba a grandes rasgos lo que sería nuestra República en el futuro; y así, avivando nuestro patriotismo, hacía más pasajeras nuestras penas.

Recordamos sus hermosos pensamientos al tratar de las cosas de la patria, en una de las reuniones que celebrábamos con frecuencia en el ancho local que le concedían en la galera, donde vivía con sus criados, que eran compañeros pobres muy necesitados de sus larguezas.

Discutía con el Brigadier Fernando P. Alvarez, asistente perpetuo a aquellas tertulias, en quien se notaba cierta duda respecto del brillante porvenir que su ilustre contrincante preveía para Cuba.

Con la verbosidad que lo caracteriza, hacía la exposición de sus principios y esperanzas, con estas o parecidas palabras.

★ ★ ★

“Este cambio de política implantado en Cuba por el Gobierno de Madrid, está resultando favorable para la causa de la libertad que anhelamos.”

“Yo vislumbro para Cuba el más brillante estado de felicidad y progreso colectivo a que puede aspirar un pueblo.”

“El fracaso de los nuevos métodos implantados para acabar la guerra, va a determinar un cambio radical en la opinión pública norteamericana, respecto de los asuntos cubanos.”

“Nos reconocerán la beligerancia y nuestra situación cambiará por completo.”

“Desde ahora mismo me atrevo a asegurarles a ustedes que nuestra independencia está ya en el lugar de las cosas definidas.”

Y sus pensamientos formaban un torrente de elocuencia patriótica.

Decía: “El sublime espíritu de sacrificio que ha sostenido a los patriotas cubanos durante medio siglo de rodillas ante el altar de las libertades patrias, será la base incommovible en que descansará nuestra República.”

“El inmenso amor a la libertad que ha estrechado a los corazones cubanos durante ese medio siglo de sufrimientos y persecuciones, será el lazo irrompible que nos mantendrá unidos indefinidamente después del triunfo, laborando en el taller de nuestro progreso, con las sagradas herramientas de nuestras virtudes, en la obra de afianzamiento de nuestras instituciones republicanas.”

“Los pueblos de la libre América rendirán su tributo de admiración ante los destellos de nuestra aurora de libertad.”

“Con la sangre de nuestros héroes, las riquezas destruídas, las lágrimas y amarguras de las madres cubanas, los inolvidables horrores de las negras prisiones, los infortunios de la emigración, los infinitos sufrimientos de todos los que han luchado en nuestras guerras y el sagrado recuerdo de todos los que han sido inmolados en el altar de la libertad, bordaremos la bandera que hemos de izar en el concierto de los pueblos libres.”

“El portentoso desinterés demostrado por nuestros principales libertadores, que han despreciado sus grandes riquezas y comodidades para lanzarse a los horrores de las tres guerras que han asolado a nuestra patria, será el hermoso sentimiento que servirá de provechoso ejemplo a nuestros gobernantes futuros, que serán elegidos entre los más sabios y virtuosos, en cuyos pechos arda perennemente el fuego sagrado del patriotismo.”

A este término llegaba, cuando el Brigadier le lanzó a quemarropa la siguiente interrupción:

—¿Y los enemigos de la República, que hoy la combaten fieramente?

El fulgor de su cerebro lanzó los siguientes chispazos, entre la admiración de todos los que le escuchábamos:

“Los enemigos de la República serán reducidos a la impotencia con las armas de sus propios errores.”

“El peso de su traición, gravitando sobre sus conciencias, los hará completamente inofensivos, y se esconderán apresuradamente en la esfera de la vida privada, amparados por el perdón del noble pueblo por cuya esclavitud han suspirado.”

Aquí le hizo el Brigadier la siguiente observación:

—¿Y el interés yanqui en todos los asuntos de América, ¿no afectará al establecimiento de nuestra República?

Apretando nerviosamente con el dedo pulgar la ceniza de su pipa, replicó en tono reflexivo: “El pueblo norteamericano, engolfado en su propia grandeza, apenas conoce hoy al pueblo

cubano, pero yo presiento que no está lejano el día en que nuestro heroísmo llegue a impresionarle hondamente."

"Cuando llegue ese momento nos tenderán una mano amiga, y tal vez marchemos para siempre a su lado, recibiendo la beneficosa influencia de sus virtudes."

"El patriotismo que ha inspirado todos los actos del pueblo americano, será nuestra roca de salvación, caso de que surja una complicación internacional en que nos veamos envueltos."

De nuevo fué cortado el río de sus pensamientos por otra interrupción del Brigadier, que dijo:

—¿Y qué piensa usted de los vicios hereditarios del pueblo cubano?

—Yo no puedo pensar en sus vicios—dijo rápidamente—, porque tengo bien medidas sus virtudes, y éstas son superiores a aquéllos. Además, tendremos un arma poderosa para combatirlos: la escuela, en manos de un gran ejército de maestros.

Por aquella vez terminó de este modo:

"Yo mantengo en mi pecho una fe robusta e inquebrantable en el venturoso porvenir que hemos bosquejado."

"El entrañable amor de hermanos que ha unido nuestros corazones en la noche del infortunio, se hará más intenso en el día de nuestra libertad. El nos hará **caminar** por sendas de justicia y será el sagrado troquel en que daremos forma a nuestra nacionalidad. Con él por estandarte borraremos del suelo patrio la tempestad de odios desencadenada por las guerras,

y echaremos los cimientos de una paz inalterable, ante la cual rendirán las generaciones futuras el tesoro de sus talentos y virtudes.”



Aquella luz ya no brillaba en nuestra oscura noche.

La falta de sus destellos nos había arrojado sobre los escollos de nuestras imprudencias, en medio del borrascoso mar de odios que se agitaba a nuestro alrededor.

El ilustre y culto compañero había sido trasladado al Departamento de Cuarteles Principales, sin que pudiéramos explicarnos la causa, dejándonos con su marcha un vacío inmenso.

Después de la paz supimos la historia completa de sus penas y desdichas a partir de aquella lamentada separación, así como la original manera como fué indultado al implantarse el Gobierno Autonómico en La Habana.



En la Dirección del Penal supieron que los jefes del Acho, sin distinción de categorías, recibían dinero de manos del hábil prisionero y que le guardaban todo género de consideraciones.

Supieron también que el Ayudante Modesto Cambronero le había dado una niña como ahijada, en cuyo bautizo jugaba papel principalísimo el interés del regalo que debía percibir la niña, del **acaudalado insurrecto**, que llevaba en los bolsillos del uniforme de forzado, relucientes monedas de oro, cuyo brillo enloquecía a aquellos

esclavos de su ambición, que ganaban unas miserables pesetas de sueldo y sostenían a sus familias con lujo extraordinario.

De la denuncia de estos hechos surgió la idea de que el preso podía evadirse del Acho, y esta idea tomó cuerpo con la noticia de la fuga del licenciado Planas y Justo García Véliz del presidio de Chafarinas. Y como consecuencia, determinaron su traslado a "Cuarteles Principales", donde ingresó en un oscuro calabozo.

Su encierro en aquel Departamento fué puramente preventivo, mientras disponían su traslado al presidio de Cartagena, uno de los peores de España.

Efectivamente, pocos días después lo embarcaron en el vapor correo, rumbo a Algeciras, donde lo recibió una fuerte escolta de guardias civiles, para conducirlo al citado presidio.

Caminaba por las calles de aquella población entre un gran aparato militar, cuando se le acercó el periodista Domingo Blanco, redactor del periódico "El Imparcial" de Madrid, que pocos meses antes había visitado el Acho por cuenta de su periódico.

Apenado por la triste condición en que encontraba al compañero de periodismo, le preguntó por el lugar de su destino y le ofreció recomendarlo al Gobernador Civil de Cartagena y al Jefe del Presidio.

A su llegada al presidio sucedió que el Jefe de aquel Departamento no tenía orden de recibirlo, por lo que la escolta lo presentó al Gobernador Civil, quien ordenó su ingreso en la cárcel como medida preventiva, donde lo dejó después intencionalmente para que no ingresara en el presidio.

Al ingresar en la cárcel lo destinaron a la limpieza, trabajo rudo y molesto en grado sumo, porque tenía que manejar una escoba grande de raíces para realizar el baldeo de los patios.

Su humildad ante aquel maltrato, le valió el traslado para la sección de peladores de papas.

A los nueve días recibió una carta de un Teniente Coronel de apellido Márquez, que había sido su condiscípulo en París, brindándole su influencia si ella podía serle útil.

Esto demuestra que aun en los más difíciles momentos de su vida, ha tenido amigos dispuestos a hacer su defensa.

Temeroso de que su ingreso en presidio llegara a suceder, escribió una carta a su amigo y protector, el señor Rafael María de Labra, pidiéndole que lo trasladaran a la cárcel de Valencia, donde tenía buenos amigos, entre ellos al mismo Alcaide de dicha cárcel.

El resultado no se dejó esperar muchos días y la orden de traslado lo sorprendió agradablemente.

En la cárcel de Valencia permaneció hasta que fué puesto en libertad cuando vino a Cuba el General Ramón Blanco.

Pero obtuvo su indulto de un modo tan original, que difícilmente podrá encontrarse un caso parecido en los anales de la historia de nuestras luchas con la metrópoli.

Como parte de su amplio programa de rectificaciones políticas, ordenó el General Blanco la tramitación del indulto de todos los presos políticos que se encontraban dentro o fuera de Cuba.

Las cárceles se vaciaron, las prisiones militares arrojaron fuera su carga humana, y las órdenes cablegráficas de libertad inmediata llegaron a las prisiones todas de España y Africa.

Pero los implacables perseguidores de Juan Gualberto se acordaron de él en aquellos momentos para privarle de la alegría a que tenía derecho, negándole la libertad anhelada, ordenada por la suprema autoridad de la Isla.

Como asesores del Gobernador General, los autonomistas acordaron en Consejo de Secretarios aconsejar al General Blanco que excluyera del indulto general al esclarecido revolucionario que allá en la cárcel de Valencia sufría los horrores de la vida en prisión, haciéndole ver a su modo que la libertad de aquel preso era peligrosa para la estabilidad del flamante Gobierno que ellos acababan de fundar.

El General se dejó guiar por sus consejeros (se han pasado la vida dando consejos a Generales) y la exclusión se consumó inicuamente.

Aquel corazón, como los que permanecieron en Ceuta un año más, no era merecedor de la inmensa alegría de la libertad.

Pero una mano oculta, sin ruidos políticos, sin la evocación de erróneos principios y sin la exposición de odios y rencores públicos, produjo el milagro que anuló todo el poderío de los que aplaudieron en todos los tonos la delación infame, el encarcelamiento, el destierro, los fusilamientos sin tregua, el oprobioso plan de reconcentración y todo lo que era medio rápido de exterminio de cuantos soñaban con una república **ilusoria**.

Corazones que latían tristemente por el pobre desterrado, se acercaron al señor Cao Cordido, alto empleado del Gobierno General de la Isla, en cuyo Negociado radicaban todos los expedientes de indulto, y lograron interesarlo en favor del preso en desgracia.

Aquel noble corazón ofreció hacer algo práctico, y a los pocos días comunicó en secreto a los interesados que el General acababa de firmar el indulto de Juan, que él había intercalado entre los expedientes de los indultados de Isla de Pinos.

La orden de libertad fué transmitida al Gobernador Civil de Valencia, quien la cumplió inmediatamente.

El compañero Juan, con la alegría natural del momento, invitó a una comida al Gobernador Civil y al Alcaide de la Cárcel, para festejar con aquellos amigos su ansiada libertad.

Estando en la mesa recibió el Alcaide un telegrama del Ministerio de la Guerra, preguntando que de orden de qué autoridad había puesto en libertad al preso político.

Lógicamente alarmado, echó Juan mano a su talento y obtuvo que se le permitiera redactar la contestación, haciéndolo en forma que implicaba la complicación del asunto, con propósito de ganar tiempo.

Entonces se dirigió con la premura del caso a su amigo, el señor Moret, Ministro de Ultramar, quien al día siguiente le escribió una carta diciéndole que "dado el mal estado de salud que le contaba, lo que debía hacer sin pérdida de un minuto era trasladarse a Portugal o a Francia,

para que tomara unas aguas medicinales''. Y al efecto le adjuntaba un cheque, importe de los fondos que él le guardaba.

Tal aviso fué suficiente para que a las pocas horas se encontrara respirando ansiosamente desde la ventanilla de un tren los aires puros de la campiña española, rumbo a la frontera francesa.

Si no hubiera sido por la actuación de tan buenos amigos, al día siguiente hubiera dado de nuevo con sus huesos en el húmedo calabozo de la cárcel.

★ ★ ★

Sr. D. Ramón Allouis.

Mi querido amigo: Puede Masferrer atestiguar que cuando le entregué el borrador de la instancia que hice para ustedes le dije que suponía que no le darían curso. Era cosa esperada.

Entiendo que lo mejor es hacer otra instancia, insertando en ella ésta literalmente y después consiguiendo lo que a usted se ha notificado, argumentando contra ello y explicando que, ante la negativa de la Comandancia a darle curso a sus solicitudes, se ve usted en el caso de remitirlas directamente.

Nosotros tenemos medios de hacerla presentar en Madrid.

Ahora, sobre el terreno, como están ustedes, podrán juzgar mejor si eso puede o no puede tener para usted malas consecuencias en el orden práctico. Por lo demás, usted juzgará si puede y debe arrostrarlas.

No se preocupe por lo del cambio de la letra. Conocía ésta de usted por una carta de Masferrer, y siempre me figuré que por algo análogo la primera a mí vino con letra distinta.

Aguardo su respuesta, y en tanto, encargándole recuerdos para los compañeros de esas Brigadas, se despide de usted su muy sincero amigo,

(F.) JOSÉ A. GONZÁLEZ LANUZA.

Septiembre 4/97.

P. D.—No me diga más “Muy distinguido señor”, que para algo somos una especie de COMPINCHES.

VALE.

* * *

Sr. D. Ramón Allouis.

Mi querido amigo: Sí lo recuerdo a usted. Si antes no le contesté es porque quería mandar mi respuesta por un conducto de confianza.

Yo creo, si no me equivoco, que ustedes no están condenados a CADENA, en cuyo caso toda gestión me parece que resultaría infructuosa y que, a menos que quisieran hacer un FAVOR, en justicia no podría obtenerse mucho, digo más bien, nada. Me parece que la condena que sobre la generalidad, si no sobre todos, ha recaído, es la de RECLUSIÓN MILITAR, ya por tiempo determinado, ya perpetua.

Antes de redactar la instancia a que usted se refiere quisiera, pues, que usted me informase acerca de este punto; que importa conocer, porque la naturaleza de ambas penas y sus efectos no son los mismos.

Generalmente entre ustedes mismos se suele decir que tienen impuesta “la perpetua”; pero si todas las perpetuas son iguales por su duración no son iguales por lo que se refiere a la manera de cumplirlas.

Espero, por tanto, su respuesta, y en tanto queda de usted muy verdadero amigo,

(F.) JOSÉ A. GONZÁLEZ LANUZA.

(Esta carta vino al cuidado del doctor Octavio Zubizarreta.)

"Hacho", Enero 10/98.

Sr. D. Félix Manzano.

Administrador del Penal.

Ceuta.

Muy señor y respetable Administrador: Mi compañero Ramón Allouis, confinado en este Departamento, me suplica ruegue a usted creyendo, no sé con qué fundamento, que usted me atenderá, le dé, del dinero que en esa Administración de su digno cargo tiene depositado, dos duros, como adelanto de la cuota de Febrero.

Escribo a usted con el natural temor de recibir un desaire, bien merecido, si tal sucediese, por mi atrevimiento; pero cuento, para que no me suceda, con sus buenos sentimientos, lo pequeño de la gracia y las atenciones que inmerecidamente he recibido de usted, por lo que le anticipa las gracias su affmo.

S. S. Q. B. S. M.,

(F.) ERNESTO JEREZ VARONA.

Adjúntole el recibo, por dicha cantidad, firmado por Allouis.

* * *

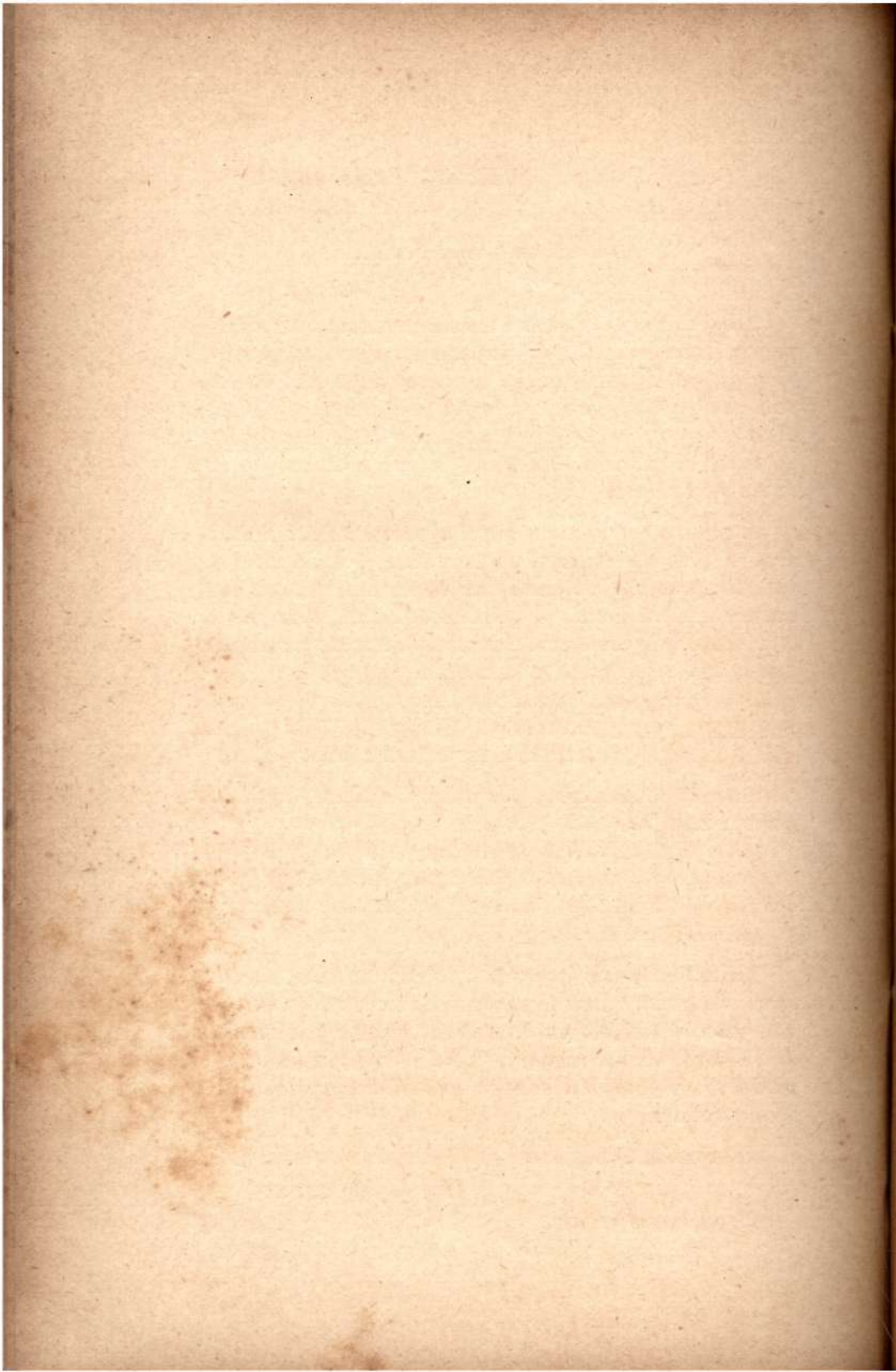
Querido Jerez:

Siento no poder acceder a lo que solicita Allouis en razón a estar para llegar mi relevo, y como entregaré en este mes, no puedo adelantar nada por cuenta de Febrero. Estas razones, su buen criterio las comprenderá, y también conoce que está muy lejos de ser un desaire.

Le aprecia S. S.,

(F.) F. MANZANO.

Devuelvo el recibo.



*HORRIBLE**SITUACION*

Aquella serie de imprudencias desencadenó sobre nuestras cabezas una tormenta de odios y persecuciones.

Nos fueron suprimidas de golpe todas las concesiones que disfrutábamos. Los rebajados del trabajo forzoso a fuerza de dinero, fueron llamados a las filas a la hora del trabajo y obligados de nuevo a tirar de los carros, y los que teníamos permiso extraoficial para usar prendas de vestir contra el frío, que no eran de uniforme, fuimos obligados a desecharlas inmediatamente.

Hasta entonces habían tolerado que algunos cubanos infelices, para mitigar el hambre, vendieran algunas prendas nuevas de uniforme, para comprar otras de menos valor, y con la diferencia de su importe adquirir pan negro con que sostenerse.

Un domingo que estábamos todos en las galeas, pasaron revista de uniformes y aplicaron severos castigos a los que no los presentaron bien conservados o les faltaba alguna prenda de ellos.

Las cadenas de los castigados eran escogidas entre las más largas y pesadas, y por la más leve falta le aplicaban a uno una mortal paliza.

Hasta los inútiles fueron obligados a ejecutar trabajos de mecánica dentro del Acho, y a muchos los obligaron a trabajar en la sección del "pan" y de "aguadores".

En las secciones de carros en que sólo trabajábamos nosotros, aumentaron el número de viajes, y se nos obligaba a sobrecargar los carros y disminuyeron los descansos en el camino.

Los jefes nos trataban acremente, los cabos y volantes los secundaban en sus crueldades, y hasta los forzados comerciantes en las galeras nos suspendieron los pequeños créditos, tratándonos con insolencia y aspereza.

Raro era el día en que no metían a algún cubano en los calabozos o le molían a palos las costillas, cargándolo después de cadenas, por el motivo más insignificante.

La acusación de un forzado español era suficiente para que se nos aplicaran tremendos castigos, sin averiguar si las faltas imputadas eran o no verdaderas.

Y hasta los soldados que nos custodiaban en los trabajos simpatizaban con aquel ambiente de hostilidad que nos rodeaba. Nos miraban con desprecio y en su trato se notaba rudeza no observada hasta entonces.

Para nosotros no había mal tiempo. Mal abrigados, hambrientos, y muchos con los pies descalzos, concurríamos a las filas al toque de corneta, para ir al trabajo con una lluvia oblicua que helaba los huesos y sostenía nuestras ropas empapadas durante todo el día. Y como éramos la causa de que nuestros guardianes se mojaran también y sufrieran los rigores de aquel clima molestísimo, tomaban en nosotros terribles venganzas, haciéndonos el blanco de sus iras.

La terrible crisis económica que sufríamos, disminuyó forzosamente nuestra higiene personal, viéndonos obligados a trabajar toda la semana con una muda de ropa interior, pues sólo podíamos lavarla los domingos.

Esta falta de higiene fué motivo de otro cruel sufrimiento. Una terrible plaga de carárganos en la ropa de vestir y de chinches en la cama, nos acercaba al borde de la desesperación.

El trabajo no nos dejaba tiempo entre semana para limpiar nuestras ropas de aquellos asquerosos parásitos, de los que matábamos a uñas los más grandes, y los domingos hervíamos la ropa y nos aseábamos lo mejor posible, dada la falta de agua que reinaba en el Acho constantemente.



Para colmo de nuestras desdichas hubo cambio de Ayudante en el Acho.

El relevado era un vejete, a ratos cruel y a ratos bondadoso, pero que sus muchos años habían alejado de su corazón los ímpetus de pante-ra que en la Dirección de la Colonia creían indispensables para luchar con los incorregibles de la población penal de España.

El nuevo Ayudante, llamado José Núñez, tenía las cualidades necesarias.

Lo primero que hizo al hacerse cargo del puesto fué divulgar entre nosotros que los insectos cubanos le habían macheteado a un hermano que era Comandante.

Aquello parecía así como un toque de prevención, antes de romper el fuego de sus crueldades, las que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Su primera víctima fué un compañero llamado Agustín Rodríguez, soldado del Cuarto Cuerpo, a quien acumularon un robo en su galera.

Más de cien vergajazos aplicados con sus propias manos fué su terrible debut, siguiéndole los demás actores del horrible drama en su infame representación.

Aquel desventurado, con más de un quintal de cadena a la cintura y piernas, fué sepultado en "blanca" por espacio de tres meses, de donde lo sacamos mediante treinta pesos recolectados entre algunos caritativos compañeros.

Aquella hiena dió rienda suelta a sus perversos instintos y en pocos días llenó los calabozos de cubanos. Y sus terribles actos de crueldad tenían el doble objeto de saciar su odio y satisfacer su sórdida avaricia, porque él sabía que muchos de los castigados darían dinero para salir de los calabozos o para hacer caer de sus pies las pesadas cadenas.

Como su sombra lo seguía su **gancho**, una especie de gigante, que llevaba en la mano un nudoso garrote y en la cintura se le notaban, a través de la ancha faja, los dos bultos de la faja y el revólver.

Aquel tremendo ras de castigos alcanzó también a algunos forzados españoles, a quienes castigaban con el exclusivo objeto de sacarles dinero.

Una mañana llamaron a los barberos y los metieron en los calabozos, con sendas cadenas a los pies.

La única falta que habían cometido aquellos hombres era la de desollarle la cara a los presidiarios que no les daban algo por el servicio, medio seguro de reunir algún dinero.

Al día siguiente volvieron todos para sus galeras y continuaron su oficio, mediante una cantidad entregada al terrible **gancho**.

¿Qué resolución debíamos tomar ante aquella angustiosa situación? ¿Protestar? ¡Imposible! El menor signo de protesta nos hubiera costado la vida. Era necesario soportar cobardemente aquellos incalificables atropellos, aunque la vergüenza de aquel envilecimiento nos enrojecía el rostro.

Nuestro instinto de conservación, aunque lo conservado no fuera más que aquella miserable existencia, nos decía "sufre y calla". Y algunos compañeros concibieron una consigna que nos fué a todos transmitida.

El compañero Manuel Vázquez Santana, correctísimo oficial de nuestro Ejército Libertador, el de las nueve heridas recibidas dando el pecho al enemigo, que ostenta en el cuello las huellas de las bayonetas triangulares, me transmitió la consigna secretamente.

—Es necesario sufrir y callar. Repíteselo a los compañeros.

En aquellas circunstancias, la resignación era el único sentimiento que nos convenía y que mejores frutos podía producir en nuestras almas.

Aquella consigna obedecía a una terrible sospecha que muchos abrigaban.

¿Quién nos aseguraba que aquel terrible desencadenamiento de odios y castigos no era el resultado de una tenebrosa conjura dirigida contra nuestras vidas?

Llegarían a desesperarnos, a exacerbar nuestros ánimos, buscando nuestra protesta, para después exterminarnos saciando sus criminales

instintos y convirtiéndose ante los ojos de su Gobierno en héroes vencedores de la rebelión de los prisioneros cubanos, que habían tratado de apoderarse de la fortaleza del Acho.

Sí, era necesario sufrir y callar, y si le daban a uno un golpe en una mejilla, debía presentar la otra, como aconsejó el Mártir del Gólgota, que bien se merecía Cuba aquel sacrificio.

De tal manera arraigó en nuestros corazones aquel sagrado sentimiento de resignación, que llegó a considerarse como una falta grave contra la consigna el más simple motivo de castigo dado por un compañero.

Conducta intachable y resignación sin límites eran la única tabla de salvación; a ella nos aferramos.

XXVI

AUMENTO DE TRABAJO

Y DISMINUCION

DE RANCHO

En los primeros días del mes de Enero del año 1898, se sintieron en Ceuta los preludios de la complicación internacional cuyo resultado fué la guerra entre España y los Estados Unidos.

Con la noticia de la tirantez de relaciones entre ambos pueblos, llegó a Ceuta la orden de emprender nuevas obras de defensa y de terminar rápidamente las principiadas.

Una circular llegó al Acho para que no quedara nadie en las galeras, las que jamás se vieron tan desiertas.

Hasta los **pinchos** fueron a tirar de los carros, pero para ello tuvieron que invocarles la defensa de una patria que los tenía emparedados en aquel castillo por todos los días de su vida.

El único que no siendo inútil no fué a trabajar, fué el querido compañero Diego Herrera, a quien sus cincuenta años y sus cabellos canos le ayudaron a representar con refinado arte el papel de anciano valetudinario, y andaba constantemente algo inclinado sobre un báculo de caña, con paso sumamente lento y que cuando gritaron la libertad al terminarse la guerra, se puso derecho como un huso, dándole a sus piernas la agilidad de un solterón bien conservado.

En las inmensas canteras apenas había lugar para el ejército de barreneros y nuevas líneas de vagonetas fueron instaladas.

El número de carros que tiraban materiales fué aumentado considerablemente y todas las secciones del trabajo recibieron un buen refuerzo de presidiarios.

Las baterías "El Pintor" y "Santa Clara", fueron terminadas rápidamente.

Las obras del polvorín tomaron gran impulso y en todas las viejas defensas se instalaron cañones modernos.

Una gran actividad se notaba también entre los soldados de la guarnición, a quienes no daban punto de reposo.

Muchos regimientos de reclutas llegaron a la plaza para recibir entrenamiento en la explanada del "Fijo".

Las cornetas atronaban el espacio, y el **un, dos; un, dos; un, dos**, voces con que los quintos marcaban sus pasos, y que los puntapiés que les aplicaban los instructores no interrumpían, se oían constantemente de la mañana a la noche.

El considerable aumento de forzados en los trabajos, produjo la necesidad de aumentar la cantidad de rancho de cada Departamento, porque ya hemos dicho que en los trabajos repartían siempre la ración reglamentaria.

Pero el contratista sólo atendió a su negocio, importándole poco que los forzados estuvieran escasamente alimentados en aquel trabajo excesivo.

Las horas de trabajo fueron aumentadas y regresábamos al Acho más tarde, siendo también más corto el descanso del mediodía.

El pan del día se recibía entero en el trabajo, por lo que era necesario guardar en el morral la mitad que correspondía a la ración de la tarde, pero el hambre, que es muy mala consejera, lo impulsaba a uno a comérselo todo de una sola vez apenas caía entre las manos.

Todo un día de esfuerzo sobrehumano para arrastrar el pesado carro por aquellas atrevidas pendientes, lo dejaba a uno completamente extenuado, sin fuerzas para subir la empinada montaña del Acho, que habíamos bautizado con el nombre de "calvario de los cubanos".

En algunas calles por donde pasábamos al regreso del trabajo, se situaban unas vendedoras de pescado frito, con sus humeantes sartenes, para ofrecernos sus doradas ruedas, calientes y olorosas, a centavo cada una.

Una **perrilla** difícilmente conseguida en la galera la noche anterior, y guardada en el hambriento bolsillo durante todo el día, con el mismo interés que si se hubiese tratado de una moneda de oro, causaba la felicidad de más de un estómago, porque muchas veces era necesario hacer partícipe de la rueda de pescado con ella adquirida, a algún hambriento compañero.

Ya en el Acho, presenciábamos desde las galeras el escandaloso escamoteo del rancho que hemos descrito en otro lugar de este libro.

Cuando nos llamaba la corneta, bajábamos al patio con la convicción de que volveríamos a las galeras con el estómago vacío.

¡Cuántas veces regresé a mi galera con el plato vacío y un nudo de indignación en la garganta!

Cuando uno no alcanzaba rancho, tenía que recurrir a algún compañero caritativo que pudiera prestarle algunos centavos para comprar algo que comer, o recurría a la venta o empeño de alguna prenda de vestir o de cama, porque era imperioso mitigar los latidos del tirano estómago.

Soñando con manjares sabrosísimos, se pasaba la noche con sueño entrecortado, y a la mañana siguiente nos llamaba la corneta para continuar aquella larga escena de sufrimiento, en que estaba puesto a prueba el temple de nuestros corazones.

XXVII

EN LA CUMBRE

DEL PELIGRO.

LA CONJURA.

En medio de aquella aflictiva situación, los días parecían años y los meses siglos.

Llegamos al mes de Febrero, mes pequeño y villano que nos impuso su helado cierzo para aumento de nuestras penas. Uno de sus últimos días prohibieron la entrada de periódicos en el Acho.

¿Qué pasaba? Alguna noticia importante se nos quería ocultar.

La impaciencia nos consumió durante algunos días, al cabo de los cuales nos enteramos de la voladura del acorazado "Maine" en la bahía de La Habana.

Aquella noticia nos alegró en grado sumo, aparte de la pesadumbre que nos causó la pérdida de vidas, porque el horrible suceso traería por consecuencia natural la intervención de los norteamericanos en los asuntos de Cuba.

Algunos compañeros fueron castigados cruelmente por haber exteriorizado esta esperanza.

El mes de Marzo y parte del de Abril pasaron sin cambio notable en nuestras penas, pero alrededor del día 20 notamos algo anormal en la vida del Acho.

Como no se recibían los periódicos, no estábamos enterados del curso de los sucesos, pero sospechábamos que algo muy grave estaba sucediendo en el mundo en aquellos momentos.

Los jefes redoblaron sus crueldades para con nosotros y su riguroso trato alcanzó proporciones insufribles.

Por conversaciones pescadas al vuelo en los trabajos, nos pudimos enterar del estado de guerra entre España y los Estados Unidos.

La noticia fué pronto del dominio de todos y los jefes del Acho no pudieron evitar que el veneno de la política se infiltrara en las galeras.

Los forzados españoles discutían acaloradamente, sobre la marcha de los sucesos, y casi todos eran de la misma opinión.

Decían:

“España daría una tremenda lección a los Estados Unidos, para que jamás se metieran en lo que no les importaba.”

“Los tocineros del Norte, esos fantoches sin tradición guerrera ni gloria militar, sabrían en aquella ocasión de lo que era capaz la vieja España.”

“El León de Castilla se había irritado, y su justa cólera no se aplacaría mientras los infantes españoles no hollaran con sus plantas las calles de Washington.”

“El “Pelayo”, el más formidable buque de guerra que había en los mares, se aprestaba para partir junto con el resto de la escuadra para aguas de América.”

“Y ustedes”, decían aludiéndonos, “no saldrán más de aquí, porque España impondrá la paz y nadie los podrá reclamar.”

Nosotros, ante aquellas barbaridades, no nos salíamos ni un ápice de nuestro plan, oíamos y callábamos sin tomar parte en sus tontas discusiones.

No eran aquellos tremendos disparates lo que nos preocupaba hondamente, sino la situación peligrosísima en que nos veíamos colocados, porque sabíamos de lo que eran capaces aquellos desalmados.

Hablamos en términos generales, porque, según se ha dicho ya, entre ellos los había nobles y caritativos, incapaces de ninguna injusticia. Esto quedó después bien demostrado.

Nuestra resignación marchaba pareja con los conceptos injuriosos que nos lanzaban a la cara, nuestra consigna fué repetida de oído en oído entre los compañeros más exaltados, y por necesidad nos impusimos el silencio sobre los asuntos de la guerra, aunque aquello significaba la tortura del cerebro, convertido en dura cárcel de nuestros pensamientos.

Dios, que no nos abandonaba, nos había inspirado aquella cristiana resignación. Retenidos por nuestras imprudencias en aquel infierno, luchábamos por nuestra salvación con las poderosas armas de la paciencia y la tolerancia.



De tal manera quisimos demostrar nuestra fingida indiferencia ante los sucesos de la guerra, que por las noches, antes de la hora del silencio, y los domingo durante todo el día, aprovechando la superficialidad de carácter de algunos compañeros, nos reuníamos y cantábamos canciones, haciendo la música con algún cajón o lata.

Pero nuestras mismas canciones nos hacían traición, y descubrían la ola de tristeza que invadía nuestros corazones.

La canción del desterrado y otras no menos tristes, eran las predilectas.

*Allá en mi Cuba, en mi nativo suelo,
En cuyos prados la belleza mora,
Hay una flor que solitaria llora
Mi triste vida abandonada aquí.*

.....

.....

.....

*Si ves a mi madre
Que al muelle no vaya,
Que me será muy triste
Que me vea partir.*

*Dile que si muero
En extranjeras playas,
Tan sólo en ella ...
Tan sólo en ella
Pensaré al morir.*

.....

.....

.....

Estos pensamientos, refrescando en la mente el recuerdo de los seres queridos, aumentaban el dolor que nos embargaba.

El compañero Antonio Sotolongo cantó un día en una de aquellas reuniones:

*¡Pobre Cuba querida, tierra hermosa,
Templo de la modestia y la virtud,
Soportando una vida ignominiosa
Cuatro siglos duró tu esclavitud!*

Un baturro salvaje que estaba próximo, se acercó a Sotolongo y le preguntó con cara de feroche:

—¿Se puede saber qué es eso de esclatú?

—Son disparates míos — respondió discretamente Sotolongo, y el salvaje se fué a su puesto.

Sotolongo continuó entre la risa disimulada de los oyentes:

*Méjico es un punto libre,
Santo Domingo y Haití;
Los ciudadanos de allí
Vencieron los imposibles.
Ellos comen, ellos viven
Sin pagar contribución;
Gobierno de otra nación
No oprime a los ciudadanos,
Y ¿por qué aquí los cubanos
NO COMEMOS CHICHARRÓN?*

El baturro, completamente despistado, soltó la risa ante la jocosa terminación, y el pasatiempo terminó sin novedad.

★ ★ ★

El torrente de nuestros sinsabores seguía su ancho curso y nada parecía detenerlo.

Casi ningún recurso llegaba ya de Cuba, y la Junta Revolucionaria nos había olvidado por completo.

Los seis centavos diarios que nos daban de jornal en los trabajos, era el único recurso de que podíamos disponer.

¿Qué podíamos hacer con ellos? Le demostraremos al lector que hacíamos mucho.

Generalmente nos reuníamos tres compañeros para comer en sociedad, mientras nos duraba aquel capital de \$1.80 que cobrábamos los días tres de cada mes.

El capital disponible para cada comida era el siguiente:

Tres personas, a \$0.06.	\$ 0.18
Producto de la venta de tres medios panes	„ 0.03
TOTAL.	\$ 0.21

DISTRIBUCIÓN:

Carbón.	\$ 0.01	
Aceite.	„ 0.05	
Tocino.	„ 0.02	
Cebollas.	„ 0.02	
Tomates.	„ 0.03	
Pan blanco.	„ 0.05	
Tres tazas de té.	„ 0.03	\$ 0.21
Saldo para el día siguiente.		Hambre

Menú: sofrito de rancho.

El sofrito de rancho es un plato clásico en los presidios españoles, y bien preparado gusta mucho y es nutritivo.

Nuestros lectores podrán formarse una idea clara y precisa del sufrimiento moral que experimentábamos los que habiendo disfrutado de toda clase de comodidades en el hogar paterno, donde el amor inmenso de una madre solícita y cariñosa nos colmaba de ventura, nos veíamos sucum-

bir lentamente, batidos por el hambre, el rudo trabajo, los golpes y el cierzo helado, en aquella maldita roca del Averno donde nos había colocado nuestro sino fatal.

El carácter más firme flaqueaba ante la inseguridad del porvenir, y la duda, esa langosta del cerebro, se asomaba a las puertas de las almas más templadas en el sufrimiento.



Mientras tanto, la escuadra española atravesó el Atlántico, y burlando la vigilancia de la flota del Almirante Sampson que bloqueaba la Isla, hizo su entrada en el puerto de Santiago de Cuba.

Los oficiales del Cuerpo de Ingenieros que tenían a su cargo las diferentes obras en que trabajábamos, no se ocultaban de nosotros para dar rienda suelta a sus opiniones sobre los hechos que se estaban desarrollando en Cuba.

Por un simple capricho del Destino, trabajaba el autor en aquellos días en la oficina de la obra "Cuartel del Rebellín", pasando a los libros las listas de jornales.

Esta obra se construía dentro de la ciudad, y su oficina era frecuentada por un sinnúmero de oficiales de todas las armas, amigos del Capitán que dirigía los trabajos.

Yo trabajaba discretamente estampando nombres y haciendo cruces en las casillas del libro, sin perder una palabra de cuanto se hablaba.

Entre aquellos oficiales los había con sentido común, pero la mayor parte carecían de él.

Mientras algunos, conocedores al parecer de la efectividad de las fuerzas lanzadas contra la poderosa escuadra norteamericana, daban por segura la derrota del Almirante Cervera, otros, de menos experiencia y más quijotismo, tenían una fe ciega en el triunfo de las naves españolas.

* * *

Una tarde entró en la oficina un oficial del arma de Artillería, mostrando un número de un periódico local, donde caricaturizaban al Almirante Sampson con un revólver en la mano, frente a una gran botella tapada, y debajo se leían las siguientes palabras, atribuidas a dicho Almirante: “La escuadra española está embotellada, y si salta el corcho y se me escapa, me levanto la tapa de los sesos.”

Más abajo insertaban la orden cablegráfica con que el General Blanco disponía, para salvar el honor de su nación, que la escuadra saliera inmediatamente para aguas de La Habana.

Aquellos oficiales se miraban aterrados, sin atreverse a comentar aquella orden.

Uno rompió el silencio para decir en tono solemne:

—Esto me huele a venta.

Otro adelantó:

—El desastre final se avecina.

Otro, en tono de convicción profunda, dijo: “Ese jirón de la patria se nos va de las manos.”

Otro, mirándome con disimulo, añadió:

—Eso sucede por andar con paños calientes. El relevo del General Weyler ha traído por consecuencia el desastre que se avecina.

Y el único que no creía en la derrota de las naves españolas, asegurando que eran superiores a las norteamericanas en andadura y artillado, era el oficial que había llevado el periódico con la noticia.

El oficial que dirigía la obra, al oír su patriótica argumentación con que defendía el triunfo de su causa, dejó de mirar un plano que tenía sobre la mesa, lo miró intensamente sin decirle una palabra, y siguió trabajando.

Aquel oficial, que parecía superior en todos sentidos a sus compañeros de discusión, tenía en el semblante la fiel expresión de las tristes convicciones.

Aquella noticia llevada por mí a la galera, nos produjo una gran ansiedad; presentíamos algo muy grave para nosotros.

Al día siguiente, como a las ocho de la mañana, llegó a la oficina el mismo oficial, llevando en la mano un número de un alcance al mismo periódico, en que aparecía una caricatura que representaba al Almirante Sampson revolviéndose sobre un charco de sangre, con el revólver en la mano, junto a la botella, cuyo corcho había saltado por el aire. Y al pie de la caricatura se leía, si no recordamos mal, las siguientes palabras: "El Comodoro cumplió su palabra de militar."

Los cables decían que el Almirante Cervera, cumpliendo las órdenes transmitidas por el General Blanco, se había hecho a la mar, sorprendiendo a los marinos norteamericanos, que lo perseguían, pero a distancia, por lo que daban por seguro que los buques españoles lograrían llegar a La Habana.

La inexplicable ignorancia en que vivían muchos de aquellos oficiales y el elemento oficial

de la plaza, respecto de la potencia de cada una de las escuadras contendientes, hizo que se reunieran rápidamente en el Círculo Militar, y celebraran con champagne, entre gran alborozo, el triunfo que ya consideraban seguro.

Como a las diez de la mañana del día siguiente, 4 de Julio de 1898, llegó a la plaza y a la oficina de la obra, la noticia del desastre marítimo en que España acababa de perder casi toda su marina de guerra.

Lo confesamos con toda sinceridad, nos causó intensa pena la terrible angustia que reflejaban los rostros de aquellos oficiales a quienes no considerábamos culpables de los errores del Gobierno, ni de nuestros sufrimientos.

La noticia de aquel desastre y la del de Cavite, en Filipinas, nos colocaron en la cumbre del peligro que nos rodeaba.

★ ★ ★

A medida que llegaban las noticias de las derrotas sufridas por las fuerzas españolas en Santiago de Cuba, aumentaba la rencorosa antipatía que nos profesaban, tanto los jefes como los forzados españoles del Acho.

Por la más leve falta cometida por un cubano le aplicaban castigos excesivos, se nos quitaba siempre la razón en las cuestiones que teníamos que ventilar ante los jefes, y el ambiente de hostilidad que nos envolvía, tomaba proporciones alarmantes.

★ ★ ★

Una tarde, al llegar a la falda de la montaña del Acho, al regreso de los trabajos, notamos un movimiento inusitado en el cuartel del "Fijo".

Toques de corneta a horas que no eran de rancho ni de ejercicio, llamaron poderosamente nuestra atención.

Compañías de soldados marchaban por las carreteras en distintas direcciones, dirigiéndose al Acho algunas de ellas.

¿Qué estaba pasando? No lo sabíamos, pero teníamos el presentimiento de que fuese lo que fuese, ello agravaría nuestra situación. Tal era la cantidad de recelosa desconfianza que presidía nuestros pensamientos.

Al llegar al Acho notamos que habían sido reforzadas las guardias, lo que nos hizo pensar que sobre nuestras cabezas se cernía un nuevo peligro.

Aquella noche notamos algo muy extraño en los semblantes de los forzados españoles.

Miradas amenazadoras, sorprendidas por casualidad, nos pusieron sobre aviso, sugiriéndonos la idea de no dormir, aunque lo aparentásemos, procurando enterarnos de algo que nos pusiera en posesión de la verdad de lo que sucedía, o de lo que intentaban contra nosotros.

El amenazador silencio de la lóbrega noche, apenas interrumpido por ronquidos horripilantes que se escapaban de los dormidos pechos, como si el depósito de sus perversidades se derramara por las gargantas en agitados torrentes, invitaba a hondas meditaciones, haciendo germinar en los corazones oprimidos la semilla de los negros presentimientos.

Y aquellos centinelas que el instinto de conservación había distribuido en nuestro peligroso campamento, observaban atentamente, y los gritos de “¡Alerta!” lanzados por los centinelas del exterior, llegaban a sus oídos como mensajes de previsión.

Pasada la medianoche, cuando el sueño principiaba a triunfar sobre la voluntad de aquellos abnegados, el compañero Ramón Quiñones, vecino de la galera número 14, notó que varios forzados españoles se reunían sigilosamente frente a su cama, formando una especie de asamblea en el local que ocupaba el cafetín de uno de ellos.

Con un oído en cada poro y la respiración contenida, escuchó atentamente, dispuesto a no perder ni una sola frase de cuanto allí se tratase.

Los acuerdos de aquellos monstruos guardaban perfecta analogía con los de las sociedades "El Cuchillo" y "Los Cuchillones", establecidas en aquellos mismos tiempos, en las ciudades de La Habana y Sancti Spiritus, respectivamente.

Acordaron solemnemente, después de pequeña deliberación, que al sonar el primer cañonazo de la escuadra norteamericana contra la plaza, se lanzarían sobre nosotros, cuchillo en mano, al grito de—"¡Degüello!"

Aquella horrible conjura fué acordada a la misma hora en todas las galeras.



El dulce beso de la aurora, depositado a través de los negros barrotes de hierro en las frentes ofuscadas, devolvió su manantial de pensamientos al cerebro, y al corazón sus tristezas infinitas.

Aquel día, por ser domingo, permanecimos todos en las galeras.

Con las precauciones del caso nos comunicamos nuestras impresiones de la noche, guardando el secreto de la conjura descubierta, pero acordando prevenirnos contra el peligro.

Las palabras de los conjurados “cuando suene el primer cañonazo de la escuadra norteamericana contra la plaza”, nos dió la clave del asunto; en aquellos momentos una escuadra norteamericana estaba en camino de España, y nuestra situación se tornaba gravísima en todos sentidos.

No obstante, aparentamos la mayor tranquilidad durante todo el día, para despistar a nuestros enemigos.

Por la tarde, paseándonos como de costumbre, por el sendero que conducía a las balsas, acordamos nuestro plan defensivo (bajando la voz cuando pasábamos frente a los centinelas), para defendernos de nuestros enemigos.

Era necesario conseguir armas. Cada uno debía buscar un cuchillo que introduciría en su galera como le fuera posible. Había muchas maneras de hacerlo. Al que no tuviera con qué comprar un cuchillo y un pargo, se le buscaría el dinero. Sin peligro alguno se introducía en la galera un puñal en el vientre de un pargo.

A excepción de aquellos faltos de carácter, se les comunicó a todos los compañeros el estado de peligro en que nos encontrábamos.

Unos cuantos días sin comer pan, ponían diez pulgadas de acero en la cintura y una esperanza de vida en el corazón.

Había llegado el momento de las grandes resoluciones.

Si estábamos destinados a morir bajo el filo de las facas de nuestros enemigos, nadie nos libraría de la muerte, puesto que éramos en número dos veces inferiores a ellos. Pero era necesario demostrar que la cobardía no era planta frondosa del suelo cubano.

Muchos pargos de a más de tres libras entraron en las galeras al día siguiente.

El autor oyó la siguiente conversación que dos compañeros de cazuela sostenían entre bocado y bocado:

—¿Te fijaste en la ventrecha de este pargo?

—Sí.

—¿Le viste la herida?

—Sí; tenía una ancha herida.

—¿Los pargos pelean en el mar con sus enemigos?

—Sí, los pargos son valientes.

—¿Los pargos luchan por la conquista de las aguas?

—No, los pargos luchan por la conquista de sus alimentos?

—¿Los pargos se odian como los hombres?

—No, los pargos son superiores a los hombres, porque no conocen el odio.

—¿Los pargos sirven sólo para comer?

—No; también sirven para otra cosa.

—¿Para qué más sirven?

—Para ayudar a los hombres a defender sus vidas.

★ ★ ★

El lunes fuimos al trabajo como de costumbre, pero las circunstancias habían variado completamente.

Un formidable movimiento militar se había iniciado en la plaza.

Dos transportes estaban desembarcando un contingente de soldados que de los muelles se dirigían a los cuarteles entre los acordes de las bandas militares. Varias máquinas de tracción marchaban por las carreteras arrastrando pesados cañones.

La mayor parte de los penados fuimos destinados a la construcción de bases de hormigón, para asiento de cañones; bases que se construían apresuradamente, con un impulso tremendo, como si el enemigo estuviera a tiro.

Oficiales de alta graduación recorrían a caballo las distintas obras de defensa, presenciando los trabajos que se realizaban.

Las secciones de carros fueron destinadas casi en su totalidad, al transporte de material de guerra para abastecer a las baterías.

Los transportes seguían llegando cargados de tropa y de material de guerra y boca.

Un ejército de forzados con sus carros viajaba incesantemente entre el castillo del Acho y los muelles, en el acarreo de cinco millones de raciones de boca, que en tres días acumularon en dicha fortaleza, preparándose para un sitio probable.

En la población civil se notaba el movimiento característico de las ciudades próximas a ser bombardeadas, pero la presencia de ánimo no le faltó ni un momento.

Infinidad de cañones de regular alcance fueron emplazados en pocos días, y las murallas se vieron erizadas de pequeños cañones sistema "revólver".

Ejercicios de tiro fueron ejecutados con casi todos los cañones de la plaza, demostrando los artilleros su excelente puntería.

Junto a cada departamento penal fueron construídas unas excavaciones cuadradas con cubierta de hormigón armado, destinadas a proteger a los jefes y sus familiares contra las granadas norteamericanas.

Aquellos subterráneos fueron dirigidos por los mismos jefes, y se construyeron con la aceleración que produce el miedo.

Veinte o treinta penados practicaban cada excavación, estimulados por las voces de los interesados, que gritaban “¡Más de prisa!” “¡Más de prisa!”, constantemente, mientras otros acarreaban los materiales para el techo que construían los albañiles con aceleración creciente. Y nosotros nos reíamos interiormente, al ver construir aquellas cubiertas de vigas y hormigón, sin tener en cuenta para nada la fuerza destructiva de las granadas enemigas, puesto que era para ellos completamente desconocida.

Sin recibir descanso alguno, abatidos por el rudo trabajo, chorreando sudor por todos los poros y enervados por el hambre, rendíamos diez horas de trabajo, al cabo de las cuales apenas nos quedaban fuerzas para mover las piernas lentamente en dirección del Acho.

★ ★ ★

A los seis u ocho días de aprestos bélicos, ya todo el mundo sabía la causa de ellos. El Gobierno de Washington, en vista de que el de Madrid no parecía dispuesto a pedir la paz, no obstante sus desastres de Cuba y Filipinas, había ordenado que parte de su escuadra se dirigiera contra los puertos del Sur de dicha nación. Y siendo Ceuta la verdadera llave del Estrecho de Gibraltar, lógico era suponer que contra ella dirigieran sus primeros ataques los poderosos acorazados norteamericanos.

Fácil será comprender cuán peligrosa era nuestra situación, viéndonos expuestos al bombardeo y al furor de los forzados españoles, conjurados para asesinarlos. El tornillo que apretaba nuestra existencia estaba girando fuertemente.

Aun nos restaba la alentadora esperanza de que el bombardeo principiara a la hora del trabajo, en cuyo caso habría más probabilidades de defensa. De todos modos, nosotros estábamos dispuestos a hacer pagar caras nuestras vidas.



Un día en que los trabajos de defensa alcanzaban su más alto grado de eficiencia, llegó la orden de suspenderlos, e instantáneamente cesó aquel gran movimiento.

Las máquinas de tracción vaciaron sus alijos, y el vapor sobrante en sus calderas recobró su libertad en el espacio.

Al acuartelamiento de los soldados, siguió el silencio de las bandas de cornetas.

Los cañones no sintieron más en sus almas el brusco roce de los escobillones metálicos.

La población civil no oyó más el estampido del cañón en las prácticas de tiro, ni los agudos gritos de las sirenas de los transportes.

Todo ruido cesó; todas las cosas volvieron a su curso habitual.

Las madres ya no temían por sus hijos, ni las esposas por los esposos.

Las aves marinas retornaron a sus nidos entre los picachos de la costa, y los tímidos conejos salieron lentamente de sus madrigueras.

Ya no se veía a los altos oficiales recorriendo febrilmente las obras de defensa, caballeros en briosos caballos andaluces, exponiendo a las dulces miradas de las muchachas, sus rostros sonrosados bajo las anchas alas de los finos jipijapas.

La población penal también participó de aquella variación de los sucesos, entrando de nuevo por el amargo y viejo sendero de sus penas. Y los prisioneros cubanos que formábamos parte de aquella población, seguimos también por el mismo sendero. Al día siguiente volvimos a empuñar el pértigo del carro, o la ruda cuerda que al mismo nos uncía.

XXVIII

LA LIBERTAD

En las últimas horas de una tarde, cuando atravesábamos la ciudad de Ceuta a nuestro regreso del trabajo, llegó hasta nosotros, trascendiendo del público, la grata noticia de que España había pedido la paz.

Cuando llegamos al Acho, ya sabían allí la noticia, aunque extraoficialmente.

Indescriptible fué la alegría que ensanchó nuestros corazones. Aquella noche casi no dormimos, porque las negras nubes que encapotaban nuestro cielo, empezaban a disiparse, y el inefable consuelo que invadió nuestros corazones, satisfizo las necesidades del organismo, y el sueño huyó de nuestros ojos.

No teníamos una idea definida de cómo sería nuestra libertad, pero no nos cabía la menor duda de que, siendo los norteamericanos los vendedores, seríamos reclamados tan pronto principiaran las negociaciones de paz.

Al día siguiente fué confirmada oficialmente la noticia de la terminación de la guerra, y los jefes del Acho operaron un verdadero cambio en su trato para con nosotros.

Disminuyeron rápidamente los castigos y accedían con facilidad a las peticiones de rebaja de los trabajos.

Los forzados españoles dulcificaron un tanto sus relaciones para con nosotros, oyéndoseles expresarse favorablemente a nuestra libertad.

¡Así son las masas inconscientes de los presidios y de los pueblos! Hoy apostrofan al que ensalzaron ayer, y mañana colmarán de honores al que hoy insultan y maldicen.

Algunos compañeros lograron su rebaja de los trabajos, pero la mayoría preferimos seguir trabajando, porque la vida en el trabajo era inmensamente preferible a la que se hacía en las galeras; el trabajo entretenía y producía seis centavos diarios, y la galera lo que producía era hambre e impaciencia.



A fines de Septiembre llegaron las primeras cartas de Cuba, escritas después de acabada la guerra. Eran mensajes de felicitación de los padres a los hijos, de las esposas a los esposos, de los hijos a los padres, de las hermanas a los hermanos.

La inmensa alegría atravesaba el Océano y llenaba de gozo los corazones.

Algunos compañeros recibieron de sus padres dinero para que compraran ropa para el viaje, pero la mayor parte nos veíamos precisados a hacerlo con el denigrante uniforme de presidiario, calzados con las repugnantes alpargatas.

Al terminarse la guerra permitieron de nuevo la entrada de los periódicos en las galeras,

y durante el mes de Septiembre pudimos seguir el curso de los acontecimientos, disipando un tanto la impaciencia que nos consumía.

El día primero de Octubre se reunieron en París los comisionados a las conferencias de paz, y el día 3 llegó a Ceuta la orden de ponernos en libertad.

La primera exigencia de los comisionados norteamericanos fué la inmediata libertad de los prisioneros cubanos.

Queremos suponer que jamás el cable, desde su instalación, había sido portador de una noticia que produjera más alegría y secara más lágrimas.

La orden llegó por la tarde, y nos fué comunicada como a las cinco y media, a nuestra llegada del trabajo.

Los compañeros que estaban en las galeras, nos esperaban cerca del cuerpo de guardia, y al divisar la cabeza de la columna, prorrumpieron en vítores a la libertad, y algunos fueron lanzados a Cuba libre, lo que fué tolerado pacientemente por los jefes y soldados de la escolta.

A medida que iban llegando las cuadrillas de las diferentes secciones, se repetían aquellas escenas de intensa alegría.

Después del rancho fuimos llamados al patio, y en formación correcta, nos dijeron que habían recibido la orden de poner en libertad inmediatamente a los que tuvieran recursos para costearse el viaje, y que los restantes tendríamos que esperar a que el Gobierno contratara con la Compañía Trasatlántica nuestro traslado a Cuba. Que los que pudieran pagar su viaje deberían estar listos para ser conducidos al día

siguiente a la ciudad, donde tomarían el vapor correo para ir hasta Algeciras, donde los ponía el Gobierno gratuitamente.

No hay palabras para describir la intensísima alegría que invadió nuestros corazones y el profundo agradecimiento que sentíamos por el pueblo y el Gobierno norteamericanos, que tan humanitariamente se portaban con nosotros, sacrificando vidas e intereses nacionales, para darnos la anhelada libertad, arrancándonos por la fuerza, puede decirse, de las inmundas prisiones donde hubieran bastado muy pocos años para que el último bajara a la tumba triste y solitaria, en aquella agreste península, asiento de todo mal.

Tan pronto cerraron las galeras después del recuento, principiaron las deliberaciones sobre la forma de libertad que se nos ofrecía.

Como las circunstancias habían variado completamente, la mayor parte de los que la otra vez habíamos sido partidarios de la libertad en cualquier forma, éramos en aquella ocasión decididos opositoristas del viaje a Cuba por nuestra cuenta.

Habíamos sido reclamados como prisioneros de guerra, y lo justo y equitativo era que se nos condujera a Cuba.

No obstante, como treinta compañeros decidieron afrontar los peligros de un viaje por su cuenta y riesgo, y a la mañana siguiente se presentaron en la Ayudantía y solicitaron su conducción a los muelles, donde tomaron el vaporcito, y ya en Algeciras tomaron pasaje para Gibraltar.

Sabido es que en aquella plaza no se puede pernoctar sin ser garantizado ante el jefe de la policía por una persona solvente de la ciudad.

Dos o tres de ellos que tenían dinero, se alojaron en un hotel y pronto se pusieron dentro de las ordenanzas de la ciudad militar; pero no les fué igual a los que, demostrando un ansia de libertad rayana en locura, se atrevieron a emprender un viaje de aquella magnitud sin una peseta en el bolsillo.

Tan pronto entraron en la ciudad se presentaron al Cónsul norteamericano, quien les dijo que nada podía hacer por ellos porque no tenía instrucciones de su Gobierno, concretándose a recomendarlos a un señor de apellido Macedo, que tenía un tren de carretones. Este sujeto los garantizó ante el jefe de la policía y les permitió que durmieran en sus cuadras sobre sacos viejos y basuras.

Pasaron todo el día y la noche sin comer bocado, pero al siguiente día fueron a una fonda con la intención de comer de todos modos, pero se concretaron a rogar que les permitieran comer de las sobras que quedaban en los platos de los marchantes. De este modo mataron un poco el hambre que les había trastornado un tanto las facultades mentales, y pensaron más cuerdamente sobre su situación.

Enrojecidos de vergüenza por el acto realizado de comer sobras a la vista del público, se encaminaron de nuevo a casa del Cónsul, a quien invitaron a que pasara un cable a su Gobierno, consultando el caso de su presencia en el Consulado, demandando auxilio, y lo que es más, que se les dijera terminantemente bajo qué Gobierno estaban ellos como prisioneros de guerra licenciados de presidio.

De Washington contestaron que ellos estaban bajo el amparo de las leyes norteamericanas que regían la ocupación de la Isla de Cuba, y

que se les atendiera convenientemente, embarcándolos en el primer vapor de pasaje que saliera para los Estados Unidos.

En efecto, tomaron el primer vapor que salió para New York y tuvieron un viaje felicísimo.

La más justificable alegría ensanchaba sus corazones durante la travesía, pasando los días entre alegres charlas y tristes recuerdos de los sufrimientos pasados.

Su ansia por pisar tierra americana está expresada en la siguiente anécdota:

Salieron de Gibraltar por la tarde, y al siguiente día navegaban frente a las acantiladas costas de Portugal.

El viejo Ascuy, dirigiéndose al compañero Octavio Zubizarreta, le preguntó que dónde estaba Portugal, y al contestarle que en Europa, expresó su disgusto interrogando con asombro:

—¿Todavía en Europa?

Al llegar a los Estados Unidos fueron recibidos por don Tomás Estrada Palma, el primer Presidente de todos los cubanos, cuya desaparición jamás será bastante sentida.

Por cuenta de la Delegación cubana fueron conducidos a Cuba algunos días después, llegando a las playas de la patria unos días más tarde que los que hicimos el viaje por cuenta del Gobierno de Madrid.



Los días que siguieron a la marcha de aquellos compañeros, fueron de verdadera impaciencia para los que nos quedamos en el Acho.

La inexplicable demora que sufría la llegada de la anhelada orden de licenciamiento, nos hacía sufrir horriblemente.

Al cabo de algunos días nos explicaron que estaba todo listo para nuestro embarque, pero que era forzoso esperar al día 28 de Octubre (estábamos a 21), con el propósito de que nuestra llegada al puerto de Cádiz en viaje por el mar, coincidiera con la salida para Cuba del trasatlántico "Isla de Panay", que emprendería viaje el día 29, en el que seríamos conducidos.

El día 22 pasaron revista de uniformes y de mantas, y al notar que muchos compañeros no las tenían, porque las habían vendido para comprar pan y rancho, amenazaron con dar cuenta a la Dirección del penal para que les demoraran la libertad hasta que las entregaran.

Aquella amenaza nos causó un serio disgusto y, con la premura del caso, principiamos a hacer gestiones para adquirir de algún modo las mantas que faltaban, que eran como ochenta.

Al enterarse el Ayudante de nuestras gestiones, llamó a su presencia al grupo que nos ocupábamos del asunto, y después de reiterar su amenaza de dar cuenta a la Dirección, se brindó para conseguirnos las mantas al precio de un peso, siempre que le entregáramos en seguida la cantidad necesaria.

Comprendiendo que todo aquello era una burda trama para explotarnos, le dijimos resueltamente que no le dábamos ni un centavo y que diera cuenta cuanto antes.

Aquellas fueron las últimas palabras que dirigimos a aquel granuja, quien temía mucho de nosotros en aquellos momentos para meterse en camisas de once varas. La orden de libertad

nos arrancaba de sus manos, pero quedaba rico a nuestras expensas. Una buena parte de los socorros que con miles de sacrificios nos habían remitido nuestros familiares, habían ido a parar a sus bolsillos.

★ ★ ★

Llegó por fin el día 28 de Octubre de 1898, día venturoso en que tuvo fin nuestra tenebrosa noche de sufrimientos y alumbró el radiante sol de nuestra libertad.

Al salir al patio por la mañana, sentimos en nuestros corazones una alegría infinita, porque estábamos en la hora de nuestra libertad y teníamos a la vista el final de nuestra vida de amargura.

Nuestros ojos no contemplarían más aquellos muros que por espacio de más de dos años habían sido cómplices de nuestros verdugos.

Las tinieblas de aquella espantosa noche penal, se dispararían dentro de unos instantes, batidas por las alas de la diosa Libertad, que en raudo vuelo salvaba las distancias infinitas, para romper nuestras cadenas y poner en nuestras frentes la corona del triunfo.

Aquel recuento era el último a que asistiríamos, con los brazos cruzados, la cabeza descubierta y mirando para el suelo.

Nuestros oídos no oirían más aquel bullicio de infierno de las galeras, y la corneta no lanzaría más para nosotros sus tristes notas.

Los ojos de los criminales no nos dirigirían más su espantable luz.

El contratista del rancho no seguiría enriqueciéndose a nuestras expensas, ni la borriquilla del Ayudante se comería más nuestras raciones.

Los barberos no desollarían más nuestros esqueléticos rostros, y en los calabozos y blancas notarían nuestra ausencia.

El herramentero no tendría más pies cubanos que herir con sus cadenas, y la lóbrega noche no pondría más miedo en nuestras almas.

Los vergajos de los Ayudantes y capataces y los garrotes de los Cabos y volantes, no flagelarían más nuestras espaldas, y nuestros rostros no sentirían más el rudo contacto de las manos de los criminales españoles. Estos no podrían dirigirnos más sus blasfemias y aquella espantosa hoguera del vicio no podría lanzarnos más sus chispas.

El helado cierzo no cortaría más nuestros rostros y los guijarros del camino no ensangrentarían más nuestros pies descalzos.

Los ronquidos de los criminales en su sueño, ya no pondrían espanto en nuestras almas, y los alertas de los centinelas no repercutirían más lóbregamente en nuestros corazones.

El viento impetuoso no sería más nuestro tormento, ni la húmeda neblina entumecería más nuestros huesos.

Nuestros músculos recobrarían su perdida laxitud, y el pesado carro no sería más nuestro verdugo.

El negro pan no fermentaría más en nuestros estómagos, ni el cuartelero se comería más el aceite de nuestra luz.

Las luchas entre criminales no causarían más nuestro espanto, y nuestros ojos ya no contemplarían escenas repugnantes de vicio y corrupción.

Nuestras madres no escribirían más la palabra Ceuta, y sus lágrimas cesarían.

Las chinches y carárganos no chuparían más nuestra sangre, y la blasfemia no heriría más nuestros oídos.

El **gancho** no saquearía más nuestros bolsillos, y aquel sol africano no tostaría más nuestra piel.

Nuestro vigor físico no se emplearía más en construir obras para matanza de hombres, y ya no nos ahogarían las sanguijuelas.

El huracán de odio sería deshecho, y desaparecería la horrible necesidad de manchar nuestras manos con sangre defendiéndonos contra la conjura.

El negro espectro de la calumnia ya no llenaría de espanto nuestros corazones, y la delación infame no nos haría ya estremecer.

El hambre no nos acosaría más, y de nuestros pechos huiría para siempre la aflicción.

La terrible duda no atormentaría más nuestras almas, y la más hermosa esperanza llenaría nuestros corazones.

Porque la diosa nos arrebataría de aquel infierno de esclavitud, y nos transportaría a la gloria de nuestra libertad.

¡Libertad! ¡Palabra mágica, por la que las madres cubanas habían consentido en el sacrificio de los mejores de sus hijos!... ¡Tú llenaste nuestros corazones de esperanza, terminaste los sufrimientos de nuestra triste vida de presidiarios, y depositaste en nuestros pechos, a manera de efluvio sublime y grandioso, el sentimiento de olvido y perdón para nuestros enemigos!

El voceador nos llamó a formación y su voz nos pareció dulce y armoniosa, cual si hubiese sido entonada por un ángel.

El Ayudante, un capataz y el escribiente mayor, formaban la comisión encargada de recontarnos y entregarnos por lista las hojas de licenciamiento.

El escribiente principió su tarea, y al nombrarnos pasábamos para otro lado del patio, irradiando contento y alegría.

Cuando el escribiente pronunció la “y” de terminación antes del último nombre, un compañero cayó al suelo presa de terrible síncope.

Los jefes y algunos compañeros acudimos a levantarlo, y cuando volvió en sí pronunció las siguientes palabras, llenas de angustia:

—¡Yo no he hecho nada!... ¿Por qué no salgo en libertad?...

El escribiente repasó la lista y notó que no lo había nombrado. La libertad era su vida y negársela hubiera sido matarlo.



El momento de la despedida fué bastante conmovedor.

Los presidiarios cubanos de causa común, apretaron nuestras manos con efusión, y en sus rostros se notaba la intensa alegría que les causaba nuestra libertad.

Muchos nos suplicaban con lágrimas en los ojos que no olvidáramos su miserable existencia, y nos interesáramos por ellos cuando se estableciera el Gobierno cubano. Algunos nos entre-

garon cartas para sus familiares, que eran mensajes de felicitación por la libertad.

Muchos forzados españoles gozaron intensamente al despedirse de nosotros, haciéndonos exposición ingenua de su alegría.

Rompimos la marcha custodiados por un capataz y varios Cabos, y agitamos nuestros pañuelos por sobre nuestras cabezas mientras estuvimos a la vista de las galeras.

La más intensa alegría nos embargaba y nuestros ojos derramaban lágrimas de emoción.

Al pasar frente al cuerpo de guardia notamos que los soldados de la guarnición del castillo, nos saludaban con sus pañuelos blancos, demostrando así la alegría que les producía nuestra libertad.

También ellos estaban presos, obligados a vivir en aquel castillo maldito, bajo la más severa disciplina militar, con tres centavos de paga al día, la mitad justa de la que habíamos disfrutado nosotros, a pesar de nuestra condición de presidiarios.

Sí; aquellos esclavos de las leyes militares, cuya condición se diferenciaba en poco de la de los presidiarios a quienes custodiaban, se alegraban también de nuestra libertad.

Al dar la espalda a las pardas murallas, sentimos aligerarse nuestras piernas, como el que sale de una pesadilla terrible, y la brisa, envolviéndonos suavemente, besaba nuestras frentes y nos anunciaba la brillante aurora de nuestra libertad.

Las aves marinas volando oblicuamente en ligeros grupos, amenizaban nuestra marcha con la música de sus alas.

Ellas, que habían sido durante mucho tiempo el punto seguido por nuestros ojos mientras el pensamiento atravesaba el Océano inmenso y buscaba en el suelo patrio el destruído hogar, nos demostraban también su alegría pasando y repasando con rauda vuelo sobre nuestras cabezas.

Descendimos de nuestro monte Calvario y cruzamos alegremente las calles de la ciudad, la que nos pareció mucho más limpia y moderna que en los días pasados.

Fuimos conducidos al Departamento de Talleres, donde comimos nuestro último rancho de presidiarios, a eso de las once de la mañana. Allí se nos reunieron los ñáñigos; eran veintiún cubanos llevados a Ceuta desde el principio de la guerra, tildados de ñáñigos y desafectos a España.

Desde su llegada a Ceuta vivieron en un calabozo del castillo del Acho, pero salían diariamente a tirar de los carros, y aunque al principio fueron terriblemente tratados por sus guardianes, después recibieron trato más benigno y todos escaparon con vida.

Llenos de intensa alegría por su libertad, cantaban a coro:

*Este es un hombre,
Que ha caminado
Por distintos países;
Y a la conclusión del viaje,
A la conclusión del viaje,
Vuelve el moreno a La Habana
Conforme salió.*

Como fácilmente se comprende, con este canto querían demostrar que no les había hecho mella el rigor con que habían sido tratados.

Allí vimos a un hermano del tristemente célebre Lolo Benítez, de quien llevaba luto.

Serían las tres de la tarde cuando fuimos conducidos al muelle Real, y allí embarcados en varios botes, de los que nos trasbordamos a un pequeño vapor llamado "Reina de los Angeles", si no recordamos mal, que nos aguardaba fondeado en bahía.

Formados en cubierta, de dos en dos, fuimos entregados al Capitán del vapor por el capataz que nos conducía, cesando con aquel acto el dominio de las autoridades de la plaza sobre nuestros cuerpos.

El vapor levó sus anclas y principiamos a alejarnos de la ciudad encantada por el genio del mal, donde se quedaban, para que nuestra dicha no fuera completa, los restos de aquellos compañeros a quienes Dios no permitió volver a ver su patria.

También nos entristecía el recuerdo de varios estimadísimos compañeros que se quedaban en la cárcel de Ceuta, cumpliendo condenas ajenas a la causa de rebelión. Algunos habían sido sentenciados por robo del caballo con que se lanzaron a la Revolución. Otros por pequeños delitos o faltas cometidas durante la prisión. (1)

Al obscurecer doblamos la punta de Tarifa, y poco antes se había perdido en la bruma lejana, el monte Acho y su consorte el de Sierra Bullones.

(1) Fueron reclamados dos meses después por el Presidente de los Estados Unidos, a solicitud del Generalísimo Máximo Gómez.

Poco a poco fuimos perdiendo de vista la costa de Africa y después la de España, sumergiéndonos en la obscuridad de la imponente noche que nos aprisionaba sobre la superficie de las olas, las que iniciaron un juego horrible con el pequeño buque, que empujado mar afuera por un fuerte viento del Norte, luchaba heroicamente para sostener su rumbo.

Aquel viento que nos perseguía con saña de mil demonios, parecía el resoplido incommensurable del genio del mal, que desde su asiento del Acho, nos lanzaba su huracán de cólera a través del Océano.

Las olas, encrespadas por aquel viento impetuoso, se lanzaban sobre el buque con fuerza desconocida, golpeando terriblemente su casco y cubierta, y chocaban furiosamente, semejando el estampido de cien cañones disparando sin concierto.

Después de cada ola que pasaba por sobre el buque con estrépito de ciclón, se oía el ruido de la enorme cascada que formaba el agua precipitándose por los costados.

Y entre aquel ruido infernal se oían las voces de mando del Capitán, que se batía contra la tormenta.

Nosotros, encerrados en la estrecha bodega, sufríamos aterrorizados aquel incesante sacudimiento, agarrados de las literas o recostados a las paredes, para no rodar por el suelo.

Sin comer ni dormir, pasamos la noche en lucha con las olas, y al amanecer hicimos nuestra entrada en la bahía de Cádiz, donde fuimos trasbordados como a las siete de la mañana, al trasatlántico "Isla de Panay", el más pequeño de

los buques de la Compañía Trasatlántica, que había escapado milagrosamente de la persecución norteamericana en Filipinas.

Sobre la cubierta de aquel hermoso buque fuimos entregados a su Capitán, quien nos manifestó con gran asombro nuestro, que durante el viaje seríamos custodiados por una guardia de infantería de marina, al mando de un Subteniente que nos fué presentado en el acto.

Aquel oficial, que por efecto de una enfermedad nerviosa hacía unas muecas horribles, nos manifestó amablemente, que su misión era custodiarnos para nuestra seguridad hasta la bahía de La Habana, donde quedaríamos en libertad plena.

Aquella medida no fué de nuestro agrado, porque nos considerábamos libres a medias, pero no nos impacientó. Se nos permitía estar en el castillo de proa durante ciertas horas del día y el resto en los camarotes de tercera clase.

En las escaleras de acceso a dicho castillo, había una pareja de soldados a bayoneta calada, y el oficial y las clases hacían sus guardias en el puente del buque, siempre vigilándonos.

Aquel mismo día 29 de Octubre nos hicimos a la mar, como a las cuatro de la tarde, rumbo a la tierra de nuestros amores.

Aquella primera noche pasó sin ningún incidente, pero al siguiente día dimos sobre cubierta un escándalo fenomenal.

Al llegar al castillo de proa, después del café matinal, notaron los orientales que en el puente del buque, recostados a la barandilla que limitaba hacia proa los camarotes de primera y segunda clase de pasajeros, había varios guerrilleros

cubanos, que habiendo evacuado con las tropas de la región oriental, en la creencia de que en España serían recibidos como héroes, regresaban a la patria que habían traicionado, porque allá en España, los que les habían dado los dineros de su traición, les negaron hasta el rancho en un cuartel.

Y era que los españoles que se quedaban en España, eran distintos a los que venían a Cuba. Los de allá trataron como tales a los traidores, y los de acá pagaban la traición y la estimulaban en su ansia de envilecimiento.

Un clamor inmenso fué la señal de protesta por la presencia de aquellos miserables, y muchas voces de "¡Al agua con los guerrilleros!", pusieron rápidamente sobre las armas a todos los soldados de la escolta.

El Teniente y sus hombres se lanzaron sobre los alborotadores, suplicando calma y deposición de aquella amenazadora actitud.

La huída de los guerrilleros hacia popa determinó el apaciguamiento de los ánimos, y restablecida la calma en nuestro campamento de proa, rogamos al Capitán del buque que nos librara de la presencia de los guerrilleros durante el viaje, si quería que éste se realizara con tranquilidad.



Instalados sobre cubierta de la mañana a la noche, contemplando extasiados cómo huíamos vertiginosamente del Viejo Mundo, que tan nuevo y fecundo había sido para nosotros en horribles sufrimientos, pasábamos los días cantando canciones patrióticas, debidas al ingenio del compañero Usatorres.

Los peces voladores se levantaban a millares de la superficie de las olas, cual si quisieran acompañarnos en nuestra alegría, amenizando nuestra marcha con el ruido de sus plateadas aletas.

El Sol, cual faro del espacio infinito, se hundía diariamente en el extremo de la recta que pasaba por la quilla del buque, y por las mañanas se levantaba majestuoso en la misma dirección de nuestro camino, indicándonos la ruta que conducía de las tinieblas de la esclavitud a la luz de la libertad.

La comida de a bordo, comparada con el rancho del presidio, nos parecía de una exquisitez no imaginada, y sacábamos la barriga de mal año, matábamos la *vieja* que nos había acompañado invariablemente durante nuestro cautiverio.

A los cuatro días de navegación hicimos escala en el puerto de Las Palmas, de la Isla de Gran Canaria, donde embarcaron carga general y pasajeros, haciéndonos a la mar a las pocas horas de tomar puerto.

Los días 5, 6 y 7 fueron de un tiempo hermosísimo, que nos permitió estar sobre cubierta celebrando nuestra libertad con cánticos y alegres charlas, entreteniéndonos largamente, alejando de nuestras mentes los sufrimientos pasados y dando cabida a las alegrías del momento, y a los planes que ya se delineaban para lo porvenir.



En la madrugada del día 8 fué interrumpido nuestro sueño por continuos balanceos del buque, que parecía poseído de una agitación diabólica.

El ruido de las olas que chocaban contra su casco, no tenía interrupción apreciable, y con él se confundía el silbido del viento.

Los vientos del Golfo se habían dado cita a aquellas alturas para oponerse a nuestro paso, y se desencadenaban sobre la inmensidad azul, levantando un formidable ejército de olas gigantes que tenían aquel abismo por campamento, lanzándolo contra nosotros con fuerza irreductible.

En vano mirábamos a través de los ventanillos laterales, porque la más completa obscuridad tapizaba sus cristales, y el barco era como el núcleo central de aquella sombra infinita que lo oprimía con presión incalculable.

La enorme trepidación del buque denunciaba las proporciones de su lucha contra el huracán.

Distinguiéndose perfectamente del ruido peculiar de las olas y del que producía el viento chocando con los cables, se oía otro ruido espantoso, que semejava algo así como la ebullición del Océano sobre el fuego central de la Tierra. Era la tormenta, que se atrincheraba para darnos su batalla de muerte.

De pronto sentimos como el estampido de cien truenos juntos, y una hermosa claridad penetró por los ventanillos, iluminando el interior del buque por un momento, para sumirlo de nuevo en intensa obscuridad.

Era ya la mañana y la noche más completa nos envolvía.

El Sol ocultaba su luz ante aquella espantosa conspiración de los vientos, en la que tomaban parte la obscuridad y el efluvio, y a la que se sumaban todos los demás elementos destructores.

El combate empezó formidable.

Aquellas fuerzas misteriosas y terribles habían ya elegido el momento de su ofensiva.

En aquel momento entró en nuestros camarotes el oficial de guardia y nos aconsejó calma y serenidad, asegurándonos que la pericia del Capitán ante las tempestades nos ponía a cubierto de todo peligro.

Aquellas palabras nos confirmaron nuestra creencia de que corríamos un temporal peligrosísimo.

De improviso sentimos un ruido como de aplastamiento de montañas, seguido de un sacudimiento del buque, cuyas planchas crujieron peculiarmente, dando libertad a infinitas partículas de óxido, que rodaron a nuestros pies.

Después ya no cesó la lucha ni un instante entre lo finito y lo infinito.

La impetuosidad del viento había disipado un tanto la obscuridad, las nubes despedazadas huían precipitadamente del lugar del combate y a través de los cristales podíamos contemplar la majestuosidad del fenómeno.

El huracán atacaba con fuerza destructora y el pequeño buque se defendía heroicamente.

Dieciséis horas duró el combate descomunal, al cabo de las cuales cesó la espantosa convulsión del mar y la calma se posesionó de los corazones.

Dios, armado del abismo, había luchado contra el hombre, armado de la ciencia, y se había dejado vencer.

Durante los días 9 y 10 no sucedió nada interesante, excepto nuestra creciente alegría.

El día 11 a las siete de la mañana hicimos escala en San Juan de Puerto Rico, donde el "Isla de Panay" debía descargar pasajeros y correspondencia.

La vista de aquella hermosa isla hermana, cuyas costas tanto se parecen a las de Cuba, llenó de alegría nuestros corazones y los predispuso para mayor felicidad.



Tan pronto ancló el buque atracó a su costado una lancha de motor, conduciendo a un reportero del periódico "The Herald", de New York, quien nos entrevistó, pidiéndonos datos sobre nuestro viaje y prisión.

El compañero Manuel Arotzarena le hizo en su lengua una relación sucinta de nuestra vida de presidiarios, y le invitó a que hiciera un grupo fotográfico de los negros viejos, que apenas podían caminar, y menores de dieciséis años, que España había mandado a Ceuta como prisioneros de guerra.

Cuando el reportero se separó de nosotros dirigiéndose a tierra para regresar al buque con la cámara fotográfica, notamos que el Capitán del buque daba órdenes para que no le permitieran atracar de nuevo. Entonces nos dimos cuenta de que, desde su lugar de servicio, había presenciado nuestra entrevista con el reportero.

Aquello nos produjo algún sobresalto, pero... ¡qué caramba!, ya estábamos en aguas antillanas, donde estaba al viento la bandera de las barras y las estrellas.

Nosotros mismos nos encargamos de gritarle a distancia al reportero que no se acercara al

buque, agregando comentarios a la orden y rogándole que publicara el incidente en su periódico.

En la madrugada del día 12 nos hicimos a la mar, con un tiempo magnífico.

Durante aquel día y el siguiente, estuvieron pasando a nuestra vista grandes balsas de plantas marinas (algas), de color verdoso, que desfilaran formando bancos interminables.

Las grandes marejadas arrancan esas plantas en los mares de poco fondo, arrastrándolas a alta mar, donde permanecen hasta que los vientos y las corrientes favorables las arrojan sobre la costa, formando bancos de enormes dimensiones.

La noche del día 13 la pasamos casi sin dormir, acechando por los cristales, con las pupilas dilatadas, buscando en el horizonte el contorno de la tierra querida, a la que nos acercábamos rápidamente.

La obscuridad de la noche nos impedía la visión, pero sentíamos en nuestras frentes las dulces caricias del viento terrestre, que se adelantaba a los seres y a las cosas, y susurrando dulcemente en nuestros oídos, nos cantaba tierros himnos de felicitación y bienvenida.

Mas, la materia se sobrepuso al espíritu y el sueño nos rindió al fin, retirándonos a nuestras literas, donde dormimos con sueño profundo hasta las seis de la mañana del día siguiente, 14 de Noviembre del año 1898, fecha memorable para los que arribamos aquel día a la patria libre.

. ★ ★ ★

El primero que despertó, saltó de la litera y corrió al ventanillo.

De su pecho salió un inmenso grito de alegría.

Aquel grito fué una exclamación sublime, producida por la fuerza incontrastable del amor patrio.

¡Cuba!... fué la exclamación inmensa que nos movió a todos como potente muelle, precipitándonos contra los ventanillos, ávidos de dirigir nuestras miradas a la tierra idolatrada, por quien tanto habíamos sufrido.

Aquella exclamación fué repetida a coro por doscientos sesenta pechos al unísono, inflamados por el más intenso patriotismo.

Con los ojos anegados en lágrimas distinguíamos allá, en la lejanía, las montañas cubanas, del color de su incomparable cielo, destacándose sobre un fondo de límpida blancura.



Después del café subimos a cubierta y nos instalamos en nuestro campamento del castillo de proa, donde reanudamos nuestros cánticos patrióticos, demostrando así el júbilo indescriptible que inundaba nuestras almas.

Por fin, nos acercábamos al grandioso momento de nuestro desembarco en las playas cubanas.

Aquellas aguas azules y profundas, que se dejaban hender dulcemente por la proa del barco, eran aguas cubanas y tenían derecho a nuestros amores.

Desde el mediodía ya distinguían nuestros ojos, destacándose sobre la uniformidad de la costa, las palmas simbólicas, cuyo recuerdo había permanecido constante en nuestros cerebros.

A las tres de la tarde ya navegábamos a la altura de Matanzas, cuyas montañas distinguíamos por sus nombres.

Entonces nos salió al paso la triste realidad, haciéndonos pensar en nuestro desembarco.

No todos tenían familiares en La Habana, que vinieran a esperarlos en los muelles, provistos de la ropa necesaria para un decoroso desembarco.

La inmensa mayoría eran del interior de la Isla y venían andrajosos y descalzos.

Pero aquella frágil nubecilla pronto desapareció del hermoso cielo de nuestra libertad, y los cánticos patrióticos continuaron sin interrupción.

Cuando llegamos a las cercanías del Morro, ya el Sol se había ocultado y navegábamos alumbrados por la hermosísima claridad de un bello crepúsculo, en cuyo centro se destacaba La Habana, formando un delicioso paisaje.

Entonces nos dieron la orden de bajar a nuestros camarotes. Nos querían privar de la inmensa alegría de contemplar a nuestras anchas el panorama embriagador que ofrecía la ciudad, alumbrando nuestro paso por el canal.

La protesta estuvo a la altura de la inicua pretensión y nos dejaron sobre cubierta.

Al enfilarse el canal nos cruzamos con el trasatlántico en que iban para España, en calidad de presos, los batallones de Orden Público. Era la libertad desalojando a la tiranía.

A las siete de la noche echó sus anclas el "Isla de Panay", y su Capitán, al parecer en venganza por lo de Puerto Rico, nos anunció que tenía-

mos que desembarcar por nuestra cuenta, y que el que estuviera a bordo a las doce del siguiente día se vería obligado a hacer viaje para Méjico.

Nadie tenía una peseta.

El Teniente jefe de la escolta nos comunicó que estábamos en libertad plena, y que había cesado su misión. Le dimos las gracias por su buen comportamiento para con nosotros durante el viaje.

★ ★ ★

No había tiempo que perder; era necesario acometer de frente aquella penosa situación.

Algunos discutían la posibilidad de llegar a tierra nadando, mientras otros pensábamos en dar un escándalo colosal para llamar la atención de las autoridades norteamericanas de la plaza.

En esto llegó al costado del buque, como sucede siempre, gran número de guadaños en busca de pasajeros.

Lentamente descendimos por las escalas del buque y los ocupamos todos.

Los remos hirieron la superficie líquida, y al poco rato atracábamos a los muelles.

Los guadañeros pidieron el importe de su trabajo.

—¡Vayan a cobrarle al Capitán del “Isla de Panay”! — fué la respuesta fría y terrible, impuesta por las circunstancias.

Y nos lanzamos ciudad adentro, respirando el aura de la libertad.

★ ★ ★



**RELACION DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA QUE ESPAÑA
CONFINO EN CEUTA HASTA EL 28 DE OCTUBRE DE 1898,
EN QUE FUERON PUESTOS EN LIBERTAD A PETICION DE
LOS COMISIONADOS NORTE-AMERICANOS DE LA PAZ**

NATURALES DE LA PROVINCIA DE PINAR DEL RIO—21

NOMBRES	Fecha de ingreso en el Acho.	
José Azcuy y Miranda.....	Julio	9 de 1897
Luis Alfaro y Pita.....	Julio	9 de 1897
Julián Alvarez.....	Febrero	12 de 1897
Angel Durán y Alfaro.....	Junio	19 de 1896
José L. Escobar.....	Agosto	22 de 1896
Severo Guerra y Guerra.....	Abril	28 de 1897
Desiderio González.....	Junio	9 de 1897
Justo Hernández y Valdés.....	Abril	28 de 1897
Serapio Hernández y Cruz.....	Abril	28 de 1897
Diego Herrera y Lara.....	Agosto	22 de 1896
Silvestre Larrinaga y Larrinaga..	Junio	9 de 1897
José de la Luz Barrios.....	Julio	9 de 1897
Manuel Miranda y Collazo.....	Febrero	12 de 1897
Federico Macurán.....	Junio	19 de 1897
Ramón Oliva y Llanes.....	Julio	9 de 1897
Alfredo Reyes y Miranda.....	Mayo	1 de 1896
Leocadio Sainz y Bencomo.....	Agosto	22 de 1896
Eleuterio Sainz y Bencomo.....	Agosto	22 de 1896
Juan Fortes y Salgas.....	Mayo	17 de 1896
José Manuel Trinchería.....	Enero	30 de 1897
Damián Zayas Pita.....	Abril	28 de 1897

Fernando Alvarez.....	Mayo	10 de 1897
Leandro Aguirre y Pizaro.....	Junio	9 de 1897
Emilio Acosta.....	Abril	20 de 1897
José Arbelo.....	Junio	19 de 1896
José Badosa y Jordán.....	Novbre.	28 de 1895
Jesús Bruzón.....	Novbre.	30 de 1897
Antonio Capablanca.....	Febrero	12 de 1897
Guillermo Carreras y Minas.....	Abril	22 de 1896
José Cabrera Roque.....	Junio	19 de 1896
Vicente Colón.....	Junio	19 de 1896
Enrique Doles y Morales.....	Febrero	12 de 1897
José Delgado y Parejo.....	Octubre	30 de 1896
Marcelino Elejalde.....	Junio	9 de 1897
Juan Fernández y Rcs.....	Agosto	22 de 1896
Adriano Fernández y Rodríguez.	Junio	19 de 1896
Víctor Feliciano Rodríguez.....	Febrero	19 de 1897
José García Mesa.....	Febrero	19 de 1897
Miguel García.....	Febrero	19 de 1897
Manuel Guerrero.....	Febrero	12 de 1897
Rafael García y García.....	Junio	9 de 1897
Felipe Gómez.....	Marzo	12 de 1897
Joaquín González y Monroy.....	Abril	28 de 1897
Arturo González y González.....	Enero	11 de 1897
José Jiménez Morejón.....	Abril	20 de 1897
Nolasco González.....	Agosto	22 de 1896
José Hernández y Hernández....	Agosto	22 de 1896
Felipe Hernández y Torres.....	Agosto	22 de 1896
Benigno Hernández Mesa.....	Abril	27 de 1896
Rafael Loya y Mesa.....	Abril	20 de 1897
Hermenegildo Leal.....	Agosto	22 de 1896
José Larcosa y Aquino.....	Febrero	12 de 1897
Desiderio Lazcano.....	Febrero	12 de 1897
Fernando Méndez Sierra.....	Mayo	11 de 1897
Casimiro Martínez Basallo.....	Julio	9 de 1897
José Montero y Valdés.....	Julio	9 de 1897
Lucas Morales.....	Agosto	22 de 1896
Antonio Pérez y Quintero.....	Agosto	22 de 1896
Felipe Pons y Martínez.....	Abril	29 de 1896

Lázaro Pulido.....	Julio	1 de 1896
Gumersindo Pérez y Martínez...	Mayo	20 de 1896
Pedro Rabelo y Morales.....	Enero	11 de 1897
Norberto Rojas y Hernández...	Abril	20 de 1897
Angel Sanz y Monroy.....	Dicbre.	30 de 1896
Emilio Sabourín y Villar.....	Enero	30 de 1897
Eustaquio Torres.....	Novbre.	27 de 1896
Manuel Vázquez Santana.....	Novbre.	30 de 1896
Octavio Zubizarreta.....	Novbre.	10 de 1896

DE LA PROVINCIA DE MATANZAS—50

Pedro Acosta.....	Novbre.	30 de 1896
Víctor Alfonso Echevarría.....	Febrero	12 de 1897
Evaristo Amador.....	Junio	9 de 1897
Julián Carrión.....	Agosto	22 de 1896
Victoriano Collado.....	Enero	28 de 1896
Ulises Campos González.....	Febrero	19 de 1897
José de la Cruz Guerrero.....	Abril	20 de 1897
Manuel Chirino y Román.....	Mayo	20 de 1896
Manuel Díaz y Govín.....	Febrero	12 de 1897
Pedro G. Du''Quesne Sardiñas...	Junio	19 de 1897
José Escull.....	Junio	19 de 1896
Feliciano Eresneda y León.....	Enero	28 de 1896
Filomeno Fernández y Fundora..	Enero	28 de 1896
Carlos García Sierra.....	Abril	28 de 1897
José Gil Díaz.....	Abril	28 de 1897
Juan Gualberto Gómez.....	Octubre	12 de 1895
Ramón González Prado.....	Julio	1 de 1896
José González Prado.....	Julio	1 de 1896
José Guerra y Guerra.....	Julio	9 de 1897
José Hernández Martínez.....	Julio	9 de 1897
Domingo Hernández Barrios....	Junio	9 de 1896
Nicasio López Calsadilla.....	Febrero	19 de 1897
Antonio Laguna y Barroso.....	Mayo	10 de 1897
Manuel López Guerrero.....	Julio	9 de 1897
Marcelino Martínez Rodríguez..	Novbre.	10 de 1896
Eladio Martínez Rodríguez.....	Novbre.	10 de 1896
Secundino Martínez.....	Junio	19 de 1896

Sotero Méndez Plasencia.....	Febrero	12 de 1897
Pablo Marrero Ponce.....	Junio	19 de 1896
Quintín Martínez.....	Junio	19 de 1896
Luis Mazzorana y Fornaris.....	Agosto	22 de 1896
Ramón Montalvo y Rodríguez...	Julio	1 de 1896
Federico Madam.....	Junio	9 de 1897
José R. Nicolás.....	Febrero	12 de 1897
Víctor Pereira.....	Enero	11 de 1897
José María Pérez Reyes.....	Abril	20 de 1897
Telesforo Pérez Santacruz.....	Marzo	10 de 1897
Olallo Pedroso.....	Julio	9 de 1897
Félix Quintero Caballero.....	Abril	28 de 1897
Francisco.....		
Vicente.....		
Juan.....		
Esteban.....		
Diego y Gonzalo Rdguez. y Hdez.	Febrero	19 de 1897
Gregorio Reyes y Reyes.....	Junio	9 de 1897
Juan M. Suárez y Acosta.....	Octubre	30 de 1896
Daniel Vázquez Pérez.....	Julio	1 de 1896
Luis Varela.....	Junio	19 de 1896
Hilario Zulueta.....	Agosto	22 de 1896

DE LA PROVINCIA DE SANTA CLARA.—96.

Justo Avilés Sánchez.....	Sepbre.	9 de 1896
Manuel Avila Reyes.....	Marzo	19 de 1896
Lino Alfonso Ramírez.....	Agosto	22 de 1896
José Alomá.....	Mayo	20 de 1896
Nicolás Alvarez y Farias.....	Dicbre.	28 de 1895
Jesús Aroza Peña.....	Junio	19 de 1896
Eusebio Aguilera Martínez.....	Abril	20 de 1897
Pastor Borges López.....	Mayo	9 de 1896
Luis Bauta Ocampo.....	Marzo	19 de 1896
Tomás Bermúdez y Rodríguez...	Abril	28 de 1897
Escolástico Betancourt.....	Mayo	9 de 1896
Juan Betancourt.....	Mayo	9 de 1896
Julián Bouza González.....	Dicbre.	28 de 1896
Lorenzo Cortés y Morejón.....	Marzo	1 de 1896

Cándido Caraballo y Rabelo.....	Julio	1 de 1896
Pablo Cabrera y Hernández.....	Junio	9 de 1896
José Cabrera y Guerra.....	Abril	20 de 1896
Patricio Cepero y Yeras.....	Junio	9 de 1896
Juan Coneho Rubalcaba.....	Junio	19 de 1896
Antonio Crespo Vázquez.....	Junio	19 de 1896
Carlos Dorticó y Bufo.....	Mayo	20 de 1896
Jesús Castro y Duarte.....	Novbre.	10 de 1896
Luis Delgado y Rivero.....	Junio	19 de 1896
Rafael Soto Echemendía.....	Agosto	22 de 1896
Ciriaco Fernández.....	Abril	29 de 1896
Pedro Flores Martínez.....	Agosto	22 de 1896
Tránsito Telles.....	Agosto	22 de 1896
Antonio Sotolongu.....	Junio	19 de 1896
Felipe Figueroa.....	Junio	19 de 1896
Juan Faifa Manso.....	Novbre.	10 de 1896
Carlos Fleites Pérez.....	Novbre.	27 de 1896
Julián Reyes Fernández.....	Febrero	19 de 1897
Jorge Fusté Ballesteros.....	Abril	20 de 1897
Gornelio García.....	Julio	9 de 1897
José García Pérez.....	Novbre.	10 de 1896
Anselmo Galloso Crespo.....	Junio	19 de 1896
Tomás González Ordaz.....	Enero	10 de 1896
José Hernández Torres.....	Enero	19 de 1896
Pedro Hernández Torres.....	Febrero	19 de 1896
Nicolás Hernández Marrero.....	Mayo	9 de 1896
Leonardo Hernández Figueroa...	Abril	22 de 1896
Manuel Arotzarena Paris.....	Mayo	10 de 1897
Pedro A. Justa.....	Febrero	19 de 1897
Emilio Lena Jover.....	Mayo	28 de 1896
Diego León Perdomo.....	Abril	28 de 1897
Manuel La Rosa.....	Enero	28 de 1896
Manuel López Matamoros.....	Agosto	22 de 1896
José de la Luz Beltrán.....	Mayo	19 de 1896
Lorenzo Lamadrid y Lamadrid..	Novbre.	27 de 1896
Emilio López Sarduy.....	Mayo	10 de 1897
Leví Machado y Sánchez.....	Novbre.	27 de 1896
Torcuato Mazorra.....	Enero	28 de 1896
Trino Morfa Ruiz.....	Abril	20 de 1897

Norberto Moleiro.....	Abril	20 de 1896
Agustín Mijares La Rosa.....	Agosto	22 de 1896
Ignacio Martínez.....	Febro.	9 de 1896
Juan Monteagudo.....	Enero	10 de 1896
Angel Mir Miranda.....	Junio	19 de 1896
José Martínez y Pérez.....	Junio	27 de 1896
José de Jesús Monteagudo y Mora	Agosto	22 de 1896
Antonio Morales y Morales.....	Mayo	10 de 1897
Felipe Moret y Gutiérrez.....	Mayo	10 de 1897
Florentino Mora.....	Mayo	10 de 1897
Maldomero Ortiz.....	Julio	20 de 1897
Bernardino Olano.....	Mayo	10 de 1897
Juan Pérez y Hernández.....	Agosto	22 de 1896
Juan Pedro Tonday.....	Julio	1 de 1897
Amado Pérez.....	Junio	19 de 1896
Inocente del Sol.....	Junio	19 de 1896
Zacarías Sosa.....	Octubre	30 de 1896
Alejandro Pérez Ruiz.....	Julio	1 de 1896
Pablo Pérez Hurtado.....	Junio	9 de 1897
Serapio Pacheco y López.....	Junio	19 de 1896
Ramón Quiñones y Prieto.....	Junio	9 de 1897
Victoriano Rivalta.....	Novbre.	10 de 1896
Pío Rojas Rodríguez.....	Junio	19 de 1896
Lorenzo Rabadán y Gran.....	Junio	19 de 1896
Rafael Rabelo y Roque.....	Octubre	30 de 1896
Juan Ramírez Moreno.....	Septbre.	9 de 1896
Camilo Ruiz y Ruiz.....	Febrero	8 de 1896
Arcadio Rodríguez.....	Junio	19 de 1896
Filomeno Rodríguez.....	Febrero	19 de 1897
Enrique Rojas y Peraza.....	Abril	28 de 1897
Andrés Ramos Fereira.....	Julio	9 de 1896
Eulogio Rodríguez.....	Julio	9 de 1896
David Sánchez.....	Julio	9 de 1896
Rafael Telles.....	Junio	19 de 1896
Tomás Tamarí.....	Octubre	30 de 1896
Alejandro Pérez.....	Octubre	30 de 1896
Mario Velis.....	Octubre	30 de 1896

Faltan 7 nombres correspondientes a esta Provincia y 4 a la de Camagüey, por la lamentable pérdida de un fragmento de la lista.

PROVINCIA DE CAMAGUEY — 37

Diego Batista.....	Julio	1 de 1896
Justo Boza.....	Julio	1 de 1896
Honorio Cosío.....	Junio	9 de 1896
Rafael Gómez Carbonell.....	Junio	9 de 1896
Esteban Castillo.....	Agosto	22 de 1896
Abelardo Campanioni.....	Abril	20 de 1897
Diego Domínguez y Romero....	Agosto	22 de 1896
José María Dumendigo.....	Enero	11 de 1896
Manuel Bernal Estrada.....	Abril	28 de 1897
Néstor Estrada.....	Mayo	20 de 1897
Pedro González Nápoles.....	Marzo	19 de 1896
Aurelio García Morel.....	Novbre.	20 de 1896
Ernesto Jerez Varona.....	Enero	15 de 1897
Antonio López Hernández.....	Novbre.	20 de 1896
Matías Labastida.....	Junio	9 de 1896
Ibraín Manso Rosabal.....	Enero	28 de 1896
Rafael Morel López.....	Enero	11 de 1896
Cecilio Acosta Carmenate.....	Novbre.	9 de 1895
Gonzalo Polamos Guerrero.....	Julio	1 de 1896
Luis Pérez Estrada.....	Novbre.	27 de 1896
Enrique Rizo Barreto.....	Marzo	19 de 1896
Eulogio Rodríguez.....	Julio	1 de 1896
Pánfilo Ricabal Rodríguez.....	Dicbre.	28 de 1895
Fernando Recio Loinaz.....	Octubre	30 de 1896
Antonio Iglesias Saavedra.....	Octubre	12 de 1895
Próspero Sánchez Bencomo.....	Novbre.	20 de 1896
David Sánchez.....	Mayo	20 de 1896
Clotilde Sánchez y Sánchez.....	Mayo	9 de 1896
Agustín Torres y López.....	Novbre.	20 de 1896
Tomás Tamarí.....	Febrero	19 de 1896
Rafael Usatorres Perdomo.....	Dicbre.	10 de 1896
Pedro Witember.....	Febrero	19 de 1897
Benigno Vinegas Pasos.....	Novbre.	10 de 1896
Alvérico Varona.....	Novbre.	20 de 1896

PROVINCIA DE ORIENTE.—128.

Francisco Alcolea y García.....	Dicbre.	27 de 1896
Rafael Amador y Silva.....	Dicbre.	10 de 1896
Antonio Almagóver.....	Novbre.	27 de 1896
Juan Anaya.....	Julio	1 de 1896
Agustín Aguilera y Aguilera.....	Octubre	30 de 1896
Eduardo Aguilera y Aguilera....	Dicbre.	10 de 1896
José Arcía Torres.....	Febrero	19 de 1897
Francisco Argüelles.....	Junio	9 de 1897
Hilario Alvarez.....	Junio	9 de 1897
Juan Alvarez.....	Julio	9 de 1896
Santiago Araujo.....	Octubre	30 de 1896
Diego Batista.....	Febrero	28 de 1897
Canuto Bravo Cintra.....	Febrero	19 de 1897
Pedro Bustamante.....	Novbre.	30 de 1897
Carlos Borbón Tassé.....	Novbre.	30 de 1897
Antonio Borbón Tassé.....	Octubre	12 de 1895
Pablo Borrero.....	Octubre	12 de 1895
Hermenegildo Batista.....	Octubre	30 de 1896
Siro Bermúdez.....	Abril	20 de 1897
Benito Binet Paz.....	Mayo	10 de 1897
Eleusipio Cabrera Rubio.....	Julio	1 de 1896
Ventura Cabrera.....	Julio	1 de 1896
Esteban Cardoso.....	Julio	1 de 1896
Federico Cabello.....	Julio	19 de 1896
José Crespo.....	Enero	11 de 1897
Santiago Calsadilla.....	Marzo	1 de 1896
Abraham Conte.....	Dicbre.	28 de 1895
Gregorio Calderón.....	Novbre.	10 de 1896
José Carbonell.....	Febrero	19 de 1897
Juan Cruz Siria.....	Febrero	19 de 1897
Luis Cuenca Leyva.....	Febrero	19 de 1897
Rafael Candado.....	Febrero	19 de 1897
Quintín Cruz Mico.....	Julio	9 de 1897
Víctor Cabrera.....	Abril	20 de 1897
Arcadio Cabrera Echevarría.....	Octubre	28 de 1896
Evaristo Cuza.....	Octubre	30 de 1896
Tomás Chacón Romero.....	Julio	1 de 1896

Secundino Chacón Romero.....	Julio	1 de 1896
Evaristo D'Espagne.....	Febrero	19 de 1897
Luciano D'Espagne.....	Novbre.	27 de 1896
José Dolores Noa.....	Julio	9 de 1897
Rafael Domínguez.....	Enero	11 de 1897
Félix Driggs.....	Dicbre.	10 de 1895
Alberto Dieguez.....	Novbre.	27 de 1896
Juan Echevarría.....	Novbre.	28 de 1896
Ramón Estrada Mayor.....	Octubre	28 de 1896
Luis Estrada Urquía.....	Mayo	10 de 1897
Manuel Enamorado Enamorado.	Mayo	10 de 1897
Manuel Fernández.....	Febrero	19 de 1897
Rafael Fuentes Avelino.....	Marzo	12 de 1897
Rodolfo Franco Solís.....	Marzo	10 de 1897
Pedro Fuentes.....	Agosto	22 de 1896
Pablo Fornaris.....	Novbre.	10 de 1896
Francisco Fajardo.....	Dicbre.	10 de 1895
Severiano García.....	Julio	1 de 1896
Gregorio Gallardo.....	Dicbre.	10 de 1895
José González Moreno.....	Agosto	22 de 1896
Joaquín Galea.....	Marzo	19 de 1896
Víctor Giralt.....	Octubre	30 de 1896
Mamerto González.....	Octubre	30 de 1896
Esteban González Castellanos...	Novbre.	27 de 1896
Cristino García Rijos.....	Febrero	28 de 1897
Tino González Mulet.....	Febrero	19 de 1897
Desiderio Gallo.....	Junio	19 de 1897
Eleno Gallo.....	Junio	9 de 1897
José de la E. González Gispert...	Junio	9 de 1897
Ramón Guillot Fernández.....	Marzo	12 de 1897
Agustín Hernández Martínez....	Febrero	19 de 1897
Juan Hernández.....	Novbre.	27 de 1896
Javier Logar.....	Junio	9 de 1896
Antonio Laguna Pérez.....	Dicbre.	10 de 1896
Antonio Leiva Aguilera.....	Enero	10 de 1896
Juan Lamorusa Sarasén.....	Julio	1 de 1896
Francisco López Rosa.....	Agosto	22 de 1896
Agustín Maestre Batista.....	Marzo	10 de 1897
José Mendoza Silva.....	Mayo	9 de 1896

Felipe Miranda.....	Octubre	12 de 1895
José Murillo Moreno.....	Enero	11 de 1897
Américo Mozqueda Borrero.....	Julio	9 de 1897
Gustavo Mariño.....	Julio	20 de 1897
Leonardo Montalvo.....	Mayo	10 de 1897
Inocencio Mustelier.....	Enero	11 de 1896
José G. Muñoz.....	Enero	11 de 1897
Baldomero Maltrapa.....	Novbre.	27 de 1896
José Isabel Martínez.....	Octubre	30 de 1896
Juan Naranjo Ríos.....	Agosto	22 de 1896
Basilio Prada.....	Octubre	30 de 1896
Jesús Pérez.....	Novbre.	10 de 1896
Donato Peña Rojas.....	Julio	9 de 1897
Juan P. Parada.....	Julio	9 de 1897
Samuel Pupo.....	Febrero	19 de 1897
Carlos Portillé.....	Novbre.	10 de 1896
Francisco Provenza.....	Marzo	1 de 1896
Miguel Parra Muñoz.....	Dicbre.	10 de 1896
Angel Pacheco Tamayo.....	Dicbre.	10 de 1895
Luis Paz Puentes.....	Octubre	30 de 1896
José Quintana.....	Octubre	30 de 1896
Miguel Ricargo Góngora.....	Octubre	10 de 1896
Demetrio Ricargo Batista.....	Octubre	10 de 1896
Justo Ríos.....	Agosto	22 de 1896
Lázaro Riverón.....	Marzo	1 de 1896
Miguel Rosas.....	Enero	11 de 1897
Federico Rodríguez.....	Enero	11 de 1897
Candelario Rodríguez Acuña.....	Enero	11 de 1897
Aurelio Romagosa.....	Novbre.	20 de 1896
José Ramos Cordoví.....	Julio	9 de 1897
Antonio Rodríguez Ruiz.....	Novbre.	20 de 1896
Magín Ramírez.....	Febrero	19 de 1897
José Rodríguez.....	Febrero	19 de 1897
José Reyes.....	Junio	19 de 1896
Bartolomé Robert y Robert.....	Marzo	12 de 1897
Celestino Reyes.....	Marzo	12 de 1897
Gregorio Rodríguez Castro.....	Junio	9 de 1897
Fabián Ribot y Ribot.....	Abril	28 de 1897
Andrés Sánchez Padrón.....	Abril	28 de 1897

Antonio Sosa.....	Octubre	30 de 1896
Juan Serrano Alvarez.....	Octubre	30 de 1896
Francisco San Alarcón.....	Octubre	30 de 1896
Ricardo Santiesteban Serrano...	Novbre.	10 de 1896
Félix Santos.....	Agosto	22 de 1896
Miguel Santarén.....	Septbre.	9 de 1896
Dionisio Silvela.....	Febrero	28 de 1897
Angel Sabino.....	Novbre.	9 de 1895
Emiliano Trabas.....	Novbre.	10 de 1896
José Tamayo y Tamayo.....	Marzo	1 de 1896
Patricio Tamayo.....	Enero	11 de 1897
Silvano Vázquez.....	Enero	11 de 1897
José Viala.....	Julio	9 de 1897

PENINSULARES — 22

Pedro Alemani y Alemani.....	Julio	9 de 1897
Agapito Anitúa.....	Octubre	12 de 1895
Antonio Bracero Díaz.....	Enero	11 de 1897
Juan Benito Castelló.....	Novbre.	20 de 1896
José Carrasco.....	Novbre.	28 de 1895
Guillermo Coll.....	Octubre	30 de 1896
José Díaz Requejo.....	Febrero	28 de 1897
Benito Enríquez Martínez.....	Abril	9 de 1896
Antonio Fernández Casanova....	Abril	28 de 1897
José Fonticoba.....	Febrero	12 de 1897
Manuel Gato.....	Octubre	20 de 1896
Leoncio López Fernández.....	Julio	1 de 1896
José López Fernández.....	Junio	19 de 1896
Enrique Lacalle.....	Enero	11 de 1897
Antonio Mir Alemani.....	Junio	9 de 1897
Andrés Pérez Vidal.....	Julio	1 de 1896
José Rodríguez.....	Enero	11 de 1897
Francisco San Segundo.....	Enero	11 de 1897
Francisco Salas.....	Abril	28 de 1897
Cosme Surana.....	Abril	20 de 1897
José del Valle.....	Febrero	12 de 1897
José Fernández Cabada.....	Agosto	22 de 1896

DE LAS ISLAS CANARIAS — 14

Guillermo Díaz.....	Dicbre.	10 de 1895
Alvaro García.....	Dicbre.	10 de 1896
Juan González Fernández.....	Novbre.	28 de 1895
Francisco Niebla.....	Abril	28 de 1897
José del Pino.....	Agosto	22 de 1896
Florentino Pérez.....	Junio	19 de 1896
Agustín Rodríguez.....	Junio	19 de 1896
Pablo de la Concepción y Hdez..	Junio	19 de 1896
Santiago Rabelo.....	Enero	28 de 1896
Antonio Ramos.....	Novbre.	27 de 1896
Juan Rabelo.....	Octubre	30 de 1896
Juan Suárez Torres.....	Agosto	27 de 1897
Félix Santana Navarro.....	Mayo	20 de 1897
Gregorio Umpierre.....	Junio	9 de 1897

DE PUERTO RICO — 3

Ramón Allouis y Gallardo.....	Novbre.	7 de 1895
José E. Carbonell.....	Agosto	22 de 1896
Ignacio Lázaga.....	Octubre	12 de 1895

DE SANTO DOMINGO — 1

José Labrada y García.....	Novbre.	20 de 1896
----------------------------	---------	------------

DE FRANCIA — 1

José Luis René Renandean.....	Marzo	12 de 1897
-------------------------------	-------	------------

RELACION DE LOS QUE FALLECIERON EN EL HOSPITAL DE CEUTA

EN EL AÑO 1896.....4

Camilo Ruiz.....	Julio 1 ^o .
Secundino Martínez.....	Octubre 10.
Esteban Cardoso.....	Octubre 10.
Evaristo Cusa.....	Diciembre 28.

EN EL AÑO 1897.....34

Diego Domínguez.....	Enero 13.
Rafael Santarén.....	Enero 27.
Leoncio López.....	Febrero 5.
Santiago Araujo.....	Enero 27.
Tomás Tamarí.....	Marzo 2.
Antonio Tintoré.....	Marzo 4.
Agustín Hernández.....	Marzo 6.
Juan Lamoruza.....	Marzo 22.
Sotero Méndez.....	Marzo 25.
Américo Varona.....	Marzo 27.
José Hernández y Hernández....	Abril 14.
Juan Hernández.....	Abril 19.
Antonio Crespo.....	Abril 20.
Alejandro Pérez.....	Abril 20.
Pedro González.....	Mayo 9.
Manuel Guerrero.....	Mayo 18.
Mario Celis.....	Mayo 19.
Bernabé Estrada.....	Mayo 26.

Victoriano Rivalta.....	Junio 4.
José María Dumendigo.....	Junio 12.
Felipe Gómez.....	Junio 21.
Esteban Castillo.....	Junio 26.
Diego Batista.....	Junio 29.
Emilio Sabourín.....	Julio 5.
Juan Rabelo.....	Julio 27.
Serapio Hernández.....	Julio 28.
Narciso Trujillo.....	Agosto 16.
Justo Boza.....	Agosto 17.
Timoteo Torres.....	Agosto 27.
Pedro Acosta.....	Octubre 12.
David Sánchez.....	Octubre 12.
Federico Cabello.....	Noviembre 6.
Juan Alvarez.....	Diciembre 14.
Demetrio Lazcano.....	Diciembre 31.

EN EL AÑO 1898.....17

Dionicio Silvela.....	Enero 1.
Baldomero Maltrata.....	Enero 1.
Florencio Mora.....	Marzo 18.
Rafael García.....	Abril 19.
José Quintana.....	Abril 29.
José Ramón Cordoví.....	Mayo 7.
Pedro Fuentes.....	Junio 5.
Leonardo Montalvo.....	Julio 13.
Ricardo Santiesteban.....	Julio 16.
Marcelino Elejalde.....	Agosto 31.
José Crespo.....	Septbre. 17.
Rafael Telles.....	Octubre 5.
Lino Alfonso.....	Octubre 6.
Víctor Alfonso.....	Octubre 7.
Eulogio Rodríguez.....	Octubre 10.
José Escull.....	Octubre 12.

FALLECIDO EN LA CARCEL DE MADRID

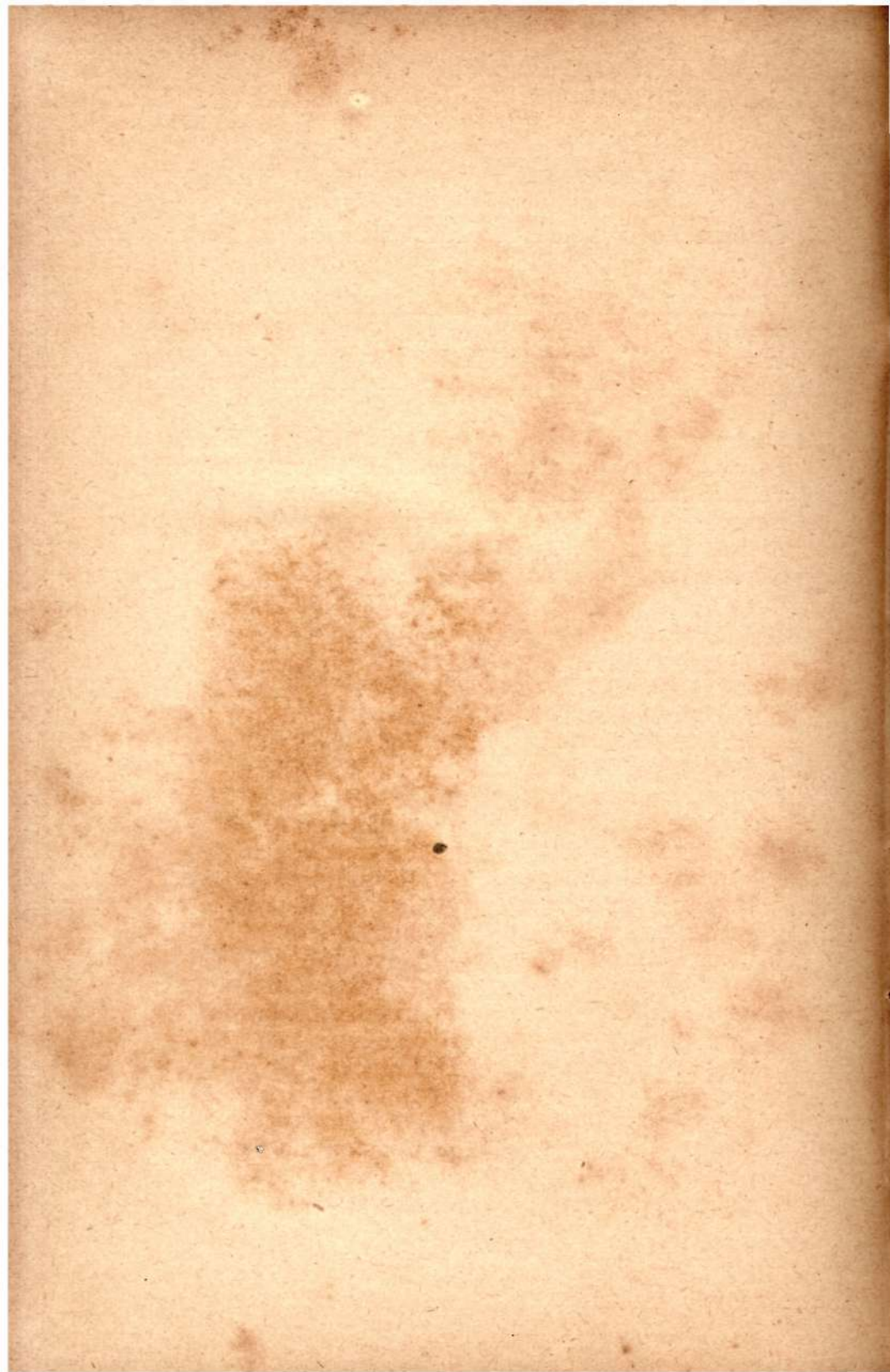
Alfredo Castillo..... (Se ignora la fecha).

FALLECIDO EN LA CARCEL DE CADIZ

Gerónimo Ortiz..... Junio 17 de 1896.

Los siguientes individuos ingresaron en la Cárcel de Madrid como prisioneros de guerra, el día 29 de Junio de 1897, permaneciendo allí hasta el fin de la guerra. -----

José María Castillo.....	Aquilino Cueto y García.
Benigno Collazo y Bermejo	Manuel Vázquez Ricardo.
Pedro Pablo Hernández....	Emilio Pérez y Pérez.
Luis Méndez Galindo.....	Manuel Coreaga Calderín.
Andrés Ventura.....	Manuel Estrada.
Sabás Chao.....	



RELACION NOMINAL DE LOS DEPORTADOS A CHAFARINAS

Nº	Nombres.	Nº	Nombres.
1	Antonio Machado	27	E. Varela Zequeira.
2	Justo García Vélez	28	Fernando Alvarez.
3	Francisco Aday.	29	Francisco Xiques.
4	Pedro Rubio.	30	Antonio Capote.
5	José M. Díaz.	31	Manuel Alvarez.
6	Tomás Tuste.	32	Américo Rodríguez.
7	Pablo Rivero.	33	Ambrosio López.
8	José S. Artiles.	34	Pedro González.
9	Ramón Savalls.	35	Pedro Becerra.
10	Juan Vivó.	36	Santiago Alfonso.
11	José M. Canalejo.	37	Domingo Añate.
12	Vicente Ramírez.	38	Godofredo Amat.
13	Angel Ortiz.	39	Lorenzo López.
14	Ernesto Guañabens.	40	Joaquín Pardo.
15	Buenaventura Ferrer.	41	José M. Reposo.
16	Víctor Planas.	42	Juan Prieto.
17	Félix M. Martín.	43	Eduardo Peis.
18	Luis Acosta	44	Evaristo Brito.
19	Aurelio Urra.	45	Evaristo Taboada.
20	José Morel.	46	Laureano Duarte.
21	Gustavo Martínez.	47	Francisco Estrada.
22	Florentino Domínguez.	48	Rafael Rodríguez.
23	Miguel Coimbra.	49	A. de los Angeles.
24	Pastor Véliz.	50	Constantino Duarte.
25	Fernando Yeres.	51	Antonio Díaz.
26	Francisco Montalvo.	52	Benito Pérez.

- | | |
|------------------------|------------------------|
| 53 Félix Arango. | 66 José Estrada. |
| 54 Juan Herrera. | 67 Emilio Batista. |
| 55 Miguel Navarro. | 68 Ldo. Juan M. Rguez. |
| 56 Castor Varona. | 69 Manuel Campos. |
| 57 Rafael Arango. | 70 Anastasio Morales. |
| 58 Antonio Oses. | 71 Mariano Salcedo. |
| 59 Pedro de Cárdenas. | 72 Rafael Figueredo. |
| 60 Oscar Romero. | 73 Juan Sajón. |
| 61 Arturo Sotolongo. | 74 Emilio Bacardí. |
| 62 Manuel Gómez. | 75 José Hdez. Lapidó. |
| 63 Ldo. Manuel Planas. | 76 José Moirán. |
| 64 Francisco Tolón. | 77 Adolfo Oses. |
| 65 Antonio Olbeira. | |
-

**DEPORTADOS POR CAUSAS POLITICAS Y ENVIADOS
AL CASTILLO DEL ACHO EN CEUTA
1895 [a 1898**

NATURALES DE LA PROVINCIA DE PINAR DEL RIO

- 1—Alvarez Acosta, José
- 2—Alvarez Fiallo, José
- 3—Blanco Gómez, Miguel
- 4—Barrios Chirinos, Ramón
- 5—Camejo Pimienta, Narciso
- 6—Cervera Martínez, Idelfonso
- 7—Espinosa Véliz, Nicolás
- 8—Isaquis Maciá, Tranquilino
- 9—López-Larrinaga, Antonio
- 10—Meireles Soriano, Pedro
- 11—Milián Díaz, Joaquín
- 12—Orta Maciá, Ramón
- 13—Padrón Torres, Luis
- 14—Pérez Pérez, Antonio
- 15—Pimienta Vargas, Baldomero
- 16—Torres Rodríguez, Enrique
- 17—Valdés Valdés, Saturnino

NATURALES DE LA PROVINCIA DE LA HABANA

- 18—Acosta Acosta, Rafael
- 19—Acosta Antón, Manuel María
- 20—Betancourt Pérez, José
- 21—Bryón Castellanos, Enrique
- 22—Becerra Vidal, Pablo

- 23—Cásares Rodríguez, Prudencio
- 24—Campos Marquetti, Generoso
- 25—Coto García, Enrique
- 26—Díaz Díaz, Marcos
- 27—Ebra Escoto, José
- 28—Ferrer Picabia, Juan Miguel
- 29—Herrera Figueroa, Julián
- 30—Fons Marteriz, Abelardo
- 31—Gabaldá Inda, Gustavo
- 32—González Lanuza, José Antonio
- 33—González Mesa, Agustín
- 34—Illas Planchat, Ramón
- 35—Lamas García de Osuna, Ignacio
- 36—Manrique Peñalver, Nicolás
- 37—Montalvo Cobarrubias, José Rafael
- 38—Moa Vidal, Sebastián
- 39—Paz Regalado, Juan Antonio de la
- 40—Pernas Trasancos, José Antonio

NATURALES DE LA HABANA

- 41—Rodríguez Hernández, Andrés
- 42—Saavedra Hernández, Pablo
- 43—Sandoval Herrera, Pedro
- 44—Valdés Conso, José
- 45—Valdés González, Miguel
- 46—Véliz Sosa, Bernabé
- 47—Zayas Alfonso, Alfredo

NATURALES DE LA PROVINCIA DE MATANZAS

- 48—Díaz Hernández, Adolfo
- 49—Hernández Mesa, Esteban
- 50—Sáenz Medina, José
- 51—Zayas Varela, Carlos

NATURALES DE LA PROVINCIA DE SANTA CLARA

- 52—Calzada Vázquez, Pablo
- 53—Cantero Cantero, Silverio

- 54—Casanova Guerra, Ricardo
- 55—Castellanos, Modesto
- 56—González Valdés, Prudencio
- 57—Herrera Alfonso, Agustín
- 58—Landa Soto, Ricardo
- 59—Ortiz Villarreal, Baldomero
- 60—Reguera Acea, Antonio
- 61—Torre Alvarez, Félix
- 62—Yanes Sosa, José N.
- 63—Zurita Delgado, Diego

NATURALES DE LA PROVINCIA DE CAMAGUEY

- 64—Agüero Betancourt, Mariano
- 65—Frades, Manuel
- 66—López Estrada, Joaquín
- 67—Marín Loynaz, Elpidio
- 68—Primelles Agramonte, Arturo

NATURALES DE LA PROVINCIA DE ORIENTE

- 69—Aguilera Silva, Antonio
- 70—Arrúe Hernández, Rafael
- 71—Betancourt Manduley, Alfredo

NATURALES DE ORIENTE

- 72—Cancino, Pedro
- 73—Castillo Acosta, José
- 74—Feria Nogales, Américo
- 75—Hernández, Nicanor
- 76—Fonts Mulen, Higinio
- 77—García Ramírez, Gelasio
- 78—González Domínguez, Francisco
- 79—Herrera Sánchez, Andrés
- 80—Herrera Sánchez, Felipe
- 81—Larrea Moya, José M.
- 82—León, Justo
- 83—León, Sabino
- 84—León Barrero, Domingo

- 85—Llorente Torre, Rudesindo
- 86—Mariño Almaguer, Gustavo
- 87—Masferrer y Grave de Peralta, Antonio
- 88—Mustelier, Luciano
- 89—Núñez Batancourt, Emilio
- 90—Núñez Mustelier, José
- 91—Padilla, Julián
- 92—Ramírez Pérez, Manuel
- 93—Ramírez Ricardo, Clemente
- 94—Risco, Manuel
- 95—Silveira Castillo, Rafael
- 96—Torres, Casimiro
- 97—Zayas Mendoza, Diego

ESPAÑOLES

- 98—Baservas Gelats, Cándido
- 99—Deán Villarnovo, José María
- 100—Estela Gratacos, Emerio
- 101—Esquivel Padilla, Antonio

AMERICA DEL SUR

- 102—Miranda González, Manuel
-

Además de los prisioneros y deportados que figuran en las tres relaciones anteriores, hubo muchos otros sacrificados por la causa de la Libertad, al ser hechos prisioneros o detenidos por medida gubernativa. Muchos fueron fusilados sin formación de causa, por los Jefes de columnas en operaciones, o en las fortalezas militares al caer prisioneros.

Grande fué el número de los fusilados en todas las poblaciones y prisiones militares, bajo sentencias de los Consejos de Guerra Sumarísimos.

En Isla de Pinos y cárceles de España, pasaron las amargas de la deportación, centenares de patriotas sin estar sujetos a sentencias firmes, y un buen número de ellos murieron en el lugar de deportación.

En las cárceles de Cuba permanecieron muchos detenidos por medida gubernativa, hasta que fueron indultados, como los deportados a Ceuta, Chafarinas e Isla de Pinos, cuando se hizo cargo del Gobierno de Cuba, el Capitán General Don Ramón Blanco.

Recopilar los nombres de todos los fusilados, deportados y detenidos por causa de la guerra, es empresa sumamente ardua, que el autor de estas narraciones ha creído propia del historiador que, en su día tenga los recursos que la República pondrá en sus manos.

Escritos los anteriores párrafos, nos llega por correo los siguientes datos sobre la prisión del Sr. Enrique Lacalle, y del Coronel Manuel Arencibia, que consignamos a continuación:

El Sr. Enrique Lacalle tomó parte activa en las campañas del Partido Autonomista, por lo que fué perseguido por los españoles.

En el año 1893, tomó parte en el movimiento revolucionario de "Sartorio" en el poblado del Purnio, en Holguín, donde fué encarcelado al caer en poder de los soldados españoles; y en la Guerra de Independencia se incorporó a las fuerzas insurrectas mandadas por el General José María Capote, cayendo prisionero de las tropas españolas. Fué sentenciado por Rebelión y desterrado a las prisiones de Ceuta, y más tarde a la Cárcel de Cartagena, donde estuvo hasta la terminación de la guerra.

El Coronel Manuel Arencibia, perteneciente a las fuerzas del General Pedro Betancourt de Matanzas, cayó prisionero en acción de guerra y murió en el castillo de San Severino antes de terminarse su proceso.

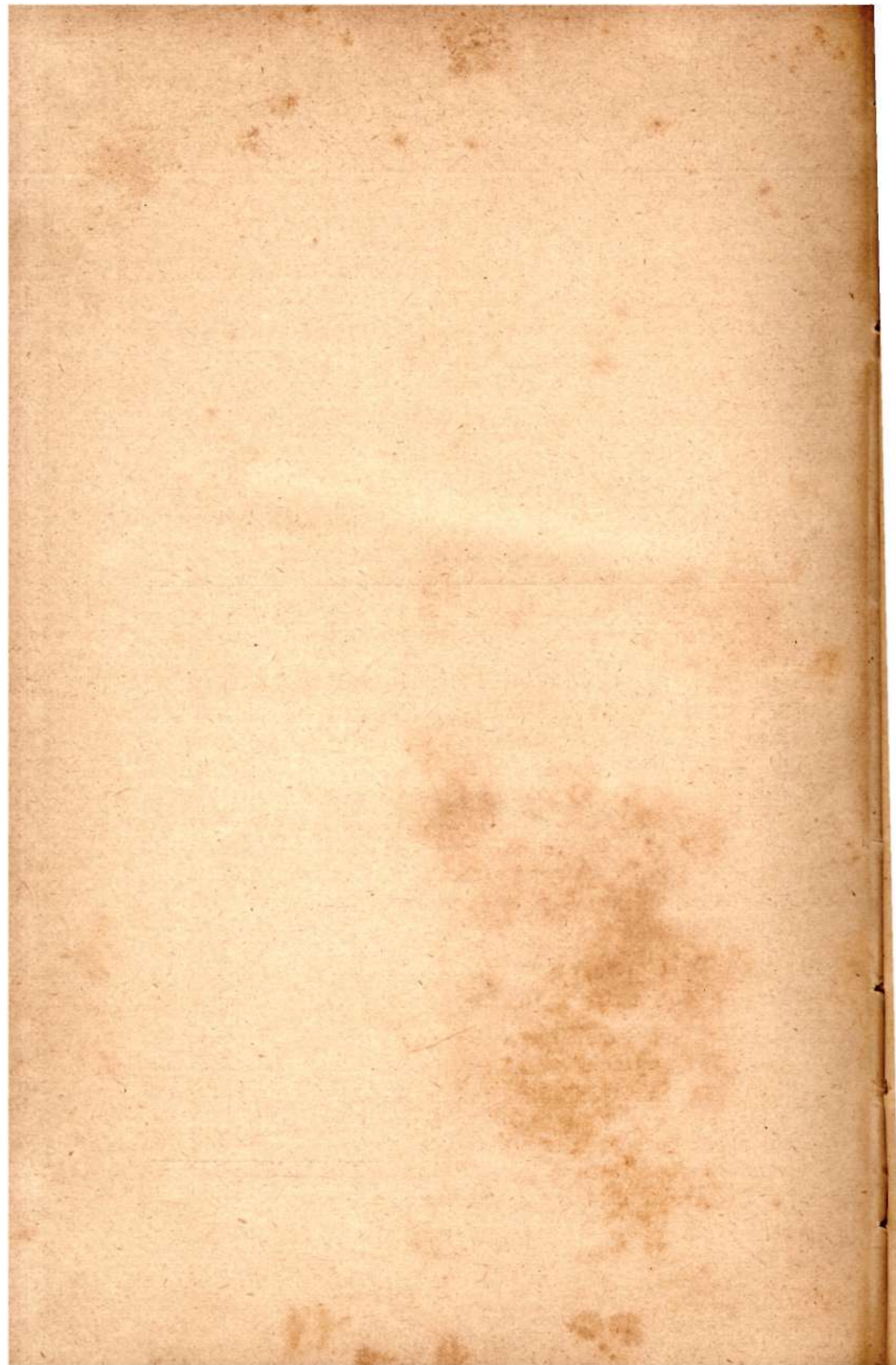
**RELACION DE LAS PARTIDAS DE DINERO RECIBIDAS
POR LOS PRISIONEROS.- REMITIDAS POR LA JUNTA
REVOLUCIONARIA DE NEW YORK Y POR LA SEÑORA
VIRGINIA ZAYAS**

1896	REPARTIDO POR				No. de presos	CANTIDAD	Por persona
Mayo 6	Juan Gualberto Gómez.....				51	\$ 4.59	\$0.09
" 18	" " "				57	47.31	0.83
Junio 12	" " "				95	153.90	1.62
Sep. 11	" " "				161	96.60	0.60
Nov. 18	" " "				199	199.00	1.00
1897							
Enero 12	" " "				190	38.00	0.20
" 31	En pago de servicios que no podían realizar los inútiles...				"	4.76	"
Feb. 17	id. id. id.				278	55.60	0.20
" 24	id. id. id.				309	15.45	0.05
" 28	En pago de servicios.....				"	5.56	"
Mayo 9	Se repartió a 19 de los más necesitados.....					19.00	0.80
" 14	id. id.					100.00	0.20
" 23	Emilio Sabourín.....				345	207.00	0.60
Junio 21	" "				360	216.00	0.60

Suma..... \$ 1,078.97

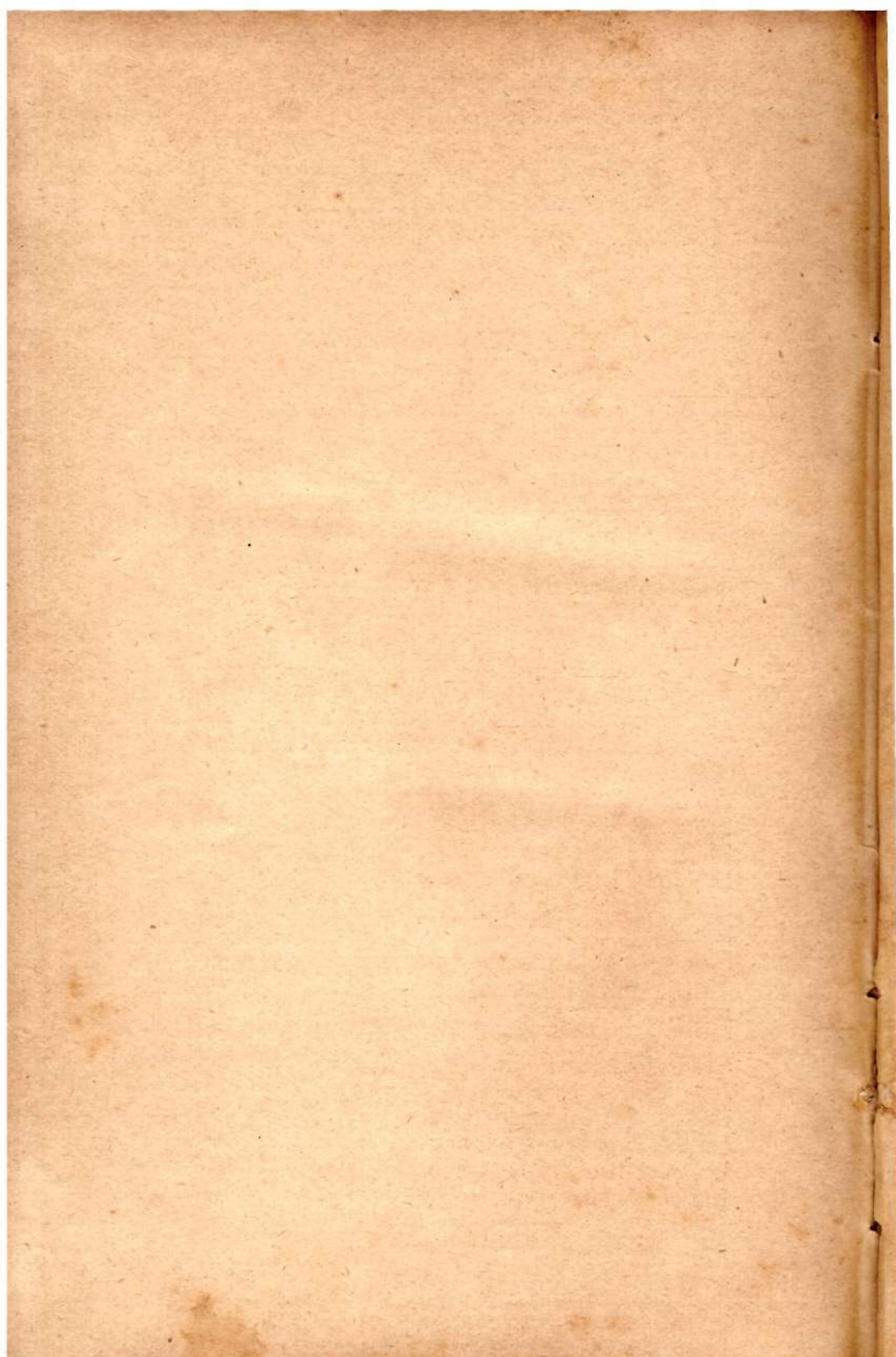
NO CIRCULANTE





INDICE DE LAS LAMINAS

NOMBRES	PAGINAS
Dr. José Antonio González Lanuza.....	3
Dr. Alfredo Zayas y Alfonso.....	25
Dr. Juan Gualberto Gómez.....	27
Pablo de la Concepción y Hdez.....	29
Mayor General Juan Rius Rivera.....	31
Cptán. Generoso Campos Marquetti.....	121
Tipo de mujer mora del Rif.....	197
Vista de las viejas murallas almenadas...	199
Vista parcial del puerto de Ceuta.....	201
Vista parcial de la Muralla Real.....	203
Calle principal de Ceuta.....	205
Elpidio Marín Loinaz.....	225
Ramón Allouis y Gallardo.....	239
Emilio Lena Jover.....	245
Dr. Ernesto Jerez Varona.....	249
Manuel Vázquez Santana.....	255
Zacarías Sosa.....	259
José García Mesa.....	263
José Díaz Requejo.....	267
Luis Mazzoranna.....	273
Octavio Zubizarreta.....	277
Carlos García Sierra.....	282-83
José Badosa y Jordán.....	295
Ramón Guillot Fernández.....	305
Emilio Sabourín y Villar.....	385
Dr. José Rafael Montalvo.....	407
Rafael Usatorres.....	415



INDICE

CAP.		PAGINAS
I.—	De la manigua a la cárcel.....	33
II.—	Mi prisión en el pueblo de Alquízar	45
III.—	De Alquízar al Morro.....	57
IV.—	En el Morro.....	69
V.—	Mi Consejo de Guerra.....	87
VI.—	A través del Océano	115
VII.—	Desembarco en Santander.....	143
VIII.—	En la cárcel de Cádiz.....	155
IX.—	De Cádiz a Algeciras.....	169
X.—	Llegada a Ceuta y ascensión a la montaña del Acho.....	191
XI.—	Descripción general de Ceuta.....	207
XII.—	Ceuta colonia penitenciaria y pla- za fuerte.....	213
XIII.—	Los primeros meses de cautiverio.	221
XIV.—	Los trabajos forzosos.....	229
XV.—	La vida de los prisioneros cubanos en Ceuta.....	253
XVI.—	Auxilios recibidos de nuestros pai- sanos	307

CAP.	PAGINAS
XVII.—	Los castigos..... 315
XVIII.—	El alimento de los forzados..... 325
XIX.—	Juego y aguardiente..... 343
XX.—	Fugas 351
XXI.—	Ausencia de todo principio reli- gioso..... 379
XXII.—	Enfermedades..... 389
XXIII.—	Estafadores célebres, Monederos falsos.- Robos en las galeras... 393
XXIV.—	Conato de libertad..... 401
XXV.—	Horrible situación..... 437
XXVI.—	Aumento de trabajo y disminución de rancho..... 443
XXVII.—	En la cumbre del peligro. La con- jura..... 447
XXVIII.—	La libertad..... 465
XXIX.—	Lista de los prisioneros..... 491

